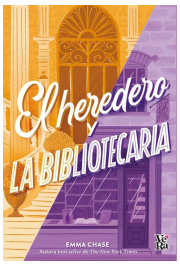

El heredero
y
LA BIBLIOTECARIA
EMMA CHASE
Autora best seller de The New York Times
VeRa



Bienvenidos a *Emparejados*: Edición Real.

La corona no es un peso que Henry soñase con llevar, pero ahora que su hermano Nicholas ha abdicado al trono de Wessco, sus deberes como alteza real dejarán de ser solo un juego, ¿o no?

En una última jugarreta, Henry decide encontrar a su futura reina a su manera: una productora seleccionará veinte candidatas aptas para que convivan dos meses con el príncipe en esta versión especial del *reality show* más exitoso del mundo. Pero solo una ganará la tiara de diamantes y el corazón del apuesto príncipe.

Sarah no está entre las participantes, ella solo ha venido a acompañar a su hermana pequeña y a escapar de sus responsabilidades; por eso es la candidata perfecta para convertirse en la confidente del príncipe.

Total, ¿cómo podría un pícaro como él enamorarse de una bibliotecaria recatada que busca un amor de novela?



Emma Chase es autora *best seller* de *The New York Times* y *USA Today*. Sus novelas se caracterizan por estar repletas de humor, corazón y un buen toque picante.
Sus libros se han publicado en más de 20 idiomas y Passionflix ha hecho la adaptación cinematográfica de una de sus novelas más icónicas, *Enredos*.
Emma vive su felices-para-siempre en Nueva Jersey junto a su marido, sus dos hijos y sus dos adorables perros, que se portan muy mal.

Visita su página web:
www.authoremmachase.com

El heredero y la bibliotecaria

EMMA CHASE



Capítulo 1

Henry

—Tócate las pelotas.

La bola se desvía hacia el lado que no es.

No me acuerdo del término correcto. ¿*Slice*? No estoy seguro. Nunca me ha gustado mucho el golf. Es demasiado lento. Demasiado tranquilo. Demasiado *aburrido*. Me gustan los deportes como me gusta el sexo: salvaje, duro y sucio.

El fútbol es más lo mío. O el rugby. Puro contacto físico. El polo tampoco está mal.

A estas alturas hasta me conformaría con un enérgico partido de quidditch.

—¿Qué ha dicho, su majestad? —pregunta sir Aloysius.

Le paso el palo a Miles, mi *caddie*, y me giro de golpe para enfrentarme a los culpables de esta tortura vespertina.

—He dicho «tócate las pelotas».

Lord Bellicksbub, cuyo nombre se parece mucho a Belcebú, se cubre la barba gris con su mano de viejo y tose; desvía la mirada, incómodo. Porque yo ya no debería decir cosas como esa. Es inapropiado. No es lo que se espera del príncipe real, heredero al trono de Wessco. Que es el título con el que ahora cargo gracias a que mi hermano mayor (el muy cretino) se enamoró, abdicó y se casó con una pastelera estadounidense increíble.

La frase que no han parado de repetir este último año: el heredero debe actuar de forma apropiada.

Pero en la vida he cumplido las normas. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Es un defecto que tengo.

O un reflejo. Si me dicen derecha, voy a la izquierda. Si me dicen que me siente, salto. Si me piden que me comporte, me emborracho y me paso el fin de semana follando con las tres sobrinas del arzobispo.

Son muy buenas chicas. ¿Qué harán este viernes?

No… me retracto. No me importa. Ese era el viejo Henry. El alma de la fiesta, con quien todo el mundo quería estar.

Ahora tengo que ser el Henry con el que nadie quiere estar. Serio. Erudito. Recto. Aunque eso vaya a matarme… de aburrimiento. Mi abuela, la reina, me exige decoro. Es lo que espera el Parlamento (formado por miembros como Aloysius y Belcebú). Es lo que mi pueblo necesita. Todos cuentan conmigo. Dependen de mí. Para guiarlos hacia el futuro. Quieren que lo haga bien.

Que sea… el rey.

Se me retuerce el estómago cada vez que pienso en esa palabra. Me río cuando alguien la dice en voz alta. Si tengo que ser la Gran Esperanza Real para mi país, estamos jodidos.

—Bien visto, príncipe Henry —dice sir Aloysius—. La marca de las pelotas marca la diferencia.

Qué farsante. Sabe perfectamente a qué me refería. Pero así es la política. Mentiras, sonrisas falsas y puñaladas por la espalda.

Odio la política más que el golf.

Pero esta es ahora mi vida.

Aloysius mira de reojo a su *caddie*.

—Más te vale que tengamos mejores pelotas a la próxima o me aseguraré personalmente de que no vuelvas a trabajar en este circuito. Discúlpate con el príncipe por tu incompetencia.

El joven, ahora pálido, baja la cabeza.

—Lo siento, su majestad.

Se me vuelve a retorcer el estómago.

¿Cómo pudo Nicholas aguantar esto durante tantos años? Antes creía que era dramático, exagerado y quisquilloso.

Ahora lo entiendo. Apenas me acabo de poner en sus zapatos y ya los llevo llenos de mierda.

A cualquiera le gustaría que le lamiesen el culo de esta forma, al menos un poco. Pero, cuando estás rodeado de víboras traicioneras, que quieren darte un beso negro, sacudiendo sus lenguas afiladas, es repugnante.

—No te preocupes —le digo al chico, porque tengo la sensación de que, si sigo con el tema, Aloysius se desquitará con él.

Los *caddies* se quedan atrás mientras caminamos por el campo.

—¿Qué piensa sobre la legislación de repatriación, su majestad? —pregunta Belcebú de pasada.

—¿Repatria-qué? —respondo sin pensar.

—Repatriación —dice sir Aloysius—. Permitir que las empresas sancionadas por superfluas irregularidades laborales traigan sus activos de vuelta al país sin sanciones. Podrán crear muchos puestos para la clase trabajadora. Hace ya semanas que se discute en el Parlamento. Me sorprende que su majestad la reina no lo haya mencionado.

Probablemente lo hizo. Junto con otros diez mil hechos y números y recortes y legislaciones, información y tecnicismos que tengo que saber para ayer. No soy idiota: puedo ser bastante inteligente si me da la gana.

Simplemente no me interesa nada de eso.

Al principio, mi abuela me enviaba la información por correo, pero, después de que llenáramos el servidor del palacio, comenzó a pedir que me los imprimieran. Es probable que en este momento haya un bosque entero en forma de papel esperándome en mi habitación.

Perdón, medioambiente.

Puede que la política se me dé fatal, pero soy buenísimo en esto de sonreír y disimular mi ignorancia. Actuar. Fingir.

Lo he hecho toda la vida.

—Sí, por supuesto, repatriación. Creí que habías dicho «reperroación» y apenas he empezado con ese tema, pero creo que será una causa en la que estaré muy involucrado. —Me cruzo de brazos frente a sus gestos de desconcierto, bajo la cabeza y replico con solemnidad—: La reperroación es distribuir perros abandonados entre los ancianos. Os enviaré un informe.

Lord Bellicksbub asiente.

—Interesante.

Sir Aloysius concuerda.

—La verdad es que sí.

Y eso, damas y caballeros, es un hoyo en uno.

Aloysius coge el palo de su *caddie* y lo prueba en el aire antes de acercarse a la bola. Se pone en posición y me pregunta:

—¿Y la repatriación? ¿También te parece una causa importante?

Esta vez intento pensar antes de hablar. La abuela estaría orgullosa.

Al cabo de un segundo, asiento.

—Que haya más oportunidades para la clase trabajadora siempre es algo positivo. Me parece una buena idea.

Belcebú sonríe despacio, sus dientes amarillos brillan en el frío de esta tarde soleada.

—Excelente.



—¿En qué estabas pensando?

Parece que la abuela no está tan orgullosa.

Golpea el *Sunday Times* contra su escritorio y el titular grita por ella. «LA CORONA CAMBIA DE PARECER: APOYA LA CONTROVERSIAL REPATRIACIÓN».

Desde el otro lado del imponente escritorio de la reina, suelto:

—Eso no fue lo que dije.

Tendría que haber sabido que algo iba mal cuando me pidió que viniera. Que te llamen a la oficina de la reina se parece mucho a que te llamen a la oficina del director: nunca es por algo bueno.

Junta las cejas, las líneas alrededor de su boca están más afiladas y profundas que hace un año. Provoco ese efecto en la gente.

—Llevamos meses trabajando para que este proyecto fracase. Lo único que evitaba su aprobación era nuestro rechazo. Y tú lo estropeaste todo en un solo movimiento.

Siento un escalofrío. Me paso una mano por el pelo, que ya necesita un corte porque casi me roza los hombros.

—¡No hice nada! Fue un comentario de nada. Una conversación.

La reina se aferra a su escritorio y se inclina hacia delante.

—Eres el príncipe real; no puedes darte el lujo de hacer comentarios «de nada». Hablas en nombre de la Casa Pembrook y cada una de tus palabras, acciones y respiraciones puede ser tergiversada y regurgitada según a quién le convenga. Lo hemos discutido, Henry.

Antes era el favorito de la abuela. Teníamos una relación especial. Siempre le divertían mis anécdotas y aventuras. Eso se disipó el día que me nombraron su sucesor. Ya no le parezco divertido: de hecho, creo que ni siquiera le caigo bien.

—¿Al menos te molestaste en leer nuestra postura al respecto? Le pedí a Cristopher que te la enviara hace semanas.

Cristopher es el secretario privado de la reina: su lacayo. Sospecho que en su tiempo libre usa una bola antiestrés con su foto.

—No tuve tiempo.

—No encontraste tiempo para esto.

Cuando las excusas se acaban, hacerse el tonto es un buen recurso.

—Tú fuiste quien insistió en que fuera a jugar al golf con Idiota Uno e Idiota Dos.

Sus palabras salen rápidas y una detrás de otra, como las balas de una ametralladora:

—Porque creí que entendías la frase «sé amigo de tus enemigos». Qué ingenua.

Se me abren las fosas nasales.

—¡Yo no pedí nada de esto!

Que me pongan en esta posición. Que me carguen con esta agobiante responsabilidad. Nunca quise las llaves del reino: era feliz con poder entrar y salir por la puerta.

Mi abuela se endereza y alza el mentón. Inmóvil e inalterable.

—Tampoco fuiste mi primera opción.

Un golpe en el estómago de parte de una dama de setenta y ocho años no debería hacer mucho daño. Pero ¿viniendo de una mujer a la que admiro, que es lo más cercano que a una madre que he tenido? Duele.

Así que reacciono como siempre. Me recuesto en la silla y cruzo el tobillo sobre la pierna opuesta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, parece que estamos en el mismo barco, abu. Deberíamos renombrar el palacio de Wessco: ¿prefieres Titanic o Hindenburg?

No se mueve, no pestañea y, definitivamente, no sonríe. Tiene los ojos grises tan afilados y brillantes como la hoja de una guillotina.

Y son igual de letales.

—Haces chistes. Si esta legislación se aprueba, acabará con la protección a los trabajadores de renda baja. Los expondrá a relaciones laborales injustas y posiblemente peligrosas. ¿Crees que cuando eso suceda van a reírse de tus chistes, Henry?

Mierda, esto se le da muy bien. La culpa de madre es efectiva; pero la culpa de reina está a otro nivel. Mi sonrisa es una bofetada en el rostro.

—Escribiré una declaración para explicar que sir Aloysius me engañó y sacó mis palabras de contexto.

Niega con la cabeza.

—Eso solo servirá para decirle al mundo que se te puede engañar con facilidad.

—Entonces escribiré una declaración que diga que he reflexionado y he cambiado de opinión.

—Y eso demostrará que no se puede confiar en ti; que cambias de opinión y que tu palabra no vale.

Jesús, es un atrapadedos chino: cuanto más luchas, más te atrapa. No fumo, pero en este momento me vendría bien un cigarrillo. O una copa de *whisky*.

Una pistola también me vale.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Nada —sisea—. Yo lo arreglaré. Tú ve a la Casa Guthrie y quédate allí. No hables con nadie; no recibas visitas. Solo… lee, Henry. Edúcate. Por el bien de todos.

Y así es como una reina envía a un príncipe a su habitación.

Se da la vuelta, mira por la ventana con sus manos pequeñas y arrugadas apretadas con fuerza delante de ella.

Me pongo de pie y le estiro una mano que quiere decir… algo. Una disculpa o una promesa de hacer las cosas mejor. Pero la devuelvo a su sitio. Porque no importa; ya me ha despedido.



Cruzo con determinación la puerta de la Casa Guthrie: la histórica morada del heredero al trono y mi hogar desde hace un año. Hogar, Prisión Hogar. Subo las escaleras de dos en dos hacia mi dormitorio. Agradezco tener un propósito, una dirección, un plan.

Y mi plan es beber hasta que me olvide de mi maldito nombre. De todos mis nombres.

Las páginas que cubren las paredes se agitan como alas cuando entro a la habitación. No bromeaba cuando dije que mi abuela me había enviado un bosque entero de papeles. Los pegué a las paredes para poder leerlos mientras me visto, me duermo, apenas me despierto. Tengo que cerrar los ojos cuando me pajeo porque las directrices del gobierno bajan cualquier erección. En secreto, también espero que la información entre por proximidad. Hasta ahora no ha funcionado: lo de la ósmosis es mentira.

Me quito el traje azul marino: incómodo y apretado. Aunque me dijeron que me queda muy bien, no es mi estilo. Cada vez que me lo pongo siento que me estoy metiendo en la piel de otra persona.

Recuerdo cuando tenía cinco o seis años y me probé uno de los trajes de mi padre. Mi madre sacó docenas de fotos riéndose por lo adorable que le parecía. Me pregunto si estarán en alguna parte del ático o, lo que es más probable, en posesión del historiador de la realeza para publicarlas cuando me muera. Para demostrar que, alguna vez, el príncipe Henry fue un niño de verdad.

Idealizo a mi padre. Siempre me pareció tan alto… el más grande del mundo. Era sabio y seguro de sí mismo, no había nada que no pudiera hacer: pero nunca perdía la picardía. Era un poco rebelde. Nos llevaba a mí y a Nicholas a conciertos y parques de atracciones, aunque eso le sacara canas a sus guardaespaldas. No le molestaba que jugáramos a lo bruto ni que nos ensuciáramos. Una vez se retiró de una reunión con el primer ministro para unirse a la lucha de bolas de nieve que estábamos teniendo en el jardín.

A veces me siento como si siguiera llevando el traje de mi padre. Y, sin importar cuánto me esfuerce… nunca me queda bien.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta mi mayordomo, Fergus, mirando mi traje hecho una bola en el suelo.

Me pongo una camiseta arrugada y mis vaqueros favoritos.

—Iré a La Cabra.

Como era de esperar, gruñe:

—La reina ordenó que te quedaras aquí.

Tengo dos teorías sobre cómo lo hace Fergus para saberlo siempre todo: o tiene instalado un sistema de cámaras y micrófonos en todo el palacio y los monitorea desde alguna sala de control secreta, o es el todopoderoso omnisciente. Un día se lo voy a preguntar; aunque probablemente me acuse de ser un cretino.

Me calzo un par de botines gastados.

—Exacto. Y los dos sabemos que se me da fatal hacer lo que me dicen. Que me traigan el coche.



Capítulo 2

Henry

Si la capital fuera un campus universitario, La Cabra Cachonda sería mi lugar seguro. Mi capullo. Mi batamanta (si vinieran con botellas de alcohol en los bolsillos).

Es un sitio histórico, una de las construcciones más antiguas de la ciudad (con su techo con goteras, paredes descascarilladas y el suelo de madera siempre pegajoso). Dicen que en su época era un burdel… lo que resulta bastante poético. No por el libertinaje, sino por los secretos que deben guardar estas paredes. Hasta el día de hoy. Su puerta deteriorada nunca ha dejado pasar una noticia sobre mí o mi hermano. Nunca se ha impreso ni repetido nada que un noble borracho haya dicho aquí.

Lo que pasa en Las Vegas no siempre se queda en Las Vegas, pero lo que pasa en La Cabra jamás ve la luz del día.

El hombre responsable de este ambiente discreto es el dueño, Evan Macalister. La Cabra lleva generaciones en su familia. Cuando me siento en el taburete, es el hombre robusto con camisa de franela que me pone delante una pinta fresca.

Alzo las palmas.

—A un lado, Guiness… Este es un trabajo para el *whisky*.

Coge una botella y me sirve.

—¿Día difícil en el palacio, su majestad?

—Últimamente todos lo son. —Me llevo la bebida a los labios, echo la cabeza hacia atrás y trago.

La mayoría de las personas bebe para calmar los sentimientos, para olvidar. Pero el ardor que me invade la garganta es un dolor reconfortante. Me hace sentir despierto. Vivo. Me enfoca.

Hago un gesto para pedir otro.

—¿Dónde está Meg? —pregunto.

Es la hija de Macalister y antigua adoradora de mi hermano antes de que conociera a Olivia. No soy quisquilloso cuando de mujeres se trata, no me molesta compartir y Meg no tiene nada de malo; pero no me la follaría ni aunque el mundo se estuviera acabando. Mi única regla cuando del sexo opuesto se trata es no meter la varita donde haya estado mi hermano.

Es desagradable.

Sin embargo, preferiría estar viendo su cara bonita, por no hablar de su culo.

—Está saliendo con un chico. Tristán o Preston, o alguno de esos nombres de prenda femenina —se sirve un trago para él y musita—: es un cretino inútil.

—¿No lo somos todos?

Se ríe.

—Eso es lo que a la vida le gusta recordarme. Según ella, yo estaba perdido hasta que se ocupó de mí.

Levanto el vaso.

—Por las buenas mujeres… que nunca dejen de vernos como lo que podríamos ser y de rechazar lo que somos.

—Amén. —Choca su vaso con el mío y ambos los vaciamos.

—Brindo por eso.

La intromisión es obra de una castaña pequeña que ocupa el taburete vacío que tengo al lado.

Casi puedo sentir a James, mi leal sombra de pelo claro, mirándonos desde su puesto junto a la puerta. Estoy acostumbrado a tener seguridad, no es nada nuevo, pero ahora es más intensa, más rigurosa… como una soga alrededor del cuerpo.

—¿Qué le sirvo, señorita? —pregunta Macalister.

—Lo que bebe el príncipe —responde con una sonrisa y deja sobre la barra el dinero suficiente para pagar las bebidas de ambos.

Me gustan las mujeres. No, me encantan las mujeres. Cómo se mueven, cómo piensan, el sonido de sus voces, el aroma de su piel, su calidez y su suavidad. Pero en esta mujer no hay nada suave. Es puro ángulos (pómulos prominentes, extremidades lánguidas, mentón puntiagudo y cabello oscuro cortado justo por debajo de las orejas). No es fea… solo delgada y afilada como una lanza. Tiene acento americano y debe tener mi edad, pero la envuelve un aire agresivo que solo he visto en mujeres mayores. Maduras. Me encantan las maduras: tienen la experiencia necesaria para saber exactamente lo que quieren y la seguridad necesaria para pedirlo a viva voz.

Estoy intrigado. Y cachondo. No hecho un buen polvo desde… la boda de Nicholas. Jesús… fue hace meses. Con razón estoy tan desesperado.

Macalister llena una pinta de Guinness, luego le pone un *whisky* delante, rellena el mío y se va a trabajar a la otra punta de la barra.

Giro en mi asiento y levanto el vaso.

—Salud.

Sus ojos son azul hielo.

—Hasta el fondo.

Le guiño un ojo.

—Es lo que digo en la cama.

Resopla y luego vacía su trago como una profesional. Se relame y mira mi antebrazo izquierdo.

—Bonito tatuaje.

En realidad, son dos.

El escudo de armas real comienza en el nacimiento de mi muñeca y luego tengo el escudo militar de Wessco. Me hice el primero cuando tenía dieciséis años y me escapé después del cierre nocturno de puertas del internado para ir al pueblo con unos amigos. Creí que si siempre llevaba manga larga mi abuela nunca lo vería. Esa ilusión duró exactamente un día: ese fue el tiempo que tardaron en aparecer sobre su escritorio unas fotos mías en la tienda de tatuajes. El segundo lo agregué hace algunos años (después del servicio militar) con mis compañeros de mi pelotón.

—Gracias.

Estira una mano.

—Soy Vanessa Steele.

Definitivamente norteamericana. Si fuera de Wessco, haría una reverencia. Le estrecho la mano; es seca y suave.

—Henry. Pero eso ya lo sabes.

—Lo sé. Es difícil ponerse en contacto contigo.

Sorbo mi bebida.

—¿Qué te parece si me acabo esto y te pones en contacto conmigo hasta quedar satisfecha, mi amor?

Se ríe y le brillan los ojos.

—Eres mejor de lo que imaginaba. —Golpea la barra de madera con una uña roja—. Tengo una propuesta para ti.

—Me gustan mucho las propuestas. ¿Tu casa o la mía? —Luego chasqueo los dedos porque lo recuerdo—. Vamos a tener que hacer una parada en el palacio. Debes firmar un acuerdo de confidencialidad: un tecnicismo. Luego pasamos a lo bueno.

Vanessa apoya los codos sobre la barra.

—No me refería a esa clase de propuesta. No quiero dormir contigo, Henry.

—¿Quién ha hablado de dormir? Estoy hablando de sexo. Buen sexo. A montones.

Eso la hace ruborizarse y se ríe.

—No quiero tener sexo contigo.

Le doy una palmadita en la espalda.

—No seas tonta. El juego del gato y el ratón puede ser provocativo, pero no es necesario. —Bajo la voz a un susurro—. Soy presa fácil.

Sonríe con seguridad y astucia.

—Eso he escuchado. Pero esta es una oportunidad de negocios y nunca mezclo los negocios y el placer.

Y, así como así, pierdo el interés. Últimamente los negocios son más efectivos para eso que una ducha fría.

—Qué pena.

—No tiene por qué serlo. Soy productora de televisión. *Emparejados*… ¿has oído hablar de él?

La miro de reojo y recuerdo.

—Es uno de esos programas de citas, ¿no? ¿Como *Survivor*, pero con peleas de gatos y bikinis diminutos?

—Eso mismo.

Con el rabillo del ojo veo a Macalister girar hacia uno de sus matones: un tipo fornido y de cuello grueso. Vanessa también debe notarlo porque habla más rápido.

—Estoy trabajando en una edición especial, una edición *real*, y quiero que tú seas la estrella. Nos ocuparemos de todo: veinte bellezas de sangre azul en un castillo y tú solo tienes que hacer que se peleen por ti. Será una fiesta sin pausa durante un mes. Y al final podrás tachar tu deber real más importante: elegir una reina.

En lo que a propuesta respecta, la suya no está nada mal. Despierta esa parte de mí que estaba dormida y olvidada y que me recuerda los días fáciles, sencillos, relajados. Es eso que sientes en la noche más fría del invierno: el anhelo por el dulce sol del verano.

El matón se para detrás de ella.

—Hora de irse, señorita.

Vanessa se levanta del taburete.

—Piensa en mí como Billy el niño. —Guiña un ojo—. Te haré famoso.

—Ya soy famoso.

—Pero ya no lo disfrutas, ¿o sí, Henry? Puedo hacer por ti algo que no puede hacer nadie más: le devolveré la diversión a la fama. —Desliza una tarjeta por la barra—. Piénsalo y llámame.

Miro su espalda mientras cruza el bar y sale por la puerta. Y, aunque no tengo interés en volver a contactarla por su oferta, me meto su tarjeta en la cartera. Por si acaso.



Los ochenta son una era muy subestimada en términos de composición musical. No tienen el respeto que merecen. Intento usar mi visibilidad para reparar esta injusticia cantando baladas de los ochenta siempre que puedo. Como ahora, que canto *What about me* de Moving Pictures en el karaoke. Fue su único éxito y una oda a la autocompasión. Cierro los ojos mientras canto la letra meciéndome detrás del micrófono.

No voy a tiempo con la música. Estoy tan borracho… tengo suerte de seguir en pie.

Suelo tocar la guitarra, pero mi motricidad fina se reduce a cada hora que pasa. Soy un gran músico… pero nadie se da cuenta. Ese talento se pierde a la sombra de los títulos, igual que el de un vástago de dos estrellas consagradas, que se da por sentado por el peso de su familia.

Mi madre me hizo adorar la música, tocaba varios instrumentos. Tuve tutores, primero de piano, luego de violín, pero lo que nunca dejé fue la guitarra. El karaoke de La Cabra era mi segundo hogar y, en las últimas horas, he pensado seriamente en mudarme debajo del escenario.

Si Harry Potter era el niño que vivía debajo de la escalera, yo podía ser el príncipe que vive debajo del escenario. ¿Por qué no?

Me meto en el estribillo una vez más y hay voces en la periferia de mi consciencia. Las oigo, pero no escucho.

—Dios mío, ¿cuánto lleva así?

Me gusta esa voz. Me tranquiliza. Profunda y reconfortante. Me recuerda a mi hermano, pero no es él, porque Nicholas está muy muy lejos.

—Ha tenido un día difícil. —Y ese suena como Simon, el mejor amigo de mi hermano. Viene a verme de vez en cuando—. Los últimos meses han sido difíciles.

—¿Meses? —se atora la voz suave.

—No queríamos preocuparte.

Esa voz es una belleza. Puede confundirse con Franny, la despampanante (y tan directa que da miedo) esposa de Simon. ¿Franny tendrá una hermana gemela? Si es así, me interesa.

—James me escribió cuando no quiso volver a casa. En estos últimos dos días ha pasado de estar mal a…

—… tocar fondo —dice Franny para terminar la oración de Simon. Así son.

Hashtag: pareja perfecta.

—Guau. Los nobles nunca hacéis las cosas a medias, ¿no? —interviene una bonita y particular voz norteamericana—. Hasta vuestros brotes psicóticos son históricos.

La canción termina y, a los pocos segundos, abro los ojos.

Un alma perdida en la mesa de delante aplaude, la ceniza del cigarrillo que tiene entre los dedos cae al suelo.

Luego alzo la vista.

Y mis ojos ven una escena gloriosa.

Mi hermano mayor, Nicholas, de pie junto a la barra con el rostro deformado de preocupación. Tal vez sea una fantasía. Un delirio. Pero voy a aprovecharlo mientras pueda.

Empiezo a sonreír y avanzo, pero me olvido de un detalle: estoy sobre el escenario. Y ese paso es un portal a otra dimensión. Porque luego mi mundo se funde a negro.



Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy en el suelo, de espaldas, mirando el techo con humedad de La Cabra Cachonda. Y… creo que también tiene chicle pegado. Un alivio dulce y glorioso se apodera de mi pecho.

—¿Nicholas? ¿En serio estás aquí?

—Sí, Henry —dice despacio—. Estoy aquí. —Apoya una mano sobre mi cabeza—. Te has dado un buen golpe, ¿estás bien?

¿Bien? ¡Acabo de volar!

—He tenido un sueño ridículo. —Señalo a mi hermano—. Tú estabas ahí. —Señalo a Simon junto a él—. Y tú. —Luego Franny y el resto se juntan para mirarme—. Y tú también. Tú… abdicabas al trono, Nicholas. Y todos querían que yo fuera el rey. —Una risa maniática atraviesa mis labios… hasta que me giro a la derecha y miro unos ojos azules, labios dulces y cabello oscuro. —Luego grito como una niñita—. ¡Ahhh! —Es Olivia. La esposa de mi hermano. Su muy estadounidense esposa. Le doy la espalda a Nicholas—. No ha sido un sueño, ¿o sí?

—No, Henry.

Me recuesto en el suelo.

—Mieeeeeerda. —Luego me siento un poco mal—. Lo siento, Olivia. Sabes que te respeto mucho.

Sonríe con dulzura.

—No pasa nada, Henry. Lamento mucho que hayas estado tan mal.

Me froto el rostro con la mano, intentando pensar con claridad.

—No pasa nada. Este es otro plan, uno mejor. Ya no tendré que vivir debajo del escenario.

—¿Ibas a vivir debajo del escenario? —pregunta Nicholas.

Agito la mano.

—Olvídalo. Era la estúpida idea de Potter. A la mierda la esperanza de la magia. —Y ahora mi hermano parece preocupado en serio. Le hago un gesto—. Pero ahora estás aquí. Puedes llevarme contigo a Estados Unidos.

—Henry…

—«¡Dadme vuestras masas cansadas, pobres y apiñadas que anhelan ser libres!». ¡Eso me describe perfectamente! ¡Soy una masa apiñada, Nicholas!

Me aprieta el brazo y lo sacude un poco.

—Henry. No puedes mudarte a Estados Unidos.

Lo sujeto por la camiseta. Y mi voz se transforma en la de un niño de ocho años que confiesa que ve gente muerta.

—Pero es tan mala, Nicholas. Es. Tan. Mala.

Me da unos golpes en la espalda.

—Lo sé. —Nicholas y Simon me arrastran y hacen fuerza para mantenerme en pie—. Pero encontraremos una solución —dice Nicholas—. Todo va a estar bien.

Sacudo la cabeza.

—No paras de decir eso. Empiezo a pensar que no sabes de qué mierda hablas.



Capítulo 3

Henry

Después de eso, las cosas se ponen borrosas. La realidad se reduce a instantáneas. El viaje en coche hacia el palacio. Vomitar en los rosedales que mi tatara-tatara-tatara-tía, Lady Adaline, ordenó que se plantaran fuera del palacio. Nicholas y Simon me meten en la cama mientras Olivia hace un comentario sobre los papeles pegados en las paredes: dice que le recuerda a la guarida de Russell Crowe en *Una vida maravillosa*.

Luego… solo el abismo.

Pero el vacío no dura mucho. Porque sufro de insomnio: el mal de los campeones. Es así desde que tengo memoria. No duermo más que unas pocas horas, incluso en esas noches en las que mi sangre es prácticamente alcohol. El reloj de la mesita de noche dice que es la una de la madrugada, mis piernas inestables me llevan hacia la cocina, uso la pared para apoyarme. Mi estómago gruñe de solo pensar en las galletas de Cook.

No recuerdo haber comido en La Cabra: ¿cuánto tiempo estuve allí? ¿Un día? Tal vez fueron dos. Me huelo la axila y me estremezco. Definitivamente fueron dos. *Maldita sea.*

Después de llenarme las mejillas con galletas y de llevarme unas para el camino, camino dando tumbos por los pasillos del palacio. Es lo que hago por las noches: ahora entiendo a los estadounidenses que deambulan por los centros comerciales de madrugada. No puedo quedarme en mi habitación (en ninguna habitación) sin sentir que las paredes se me caen encima. Me viene bien estar en movimiento, aunque no vaya a ninguna parte.

Llego al salón azul, cerca de los aposentos de la reina. La puerta está entornada y alcanzo a ver que la luz está encendida, huelo la leña ardiendo en la chimenea y escucho las voces del interior.

Apoyo la cabeza contra la puerta y escucho.

—Mi niño, tienes buen aspecto —dice la abuela. Hay un cariño cálido en su tono que me resulta familiar. Porque solía estar reservado para mí. ¿Celoso? Un poco, sí—. El matrimonio te sienta bien.

—El matrimonio *con Olivia* me sienta bien —responde mi hermano.

—Bien dicho.

Oigo el sonido de la botella de cristal y un líquido que cae. Apuesto a que es jerez.

—¿Olivia está durmiendo? —pregunta la reina.

—Sí. Se acostó hace horas. El *jet lag* le ha dado fuerte.

—Ojalá sea porque está embarazada.

Mi hermano se atraganta.

—Llevamos tres meses casados.

—Cuando yo llevaba tres meses de casada, estaba embarazada de dos meses y medio de tu padre. ¿Qué estáis esperando?

Casi puedo oírlo encogerse de hombros.

—No hay prisa. Estamos… disfrutándonos. Vamos a tomarnos nuestro tiempo.

—¿Pero habéis pensado en tener hijos?

—Por supuesto. Algún día.

Arrastran una silla por la madera del suelo y los imagino sentados uno al lado del otro.

—Dime, Nicholas, ahora que las aguas se han calmado…. ¿te arrepientes de algo?

La voz es suave, pero el tono duro como el hierro.

—De nada. —Mi abuela hace un sonido gutural y me la imagino sorbiendo su trago nocturno de esa forma elegante en la que lo hace todo—. Pero tengo curiosidad —dice Nicholas—. Si hubieras sido tú… si hubieras tenido que elegir entre el abuelo y el trono, ¿qué hubieras hecho?

—Amaba profundamente a tu abuelo, todavía lo hago, y tú lo sabes. Pero, si me hubieran obligado a tomar esa decisión, no lo hubiera elegido a él. Junto con mis hijos, la corona siempre ha sido el amor de mi vida.

Hay una pausa densa y luego Nicholas dice por lo bajo:

—Para mí nunca fue así. Lo comprendes, ¿no?

—Ahora sí.

—Siempre supe qué era lo que se esperaba de mí, y estaba determinado a hacerlo bien, pero nunca lo amé. En el fondo, nunca lo quise.

—Pero ahora estás conforme, ¿no? ¿Con los restaurantes de la fundación que dirigís tú, Olivia y el señor Hammond?

Se toma un momento para responder, pero, cuando lo hace, la voz de Nicholas suena nostálgica.

—No estoy conforme… Estoy feliz. Ridículamente feliz. Más de lo que alguna vez creí posible. Todos los días.

—Muy bien —proclama mi abuela.

—Pero hay algo que quiero decirte —agrega Nicholas—, una nube en el paraíso. —Sus palabras salen sutiles y temblorosas, como si llevaran un largo tiempo esperando en su garganta —. Sé que te defraudé. No era mi intención, pero sucedió. No te advertí ni lo hablé contigo. Desafié a mi reina y tú me criaste mejor que eso. Lo siento mucho. De verdad.

Se oye el sonido de cristal contra la madera: la reina apoya el vaso en la mesita de café.

—Escúchame bien, Nicholas, porque solo voy a decirlo una vez. Jamás me defraudaste.

Pero…

—Te crie para que fueras un líder. Tú evaluaste la situación, consideraste las opciones y tomaste una decisión. No titubeaste, no pediste permiso. Actuaste. Y eso… es lo que hace un líder.

Hay ligereza en su respuesta, alivio.

—Muy bien. —Hay otra pausa y me imagino a mi hermano dándole un sorbo a su bebida. Posiblemente vaciando el vaso. Porque entonces dice—: Hablando de criar líderes…

—Sí. —La reina suspira—. ¿Podemos hablar del problema con demasiados litros de alcohol encima? —dice con frialdad—. Está… ¿cómo lo decís en América? Hecho mierda.

—Así es.

Apoyo la espalda contra la pared y me deslizo hasta quedar sentado en el suelo. Estoy acostumbrado a que se hable de mí… joder, mis pros y contras se suelen discutir abiertamente, hasta conmigo en la misma habitación. Pero esto… va a ser diferente. Peor.

—¿Te acuerdas de la obra de Navidad que hizo Henry en el colegio? Fueron las últimas fiestas que pasamos con mamá y papá. Tenía el papel principal: Scrooge. —Nicholas se ríe.

—Vagamente. No fui a verlo.

—No, yo tampoco. Papá me habló antes. Les preocupaba que la prensa y su maestros y compañeros se dedicaran a revolotear a mi alrededor y que eso le hiciera sombra a Henry. Y tenían razón. —La silla cruje cuando mi hermano se acomoda—. Se pasó toda la vida en mi sombra. Y ahora es el centro atención. Es comprensible que tarde un poco en acostumbrarse. Tienes que darle tiempo.

—No tiene tiempo.

—¿Tienes pensado morirte pronto? —se burla Nicholas.

—Por supuesto que no. Pero los dos sabemos que existen los imprevistos. Tiene que estar listo. No lo entiendes, Nicholas.

—Lo entiendo muy bien. Soy la única persona en el mundo que lo entiende.

—No, no es cierto. Te entrenaron para ocupar el trono desde antes de que pudieras caminar. Todos los días ocurrían miles de cositas a tu alrededor que ni siquiera percibías. La forma en que los demás te hablaban, las conversaciones que tenías, los temas que te enseñaban y el modo en que te los transmitían. Henry tiene que incorporar una vida entera de aprendizaje.

—Algo que jamás podrá hacer si lo rompes —dice Nicholas con severidad—. Si lo convences todos los días de mil maneras de que nunca será suficiente. De que nunca lo hará bien.

El silencio se instala durante varios segundos. Hasta que mi abuela pregunta por lo bajo.

—¿Sabes cuál es la peor parte de envejecer?

—¿La disfunción eréctil? —responde seco mi hermano.

—Oh, no tienes que preocuparte por eso —responde la reina con un tono igual de seco—. Es una cuestión genética y tu abuelo la tenía dura como el hierro hasta el día de su muerte.

Fuerzo una sonrisa.

—Muy bien —dice mi hermano—. Suficiente jerez para ti.

—La peor parte de envejecer —continúa la abuela— es saber que pronto tendrás que dejar a tus seres queridos y que deberán apañárselas sin ti. Y, si no están preparados… si son vulnerables… Es una perspectiva aterradora. —Solo el crujir de la leña rompe el silencio. Luego la reina declara—: Se lo van a comer vivo. Si sigue por este sendero, Henry fracasará estrepitosamente.

Se me cierra el pecho con tanta fuerza que creo que los huesos se me van a romper.

Porque tiene razón.

—No lo hará.

—No lo sabes —devuelve.

—¡Sí que lo sé! Si no, nunca hubiera abdicado.

—¿Qué?

—No me malinterpretes: no me hubiera casado con nadie más que Olivia y, de haber sido necesario, hubiera esperado la vida entera a que cambiara la ley. Pero no lo hice porque, en lo más hondo, sabía que Henry no solo sería un buen rey, sino que sería mejor de lo que yo podría ser jamás.

Se me corta la respiración. No puedo. El golpe de las palabras de mi hermano me da directamente en los pulmones.

La abuela también se sorprende, si puedo tomarme su susurro como un indicio.

—¿De verdad crees eso?

—Absolutamente y, para ser sincero, me duele que tú no.

—Henry nunca estuvo a la altura de las circunstancias —dice sin expresión.

—Nunca hizo falta —insiste mi hermano—. Nunca se lo pidieron, ni una sola vez. Hasta ahora. Y no solo va a estar a la altura de las circunstancias… va a estar por encima.

La voz de la reina se convierte en un susurro, como si estuviera rezando.

—Quiero creer que es verdad. Más de lo que te imaginas. Préstame un poco de tu fe, Nicholas. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

Nicholas tiene la voz ronca, rota por las emociones.

—Porque… es como mamá. —Cierro los ojos cuando las palabras llegan a mis oídos. Tengo los ojos húmedos y me arden. Para mí no existe un mayor cumplido—. Es exactamente igual a ella. Esa forma que tenía de saber exactamente lo que necesitaba una persona (ya sea fuerza, un consejo, amabilidad, consuelo o alegría) y de dárselo sin esfuerzo. Esa forma en que la gente giraba a su alrededor…. En las fiestas, todos se daban la vuelta cuando ella entraba… porque todos querían estar cerca. Tenía una luz, un talento, un don… no importa cómo quieras llamarlo, Henry también lo tiene. Él no lo ve, pero yo sí. Siempre lo he visto.

Hay un momento de silencio y me imagino a Nicholas acercándose a la reina.

—El pueblo me hubiera seguido a mi o a papá por el mismo motivo por el que te siguieron a ti: porque somos confiables, sólidos. Confían en nuestro criterio; saben que nunca los defraudaremos. Pero a Henry lo van a seguir por amor. Verán en él a su hijo, a su hermano, a su mejor amigo, y, aunque ahora parezca que está mal, lo seguirán porque querrán que le vaya bien. A mí me hubieran respetado y admirado, pero, abuela… a él lo querrán. Y, si algo aprendí el día en que Olivia llegó a mi vida, es que el amor es más fuerte que la razón, el deber, el honor o la tradición.

Por un rato, mientras la reina piensa, no hay más sonidos que las aisladas explosiones del fuego y el tintineo de los vasos. Pensar antes de actuar con sabiduría. Eso es lo que hace.

Es lo que hacen los líderes.

Lo sé porque le he prestado atención durante muchos años. Y puedo darme cuenta de que yo no soy así.

La reina respira hondo.

—Ninguno de mis intentos ha mejorado la situación. ¿Qué sugieres tú, Nicholas?

—Necesita espacio para… aclimatarse. Un tiempo fuera del foco de atención para tomar dimensión de su nueva posición y de las responsabilidades que implica. Para aprender, a su modo, las cosas que tiene que aprender. Y apropiarse de ellas.

—Espacio. —La reina golpea la mesa con un dedo—. Muy bien, si espacio es lo que el muchacho necesita, espacio es lo que tendrá.

No estoy seguro de que me guste el tono.



Dos semanas más tarde, estoy seguro de que no me gusta.

El castillo de Anthorp.

Me mandó al puto castillo de Anthorp.

No está en medio de la nada: está al fondo de la nada. En la costa, con el océano congelado y acantilados escarpados a un lado y el bosque al otro. Lo más parecido a un pueblo está a una hora en coche. Esto no es «espacio», es destierro.

¡Destierro! Ten piedad, di «muerte». Porque hay más terror en la mirada del exilio.

Romeo era un cobarde, pero, en este momento, lo entiendo.

Me siento en el centro de la cama de cuatro postes, jugueteando con la guitarra al ritmo de las olas bañadas con la luz de la luna cuando rompen debajo de mi ventana abierta. El aire es frío, pero el fuego que arde en la chimenea lo compensa. Mis dedos recorren las notas del *Aleluya* de Leonard Cohen. Es una canción reconfortante. Triste y deprimente, pero reconfortante en la sencilla repetición.

Molesto conmigo mismo, hago la guitarra a un lado y paso los brazos por la bata. Luego deambulo un poco por el castillo saludando a las espeluznantes armaduras apostadas al final de todos los pasillos. Aunque me vendría bien descansar un poco, no quiero ni intentar volver a dormir.

Porque han vuelto los sueños. Las pesadillas.

Fueron implacables cuando regresé del servicio militar: recordatorios del ataque que había matado a un grupo de soldados justo después de mi visita. Remitieron cuando se lo conté a Nicholas y Olivia y ellos me aconsejaron ponerme en contacto con las familias de los caídos.

Pero la noche que puse un pie en el castillo de Anthorp, regresaron con ensañamiento y un nuevo giro muy cruel. Ahora, cuando me arrastro por una habitación plagada de cadáveres buscando supervivientes, no son los rostros sin vida de los soldados los que me miran. Es el rostro de Nicholas y de Olivia… de la abuela. Me desperté jadeando y chorreando sudor.

No es gracioso.

Así que, esta noche, voy a caminar.

Finalmente termino en la biblioteca de la planta alta. Me siento en la silla detrás del escritorio, cojo la página de uno de los documentos apilados y leo las leyes que dictan el matrimonio del heredero al trono que, básicamente, son una lista de requisitos para la novia.

«Aristocracia verificable en su linaje en el marco de una unión marital reconocida».

Aunque, más adelante, deja caer que los bastardos pueden llegar a aceptarse. Qué progresista.

«Documentación certificada que acredite la ciudadanía wesconiana por derecho de nacimiento».

Supongo que eso deja afuera a los robots y los clones.

«La virginidad será verificada introduciendo en la vagina dos dedos del internista real para confirmar que el tejido del himen esté intacto».

El que haya pensado esto es un sádico hijo de puta. Y, definitivamente, hombre. Dudo que fueran tan exigentes si la ley pidiera un examen de próstata a los miembros del Parlamento.

—Estoy haciendo té. ¿Quiere una taza?

Alzo la vista y veo a Fergus parado en el umbral, con bata y pantuflas, y una expresión hosca y apretada.

—No sabía que estabas despierto, Fergus.

—¿Quién puede dormir cuando está usted caminando por los pasillos como un gato en celo?

—Lo siento.

—¿Quiere una taza o no?

Devuelvo el papel a su pila.

—No, gracias.

Gira, luego se detiene y me vuelve a mirar para añadir por lo bajo.

—La reina era igual.

—¿Igual en qué?

—La dificultad para dormir. Cuando era joven, al cabo de tres horas se levantaba y empezaba como ese grotesco roedor con el bombo.

Se refiere al conejo de Energizer.

—No sabía eso de la abuela —digo despacio.

Va hacia un estante con libros, pasa el dedo por los lomos y toma un grueso tomo.

—La lectura la ayudaba. Este era su favorito.

El pesado ejemplar cae sobre el escritorio.

Hamlet. Interesante.

—¿Te das cuenta de que todos mueren? Al final, la reina, el rey y la dulce princesa mueren.

No es exactamente lo que imagino como materia de dulces sueños, en especial para mi familia.

—Dije que era la elección de su abuela cuando era joven, no la mía.

Se retira sin decir ni una palabra más.

Paso las páginas. Y hablo solo.

—*Sobre todo, sé sincero con ti mismo*. Es más fácil decirlo que hacerlo, Polonius.

Porque esta no iba a ser mi vida. Nada de esto es mío. El título, la responsabilidad, deambular entre estos fríos y antiguos muros de piedra con el sonido de mis putos pasos como única compañía. Y, aunque se supone que me estoy aclimatando, la verdad es que no es cierto.

Porque Nicholas se equivoca. Yo soy su punto ciego; siempre lo he sido. Lo uso para mi propio beneficio cuando me conviene. Es bondadoso y tiene buenas intenciones… pero se equivoca.

Y todos estamos jodidos.

El silencio se cierra y me incomoda. Me recuerda a una puta tumba. Y las palabras se repiten en mi cabeza como un fantasma susurrante.

Sobre todo, sé sincero con ti mismo.

Tal vez ese sea el problema. Y la solución.

Me pongo de pie y camino. Pienso. Pienso mejor cuando camino. Pienso mucho mejor después de un buen polvo, pero parece que mis deseos no son órdenes…

La cuestión es que hace mucho tiempo que no me siento yo. Tengo que recuperar mi ritmo. Tengo que recuperar mi locura. Tengo que ser yo por un tiempo.

Y luego tengo que estar con diez mujeres… tal vez con una docena completa.

La política y el golf se me dan fatal, soy pésimo a la hora de tomar decisiones con sabiduría o en hacer lo que me ordenan, pero esto de divertirme siempre se me ha dado bien. Montar un espectáculo. Hacer feliz a la gente. Soy el alma de la fiesta y un anfitrión increíble.

Moldeo la idea como si fuera plastilina y, al cabo de un rato, comienza a tomar forma. No pedí esto, pero es hora de apropiármelo. Si voy a fracasar estrepitosamente, quiero fracasar a mi

modo. Retirarme por todo lo alto.

Y con una fiesta. Una fiesta de un mes, con el castillo rebosante con veinte hermosas mujeres peleando por mi atención. *Emparejados: Edición Real* de pronto parece una puta idea maestra.

¿Qué podría salir mal?

Y, como si fuera una señal divina, la tensión en mis hombros retrocede. El peso que tenía sobre mi pecho y me hacía pensar que siempre estaba al borde de un infarto, afloja.

Y me siento… Bien. Como si lo tuviera todo bajo control.

Me pongo de pie, dejo los documentos y las leyes ridículas detrás. Voy a mi habitación, cojo mi cartera y deslizo la tarjeta de bordes afilados que sigue dentro.

Luego cojo el teléfono y marco.



Capítulo 4

Sarah

—Oh, ¡vaya mierda!

Miro el correo con la cita del señor Haverstorm, mi jefe. Y, a pesar del aire frío de esta tarde de verano, de inmediato el sudor invade mi frente.

La cola de caballo rubia de Annie se mueve como un látigo cuando se gira hacia mí.

—Oh, por Dios, ¡dime que alguien te ha enviado una fotopolla! —Estira las manos—. ¡Déjame ver, déjame ver! ¿De qué clase de polla estamos hablando? ¿Grande, rara…?

—¿Cojones colganderos? —agrega Willard desde su asiento al otro lado de la pequeña mesa de jardín redonda.

Annie aplaude.

—Hablando de cojones colganderos. —Come un gran bocado de ensalada con el tenedor—. ¿Alguna vez os he hablado de los de Elliot?

Busco los ojos color café de Willard y luego miro el reloj. Tres minutos con diecisiete segundos.

Ese es el tiempo que ha tardado Annie en mencionar a Elliot Stapleworth, el tremendo imbécil que tuvo por novio. Cortó con ella hace dos semanas, pero sigue perdidamente enamorada. Se merece algo mucho mejor. En especial porque no solo es un imbécil… es un imbécil que nunca oyó hablar de la depilación masculina.

—Eran los monstruitos más peludos que he visto en la vida. Como dos erizos bebés acurrucados entre sus piernas, pero nada adorables. Su vello púbico se me atascaba en la garganta todo el tiempo.

Esa es una imagen que no necesitaba.

Willard frunce el ceño.

—Qué asco. Nada arruina más un polvo. Mis chicos están suaves como el trasero de un bebé.

Y otra más.

Lo miré directo a los ojos.

—Vivía tranquila sin esa información.

Me guiña un ojo.

Annie se inclina hacia delante.

—Pero, ya que estamos hablando de eso, cuéntanos, Willard, ¿tus partes íntimas son… proporcionales?

Willard no llega al metro y medio; está apenas por encima del límite en que se consideraría enano. Pero su personalidad mide dos metros: audaz y directa, con inteligencia y sarcasmo a raudales. Me recuerda a Tyrion Lannister de *Juego de tronos*… pero más amable y guapo.

—¡Annie! —exclamo y me ruborizo.

Me da un empujón.

—Sabes que quieres saberlo.

No, no es cierto. Pero Willard quiere responder.

—Afortunadamente, soy desproporcionado. Igual que a un ciego al que se le desarrollan los otros sentidos, Dios me compensó en ese aspecto. —Mueve las cejas.

Asiente.

—Me aseguraré de decírselo a Clarice cuando quiera convencerla de que acepte tu invitación para salir este sábado.

Annie es una muy mala celestina. Y, aunque Willard es quien sufrió el daño colateral más de una vez, la sigue dejando intentarlo.

¿Alguien me repite la definición de locura?

Annie me mira.

—Ahora, volviendo a tu polla misteriosa, Sarah.

—El señor Haverstorm…

Se ríe.

—¿El señor Haverstorm? ¡Qué asco! Apuesto a que sus partes huelen a vegetales sobrecocidos. Se nota en ese rostro infeliz que tiene. Definitivamente bolas de brócoli.

Mierda. Me gustaba mucho el brócoli.

—Sarah no se refería literalmente a la polla del señor Haverstorm, Annie —explica Willard.

Annie agita las manos.

—¿Y entonces por qué la menciona?

Me quito las gafas para limpiarlas con el paño que llevo en el bolsillo.

—El señor Haverstorm me ha enviado un correo. Tengo que ir a su oficina luego del almuerzo. Parece algo serio.

Pronunciar esas palabras hace que mi ansiedad se descontrole. Me late el corazón, se me afloja la cabeza, la adrenalina corre por mis venas y puedo sentir el pulso en mi garganta. Aunque sé que es algo tonto, aunque mi cerebro sabe que no hay nada de lo que preocuparse, en situaciones impredecibles o cuando soy el centro de atención, mi cuerpo reacciona como si fuera la siguiente víctima en una película con un asesino serial. La que corre por el bosque con el psicópata de máscara y machete detrás. Lo odio, pero es inevitable.

—Recuerda respirar hondo y con calma, Sarah —dice Willard—. Seguro que va a darte un ascenso. Eres la mejor, todos lo saben.

Annie y Willard no solo son mis amigos, somos compañeros de trabajo en la Biblioteca Concordia. Willard trabaja abajo, en Restauración y Preservación, Annie en el departamento de Infantil y yo paso los días en Literatura y Ficción. Todos creen que la bibliotecología consiste en ordenar libros y enviar avisos de vencimiento de préstamos, pero es mucho más que eso.

Se trata de acoger a la comunidad, de tecnología de la información, de organización, de ayudar a otros a encontrar la aguja en el pajar que están buscando. Del mismo modo que el médico de emergencias debe tener diagnósticos y tratamientos al alcance de la mano, los bibliotecarios, si son buenos, tienen que conocer de muchos temas.

—En mi armario tengo el frasco que le robé a Elliot —dice Annie. Tiempo: tres minutos con cuarenta y dos segundos. Y el récord de nueve minutos con siete segundos sigue vigente—. ¿Quieres darle un trago antes de regresar? —ofrece Annie con dulzura.

Niego con la cabeza. Luego me subo los pantalones de niña grande hasta el cuello.

—Después os cuento cómo me ha ido.

Annie alza los pulgares de ambas manos y Willard asiente. Un mechón de su pelo marrón cae sobre su frente como si fuera el pícaro protagonista de una novela romántica. Los saludo con la mano y abandono el pequeño patio de piedra en el que nos juntamos a almorzar todos los días.

Cierro los ojos y respiro el conocido y reconfortante aroma a libros, cuero, papel y tinta de la fría recepción. Antes de que Wessco fuera una nación independiente, este edificio era una catedral escocesa, la Catedral de Concordia. Ha habido restauraciones a lo largo de los años, pero, por suerte, la estructura principal se conserva: tres pisos; enormes y majestuosas columnas de mármol; arcadas en las entradas y techos con molduras muy intrincadas. Trabajar aquí a veces me hace sentir como una sacerdotisa: de esas fuertes y poderosas. En especial cuando le busco a alguien un libro de esos difíciles de ubicar y veo cómo su rostro se ilumina. O cuando le recomiendo a un lector una saga o un autor que no conocía. Este trabajo es un privilegio y un honor: se trata de mostrarle a las personas un mundo completamente nuevo, lleno de personajes y lugares y emociones que no hubieran experimentado si no fuera por mí. Es mágico.

Mark Twain decía: «Encuentra un trabajo que ames y no tendrás que trabajar un solo día de tu vida».

Así me siento en la Biblioteca de Concordia.

Mis tacones hacen ruido en el suelo de piedra mientras avanzo hacia la escalera de caracol. Paso junto al escritorio redondo, saludo a la vieja Maud, que ha estado trabajando como voluntaria veinte horas a la semana desde que su marido, Melvin, murió hace dos meses. Luego veo a George en su sitio habitual: es uno de los fieles, jubilado, un soltero empedernido. Cojo dos de los periódicos locales de la pila y lo deslizo frente a él al pasar.

—Buenas tardes, George.

—Ahora sí que son buenas, querida —grita a mis espaldas.

En la pared lateral hay una hilera de escritorios con ordenadores, alineados como soldados, y veo la cabellera roja de Timmy Frazier sobre un teclado en el que escribe con furia. Timmy tiene trece años y es un buen chico, considerando que los chicos buenos también hacen fechorías. Tiene cinco hermanos pequeños, un padre estibador y una madre que trabaja limpiando a media jornada en la finca que está colina arriba.

La finca de mi madre.

Castlebrown es un pueblo precioso y diminuto (uno de los más pequeños de Wessco), una aldea de pescadores que nunca prosperó demasiado, pero se vive lo suficientemente bien como para que sus habitantes no vayan a otras tierras a buscar un mejor pasar. Es un viaje de cinco horas en coche desde la capital y, aunque la mayoría de la gente de aquí no se aventura tan lejos, solemos recibir visitantes que llegan desde la ciudad buscando pasar un fin de semana junto al mar.

St. Aldwyn, la escuela a la que asisten todos los chicos de la zona, está a diez minutos caminando, pero apuesto a que Timmy puede llegar en cinco.

—¿Por qué no estás en la escuela, Timmy Frazier?

Me regala una sonrisa torcida, pero no despega los ojos de la pantalla ni deja de teclear.

—Regresaré, pero tuve que escaparme de la cuarta y quinta hora para terminar este informe que tengo que entregar en la sexta.

—¿Nunca se te ocurrió hacer tus tareas el día anterior o incluso (Dios no lo permita) varios días antes de la fecha de entrega?

Timmy se encoge de hombros.

—Mejor a último momento que nunca, Sarah.

Me río, froto su cabello revuelto y sigo subiendo los escalones hacia el tercer piso.

Me siento cómoda con la gente que conozco: con ellos puedo ser graciosa y hasta sociable. Son las situaciones nuevas e impredecibles las que me ponen los nervios de punta. Y estoy a punto de meterme en una grande.

Maldita sea.

Estoy parada fuera de la oficina del señor Haverstorm mirando las negras letras de su nombre estampadas sobre el vidrio esmerilado, escuchando el murmullo de voces en el interior. No es que el señor Haverstorm sea un mal jefe… es como el señor Earnshaw de *Cumbres Borrascosas*. Su presencia es fuerte y poderosa.

Respiro, enderezo la espalda y golpeo la puerta con firmeza y decisión, como lo hubiera hecho Elizabeth Bennet. Porque no le importaba nada. Haverstorm abre la puerta, entrecierra los ojos, el pelo y el rostro blancos, la expresión seria y apretada, como un malvavisco pisado.

Por fuera, lo saludo con la cabeza y avanzo dentro de la oficina, pero por dentro tiemblo y me estremezco.

El señor Haverstorm cierra la puerta a mis espaldas y me paro en seco cuando veo a Patrick Nolan sentado al otro lado de su escritorio. No es el bibliotecario estereotípico: parece más un atleta de triatlón, puro músculo y hombros anchos y una competitividad feroz en los ojos.

Pat no es tan imbécil como Elliot, pero está cerca.

Me siento en la silla vacía junto a Pat mientras el señor Haverstorm ocupa su lugar detrás del escritorio

—Lady Sarah, le estaba explicando a Pat la razón por la que os he convocado a esta reunión.

No hay que confundir el *lady* que antecede a mi nombre como una señal de respeto. Es una cuestión protocolar, la manera correcta de dirigirse a la hija de una condesa. No tiene ningún significado especial.

Tal vez estoy siendo paranoica (suele pasar), pero tengo esa sensación pesada en el estómago, como si en cualquier momento el hilo que me sostiene en pie fuera a quebrarse y mis órganos vitales fueran a caer al suelo.

Me obligo a hablar.

—¿Sí?

—Fuimos seleccionados como anfitriones para el Simposio de Bibliotecas del Distrito Norte de este año.

No solo esto no es bueno… es malo. Muy, muy malo.

—Como sede, necesitamos que cada departamento prepare una presentación y, considerando el tamaño y la envergadura de nuestro departamento de Ficción y Literatura, creo que Patrick y tú podríais preparar presentaciones separadas pero complementarias.

Y ahí el estómago me da un vuelco. Y el bazo. Estoy bastante segura de que el hígado también está en alguna parte.

—Necesito el tema y un esquema general para finales de semana, así puedo asegurarme de que no haya solapamientos.

Abro y cierro los labios, como si tuviera la boca de un pez, pero no hay palabras. ¡Respirar! Necesito respirar para poder hablar. *Idiota.*

—Señor Haverstorm, no estoy segura de poder…

—Sé que no te gusta hablar en público —dice el señor Haverstorm hablándome encima. Eso pasa. Mucho—. Pero vas a tener que superarlo. Esto es un honor y un requisito de tu puesto. No tienes excusa a menos que sea una cuestión de fuerza mayor. Si no puedes cumplir con tus obligaciones, desgraciadamente tendré que reemplazarte por alguien que pueda.

Mierda. Joder. Me cago en…

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Bien. —Asiente—. Manos a la obra, entonces. —Todos nos levantamos. Pat y yo avanzamos hacia la puerta—. Lady Sarah —dice el señor Haverstorm—. Con gusto repasaré la presentación contigo cuando esté lista si eso te sirve de ayuda. En serio quiero que te vaya bien.

Sonrío.

—Gracias, señor.

Luego le estrecha la mano a Patrick.

—Pat, ¿sigue en pie el partido de racquetbol de este sábado?

—Cuenta con eso, Douglas.

Suspiro por dentro. Más decepcionada conmigo misma que otra cosa. Porque juego al racquetbol, y la verdad es que soy bastante buena. Si tuviera un gramo de Miranda Priestley en *El diablo viste de Prada*, se lo diría, me autoinvitaría, me sumaría al plan.

Pero no.

El señor Haverstorm cierra la puerta y nos deja a Patrick y a mí solos en el pasillo. Pat sonríe con picardía y se inclina sobre mí. Retrocedo hasta quedar acorralada contra la pared. Es incómodo… pero no amenazante. Sobre todo, porque además de racquetbol hice aikido durante años. Así que, si Patrick intenta algo extraño, se llevará una sorpresa muy dolorosa.

—Seamos sinceros, Sarah: tú y yo sabemos que lo último que quieres hacer es dar una presentación frente a cientos de personas… cientos de colegas.

El corazón se me sube a la garganta.

—Entonces, ¿qué te parece esto? Tú haces la investigación, las diapositivas y esas cosas para las que yo no tengo tiempo, y yo me ocupo de la presentación. Te daré el crédito que te mereces, claro.

Claro. Ya he oído esto antes: en «trabajos en grupo» en los que yo, la chica tímida, hacía todo el trabajo, pero la extrovertida se llevaba toda la gloria.

—El sábado convenceré a Haverstorm… Soy como un hijo para él —explica Patrick y luego se acerca tanto que puedo oler el ajo en su aliento—. Deja que el Gran Pat se ocupe de esto. ¿Qué me dices?

Creo que hay un espacio reservado en el infierno para las personas que hablan de ellos mismos en tercera persona.

Pero, antes de que pueda responder, la voz firme y segura de Willard atraviesa el pasillo.

—Creo que te conviene retroceder, Nolan. Sarah no solo lo hará, sino que además será sensacional.

Pat agita una mano.

—Silencio, gnomo… están hablando los adultos.

Y vuelve la adrenalina, pero esta vez no está provocada por la ansiedad… sino por la furia. Indignación.

Me despego de la pared.

—No le llames así.

—No le molesta.

—A mí me molesta.

Me mira con algo parecido a la sorpresa. Luego resopla y se gira hacia Willard.

—¿Siempre dejas que las mujeres libren tus batallas?

Doy otro paso al frente y lo obligo a retroceder.

—¿Crees que no puedo dar guerra porque soy mujer?

—No, creo que no puedes dar guerra porque eres una mujer que apenas puede hilar tres palabras seguidas si hay más de dos personas en la habitación.

No me duele la observación. Es así.

Pero esta vez no.

Sonrío despacio, con malicia. De pronto, soy la encarnación de Cathy Linton: testaruda y orgullosa.

—Hay más de dos personas aquí. Y tengo más de tres palabras para ti: vete a la mierda, simio idiota y egoísta.

Su expresión es casi graciosa. Como si no pudiera decidir si lo sorprende más que tenga este repertorio de insultos o que lo haya dicho en voz alta: y no en el buen sentido.

No pestañeo hasta que baja la escalera y desaparece.

Willard aplaude despacio mientras camina por el pasillo hacia mí.

—¿Simio?

Me encojo de hombros.

—Es lo primero que me vino a la mente.

—Impresionante. —Luego hace una reverencia y me besa la mano—. Has estado magnífica.

—Nada mal, ¿no? Ha estado bien.

—Y no te ruborizaste ni una vez.

Me aparto el pelo de la cara riéndome de mí misma.

—Parece que me olvido de los nervios cuando estoy defendiendo a alguien.

Willard asiente.

—Bien. Y, aunque odie ser el idiota que lo señala, hay algo más en lo que deberías comenzar a pensar lo antes posible.

—¿En qué?

—La presentación frente a cientos de personas.

Y así sin más, ese sentimiento de presión vuelve a apoderarse de mí.

Así debe de ser que te condenen a muerte.

Me apoyo contra la pared.

—Oh, cojones de brócoli.



Capítulo 5

Sarah

Salgo de trabajar y camino hacia mi piso, que está a pocas manzanas. Mi edificio es sencillo, pero está bien conservado, con un jardín y una sala de estar en el techo. Hay una pareja recién casada con un bebé muy pequeño en el piso de arriba (David, Jessica y el pequeño Barnaby) y una pareja de ancianos, Felix y Belinda, que llevan juntos cuarenta años, en el de abajo.

Pongo las llaves en el recipiente de cristal junto a la puerta, como siempre. Luego me quito el abrigo y los zapatos y los meto en el armario. También, como siempre.

Vivo sola y no tengo mascotas, así que todo está exactamente como lo dejé esta mañana. Ordenado e impoluto, con el sofá *beige*, los cojines terracota, cortinas al tono, fotografías de mi madre y de mi hermana en el recibidor y las portadas de mis libros favoritos enmarcadas en las paredes.

La estrella de mi sala de estar no es la televisión de pantalla plana ni la chimenea de la esquina. Es la biblioteca, encerrada entre dos ventanas.

Seis estantes que llegan hasta el techo, hechos de madera flotante. La encontré en un rastrillo hace unos años. Entonces era un mueble roto, simple y soso (un poco como yo), pero vi que las tablas eran sólidas y que no iban a ceder. Así que la traje a casa, la lijé, la pulí y puse en ella mi posesión más preciada: la colección de primeras ediciones de novelas clásicas. Jane Austen al completo, las hermanas Bronte, Dickens… aquí están todas. Aunque disfruto del romance contemporáneo o de la literatura para chicas como cualquier mujer, siempre vuelvo aquí: a las historias que, después de tantas relecturas, me conmueven tanto como la primera vez.

El apartamento es pequeño, apenas se ve una franja del océano plateado desde la ventana del dormitorio, pero lo pago yo, no el fideicomiso de la familia.

Me da satisfacción ganar mi propio dinero. Da una sensación de autosuficiencia: como saber encender un fuego frotando dos ramas. Una habilidad de supervivencia. Podría sobrevivir en la naturaleza si tuviera que hacerlo.

Lo que sucede cuando dependes de los demás es que controlan una parte de tu felicidad. Pueden alimentarla o destruirla en cualquier momento. Tu destino no te pertenece. Ya he visto como acaba eso: no es un final feliz. Puede que mi vida sea pequeña y sencilla, pero es toda mía.

En la cocina, lleno la tetera con té. Normalmente comenzaría a preparar la cena, pero es miércoles y los miércoles y domingos ceno con mi madre y Penélope.

Falta una hora para tener que irme, así que será de té y… *Sentido y sensibilidad*. Es la lectura perfecta. La cantidad necesaria de drama y angustia para que sea interesante, pero, en general, ligereza y entretenimiento con final feliz. El coronel Brandon es mi personaje favorito: el marido literario definitivo. Hace que la bondad y la dignidad sean *sexy*. Algún día conoceré a un hombre como él: romántico, leal y caballeroso. Y me da igual si suena tonto, inmaduro o ingenuo.

Porque tengo una teoría.

Si las pesadillas pueden volverse realidad (y a veces pasa), lo mismo puede ocurrir con los

sueños felices.

Cuando está listo el té, me zambullo en el diván de mi dormitorio, me cubro las piernas con una manta suave, abro el libro… y me olvido del mundo.



Algunas personas miran a sus familias y se preguntan si son adoptadas. Otras desean serlo.

Yo nunca tuve esa duda. Porque mi madre es claramente la combinación entre mi personalidad y la de mi hermana. O tal vez nosotras somos las mitades de la suya. Es ermitaña: odia las ciudades, evita las fiestas, casi nunca deja el pueblo. Y no invita amigos (al menos no humanos). Es más feliz en el invernadero, cuidando a sus plantas y hablándoles. Pero aquí, en los confines de su reino personal, es el alma de la fiesta. Es colorida y exuberante, como Penélope. En los últimos años, comenzó a vestirse con soleros de seda de coloridos arabescos que se hace traer desde China y se tiñe el pelo de rojo intenso: lo que la convierte en un cruce entre la señorita Dashwood de *Sentido y sensibilidad* y Shirley MacLaine en su época dorada.

Algunas personas de nuestro círculo social la tachan de excéntrica. Otros la llaman Condesa Loca. A Penny le gusta decir que «toca su propio tambor». Pero yo no creo que mi madre esté loca. Lo que ocurre es que intentó vivir bajo las reglas de los demás y no funcionó. Así que, ahora, vive como quiere… y los demás pueden irse a la mierda.

—Hola, querida —me saluda en voz baja.

Mi madre siempre habla en voz baja, suave. Así la criaron. Pero no hay que confundir suavidad con debilidad. Las resoluciones más firmes suelen pronunciarse con calma.

Stanhope, nuestro mayordomo, coge mi abrigo sacudiendo las gotas que han empezado a caer. Mi madre me lleva hacia el comedor con una mano en mi cintura, la rodea el familiar aroma a lilas.

—Cuéntame cómo van las cosas en la biblioteca.

—De pena.

—¿De pena? Eso no suena bien. ¿Qué ha pasado?

Nos sumamos a la mesa con Penny, que está escribiendo en su móvil. Durante el primer plato, relato mi cuento de terror. Aunque las cenas semanales son informales, Penélope va muy elegante, con un vestido turquesa que resalta su piel blanca y su pelo rubio recogido en un moño. Siempre le gustó jugar a los disfraces y, con veintitrés años, no deja pasar ninguna ocasión para lucirse.

A diferencia de otras madres, la mía nunca me presionó para que me casara o tuviera citas. Penélope lo hace por las dos.

Cuando acabo de contárselo todo, mi madre dice:

—Mi pobre niña. ¿Qué vas a hacer?

—No tengo muchas opciones. Voy a tener que hablar en el simposio y rezar para no vomitar ni desmayarme.

Penny sonríe con malicia sin despegar la vista de su teléfono.

—Tal vez te convenga avisar de que nadie se siente en las primeras filas, por si acaso. Puedes decir que es el área de peligro de salpicaduras, como en los parques de atracciones.

—Gracias por la ayuda, Pen.

Alza la vista.

—Te puede venir bien, ¿no crees? Salir de tu zona de confort.

—Lo mismo se puede decir del servicio militar obligatorio, Penélope —comenta nuestra madre.

En Wessco, todos los ciudadanos, sean hombres o mujeres, tienen que cumplir con dos años de servicio en el ejército.

Con dramatismo, Penny se hunde en su asiento, abriendo los brazos como cristo en la cruz.

—¡No es lo mismo, para nada! No sirvo para hacer de soldado: no se me ha criado para trepar o sudar. —Se revisa la manicura para asegurarse de que no le haya saltado ninguna uña de solo mencionar esas actividades—. Quise convencerlos de que me dejaran prestar servicio en el SOW. —El SOW es el Servicio de Organización de Wessco: organizan espectáculos para entretener a las tropas. Y Penélope siempre soñó con el estrellato: es muy bajita para ser modelo, pero sin duda tiene el dramatismo necesario para ser actriz—. Es más lo mío. Atuendos brillantes y coreografías. Pero dijeron que va contra las órdenes.

—Sí. —Sonrío con malicia—. A los militares les gusta que se cumplan sus órdenes. Así de raros son.

Me saca la lengua.

Antes de que pueda decidir con qué gesto obsceno responderle, un trueno ruge con fuerza, la porcelana y los cristales tiemblan en la mesa.

La lluvia golpea la ventana y, segundos más tarde, otra explosión retumba en la casa: esta vez sacude las paredes. Un estante cede, los platos decorativos y figuras que sostenía caen al suelo y explotan en mil pedazos, como diminutas granadas de cristal.

Cierro los ojos, pero no sirve de nada: todo se vuelve gris.

Trago una enorme bocanada de aire. Siempre es así, como si saliera a la superficie segundos antes de morir ahogada.

—Ahí estás —dice mi madre desde su silla mientras Penélope, al otro lado, me acaricia la espalda en pequeños círculos.

—Esta vez ha sido largo —dice Penélope, preocupada—. Más de diez minutos.

Y la vergüenza que tan bien conozco se apodera de mí.

—Lo siento —susurro.

—Nada de eso —me interrumpe mi madre apretando un paño húmedo y frío contra mi frente.

—Vayamos al salón, madre —dice Penélope—. Sarah estará más cómoda en el sofá.

Asiento, sin preocuparme por la comida que queda: creo que todos hemos perdido el apetito. Mi hermana me ayuda a levantarme y, aunque me tiemblan las piernas, le sonrío.

—No pasa nada. Ya estoy bien.

Cuando me siento en el salón, la mucama de la planta baja, Jenny, me pone en la mano un vaso de brandi. Lo sorbo despacio.

—Estuve leyendo sobre un nuevo especialista en meditación, Sarah. Creo que deberías

agendar una cita —me dice mi madre—. Es budista y dicen que es muy bueno.

Los doctores lo llaman «estado de fuga disociativa temporal». Provocado por el estrés, la ansiedad y el trauma, disparado por ruidos fuertes, sobre todo cristal roto. Pero es inconsistente. Hay veces que puedo oírlo sin ninguna reacción; y otras, el rumor de un vaso que cae a la distancia en un restaurante puede hacerme «parpadear».

Podría ser peor: hay personas que sufren episodios que duran días y hasta semanas, y los pobres deambulan y hacen cosas que no recuerdan cuando regresan. Mis episodios duran segundos o pocos minutos. No me muevo ni hablo: es solo como si me… muriera, pero siguiera respirando. He intentado solucionarlo con medicación, pero no ayuda mucho y los efectos secundarios son desagradables. Lo intenté con hipnosis, terapia, acupuntura… pero también fueron inefectivos.

—Lo que tú digas, madre.

Disfrutamos de nuestras copas en silencio antes de que Stanhope entre a la habitación.

—Hay visitas, condesa.

—¿Visitas? —Mi madre mira hacia las ventanas empapadas—. ¿Quién puede salir con este desastre? ¿Se les ha averiado el coche?

—No, mi señora. La joven dice que se llama Nancy Herald. Pide disculpas por no haber concertado una cita y le envía su tarjeta. Parece que es una propuesta de negocios.

Mi madre hace un gesto de rechazo con la mano.

—No tengo tiempo ni interés en propuestas de negocios. Dile que se vaya, por favor. —Stanhope pone una tarjeta sobre la mesa, hace una reverencia y se retira. Penny la coge mientras le da un sorbo a su bebida, la mira y escupe el brandi en la alfombra—. ¡Penélope! —grita mi madre.

Mi hermana se pone de pie y agita la tarjeta sobre su cabeza como Veruca Salt cuando consigue el pase dorado para entrar a la fábrica de chocolate.

—¡Stanhope! —grita—. ¡Que no se vaya! ¡Es productora de televisión! —Penny se gira hacia mí y, en voz más baja pero desesperada, dice—: Es productora de televisión.

Como si no la hubiera oído la primera vez.

Luego sale corriendo de la habitación. O… lo intenta. A mitad de camino, se tropieza con la alfombra y se cae de bruces al suelo.

—¿Estás bien, Pen?

Se pone de pie y agita una mano:

—¡Estoy bien! O lo estaré… ¡pero que no se vaya!

A la segunda va la vencida y Penélope consigue salir de la habitación tan rápido como le permiten sus tacones de quince centímetros.

Mi madre sacude la cabeza por la retirada de mi hermana.

—Demasiado azúcar. —Luego vacía su copa—. Seguro que la productora quiere filmar la propiedad —añade mi madre—. Recibo una solicitud al mes de promedio.

Unos segundos más tarde, llega desde la entrada el eco de las palabras rápidas y agudas de Penélope y, en seguida, entra al salón. Lleva del brazo a una mujer bajita con la ropa empapada. Stanhope las sigue como una sombra.

—Madre, Sarah, ella es Nancy Herald. Es productora de televisión.

Me pongo de pie y alargo una mano.

—Hola, señorita Herald. Dime, ¿eres productora de televisión? No me ha quedado claro.

Le guiño un ojo a mi hermana. Responde con un resoplido.

—En realidad, asistente de producción —responde estrechándome la mano—. Un placer conocerte.

Stanhope interrumpe:

—¿Puedo tomar su abrigo, señorita Herald? ¿Y ofrecerle una bebida caliente?

—Gracias. —Le pasa la prenda chorreante—. Si tienes, un café sería sensacional.

Sin levantarse, mi madre le hace un gesto para que tome asiento.

—¿Qué la trae por aquí con este clima tan espantoso, señorita Herald?

Sonríe, se sienta, y saca una carpeta del maletín que lleva en la mano.

—Antes de explicarlo, voy a tener que pedirles que firmen un acuerdo de confidencialidad. Entiendo que es extraño, pero traigo una oferta especial para… —Mira sus papeles—. Sarah y Penélope Von Titebottum. —Nos mira a mí y a mi hermana—. Para ambas, pero es un secreto de estado, así que necesito un acuerdo de confidencialidad por escrito. No están obligadas, pero no podré hacerles la oferta de otro modo.

Penélope ruega con los ojos… y con la boca.

—¡Por favor, mami! Sarah, por favor, por favor, ¿porfa?

Mi madre resopla y pone los ojos en blanco.

—De acuerdo, pásamelo.

Firmamos el breve documento, de un solo párrafo. Y Stanhope apoya una taza sobre la mesa para la señorita Herald. Guarda los formularios, bebe un sorbo del líquido humeante y, cuando nuestro mayordomo abandona la habitación, se inclina hacia delante.

—¿Habéis oído hablar del programa *Emparejados*?



—De ninguna manera —declara mi madre cuando la señorita Herald termina de contarnos sobre qué irá la edición real del programa de citas.

—¡No! —chilla Penélope—. Por supuesto que hay maneras.

—Para mí no. —Niego con la cabeza—. Gracias por la propuesta, señorita Herald, pero ni siquiera me gusta tomarme fotografías. No tengo ningún interés en salir en un programa de televisión.

—¿Y en ser reina?

—Tampoco.

Penny levanta una mano.

—¡Pero yo sí! ¿Puedo sumarme, aunque Sarah no lo haga?

—Por supuesto.

—Por supuesto que no —dice mi madre con firmeza.

Penélope está ofendida.

—Madre, te estás comportando como si no confiaras en mí.

—Así es. —Se encoge de hombros—. Hay ejemplos de sobra de tu falta de criterio, querida. Veamos… el tatuador.

—Fue una fase.

—El malabarista de circo.

—¡Era interesante!

—El presidiario.

Penny se estremece.

—Estar prófugo no era tan romántico como imaginaba. —Se arrodilla frente a la silla de nuestra madre—. Pero esto es diferente. No se trata de un chico…

—¿No?

Penny pone los ojos en blanco.

—Henry es muy divertido y guapo, pero es un mujeriego… todos lo saben. Cuando se case, no tendrá una amante; tendrá todo un harén. Jamás funcionará. —Luego vuelve a rogar—: Pero sabes que me encanta actuar. Esto puede abrirme puertas, madre. Para tener una carrera de verdad.

Mi madre cierra los ojos.

—Me arrepentiré de esto… pero, está bien. —Penny empieza a celebrarlo y mi madre levanta un dedo para poner su condición—. Si Sarah te acompaña para cuidarte y ser la voz de la conciencia (porque está claro que naciste sin eso), puedes participar.

Penélope la envuelve con un brazo.

—¡Gracias, mami! —Luego se gira hacia mí. Se la ve tan esperanzada que me rompe el corazón—. ¿Sarah?

—Penny… no puedo. Tengo mi piso, mi trabajo. No puedo dejarlo todo durante…

—Seis semanas en total —aporta la productora.

—Seis semanas. Lo siento, Pen.

Se arrastra de rodillas hacia mí… es probable que se las rasque.

—Por favor, Sarah. Esto podría cambiarlo todo. —Eso es lo que temo—. Va a ser muy divertido. La mejor de las aventuras.

Y me duele el pecho. Porque quiero esto para ella, quiero poder hacerlo por ella, pero la perspectiva de tanto cambio, tantas cosas desconocidas, me aterra.

—No creo poder hacerlo, Pen —susurro.

Entrelaza nuestras manos.

—Lo haremos juntas. Nos cubriremos las espaldas mutuamente.

Abro la boca… pero las palabras quedan atrapadas en mi garganta.

—Penélope tiene que presentarse al servicio militar el mes que viene —le dice mi madre a la productora.

—Podemos ocuparnos de eso —dice la señorita Herald—. Tenemos un edicto firmado por el príncipe Henry que autoriza a todas las participantes a ausentarse del trabajo, la universidad o cualquier otra obligación por asuntos confidenciales con la corona. Es un Acto Oficial de Realeza.

Sus palabras me dejan helada.

—¿Qué acabas de decir?

—Un Acto de Realeza. Es como una proclamación, una orden de la Corona…

—O un acto divino —susurro.

—Sí, exactamente.

Mi mente empieza a trabajar.

—¿Podrían darme uno a mí? ¿Una carta para ir con Penny como su… asistente?

—Por supuesto. Muchas chicas llevan personal: cocineros, peluqueros, instructores de yoga, paseadores de perros… será interesante.

—Pero ¿pueden conseguirme la carta? —insisto—. ¿Para faltar al trabajo durante seis semanas enteras?

—Claro.

Miro a Penélope y esta levanta las cejas. Porque sabe exactamente lo que estoy pensando.

—Eso no cambia nada, ¿o sí?

Claro que sí. Mataríamos dos pájaros de un tiro.

La decisión está clara.

Nunca he sido animadora, pero si tuviera unas porras en este momento, las agitaría hasta que se me cayeran las manos. *¡Yupi, televisión!*

—¿Dónde firmamos?



Capítulo 6

Henry

Estoy impresionado. Dos semanas después de llamar a Vanessa Steele, casi no reconozco el castillo. La actividad es permanente. El personal técnico está colgado de las vigas, instalando las luces y las cámaras con cuidado de no dañar el edificio histórico, por supuesto. Fergus estaba muy alterado con ese tema, pero conseguí tranquilizarlo.

Siempre hay alguien con quien hablar, alguien que me saluda o me hace una pregunta o menciona lo feliz que está de poder trabajar conmigo.

Es sensacional.

Los escenógrafos están instalando decoraciones y canastas con flores por aquí y por allá y lanzando toda clase de exclamaciones frente a las pinturas antiguas, las armaduras y lo que Nicholas bautizó como El Muro de la Muerte. Es una enorme pared en el salón principal cubierta de suelo a techo con armas que usaron nuestros ancestros en el campo de batalla. Escritores y directores caminan por la propiedad pensando escenas y listando las locaciones.

Asistentes de dirección y asistentes de producción y asistentes de los asistentes de producción hacen de las suyas mientras yo espero que pronto sea mi polla la que consiga su asistente.

Pero entonces, en la biblioteca, Vanesa destruye mis esperanzas tan rápido como el carruaje de Cenicienta vuelve a convertirse en una triste calabaza.

—Nada de sexo.

Repasamos mi contrato. No tuve que firmar un acuerdo de confidencialidad con una cláusula de incumplimiento por cincuenta millones de dólares como el resto, pero tengo reglas.

Reglas agobiantes. Por todos lados hay cosas que sí, cosas que no, cosas que sí o sí y cosas que «ni se te ocurra».

¿Es que ya nadie sabe divertirse?

—¿A qué te refieres con nada de sexo? He visto tu programa: es puro sexo. Pixelan las mejores partes, pero hay sexo en un pícnic, sexo a la luz de las velas, sexo luego de caminar por el bosque. Es la parte que esperaba con más ganas.

Sacude la cabeza y su cabello corto se mueve.

—Prepárate para la desilusión. Esta es la edición real. Es especial. Reglas especiales.

—No quiero ser especial. Quiero ser como el resto de tíos de tu programa. Solo que más guapo. Chuparle la cara a una participante por la mañana, tener sexo con otra por la tarde. Y nadie se enfada. Es un fascinante experimento de comportamiento humano. —Aplaudo—. Bravo, querida.

Pero sigue sacudiendo la cabeza. *Mierda*.

—En este caso, venderemos la fantasía. El cuento de hadas. Que la mujer que elijas será tu reina. Y, para que esa fantasía se sostenga, puedes divertirte, pero no puedes tener sexo.

—¿Me estás diciendo que has encontrado a veinte nobles vírgenes?

Porque, si ese es el caso, esto no será ni la mitad de divertido de lo que imaginaba.

—Te estoy diciendo que no importa si son vírgenes siempre que la audiencia lo crea. —Mira por la ventana y golpea los dedos contra el escritorio—. O sea, solo quieres pasarlo bien, ¿no? No pensabas casarte con ninguna de estas chicas, ¿verdad?

—No planeo casarme a corto plazo, bonita. Mi hermano ya se ocupó de la publicidad positiva y, aunque uno de mis deberes sea engendrar un heredero, los hombres pueden tener hijos pasados los cincuenta, así que tengo mucho tiempo para afinar la puntería. —Alzo el vaso de *whisky* para brindar con el Todopoderoso—. Alabado sea Dios.

Vanessa asiente.

—Perfecto. Entonces creo que ambos conseguimos exactamente lo que buscábamos, Henry. —Repaso el resto del contrato—. Deberías pedirle a un abogado que lo lea.

—No hace falta. —La miro con el bolígrafo en la mano—. Las mamadas no están prohibidas, ¿no?

Vanessa se ríe.

—No. Pero sé discreto.

Le guiño un ojo.

—Deberían haberme puesto «Discreto» de segundo nombre.

Después de «Sarcástico».

Firmo la última página y siento florecer una ansiedad que hubiera sido la envidia de John Hancock. Vanessa coge el contrato y lo desliza en la carpeta de cuero.

—Felicidades, acabas de comprarte un mes entero de diversión. —Me recuesto en la silla y cruzo los brazos en la nuca, feliz con el mundo—. Ah, una cosa más sobre tu personal.



Diez minutos más tarde, todos están reunidos en la biblioteca. Cook, Fergus, James y el equipo de seguridad forman un círculo conmigo en el centro, como si fueran un equipo de fútbol al que tengo que guiar hacia la victoria.

—Ya le expliqué a la señorita Steele que no es necesario que mi personal firme acuerdos de confidencialidad porque la Casa de Pembrook, de la que todos formáis parte, es buena y honorable. —Miro a los ojos a cada persona, poniendo especial atención en Fergus—. ¿No es así? —La abuela no es la única que sabe manipular—. Eso quiere decir que solo hay una regla: nadie le cuenta nada a la reina. Quiero que quede muy claro. —Despacio, sigo avanzando hacia cada uno. Fergus aleja la mirada, Cook sonríe, parece que James y sus chicos van a vomitar. Estiro una mano con la palma hacia abajo y les hago un gesto para que vayan poniendo las suyas encima—. ¿Qué dicen?

—Tus padres se retuercen es sus tumbas, que Dios se apiade de sus almas —lanza Ferguson haciéndose la señal de la cruz.

Por dentro, me estremezco.

Por fuera, me encojo de hombros.

—No va a ser la primera vez, viejo. —Entonces, es Fergus el que se estremece y baja la vista, avergonzado—. Vamos —los aliento—, no os deprimáis. Así se hacen las cosas ahora. El Papa tuitea, la política sucede en las redes sociales y el heredero al trono encuentra pareja en un

programa de televisión.

—Es cursi y de mal gusto —protesta.

—¿Dónde has estado? El mundo entero se ha vuelto cursi y de mal gusto. —Entonces mi voz cambia, se ablanda, y casi me creo mis propias palabras—. Pero ella podría estar ahí fuera, Fergus, esperando a que la encuentre. La mujer que voy a amar, la futura madre de mis hijos, la dama que está destinada a ser la reina de Wessco podría estar entre ellas. ¿No sería una gran historia?

Me mira fijamente, pero su expresión no se ablanda en lo más mínimo. Sin embargo, por fin asiente, da un paso hacia delante y pone su mano sobre la mía.

—Tu padre se hubiera reído mucho de esto. Siempre tuvo un lado rebelde.

Sonrío y le doy unos golpecitos en la espalda. Luego miro a Cook. Sonríe con dientes, tiene las mejillas redondas y, con un acento tan espeso como la melaza, dice:

—Yo no tuiteo como el Papa, pero… —Y une su mano a la mía y a la de Fergus.

James murmura con los muchachos, luego se gira hacia mí y habla por el grupo:

—Esto podría ser considerado traición, señor.

Resoplo.

—No. Nadie habla de traicionar los secretos de estado ni poner en riesgo la monarquía. Es solo que… lo que no sabes no puede hacerte daño.

El pobre James se masajea la nuca, parece que se va a cagar en los pantalones.

—No puedo mentirle a la reina, príncipe Henry.

Niego con la cabeza.

—Y nunca te pediría eso. Pero… a menos que te pregunte directamente, entonces no es mentir.

—Le envío reportes diarios a Winston. Me va a patear el trasero si se entera de que no le conté eso.

Sí, eso es complicado. Winston es el jefe de los hombres de negro del palacio.

—Entonces nos ocuparemos de que no se entere. Sigue enviando los reportes… pero que sean… vagos. Generales. «Todo bien en el Castillo de Anthorp, ¿qué tal por allí?». —Es el eslabón débil. Así que pongo todas mis cartas sobre la mesa—. Mira, James, ahora soy el heredero. Y sé que no soy Nicholas; jamás lo seré. Pero, si esto sale mal, no permitiré que os comáis el marrón, te lo juro. Así que todo se reduce a la confianza. Crees en mí o no.

Y de verdad necesito que alguien crea en mí. Aunque solo sea por un momento.

Los ojos azules de James leen los míos como si estuviera metiéndose en mi cerebro. Después de un rato largo, se pasa la mano por la cara.

—A la mierda. Estamos contigo, príncipe Henry.

Los muchachos asienten a sus espaldas y no puedo evitar sonreír.

Son buenos chicos. Siempre me han caído bien. Puedo ver que llegarán muy lejos.

James y el resto del equipo de seguridad suman su mano a la pila. Y, como no quiero ser un completo idiota, no grito ni lo celebro. Solo hago un gesto con la cabeza a cada uno, golpeo nuestras manos y digo:

—Estoy orgulloso de todos vosotros. Y agradecido. No os defraudaré. Vamos, equipo.



Capítulo 7

Sarah

El señor Haverstorm no está contento cuando le llevo la carta oficial de Acto de Realeza que me excusa del trabajo durante seis semanas. Pero sabe muy bien que no puede despedirme. Y, aunque voy a echar de menos la biblioteca, a los visitantes regulares y los almuerzos con Annie y Willard, al final vale la pena. El salto a lo desconocido que representa *Emparejados* se queda pequeño en comparación con el terror que me provoca hacer una presentación frente a cientos de personas. No hay punto de comparación.

Diez días después de que la señorita Herald apareciera en nuestra puerta, llega un coche para llevarnos a Penélope y a mí al Castillo de Anthorp. Está a una hora de Castlebrook. El perímetro está custodiado y es propiedad privada de la familia real, así que, aunque he leído algunos libros sobre la historia del castillo y he visto fotografías, nunca lo he visitado.

Cuando el coche aparca en la larga entrada y se detiene frente a unas puertas gigantes de madera y hierro, pienso por primera vez que un libro no le hace justicia a la realidad. El aroma a sal y mar está en el aire y el viento que llega desde el agua me vuela los cabellos. El sol brilla, aunque hace frío, y el enorme castillo de piedra gris con sus torres, cumbres puntiagudas, flores, banderas, puentes levadizos y fosas parece sacado de un cuento de hadas como *Cenicienta* o *La Sirenita*.

Sí, con las olas rompiendo contra el acantilado, *La Sirenita* es la comparación perfecta. Y es mi película favorita de Disney.

Un par de asistentes cogen nuestro equipaje y lo meten. Veo a otras mujeres (con ropa de diseñador y grandes gafas de sol) saliendo de coches cercanos. Algunas me resultan conocidas (la duquesa de Perth, Laura Benningon y Lady Cordelia Ominsmitch), pero al resto no las he visto en la vida, aunque estoy segura de que Penny sabe quiénes son. La señorita Herald nos recibe en el salón principal y nos hace un pequeño recorrido. Penélope escoge su habitación casi de inmediato: un dormitorio grande y rosado en el segundo piso, cerca de la escalera principal y de la acción.

—Si te parece bien, me gustaría explorar sola las inmediaciones —le digo a la señorita Herald—. Luego escogeré una habitación.

—No hay problema —responde—. Los técnicos, estilistas y maquilladores están en el ala oeste, pero puedes usar cualquier habitación que veas vacía.

Le entrega a Penélope su itinerario del día. La primera jornada de filmación es esta tarde, frente al castillo, con todos los participantes, incluido el príncipe Henry, para hacer las tomas de apertura del primer episodio. Antes de eso, Penny tiene una entrevista, una reunión con los estilistas y un cóctel para conocer a las otras chicas.

Le doy un abrazo a mi hermana antes de que la señorita Herald se la lleve.

—Diviértete, Pen.

Me mira con sus dulces ojos color café.

—Tú también. ¡Si ves algún fantasma, intenta sacarle una fotografía!

Cuando se alejan, camino despacio por el castillo, mirándolo todo, contemplando los techos y las paredes y todo lo que hay en el medio. Pienso en las personas que habrán estado en este mismo sitio, los pasos que estaré copiando: grandes lores y ladies, poderosos soldados y guerreros, valientes caballeros.

Es, al mismo tiempo, intimidante y excitante. Como si su energía y sus espíritus estuvieran en la piedra misma, hablándome, mostrándome el camino. Sin darme cuenta, termino en el tercer piso del ala este. Esta parte es más tranquila, un poco alejada del ajetreo de las zonas de filmación. La puerta cruje cuando la abro para entrar a la habitación.

Y me quedo sin aliento.

Oh. Mierda. Sí. He encontrado mi habitación. Porque es perfecta para mí, absolutamente perfecta.



Más tarde, a esa hora en que el sol cae en el horizonte, pero aún quedan unas horas de luz, el equipo completo de pretendientes y trabajadores se reúnen frente al castillo. Vanessa Steele, la productora ejecutiva anuncia que todos los asistentes y personas ajenas a la filmación deben quedarse dentro o alejados del *set*. Como es una escena en exteriores, no quiere arriesgarse a que salgamos en la toma.

Encontré el sitio perfecto para mirar: en el bosque que está al lado del castillo, sobre una colina, oculta detrás de un árbol por las dudas. Tengo una visión privilegiada de la entrada del castillo y, mientras tanto, he traído un libro para hacerme compañía. Sentada contra el árbol, suelto un suspiro de satisfacción. Esto es agradable. Luego abro el libro… y casi me infarto cuando alguien tose a mis espaldas.

No vi a nadie cuando vine hasta aquí.

Cierro el libro, miro con cuidado desde atrás del tronco. Y a cierta distancia… identifico la inconfundible figura de su alteza real, el príncipe Henry.

Suspiro y vuelvo a ocultarme detrás del árbol.

Crecí con las noticias de la familia real y con pósteres de los príncipes colgados de las paredes de mi dormitorio, como todas las chicas de Wessco. Nicholas era el serio, estable, educado y honorable… igual que el señor Darcy. Henry siempre se pareció más a Fiyero Tigelaar de *Wicked: Memorias de una bruja mala*: amante de la diversión, apasionado e inconsciente, preocupado solo por la próxima fiesta y su propio placer.

Me pongo de pie y me asomo desde detrás del árbol para espiar un poco más.

Se me acelera el corazón, se me nubla la mente y siento que se me cierra la garganta porque, santo Dios, ¡está viniendo hacia aquí! Sus pasos largos y determinados se dirigen a mí. Lo que significa que, cuando llegue, voy a tener que hablarle. Aunque nos cruzamos una vez (el año pasado, en una taberna, cuando estaba con su hermano y Olivia Hammond, que ahora es la duquesa de Fairstone), y, a pesar de que conozco los detalles de la vida del príncipe Henry John Edgar, no deja de ser un desconocido muy guapo. Y no se me da bien hablar con desconocidos.

Casi está aquí. *Mierda, mierda, mierda.*

Creo que estoy hiperventilando. Tal vez me desmaye. Lo que resolvería el problema de tener que hablarle, pero sería todavía más vergonzoso. Lo digo por experiencia.

Sacudo la cabeza. Solo tengo que pensar en algo para decir.

Y ahora el único pensamiento en mi mente es *pensarenalgoparadecir, pensarenalgoparadecir, pensarenalgoparadecir.*

Me sudan las manos y se me adormecen.

Podría preguntarle por su madre; eso siempre está bien. Pero… su madre está muerta.

Maldita sea.

Y… ya está aquí.

Bajo la mirada y me paralizo, como un ciervo ante las luces de un coche que se acerca. Miro sus botas, oscuras y brillantes como espejos. Me obligo a alzar la vista por sus largas piernas enfundadas en… ¿pantalones de cuero? Tiene las caderas y la cintura cubiertas con una americana blanca de botones muy brillantes con detalles púrpura y unas hombreras con cuerdas doradas sobre sus anchos hombros.

Es ridículo. Parece un disfraz barato de príncipe encantador y, sin embargo, le queda genial.

Lleva el último botón cerrado al cuello, lo que acentúa su *sexy* y masculina nuez. Tiene un mentón cincelado; una mandíbula fuerte; labios criminalmente gruesos; nariz recta; pelo rubio y unos ojos tan preciosos que te dejan sin aliento, sin palabras y sin pensamientos. Son de un tono de verde furioso, pero cálidos como esmeraldas debajo del sol. Recuerdo que la primera vez que nos vimos pensé que ninguna de las fotografías que había visto de él le hacía justicia. Y, en este momento, reafirmo ese pensamiento.

Si no fuera muda por naturaleza, ahora mismo lo estaría de todas formas.

El príncipe Henry frunce el ceño y me mira casi con disgusto.

—¿Se ha muerto alguien?

Y es una pregunta tan ridícula que me olvido de entrar en pánico.

—¿Qué?

—¿O eres una bruja? —Chasquea la lengua y sacude la cabeza—. Lo siento… ¿Wicana? ¿Pagana? ¿Adoradora de las artes oscuras? ¿Cuál es el término políticamente correcto ahora?

¿Esto está ocurriendo de verdad?

—Eh… creo que wicana es aceptable.

Asiente.

—Bien. ¿Y entonces eres wicana?

—No. Católica. No especialmente devota, pero…

—Mmm. —Señala mis manos con un dedo—. ¿Qué estás leyendo?

—Eh… *¿Cumbres borrascosas?*

Vuelve a asentir.

—Heathcliff, ¿no?

—Sí.

—¿Es sobre un gato gordo y naranja?

Mi mente da vueltas para intentar entender de qué está hablando. ¡La historieta! Cree que es la tira cómica de Heathcliff.

—En realidad, no, es sobre un hombre y una mujer que… —Entrecierra los ojos y me regala una sonrisa pícara que me hace ruborizar—. ¿Me está tomando el pelo, su majestad?

—Sí. —Se ríe—. Aunque se me da fatal, por lo que parece. Y, por favor, llámame Henry.

La voz me sale vacilante.

—Henry. —Sigue sonriendo, pero se ablanda: como si disfrutara de escuchar la palabra. Y luego recuerdo la referencia que debería haber hecho desde el principio—. ¡Ah! Y yo soy…

—Eres Lady Sarah Von Titebottum.

El calor se agolpa en mi estómago.

—¿Te acuerdas?

—Jamás olvido una cara bonita.

Mis mejillas pasan del rosa al rojo vivo. Cambio de color más rápido que un camaleón. Es una maldición.

—No se me dan bien los nombres. —Baja la mirada a mis caderas, intentando mirar a mi espalda—. Pero Titebottum es difícil de olvidar.

Cuando estoy nerviosa suelo quedarme muda. Esta es la excepción a la regla.

Así de afortunada soy.

—Cualquiera creería eso, pero varios de mis profesores de la universidad tenían problemas con la pronunciación. Nunca he sentido tantas veces las palabras «tetas» y «culo» en inglés de un catedrático. Hizo reír a la clase durante semanas.

Echa la cabeza hacia atrás y se vuelve a reír.

—Genial.

Ahora mi rostro se acerca al púrpura. Respiro hondo.

—Mmm… ¿por qué me has preguntado si alguien había muerto?

Señala mi ropa.

—Las dos veces que te he visto ibas vestida de negro. ¿Por qué?

—Ah. —Bajo la vista hacia el vestido negro de mangas largas que me llega hasta las rodillas y los zapatos también negros—. Bueno, el negro es fácil de combinar, pega con todo. Y no soy mucho de colores; no me gusta sobresalir. Se puede decir que soy… tímida.

Y el premio a la obviedad del año es para…

—Qué pena. Estarías preciosa con colores vibrantes. Esmeralda, ciruela. —Sus ojos viajan, se detienen en mis piernas, luego en mi pecho—. Con un vestido rubí ajustado pondrías a cualquier hombre de rodillas.

Miro al suelo.

—Te estás burlando de mí.

—No. —Tiene la voz ronca, casi jadeante—. No me estoy burlando.

Mis ojos se disparan hacia los suyos y le sostengo la mirada.

En los libros hay encuentros que provocan un sobresalto, que alteran el curso de la historia. Encuentros profundos entre personajes cuando un alma parece decirle a la otra: «Ahí estás; te estaba buscando».

Por supuesto que la vida no es una novela, así que es probable que solo me lo esté imaginando, que ese sentimiento de conmoción solo sea producto de mi imaginación, porque las cosas se están moviendo hasta encajar en el sitio al que pertenecen. Y creo que mi mente me está jugando una mala pasada haciéndome creer que al príncipe Henry le interesa lo que ven sus ojos.

Un interés ardiente.

Me quedo sin aire y toso, lo que rompe el momento.

Luego hago un gesto hacia su americana.

—¿En serio piensas que estás autorizado a dar consejos de moda?

Se ríe y se masajea la nuca.

—Creía que me veía como un completo idiota: ahora estoy seguro.

—¿Lo han elegido los productores?

—Sí. Se supone que tengo que ir hacia el castillo montado a caballo. Hacer una entrada triunfal. —Sus dedos largos desabotonan con torpeza la chaqueta. Se la quita y la deja caer al suelo, revelando una camiseta blanca y unos brazos gloriosamente esculpidos—. ¿Mejor?

—Sí —chillo.

La sonrisa burlona regresa, luego coge el dobladillo de su camiseta y se la quita. Me quedo boquiabierta al ver su piel cálida, los pezones perfectos y la textura de sus músculos.

—¿Qué piensas de esto? —pregunta.

Pienso que es peor de lo que me imaginaba.

Henry Pembrook no es un Fiyero: es un Willoughby. Un John Willoughby de *Sentido y sensibilidad*: divertido, encantador, impredecible y seductor. Marianne Dashwood aprendió por las malas que, si juegas con el rompecorazones, no puedes sorprenderte cuando el tuyo se parta en mil pedazos.

Me encojo de hombros porque quiero parecer relajada.

—Parece un poco «Ponle la cola al burro».

Asiente, se vuelve a poner la camiseta y se me retuerce el estómago con una extraña mezcla de alivio y desilusión.

—¿Por qué no estás con las demás chicas?

—¿Yo? Ah, no soy parte del programa. No me podría imaginar…

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Penélope. Mi madre no la dejaba participar si no la acompañaba para cuidarla.

—En todas las familias hay un rebelde. ¿En la tuya es Penny?

Se reconocen entre sí.

—Sí, definitivamente.

Tuerce la cabeza, la luz del sol hace que el verde de sus ojos sea más profundo, casi cegador.

—¿Y qué hay de ti, Teta y Culo?

Se me encienden las mejillas.

—Ni un poco. Yo soy la aburrida. La buena.

Se muerde el labio inferior en un gesto…

—Mi pasatiempo favorito es corromper a las buenas.

Ah, sí, definitivamente es un Willoughby.

Abrazo el libro contra el pecho.

—No soy corrompible.

Sonríe aún más.

—Mejor. Me gustan los desafíos.

De pronto aparece un productor con un caballo blanco.

—Le esperan, príncipe Henry.

Sin despegar la mirada de la mía, pone un pie en el estribo y se sienta en la montura sin dificultad. Guiña un ojo con las manos en las riendas de cuero.

—Nos vemos luego, Teta y Culo.

Me tapo la cara y gruño.

—No debería habértelo contado.

—No me culpes. Estás adorable cuando te pones roja. No sabía que el rubor podía ir más allá de las mejillas. —Baja la vista a mi cuerpo como si pudiera ver a través de mi ropa—. ¿Te pasa en todo el cuerpo?

Me cruzo de brazos e ignoro la pregunta.

—Creo que eres un caradura, príncipe Henry.

—Bueno, en la escuela le tiraba de las trenzas a las niñas. Pero ahora solo tiro del cabello de las mujeres en circunstancias muy específicas. —Pone la voz más grave—. Avísame si quieres que te lo muestre.

Sus palabras me hacen imaginar un enredo de extremidades y gemidos. Como si lo hubiese invocado, el calor trepa por mi piel.

Henry se ríe con un sonido grave y masculino. Luego golpea su caballo y se aleja; yo me quedo brillando como un maldito árbol de Navidad. Abro *Cumbres borrascosas* y aprieto las páginas contra mi rostro, muerta de vergüenza.

Este va a ser un mes muy largo.



Capítulo 8

Henry

He aprendido algo nuevo: los *realities* no son reales. O sea, sí en el sentido de que son personas reales quienes hablan y se mueven, en oposición a la inteligencia artificial o los robots que, poco a poco, ganarán consciencia y nos matarán a todos.

Esta noche, en lugar de deambular, he estado mirando las películas de *Terminator*. La primera sigue siendo la mejor.

Pero la cuestión es que *Emparejados* y todo su circo no son genuinos. Las escenas están guionizadas, las tomas, planificadas y repetidas varias veces. Lleva varias horas de filmación conseguir algunos minutos de programa.

Es la cuarta vez que hacemos la escena de mi «entrada al castillo a lomos de un caballo» y ni siquiera he llegado aún. Algo sobre las luces y las sombras y no sé qué más. El caballo está fastidiado y yo, aburrido.

Mientras el director, Vanessa y el cámara repasan la siguiente escena, miro hacia la colina pensando en la graciosa chica ruborizada que está en la cima; en la forma en que apareció desde atrás del árbol y luego se quiso esconder como si la hubiera atrapado haciendo algo malo.

Quisiera enseñarle lo que es hacer cosas malas.

Solo pensarlo, solo imaginar el bello tono rosado del que se volverían sus mejillas si oyera lo que está pasando por mi cabeza me hace reír. Me pregunto si su trasero se pondrá del mismo color después de unas buenas nalgadas.

Apuesto a que sí.

Me acomodo en la silla porque el pensamiento trae consigo una erección.

Lady Sarah Von Titebottum. Un ave bella y extraña con (por lo que pude ver a través de ese favorecedor, pero suelto, vestido negro) un apellido muy adecuado. También tiene una cara bonita: pestañas largas, grandes y oscuras que brillaban a través de esas gafas gruesas y una boca lujuriosa hecha para gemir.

He conocido chicas como ella. La aristocracia es muy pequeña y algunas familias prefieren mantener a su prole (en especial a las mujeres) aisladas del resto del mundo. Escondidas en internados solo para mujeres donde solo interactúan con sus pares. El resultado son unas muchachitas reservadas, inteligentes, pero en general sosas y tediosas.

Aunque salta a la vista que es tímida, Sarah fue ella misma conmigo: inteligente, encantadora, pero de una forma particular… diferente. La gente es tan predecible que la sorpresa de ese matiz tímido en una chica es… tentador.

—Eso mismo, príncipe Henry —grita el director—. Esa es la sonrisa que estábamos buscando. No sé qué la ha provocado, pero sigue pensando en eso.

Bueno, no será difícil.

A diferencia del programa, la presentadora de *Emparejados* sí es genuina. Es un verdadero petardo. Loca de remate.

Es Emily Rasputín, una actriz estadounidense que en su época era conocida como la Reina de Broadway. Una notable adicción a la cocaína, un escándalo tras atropellar a un peatón y escapar y un divorcio tumultuoso en los noventa la destronaron. Pero reapareció hace algunos años como presentadora del más reciente y famoso *reality*. Su habilidad para el suspenso y las preguntas atrevidas e incisivas se volvieron tan populares como el programa.

Y todo el mundo adora una historia de redención. Lo sé bien.

Pero está chiflada. Insiste en solo hacer una toma por escena y no quiere hablar con nadie si no lo están filmando. Según Vanessa, lo más difícil es capturar emociones y reacciones verdaderas, y la señorita Rasputín se desvive por conseguirlo.

Cuando, por fin, llego a la entrada del castillo, donde me esperan veinte chicas, las cámaras no se apagan. Hay cuatro… no, cinco cámaras para poder capturar todos los ángulos e interacciones. Se mueven como fantasmas que atraviesan paredes, pausando y acercando la imagen para buscar cosas interesantes que capturar.

Pero ignoro las cámaras y, en su lugar, me concentro en las expresiones de las encantadoras muchachas que me rodean con sonrisas de adoración. La confianza que me resultaba tan familiar y que había perdido estos últimos meses vuelve a florecer en mi pecho. Esta es la vida a la que estoy acostumbrado. Y creo que grabar este programa puede ser la mejor decisión que he tomado en la vida.

—¡Oigan, señoritas de Wessco —grita Emily en su micrófono; lleva un abrigo dorado largo hasta el suelo, casi del mismo color que su cabello y unos pendientes tan grandes que podría usarlos de brazaletes—, les presento a su alteza real, el príncipe Henry! Viene a buscar el amor verdadero, la que será la futura reina de su país y de su corazón.

Emily levanta la cabeza y sujeta unos collares con dijes colgantes.

—Al final de esta noche, el príncipe Henry colocará un dije de cristal con forma de zapato sobre la almohada de las participantes que permanecerán en el castillo de Anthorp. Solo elegirá a diez. Luego, noche tras noche, se irá una participante hasta que su alteza real le coloque la tiara de diamantes a quien será su esposa real. —Mira fijamente a cámara—. Bienvenidos a *Emparejados… ¡Edición real!*

¡Ping!

La primera parte del programa consiste en citas rápidas. Antes de que las cámaras volvieran a encenderse, Vanessa nos dijo que fuéramos nosotros mismos, aunque no sé bien qué significa. Dijo que no nos guardemos nada, que cualquier conversación que no funcionara en el programa o no fuera apropiada para la televisión se podía arreglar en edición. Estoy sentado en una mesa con una tela negra en medio. Cuando la levantan, tengo dos minutos con cada participante para

ver si, como dice Emily, tenemos una «conexión instantánea». A algunas de las chicas ya las conozco, a un par ya me las he follado y no me importaría repetir. Pero, por ahora, bebo mi *whisky* y disfruto de la electricidad que me corre por las venas a causa de la excitación y la alegría que ilumina todo el jodido castillo.

¡Ping!

Y la primera chica es… la duquesa de Perth, Laura Benningson. Hace años que conozco a Laura. Es preciosa, tiene un grueso cabello castaño claro y brillantes ojos azules.

Estaba comprometida con Mario Vitrolli, un buen hombre, corredor profesional, que murió el año pasado en un trágico accidente. En ese momento, Laura estaba embarazada y perdió el bebé unas pocas semanas después de la muerte de Mario, aunque, por suerte, eso no llegó a la prensa.

Me estiro sobre la mesa y la beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, querida?

Sonríe con tristeza.

—Estoy bien. Pero todo esto es una locura, ¿no? No sé cómo van a justificar que obviamente no soy virgen.

—Según el productor, esa es la magia del *reality*. Algo de creatividad en la edición y pueden hacer que la realidad sea lo que ellos quieran. Si te hace sentir mejor, yo tampoco soy virgen. Se quedaron pasmados cuando se lo conté. Pasmados.

Laura ríe y eso me hace sentir bien.

—Sea como sea, te puedes relajar, Henry. No quiero el trono; sería una reina horrible. Soy demasiado perezosa y egoísta.

—Y demasiado sincera.

—Exacto. —Suspira—. Pero cuando me contactaron me pareció que ya era hora, ¿sabes? De seguir con mi vida. Divertirme un poco. Es raro, pero quise probarlo.

Pongo mis manos sobre las suyas.

—Me alegra que lo hayas hecho.

Me da un apretón.

—A mí también.

Laura es un sí.

¡Ping!

Lady Cordelia Ominsmitch. Es hija de un conde y, aunque en mi círculo se la conoce por ser fiestera, tiene una reputación impecable en el mundo exterior. Y es tan preciosa que te deja sin aliento. Grandes ojos azules, cabello ondulado y tetas enormes. Mi clase de chica.

En cuanto se levantan las cortinas, se pone manos a la obra.

—Su alteza, no nos conocemos, pero podríamos hacer una buena pareja. Llena de pasión. Soy todo lo que necesitas en una esposa y en una reina. Tengo el porte, la educación, el linaje y el temperamento. Y también soy virgen. —Me guiña un ojo—. Cerrada como una cremallera. Hasta el matrimonio, me prometí a mí misma y al Señor tener sexo solo por el culo.

Me atraganto.

Definitivamente, sí.

¡Ping!

Jane Plutroch. Prima de un duque y heredera de una fortuna hecha a base de crema para verrugas. Creo que el nombre oficial es Verrugadiós. También es una verdadera gótica.

Pintalabios negro, cabello negro, piel marfil, piercings y tatuajes en los brazos.

—Odio a mi familia —dice sin ninguna expresión—. Y ellos me odian a mí. Me obligaron a venir sobre todo porque no quieren verme. Solo accedí porque me pareció una locura vivir en un castillo. Como un vampiro.

—Lo respeto —digo—. Y tienes buen gusto para los tatuajes.

Se mira los brazos y es como si el solo hecho de respirar le exigiera toda la energía.

—Gracias.

Es un sí.

¡Ping!

Lady Elizabeth Figgle. El padre es vizconde y miembro del Parlamento, y además es la novia de Sam Berkinshire (un antiguo compañero de clase y uno de mis mejores amigos).

—¿Elizabeth? ¿Qué cojones estás haciendo aquí? ¿Dónde está Sam?

—Sam se puede morir. —Mira directamente a la cámara—. ¿Me estás grabando? ¡Muérete, Sam! ¡Ojalá te metan la polla en una picadora de carne, cretino infiel!

—¿Te engañó? ¿Sam?

Sam es un buen chico. La clase de persona a la que quieren imitar aquellos que ya son bastante buenos. Hace que Abraham Lincoln parezca un mentiroso de poca monda.

—Puse esa misma expresión cuando me enteré; aunque estaba mucho más enfadada. Encontré recibos, bragas que no eran mías, gomas de pelo. Es un hijo de puta sin remedio que no vale para nada. —Golpea la mesa con unas uñas largas como garras—. Ahora quiero que vea lo que se siente. Así que nos vamos a acostar. En televisión. Mucho. Ojalá fuese en vivo. Más te vale que descanses, Henry. He traído mucho lubricante.

Guau.

¡Ping!

Penélope Von Titebottum. Su madre es una condesa recluida, pero Penny es agradable, divertida, atractiva. Y su hermana es… interesante.

—Hola, Henry, ¿cómo estás?

—Estoy bien, Penélope. Tienes buen aspecto.

Se pone cómoda y se acaricia el pelo.

—¡Gracias! Me alegro de estar aquí. Vamos a divertirnos mucho.

—Esa es la idea.

—¡Y no puedo creer que saldremos por televisión! En todo el mundo. Es maravilloso.

—Vi a Sarah hace un rato. Nos saludamos.

—Me alegro. Al principio no quería venir, pero me alegra que esté aquí. Hay que sacarla de su caparazón. No mucho, solo lo necesario para que se divierta un poco, ¿no?

Asiento.

—Cuenta conmigo.

Penélope se queda.

Y eso significa que Sarah también.

¡Ping!

La princesa Alpacca, como el animal, primera en la línea sucesoria al trono de la Isla Alieya, una pequeña nación al sur de Francia. La reina la recibió en Wessco después de que un intento de golpe de estado obligara a su familia a exiliarse el año pasado. No habla inglés y yo no sé una

palabra de alieyés. Esto va a ser un desafío.

Guermo, su traductor, me mira como si fuera la personificación de la peste bubónica: con una mezcla de odio, desagrado y algo de temor.

Ella me mira y habla en alieyés.

Y Guermo traduce.

—Dice que le pareces muy feo. —La princesa Alpacca asiente con vigor. Es bonita de un modo tierno. Unos rizos salvajes, ojos redondos color avellana, una diminuta nariz respingona y mejillas prominentes—. Dice que no le gusta tu estúpido país —me informa Guermo. Ella vuelve a asentir y sonríe con entusiasmo—. Dice que preferiría tirarse a las rocas y entregarse a la muerte por el golpe de las olas para que se la coman los peces antes que ser tu reina.

Lo miro a los ojos.

—Casi no ha dicho nada.

Se encoge de hombros.

—Habla con los ojos. Sé leerlo perfectamente. Y si tú no fueras tan estúpido, también lo verías.

Más movimientos de cabeza.

—Fantástico.

Le dice a Guermo algo en alieyés y él le responde con voz ronca y reprobatoria. Y ahora están discutiendo.

Pero pueden quedarse.

Es obvio que Guermo está enamorado de Alpacca y está claro que ella no tiene ni idea. Mi presencia lo obliga a admitir sus sentimientos… ¿pero el sentimiento es recíproco? Será como vivir en una telenovela: dramático, apasionado y exagerado. Tengo que ver cómo acaba.

¡Ping!

Lady Libadocious Loutenhiemer. Atleta olímpica en los dos últimos juegos. La wesconiana más joven en ganar una medalla de oro, prima de un marqués.

—Puedes llamarme Libby. O Libs. Lulu… casi que respondo a cualquier cosa. —Su estado físico es asombroso: todo firme y apretado, pero femenino. El cabello rubio ondulado enmarca un rostro atractivo de pómulos pronunciados y unos ojos preciosos—. En mi tiempo libre me gusta ir en bicicleta, nadar, correr, follar…

Sonrío.

—Qué coincidencia, también son mis pasatiempos favoritos.

Oh, sí.

¡Ping!

Y así seguimos. Algunas son alegres y efusivas, otras más ambiciosas y dramáticas, pero disfruto de hablar con todas. Recortar no es fácil, pero el espectáculo debe continuar. Cuando acabamos, Vanessa me entrega un mapa del castillo que indica las habitaciones donde se quedan las chicas.

Hago mi parte y dejo los dijes con forma de zapatito de cristal sobre las almohadas de las que escogí. Luego me retiro y las cámaras capturan las reacciones. Gritos de alegría y decepción corren por los pasillos del castillo de piedra. Y entonces quedan diez.



Capítulo 9

Henry

Drrrrrrrrrrrr.

—Basta.

Drrrrrrrrrrrr.

—Vete.

Drrrr. Drrrr. Drrrr. Drrrr.

—Mierda.

DRRRRRRRRR.

—¡Calla la puta boca!

Le hablo a las cámaras apostadas en las esquinas de mi habitación. Estoy obligado por contrato a tenerlas y, aunque las instalaron hace una semana, esta es la primera noche que están encendidas.

Drr. Drr. Drr. Drr. Drr. Drr.

Es la versión auditiva de una tortura china. Lenta y, sin lugar a dudas, me llevará a la locura. Cada vez que pestañeo, respiro, me giro, me rasco la nariz o los cojones, se mueven. Y no lo hacen en silencio que digamos.

DRRRRRRR. DRRRRRRR. DRRRRRRR.

Le tiro una almohada a la de la izquierda porque parece que es la más activa. Pero el tiro se queda corto. Y ahora no tengo almohada. Me quedo ahí, acostado mirando al techo.

Escuchando el último sonido antes de morir.

Drrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrrdrr.

Llevo tres horas intentando dormir. Son las dos y cuarto de la madrugada y a las seis y media tengo que estar abajo, vestido para filmar. Esto será difícil incluso para un insomne experto como yo. Necesito al menos un par de horas. A esta altura, me conformo con unos minutos.

DRRRRRRRRRRRRRRRRRRR.

Y ni siquiera puedo tocar la guitarra con ese puto sonido.

Toc, toc.

Eso es nuevo. Me siento mirando a las cámaras para ver cuál hace ese extraño sonido.

Toc, toc.

Pero viene de la puerta. Salgo de la cama y me pongo unos pantalones de pijama para no regalarle el espectáculo a las cámaras. Luego abro la puerta.

Del otro lado está Lady Elizabeth, con los labios rojos estirados en una sonrisa.

—¡Hola, amor! ¡Hora de follar!

Lleva puesto un sujetador de cuero negro y un tanga diminuto que le queda… bueno, espectacular. Elizabeth tiene cuerpo de stripper: pecho firme y contundente, cintura estrecha y piernas kilométricas. Se pasea por la habitación moviendo las caderas, girando un dildo con una mano y unas esposas con la otra.

Divisa las cámaras y chilla.

—¡Perfecto! ¡Nos pueden capturar de todos los ángulos!

—Elizabeth… —Suspiro.

Pero el resto de las palabras quedan atrapadas en mi garganta cuando se inclina sobre la cama y golpea el trasero contra la cámara.

—Vete a la mierda, Sammy.

Bueno, mi cabeza y mi corazón no tienen ningún interés… pero mi polla, sin duda, sí. Le gusta la fiesta. Es muy caradura.

Pero me cruzo de brazos.

—No va a pasar, Elizabeth. Sam es un buen amigo… Uno de los pocos que tengo.

Bate sus largas pestañas postizas y sacude el cabello.

—Claro que va a pasar. —Cuando intenta envolverme con sus brazos, la cojo por los antebrazos y retrocedo. Hace un puchero—. ¿Entonces por qué me diste un dije? ¿Por qué sigo aquí, Henry?

—Para que no te folles por despecho a nadie. Hasta que Sam y tú aclaréis este malentendido.

Golpea el pie contra el suelo, se aleja y se acuesta en el centro de la cama.

—Fóllame, Henry. Te rogaré si eso es lo que quieres.

Mi polla asiente. Bastarda pervertida.

Me froto los ojos.

—Tienes que irte.

Sonríe con timidez.

—Hazme el amor, príncipe mío.

Muy bien.

Abro la puerta, camino por el pasillo hacia los dos guardas parados al pie de la escalera y señalo mi habitación con el pulgar.

—Que se vaya.

A veces, ser yo no está tan mal.

Unos segundos más tarde, escoltan a Elizabeth fuera de la habitación con cuidado, pero con firmeza, y me ahorro tener que hacerlo yo.

—Bueno —grita por encima de su hombro—. ¡Entonces mañana!

Y doy un portazo detrás de ellos.

No me imaginé que iba a ser así. Las cámaras me persiguen en estéreo.

Drrr. Drrr. Drrr. Drrr.

Jesús. Estoy cansado, necesito dormir. Necesito paz. Necesito que mis cojones no estén tan azules que casi parecen púrpuras. Púrpura como Sarah Von Titebottum tiene el…

Mi mente se sobresalta ante el pensamiento inesperado. Y la imagen que lo acompaña: la chica ruborizada y peculiar con sus gafas y sus libros y su culo firme.

Sarah no participa en el programa, así que me apuesto mis dos bolas índigo a que no hay cámaras en su dormitorio. Y no me creo que haya tenido esta idea, pero, lo que es todavía mejor, ninguna de las otras chicas sabrá dónde encontrarme, y eso incluye a Elizabeth.

Dejo que las ruidosas cámaras me sigan hasta el baño, pero entonces, como un agente de élite del servicio de inteligencia secreto, me pego contra la pared (muy por debajo de su rango de visión) y me deslizo hacia la puerta.

Menos de cinco minutos después, estoy golpeando la puerta de Sarah descalzo, con el pantalón de pijama, una camiseta blanca y la guitarra colgada al hombro. Encontré el dormitorio en el mapa que me dio Vanessa. Su habitación está en el tercer piso, en la esquina del ala este, alejada del sector principal del castillo. La puerta se abre solo un poco y asoman unos ojos color café.

—Asilo —ruego.

Frunce el ceño y abre un poco más la puerta.

—¿Perdón?

—Hace cuarenta y ocho horas que no duermo. La novia de mi mejor amigo me está acosando y el sonido de las cámaras que me persiguen por la habitación me está volviendo loco. Te estoy solicitando asilo.

Y se ruboriza. *Genial*.

—¿Quieres dormir aquí? ¿Conmigo?

Resoplo.

—No, no contigo, solo en tu habitación, amor.

No pienso en lo ofensivas que suenan mis palabras, casi insultantes, hasta que salen de mi boca. ¿Se puede ser más cretino?

Por suerte, Sarah no parece ofendida.

—¿Por qué aquí? —pregunta.

—En su época, las órdenes religiosas ofrecían asilo a quien lo solicitara. Y, como te vistes como una monja, me pareció que era lo correcto.

No sé por qué he dicho eso. No sé qué me pasa. Que alguien me dispare y ponga fin a mi agonía.

Sarah aprieta los labios, inclina la cabeza y un brillo peligroso invade sus ojos.

Creo que Scooby-Doo lo describió bien cuando dijo *Ruh-roh.*

—Solo para asegurarme de que lo estoy entendiendo bien: ¿necesitas mi ayuda?

—Correcto.

—¿Necesitas un refugio, una protección, un asilo que solo yo puedo darte?

—Sí.

—¿Y piensas que burlarte de mi ropa es la estrategia más inteligente para conseguirlo?

Alzo las manos.

—Nunca he dicho que fuera inteligente. Sí exhausto, indefenso y desesperado. —Hago un puchero… pero uno muy masculino—. Ten piedad de mí.

Aparece una sonrisa en sus labios y entonces sé que lo he logrado. Con un suspiro, abre la puerta por completo.

—Bueno, lo cierto es que es tu castillo. Pasa.

Tiene razón, es mi castillo. Tengo que empezar a recordarlo.

Me enderezo cuando entro y miro a mi alrededor. Es una de las habitaciones pequeñas, no está tan decorada como las del segundo piso, solía ser para los sirvientes cuando el castillo tenía más personal. Pero la cama es grande y ocupa casi toda la habitación, junto con un pequeño sofá y una mesita cerca de la chimenea.

—¿Cómo has acabado aquí? —pregunto—. ¿No había otra habitación disponible?

—Sí, pero elegí esta.

—¿Por qué?

Abre mucho los ojos y su mirada se ilumina.

—Porque tiene el mejor espacio del mundo. —Extiende su brazo derecho hacia el acolchado asiento junto a la ventana como una presentadora de televisión que muestra un nuevo modelo de automóvil.

—¿Un asiento junto a la ventana es el mejor espacio del mundo?

Sacude la cabeza con un gesto de pena y entonces me acuerdo: el año pasado, cuando nos encontramos en ese bar, hizo exactamente lo mismo.

—No es solo un asiento… ¡Es un nido!

—¿Un nido?

—¡Un nido de lectura! —Solo entonces veo el arco sobre la ventana, que crea un pequeño hueco, el morral de cuero gastado en un rincón y una pila de libros viejos (que deben ser de Sarah) cuidadosamente ordenados en un extremo del asiento acolchado—. Un nido de lectura es una cosa mágica —explica Sarah y el entusiasmo colorea sus mejillas pálidas. Le queda bien—. Un verdadero lector valora un espacio cómodo y tranquilo pensado solo para leer.

Asiento.

—Un nido. Entiendo.

Apoyo mi guitarra contra la mesita de noche. Luego giro hacia la cama y me arrojo boca abajo. El colchón es suave pero firme, como una hoja de acero que envuelve una nube. Giro con un gemido largo y grave.

La almohada tiene un aroma dulce, como a caramelo. Solo puede ser suyo. Me pregunto si olerá así de delicioso si apretara mi nariz contra su cuello.

Alejo ese pensamiento mientras la miro coger una almohada y una manta del otro lado de la cama para llevarlas hacia… el nido.

—¿Qué estás haciendo?

Alza la vista, abre sus ojos de gacela.

—Me voy a dormir.

—¿Vas a dormir ahí?

—Por supuesto. El sofá es muy incómodo.

—¿Por qué no podemos compartir la cama?

Se atraganta y tartamudea:

—No… No puedo dormir contigo. Ni siquiera te conozco.

Abro los brazos.

—¿Qué quieres saber? Pregúntame lo que sea: soy un libro abierto.

—No me refiero a eso.

—¡Es ridículo! La cama es enorme. Si se te escapa uno, no voy a oírlo.

Y se vuelve a ruborizar.

—Yo no… No…

—¿No te tiras pedos? —Resoplo—. ¿En serio? ¿Eres humana?

Maldice por lo bajo, aunque me encantaría oír lo que dice en voz alta. Apuesto que debe ser maravilloso ver a Sarah Von Titebottum desinhibida. Y muy divertido.

Sacude la cabeza y me clava la mirada.

—No estás bien.

—Lo que pasa —explico con calma— es que soy libre. Sincero con los demás y con mis propios sentimientos. Deberías intentarlo de vez en cuando.

Se cruza de brazos, rígida, temblando de indignación. Es adorable.

—Voy a dormir en el nido, su majestad. Y se acabó.

Me siento en la cama y le devuelvo la mirada.

—Henry.

—¿Qué?

—Mi maldito nombre no es su majestad, es Henry, y prefiero que lo uses.

Y entonces pierde el control.

—¡Muy bien! ¡Maldito Henry!… ¿Estás contento?

Sonrío.

—Sí, así es. —Giro en la magnífica cama—. Que duermas bien, Titebottum.

Creo que gruñe un insulto, pero lo cubre el sonido del roce de las sábanas y las almohadas. Y de pronto… silencio. Hermoso y bendito silencio.

Me retuerzo para ponerme cómodo.

Giro hacia un lado y golpeo la almohada.

Me aprieto los ojos con fuerza… pero no sirve de nada.

—¡Mierda! —Me incorporo.

Y Sarah se pone de pie.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Es la culpa. Me he arrastrado hasta la habitación de esta pobre chica, le he confiscado la cama y la he obligado a dormir en un agujero en la pared. Puede que no sea tan hombre como mi padre ni tan caballero como mi hermano, pero tampoco soy tan cretino.

Me pongo de pie, me quito la camiseta por la cabeza y camino hacia la ventana. Siento los ojos de Sarah en mi pecho desnudo y en el vientre, pero gira a mi alrededor manteniendo la distancia.

—Quédate la puta cama —le digo—. Dormiré en el puto nido.

—No tienes que hacer eso.

Me paso las manos por el pelo.

—Sí. —Me paro muy derecho y correcto, imitando a Hugh Grant en uno de sus papeles reales—. Por favor, Lady Sarah.

Pestañea con su boquita muy apretada.

—De acuerdo.

Luego se sube a la cama y se mete debajo de las mantas y yo me acurruco en el asiento de la ventana, con las rodillas flexionadas, los codos contra la ventana helada, y el cuello doblado en un ángulo extraño del que me voy a arrepentir mañana.

La luz es una tenue penumbra y, por unos segundos, solo puedo oír la suave respiración de Sarah.

Pero entonces, en la oscuridad, su delicada voz dice casi en un suspiro:

—Está bien, podemos dormir juntos.

Música para mis oídos. No tiene que decírmelo dos veces: he cumplido con mi cuota de nobleza por esta noche. Salgo del nido y me desplomo en la cama.

Mucho mejor.

La luz de la mesita de noche de Sarah se enciende.

—Me he desvelado. Voy a leer un poco si no te molesta.

—*¿Cumbres borrascosas?* —bostezo.

—Sí, que duermas bien, Henry.

Y algo en la forma en que lo dice esta vez, la dulzura que hay en su voz, me hace sonreír. Hasta que…

—*Mmmmjmmm, mjmm, mmmjmmm.*

Y otra vez estoy mirando el techo.

—¿Qué es ese sonido?

—¿Qué? Ah, soy yo, lo siento, gimo cuando leo. —La cama se sacude cuando se encoge de hombros—. Un hábito.

—Por el amor de Dios, no lo hagas.

Estoy siendo un cretino. Cuando no responde, comienzo a preocuparme por haberla ofendido. No es culpa de Sarah que esté cansado… y cachondo. Muy cachondo. No se merece que la moleste.

Pero, antes de que pueda disculparme, dice:

—Y yo que pensaba que eras de los que les gustan los gemidos.

Por unos segundos, me quedo pasmado. Luego me río y giro hacia un lado para quedar frente a frente.

—¿Eso ha sido un chiste, Sarah Teta y Culo?

—Era la intención, sí.

—Y uno muy verde. Estoy impresionado. Tengo que reevaluar por completo mi opinión sobre ti.

Se cubre esa adorable boca con las manos.

—De vez en cuando se me escapan, pero, en general, suele ser con Penny o con Willard y Annie.

Y, de pronto, ya no estoy cansado.

—¿Willard y Annie?

—Mis mejores amigos. Trabajan conmigo en la biblioteca.

—¿Eres bibliotecaria?

Asiente.

—Ajá. En la Biblioteca de Concordia.

Cruzo los brazos detrás de mi cabeza y le doy rienda suelta a mi imaginación.

—Siempre quise follar contra las estanterías. ¿Lo has probado?

Y, sin mirar, puedo sentir que se ruboriza como los rayos del sol rojo de Krypton.

—No.

La miro y mis ojos recorren su cuerpo de arriba a abajo.

—Ya veo. El cabello largo y oscuro, las gafas, una falda de tubo gris y una blusa blanca ajustada con los primeros dos… —bajo la vista a su impresionante pecho—… tres botones desabrochados. Eres el epítome de la bibliotecaria *sexy*. —Se ríe como si acabara de decir una tontería—. ¿Qué?

—Nunca me habían dicho que fuera *sexy*.

—Entonces ya era hora.

Sarah cierra el libro y lo deja en la mesita de noche, una sonrisa victoriosa brilla en mi pecho. Como si hubiera logrado algo.

—Ya te he dicho que puedes dormir aquí. No tienes que endulzarme los oídos.

La miro a los ojos y sonrío.

—Si quisiera endulzarte los oídos, lo sabrías. —Antes de que tenga tiempo a ruborizarse, pregunto—: ¿Qué ha venido a hacer una bibliotecaria todo un mes aquí? Y no me digas que lo haces por Penélope. Conozco a Penélope: es astuta. Hubiera encontrado la forma de venir contigo o sin ti. Tiene que haber otra explicación.

Sarah se cruza de brazos y asiente.

—Eres muy perceptivo.

—Gracias. Y tú eres esquiva.

Con un gemido grave que va directo a mi polla, Sarah se arroja contra la almohada, hunde la cabeza y cubre parcialmente su rostro.

—Iba a hacer una presentación en un simposio. ¡Frente a cientos de personas!

—Ah… ¿Hablar en público no es lo que más te gusta en la vida?

Se gira hacia un lado y mete las manos debajo de su mejilla en un gesto inocente.

—Es paralizante. No soy admiradora de Edgar Allan Poe, pero hablar en público es mi propio «entierro prematuro».

A mí tampoco me gusta mucho Poe, pero entiendo a lo que se refiere.

Y tengo la solución perfecta.

—Deberías imaginarme desnudo. —Tiro del elástico de mi pantalón de pijama—. Si quieres, puedo quitármelo. La imagen calmará todos tus sufrimientos, dulzura.

Sacude la cabeza.

—Creo que la estrategia tradicional es imaginar desnuda a la audiencia.

—Pero imaginarme desnudo a mí es mucho más divertido.

Y los dos nos reímos, aunque es cierto.

Sarah se sienta y se estira para tocar una cuerda de mi guitarra. Está apoyada contra la mesita de noche en su lado de la cama.

—Entonces… ¿de verdad sabes tocar esta cosa?

—Así es.

Se recuesta de su lado, con los brazos doblados, apoyando la cabeza sobre su mano, mirándome con curiosidad.

—¿Pero te refieres a *Estrellita, ¿dónde estás?*, *ABC* y ese tipo de canciones?

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes que es la misma canción, ¿no?

Frunce la nariz mientras lo piensa y mueve los labios repasando en silencio las notas en su mente. Es jodidamente adorable. Luego se cubre la boca y ríe con ganas.

—Oh, por Dios, ¡soy una imbécil!

—No deberías ser tan dura contigo misma, pero si tú lo dices.

Entrecierra los ojos.

—Bravucón. —Luego saca la lengua.

Grave error.

Porque es suave y rosada, y está muy húmeda… Hace que quiera chuparla. Y luego me hace

pensar en otros lugares suaves, rosados y húmedos de su cuerpo, que huele tan dulce… y me pongo duro.

Tan duro que duele.

Gracias a Dios por las mantas gruesas. Si este pajarito inocente y vergonzoso se diera cuenta de que hay una erección en su cama, a pocos centímetros de su cuerpo, o se desmayaría porque toda la sangre se le iría a las mejillas o chocaría contra el techo por la sorpresa, aferrada con las uñas como un gato petrificado sobre el agua.

—Bueno, todos los días se aprende algo nuevo. —Se ríe—. ¿Pero en serio sabes tocar la guitarra?

—¿Por qué te sorprende tanto?

Se encoge de hombros.

—Se han escrito muchas cosas sobre ti, pero jamás escuché que tocaras un instrumento.

Me acerco y susurro:

—Es un secreto. Me gusta mantener mis habilidades fuera del ojo público.

Vuelve a poner los ojos en blanco.

—Déjame adivinar: eres fantástico en la cama… pero eso lo saben todos. —Entonces hace como si estuviera tocando la batería y hace el sonido del redoblante típico de chiste—. Papum paaa.

Y me río fuerte, casi tan fuerte como mi erección.

—Tímida, inteligente, un sentido del humor sucio y completamente loca. Un combo extraño, Titebottum.

—Espera a conocerme… sin duda, soy única en mi especie.

Lo raro es que comienzo a pensar que es absolutamente cierto.

Me froto las manos y señalo la guitarra:

—Lo que tú digas. Pásamela. Y nombra un músico. Cualquier músico.

—Mmm… Ed Sheeran.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué Ed Sheeran os gusta a todas?

—Es un gran cantante. Y tiene todo ese encanto de los pelirrojos —bromea—. Si hubieras nacido príncipe y pelirrojo, las mujeres se volverían locas contigo.

—Las mujeres ya se vuelven locas conmigo.

Luego toco *Thinking out loud*. Cerca de la mitad, miro a Sarah. Tiene la sonrisa más preciosa que haya visto nunca y pienso para mis adentros algo que no he pensado nunca en mis veinticinco años: así debe sentirse Ed Sheeran.

Sarah se muerde el labio inferior cuando termino. Y aplaude. Baja la voz y, llena de felicidad, dice:

—Tocas muy bien, Henry.

Agito el dedo.

—Te lo dije. Nunca dudes de mí.

Bosteza con la boca bien grande.

—Otra.

Y, aunque siento cómo el cansancio me invade, no quiero decir que no.

Pienso unos segundos.

—Esta es de mis favoritas.

Toco *Aleluya*.

—A mí también me encanta esta canción.

Sarah sonríe serena y canturrea por lo bajo mientras toco.

Luego, yo también bostezo. Mientras apoyo la guitarra en el suelo, le digo a Sarah:

—Tienes una afinación excelente. ¿Cantas?

Se estira, apretando sus maravillosas tetas contra la camiseta azul marino que usa para dormir y se me seca la boca.

—Solo en la ducha. —Grave error número dos. Gruño. Sarah deja sus gafas en la mesa y frunce el ceño—. ¿Estás bien?

—Voy a estarlo. Algún día. Solo estoy muy cansado.

—Lo siento. Has venido aquí para descansar y yo te he entretenido.

Sonrío mientras me recuesto en la almohada.

—No me molesta.

Aunque está en el otro extremo de la enorme cama, se siente… bien, reconfortante estar así acostados.

—Buenas noches, Henry.

—Dulces sueños, Sarah.



Capítulo 10

Henry

Cuando me despierto, Sarah ya no está. Y el fantasma de todas las veces que desaparecí después de un polvo de una noche camina sobre mi tumba. Pero hago a un lado ese pensamiento.

Porque hoy es el día en que empieza la diversión. Tengo una cita en la playa para hacer ejercicio con Libby Loutenhiemer, lo que significa sudor y ella en un atuendo apretado y elástico. Tal vez nos tomaremos un cóctel después del entrenamiento… que espero termine en un ejercicio de otra clase (aunque igual de sudoroso), esta vez fuera de cámara.

Mi erección matutina es particularmente persistente, debido al delicioso aroma que invadió mis fosas nasales mientras dormía y todavía se aferra a mi piel. Pero no tengo tiempo para una paja rápida, así que voy a mi habitación, me pongo una sudadera, pantalones cortos de correr y calzado deportivo para ir a la playa.

Una hora más tarde, vuelvo a confirmar que nada de esto es como imaginaba.

Y no estoy tan en forma como creía.

Porque Libby es un animal, y no me refiero a la posición del perrito. Es atleta olímpica, pero…

Luego de correr tres kilómetros, saltar a la cuerda, hacer planchas y cientos de sentadillas, creo que estoy teniendo un infarto.

Lo que significa que, si la abuela estira la pata, el trono va al tonto de mi primo Marcus: la única persona menos capacitada que yo para gobernar. Por ese motivo resisto, pero no es fácil. Tal vez no le dé a Libby la tiara de diamantes, pero estoy considerando seriamente darle el puesto de entrenadora personal.

Por fin paramos a respirar. Estamos en la playa, doblados por la cintura con las manos en las rodillas, con el frío del mar golpeando nuestra piel caliente y sudorosa.

—¡Eso ha sido tan divertido! —exclama Libby—. Eres el primer hombre que he conocido capaz de seguirme el ritmo.

Alzo los pulgares. Es lo único que puedo hacer, porque mis músculos y órganos vitales estarían encantados de acostarse y morir ahora mismo.

Se acerca y me susurra al oído:

—Quiero chuparte esa polla grande y sudorosa, Henry.

Mira por dónde: no todos mis órganos están preparados para morir.

—Es lo mejor que he oído en años.

Se ríe, me coge la mano, se gira… y camina hacia Vanessa Steele.

No.

—Eso ha estado genial, chicos. Espero que os lo hayáis pasado bien. Libby, te necesitamos en peinado y maquillaje para la entrevista post cita.

Joder, no.

—Y, Henry, tienes que ducharte y vestirte para la cita de la tarde. —Se golpea la muñeca—.

Tenemos una agenda muy ajustada.

Esa sí que es manera de cortarle el rollo a uno.

Libby parece tan decepcionada como yo. Juguetea con el cuello de mi camiseta.

—Más tarde, ¿de acuerdo?

Asiento y me da un beso rápido en la mejilla.

A sus espaldas, me llama la atención alguien a lo lejos. Entrecierro los ojos para ver mejor. Está sola, con una camiseta grande y mallas negras haciendo lo que parece ser una rutina de artes marciales que le sale muy bien. Justo cuando pensaba que había descifrado a esta chica.

Libby se da cuenta y se gira.

—Sarah sabe aikido —dice—. Es bastante buena.

Vanessa apura a Libby y yo me quedo ahí un rato más.

Mirando.



A la tarde tengo pícnic y paseo de perro con Cordelia Ominsmitch.

Nos encontramos en el jardín del castillo y, a pesar de que el resto de las chicas y los técnicos están a algunos metros, si les doy la espalda me siento casi normal. Cordelia camina hacia mí sonriendo y cargando un poodle miniatura blanco y bien alimentado con unos ojos pequeños, brillantes y llenos de furia.

Las cámaras filman a Cordelia acercándose con vaqueros azules ajustados, botas altas de cuero y una blusa floreada con un escote revelador. Es adorable. Me paro con la espalda recta y un brazo doblado a la espalda.

—Hola, Henry.

—¿Cómo estás, Cordelia?

—Ahora muy bien. —Bate las pestañas con timidez—. Pero estuve pensando que me gustaría que nos quitáramos del medio la presión del primer beso. Así no me pondré nerviosa pensando en eso y ya sabremos que hay magia entre nosotros.

Está actuando para las cámaras: lo he visto muchas veces. Pero no me molesta.

—Estoy de acuerdo si tú también lo estás.

Me inclino, ella se acerca… y entonces la pequeña bestia que tiene en los brazos intenta morderme la cara. Por suerte retrocedo justo a tiempo.

—¡Oh! ¡Walter, no! —Sonríe para disculparse—. Él es Walter.

—Un placer conocerte, Walter.

Responde con un gruñido.

Cordelia se muerde el labio.

—Lo siento, es muy protector conmigo. —Baja la cabeza y el perro comienza a lamerle el mentón—. ¿Quién es la cosita más bonita del mundo? —Se acerca a él—. Quieres a tu mami. ¿Quieres darle un beso a mami? Muy bien, dale todos tus besos a mami.

Entonces Walter besa a Cordelia (con lengua). Y ella lo deja. Le besa el mentón, los labios, y ella se ríe… parece que sus dientes y su lengua también reciben el amor del perro.

Luego lo deja en el suelo y me mira a mí, sonriendo y con brillo en la mirada.

—Bueno… ¿qué hay de ese beso?

Miro la boca perfecta y exuberante de Cordelia y luego bajo la mirada al saco de pulgas… que se está lamiendo el trasero con devoción. Me estremezco.

—Tal vez luego.

O… no.



—¡Corten! —grita el director.

Y Vanessa avanza con una carpeta en la mano.

—Eso ha estado genial. Las cosas cociéndose a fuego lento. Tensión sexual con la promesa de más por venir. Me ha encantado. Descansemos un poco y vamos a hacer esas tomas de Henry y Cordelia en el descapotable para el montaje con voz en *off*. Luego iremos al área de pícnic; ya está casi lista.

Pero entonces, detrás de cámara, alguien golpea el trípode de luces, que se inclina y cae, los focos estallan en mil pedazos con un sonido ensordecedor. Hay murmullos, miradas de preocupación y Laura Benningson pregunta si alguien necesita un médico.

—No. —Oigo responder a Penélope—. No, estará bien en unos minutos.

Empujo a la multitud hasta llegar al centro, donde Sarah está parada de un modo antinatural. Tiene la piel gris, el rostro congelado de terror y los ojos vacíos. Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, porque me acuerdo de ver esto el año pasado, en el bar, la primera vez que hablamos, cuando a alguien se le cayó una bandeja con vasos y ella se quedó paralizada de terror.

Penny tiene el brazo alrededor de la cintura de Sarah y le susurra por lo bajo palabras que no llego a oír. Es como si se me parara el corazón y se me retorciera el estómago de verla tan quieta y asustada. Me acerco, pero antes de que pueda alcanzarla, vuelve en sí. Se despierta, jadeando, pestañeando, buscando a su hermana.

¿Qué cojones ha sido eso?

Penny me mira y niega con la cabeza para decirme en silencio que no me acerque. Que haga como si todo estuviera bien.

Al rato todos regresan a sus tareas: el equipo se prepara para el próximo rodaje, las chicas conversan y beben *champagne*.

Pero Sarah se queda a un lado. Y en cierto modo parece más pequeña, como si quisiera hundirse en su interior, doblarse y desaparecer. No me gusta. Sarah es demasiado bonita como para no pretender que todos la vean. Y es… agradable. Eso es algo extraño en mi círculo. Anoche me ayudó, aunque estuviera incómoda.

Y ahora quiero hacer algo por ella.

Quiero ver sonreír a Sarah Von Titebottum. Una sonrisa atrevida, desatada. Pero, sobre todo, hay una parte egoísta de mí que quiere ser el motivo de su sonrisa.

Miro el *set*: todos zumban como abejas obreras preparándose para la filmación. Una maquilladora se está ocupando de Cordelia, Vanessa habla con unos cámaras y el descapotable que se supone que debo conducir está ahí… completamente solo.

Y mirad por donde: alguien ha dejado las llaves puestas.

A hurtadillas, me escabullo hacia Sarah.

—¿Alguna vez has conducido un descapotable?

Levanta la vista de golpe, como si no me hubiera visto acercarme.

—Por supuesto que sí.

Meto las manos en los bolsillos y me balanceo sobre los talones.

—¿Has estado en un descapotable conducido por un príncipe?

Sus ojos brillan más que el sol, tienen un destello dorado. Se arrugan cuando sonríe.

—No.

Asiento.

—Perfecto. Lo haremos a la cuenta de tres.

Veo a James en la otra punta, escaneando el grupo con la mirada: a una distancia que no le permitirá llegar a tiempo.

—Tres…

—No sé a qué te refieres.

—Dos…

—Henry…

—Uno.

—Yo…

—¡Vamos!

—¿Adónde? —pregunta al volumen suficiente para llamar la atención.

Así que paso un brazo por su cintura, la levanto, la llevo hacia el coche y la deslizo en el asiento del acompañante. Luego entro por el lado del conductor.

—¡Mierda! —maldice James. Pero entonces el motor cobra vida con un rugido. Retrocedo, golpeo una de las mesas del cátering y las ruedas chillan cuando doy la vuelta y conduzco por el terreno… hacia los bosques.

—¡La carretera queda hacia el otro lado! —grita Sarah y el viento hace bailar y arremolinarse a su largo cabello oscuro.

—Conozco un atajo. Abróchate el cinturón. —Avanzamos por el bosque y una nube de hojas vuela a nuestro paso. El coche rebota y se sacude, y percibo la mano de Sarah sujetándome el brazo, aferrada a mí. Me gusta—. Abajo.

—¿Qué?

Le bajo la cabeza y me agacho al mismo tiempo para evitar que la rama baja de un pino nos dé de lleno en la cara.

Una vez pasada, Sarah se endereza y, con los ojos bien abiertos, mira la rama y luego a mí.

Sonrío.

—Amor, si querías que te bajara la cabeza, solo tenías que decirlo.

—¡Estás loco!

Aprieto fuerte el acelerador y esquivo un pozo.

—¿Qué? ¿Tú eres la única que puede hacer chistes verdes? —Viene una curva pronunciada. Cruzo el brazo por la cintura de Sarah—. Sujétate.

Y así de rápido salimos de entre los árboles al suave asfalto de la carretera. Miro el retrovisor y veo que el terreno está despejado.

—Presiento que has hecho esto antes.

Tuerzo la cabeza, disfrutando de la sensación del sol y la brisa; como un perro cuando lo sacan de paseo.

—Escapar de la seguridad es una de mis cosas favoritas.

Sacude la cabeza, asombrada.

—¿Por qué?

—Porque no debería hacerlo.

Y entonces sonríe. Justo como quería que lo hiciera. Una sonrisa grande y desvergonzada. Se me calienta el pecho y el corazón me late con fuerza.

Giro el dial de la radio y *Setting the World on Fire* de Pink suena por los altavoces.

—Me gusta esta canción —dice Sarah.

—Entonces sube el volumen —le digo.

Lo hace y luego estira las manos intentando atrapar el viento.



Los dos tenemos hambre. Y, aunque el pueblo de Sarah, Castlebrook, es el más cercano al castillo, no tiene un Mega Burger. Así que vamos en la dirección opuesta, porque por un Mega Burger vale conducir cuarenta y cinco minutos más.

Cuando me detengo en la ventana de pedidos, el chico da un salto.

—¡Mierda!

Miro a Sarah.

—Pasa más de lo que crees.

—Joder… eres el príncipe Henry.

Asiento.

—Encantado de conocerte.

—Oye, ¿podemos sacarnos una foto?

—Claro. —Se asoma por la ventana, yo me acerco y dispara una *selfie*—. Hazme un favor —le pido—. No la subas a redes sociales. Debería estar trabajando y, si la reina se entera de que ando holgazaneando, se enfadará. No quieres verla enfadada.

Se ríe y asiente.

Luego, el chico trae nuestro pedido, le pago y le doy un rollito de dinero.

—Repártelo entre los coches que vengan detrás. Lo que sobre, puedes quedártelo.

Mueve la cabeza.

—Maravilloso. Siempre pensé que eras sensacional.

—Eso intento. —Chocamos los puños y nos vamos.

Siento la mirada cálida de Sarah sobre mí.

—Eso ha sido muy amable.

—Es fácil. —Me encojo de hombros—. Mi madre decía que la solidaridad es contagiosa. Solo hace falta una persona para comenzar la mejor de las epidemias.

Aparco en una dársena desierta junto a la playa, apagamos el motor y nos acomodamos para comer nuestro inminente-infarto-de-miocardio con patatas fritas.

Vacilante, le pregunto sobre el episodio que tuvo hace un rato.

—¿Ya te encuentras bien?

Sonríe poco y con vergüenza.

—Sí.

—¿Te pasa… seguido?

Tuerce la cabeza.

—No tanto.

Estoy en terreno desconocido. No quiero incomodarla, pero a la vez quiero saber más de esos episodios. Quiero saber más de ella y punto.

—Mira, Sarah, siéntete libre de mandarme a la mierda, pero… ¿es una enfermedad?

—Fugas temporales provocadas por sonidos fuertes. He intentado algunos tratamientos, pero es algo con lo que convivo. Si hay un golpe, a veces solo… parpadeo.

—Parecías muy asustada. ¿Adónde vas cuando parpadeas? —pregunto con mucho cuidado.

Sarah traga saliva y mira al suelo.

—A ninguna parte. Solo… hay gris. No hay suelo ni techo ni paredes ni sonidos. Es como si estuviera… sofocada por el gris.

Cubro su mano cálida y pequeña con la mía.

—Lo siento. ¿Sabes por qué te pasa? ¿A qué se deben?

Sarah me regala una sonrisa apretada.

—Todos tienen sus teorías. —Luego respira hondo y cambia de tema con habilidad—. ¿Estás disfrutando de la filmación? —pregunta Sarah—. ¿Ya sabes más o menos a quien vas a elegir?

Asiento.

—Hasta ahora Guermo es mi favorito. —Se ríe—. ¿Y tú qué opinas del programa hasta ahora? —pregunto.

Gruñe.

—Creo que es un concurso de belleza glorificado.

—¿No lo apruebas? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Supongo que podría ser peor. Al menos incluyeron variedad de mujeres, no solo las que cumplen los requisitos de esas desagradables leyes sobre la persona con quien puede casarse un príncipe.

—¿Eres virgen? —pregunto.

—Bueno… sí.

—¿Entonces por qué te quejas? Podrías optar al puesto.

Los ojos de Sarah se encienden de furia y prácticamente me grita:

—¡Porque soy más que mi himen, Henry! Medir el valor de una mujer independiente, inteligente y apasionada por una membrana es degradarla. ¿Cómo te sentirías si dependieras de tu prepucio?

Lo pienso un poco. Y después sonrío.

—La verdad es que no tendría problema. Me han dicho que era un prepucio impresionante: las enfermeras estaban asombradas. Seguramente ahora esté exhibido en algún museo.

Me mira unos segundos y luego se ríe con ganas: un sonido poderoso, sensual, que sale directo de su garganta.

—Eres un ser humano terrible.

—Lo sé.

—Y aún peor, feminista.

—Estoy de acuerdo. Es algo en lo que tengo que trabajar. Me ayudarás, ¿no? Deberíamos pasar juntos todo el tiempo posible: cada minuto del día y de la noche. Tal vez así se me pegue algo bueno.

Sarah me empuja el hombro.

—¡Ja! ¡Ya quisieras que te pegue!

Es mi turno de reír. Porque no se equivoca.

—¿Nunca ha habido nadie? ¿En serio?

Sarah se encoge de hombros.

—A Penny y a mí nos educaron en casa cuando éramos pequeñas… pero hubo un chico.

Me froto las manos.

—Ahí vamos… Cuéntamelo todo. Quiero los detalles pervertidos y escabrosos. ¿Jugaba al fútbol? ¿El capitán del equipo grande y fuerte? ¿El chico más popular de la escuela?

Me lo puedo imaginar. La delicadeza de Sarah, larga y ágil, pero elegante, hermosa… Cualquier chico se volvería loco por tenerla en sus brazos. En su regazo. En su cama, en el asiento de su coche, montada sobre su rostro… Todas las anteriores.

—Era capitán del equipo de ajedrez. —Me cubro los ojos con la mano—. Se llamaba Davey. Llevaba pajarita y esos adorables blazers de *tweed*, tenía el pelo rubio y estaba un poco pálido por el asma. Llevaba las mismas gafas que yo y un par diferente de calcetines con rombos para cada día del año.

—Estás de coña, ¿no?

Niega con la cabeza.

—¿Calcetines con rombos, Sarah? Estoy muy decepcionado.

—Era simpático —protesta—. Deja tranquilo a mi Davey.

Entonces se vuelve a reír: libre y feliz. Mi polla reacciona rápido y duro, con especial énfasis en lo segundo. Parece el puto mármol.

—¿Y qué le pasó a nuestro querido Davey?

—Un día estaba sola en la biblioteca y me invitó al baile de primavera. Estaba tan entusiasmada y nerviosa que casi no podía respirar. —Me imagino cómo debía estar. Pero en mi mente no es muy diferente que ahora. Inocente, dulce y tan genuina que no podría defraudar a nadie, ni aunque su vida dependiera de ello—. Pero, antes de que pudiera terminar la pregunta yo…

No me doy cuenta de que me estoy acercando hasta que ella deja de hablar y yo casi me caigo.

—¿Tú qué?

Sarah se oculta detrás de sus manos.

—Le vomité encima. —E intento no reírme. Juro que lo intento… pero soy humano. Así que termino riéndome con tanta fuerza que el coche se sacude. Santo Dios—. Y había comido pescado con patatas. —Sarah también se está riendo—. Fue horrible.

—Oh, pobrecita. —Sacudo la cabeza y me sigo riendo—. Y pobre Davey.

—Sí. —Se frota los ojos con los dedos—. Pobre Davey. Después de eso, no volvió a

acercarse.

—Cobarde. No te merecía. Yo hubiera nadado por un lago de vómito para ir al baile con una chica como tú.

Su sonrisa brilla, tiene las mejillas redondas y sonrosadas como dos manzanas brillantes.

—Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca.

Muevo las cejas.

—Soy muy bueno haciendo cumplidos.

Sarah sacude la cabeza.

—Lo que tú digas. Cuando se corrió la voz, nadie más quiso acercarse. Y aquí estoy: con veinticinco años y más virgen que la virgen María.

Sarah se hace la señal de la cruz, por si acaso es blasfemia.

—Pero tienes algo de experiencia, ¿no? —Junto los dedos a propósito—. ¿Aunque sea… a solas? Tocarse le hace bien al alma.

No sabía que la piel de alguien pudiera alcanzar ese tono de rojo.

—Eso es privado —murmura.

—Me voy a tomar eso como un sí.

—Es un sí.

Y, joder, las imágenes que me vienen a la mente. Mi polla se queja: dispuesta a sacrificar uno de sus vecinos testículos por ver a Sarah Von Titebottum masturbándose.

—Dado que me estoy quedando en tu habitación, deberíamos encontrar un sistema. Un calcetín en la puerta o algo así. No quiero privarte de nada. O… podrías dejarme mirar: soy un gran espectador.

Me mira, sigue ruborizada.

—Ya no me caes bien.

Le toco la nariz.

—Mentirosa.

Cuando volvemos al patio del castillo, James nos está esperando. Y no parece contento. De hecho, parece un Hulk rubio… justo antes de perder el control. Sarah también se da cuenta.

—Está furioso.

—Sip.

Salimos del coche y se gira tan rápido que provoca una brisa.

—Tengo que buscar a Penny. Adiós.

Le grito:

—¡Gallina!

Hace un gesto con la mano por encima del hombro.

Me acerco a James despacio. Como un explorador que se adentra en el Amazonas y se encuentra una tribu que nunca ha visto el mundo exterior. Y estiro mi ofrenda de paz.

Es un Mega Pounder con queso.

—Te he traído una hamburguesa.

James me la arrebata de las manos con furia. Pero… no la tira.

Se gira hacia uno de los chicos que tiene detrás.

—Mick, tráelo. —Mick (un gigante) le trae una bolsa de papel—. Cuando te nombraron heredero y después de hablar con tu anterior equipo de seguridad, tuve una audiencia con su majestad la reina. Dada tu tendencia a escaparte, le pedí permiso para asegurar tu seguridad por cualquier medio, incluyendo este. —Saca de la bolsa una correa para niños: esas que llevan los enanos en parques de atracciones con expresiones desaforadas, listos para atacar a quienes se les acerquen. Y James sonríe—. La reina Leonora dijo que sí. —Sospechaba que la abuela ya no me quería; ahora estoy seguro—. Si tengo que hacerlo —advierte James—, te ataré a ti de un lado y a Mick del otro. —Mick no parece alegrarse por esta idea más que yo—. No quiero hacerlo, pero… —Se encoge de hombros, no hace falta dar más explicaciones—. Así que la próxima vez que le den ganas de escapar, recuerde la correa, su majestad. —Vuelve a guardar esa aberración en su bolsa—. ¿Estamos de acuerdo, príncipe Henry? —pregunta James. Respeto a un hombre dispuesto a dejarlo todo por su trabajo. No me gustan sus métodos… pero los respeto. Le digo que sí con los pulgares en alto—. Excelente.



Capítulo 11

Sarah

El equipo de *Emparejados* nos despierta antes del amanecer, golpeando las puertas como sargentos, para descontento de las participantes. Si hay algo que las mujeres de la aristocracia valoran por encima de todo, es dormir. Se han despedido (y, en el pasado, asesinado) a criados por mucho menos.

Creo que el productor las quiere al límite, de mal humor y furiosas a propósito: para que se maten entre ellas.

El drama vende, casi tanto como el sexo.

Nos piden que hagamos una mochila para pasar el día. Una sola por persona, lo que es un desafío para este grupo. No nos dicen cuál es el destino, solo que llevemos ropa adecuada para una fiesta en la piscina. Hay té y dónuts en la mesa del comedor, pero tenemos que servirnos y partir hacia el aeropuerto.

Cuando llegamos, nos colocan en una larga fila, separados y aislados del público. A nuestra espalda hay un ventanal que da a la pista de aviones privados. Henry mira por la ventana, con una camisa blanca y pantalones ajustados, les da la espalda a las chicas y apoya una mano contra el cristal. Parece concentrado, mirando fijamente a algo.

Avanzo detrás de él, espío por encima de su hombro para ver lo que mira.

Y mi corazón se desploma.

Porque es un avión militar. Cuatro soldados uniformados bajan y, con una precisión ensayada, cargan un ataúd envuelto en la bandera dorada y púrpura de Wessco y lo apoyan sobre una mesa plateada.

Me quedo paralizada mientras avanzan, marchando sincronizados, un hombre en cada esquina… escoltando con solemnidad los restos hacia el coche fúnebre. Tres de los soldados se quedan detrás y uno camina hacia la puerta que está en el otro extremo de la sala de espera en la que estamos nosotros.

Justo entonces giro la cabeza y veo a una mujer de mediana edad y cabello oscuro, con un abrigo *beige* arrugado sujetando la mano de un niño. Tiene unos diez años. El soldado tuerce la cabeza, le dice algo en voz baja y le entrega a la mujer un sobre de papel.

Henry mira unos segundos y luego camina hacia ellos. Lo sigo.

El soldado pone unos ojos como platos cuando lo ve e inmediatamente hace el saludo militar. Henry se detiene a pocos metros y devuelve el saludo. Entonces el soldado baja la cabeza y Henry asiente. El soldado se endereza, termina de decirle algo a la mujer y, al final, añade que esperará en el coche hasta que esté lista.

La mujer lo mira alejarse y se lleva un pañuelo a la nariz. Entonces ve a Henry y se da cuenta de quién es.

—Oh, su majestad. —Hace una reverencia y el niño imita el movimiento—. Hola. No sabía que estaba aquí.

—El viaje no ha sido anunciado. ¿Señora…?

—Campbell. Señora Nargery Campbell. —Acaricia la cabeza del niño—. Y él es Louis.

—Señora Campbell. Hola, Louis.

—Hola, príncipe Henry —dice el chico sin sonreír.

—Quiero ofrecerle mis condolencias por su pérdida.

La señora Campbell se limpia los ojos con el pañuelo.

—Gracias. —Mira con ternura el ataúd a través de la ventana—. Es mi hijo mayor, Charlie.

—Charlie Campbell —dice Henry como si estuviera guardando el nombre en su memoria.

—Exacto. El capitán de Charlie me dijo que murió en una emboscada, que fue muy valiente. Atrajo los disparos hacia él para que el resto pudiera refugiarse.

—Un acto heroico que estoy seguro que sus compañeros jamás olvidarán —dice Henry.

La señora Campbell asiente.

—Siempre fue un buen chico. Protector. Y ahora está en el cielo con su padre, cuidándonos.

Me inclino hacia Louis.

—Apuesto que Charlie adoraba ser tu hermano.

El niño sorbe por la nariz y asiente.

—Me enseñó a pescar con mosca. He estado practicando y ahora soy muy bueno.

Asiento, apenas consigo contener las lágrimas.

—Y cada vez que pesques pensarás en él, y entonces siempre estará contigo.

Louis vuelve a asentir.

Henry se saca la cartera del bolsillo y le da una tarjeta personal a la señora Campbell.

—Si hay algo que pueda hacer, lo que sea, quiero que llame a mi oficina. Por favor.

Ella coge la tarjeta y sonríe con los ojos húmedos.

—Lo haré, gracias. —Luego alza la mirada hacia Henry y lo mira, reflexiva—. Te has convertido en un buen hombre, príncipe Henry. La princesa Calista estaría muy orgullosa.

Henry baja la mirada.

—Eso espero —dice por lo bajo con la voz ronca.

—Oh, estoy segura de que sí. Las madres sabemos esas cosas. Estaría orgullosa de ti, como yo… —Su voz se apaga mientras se gira a ver el ataúd envuelto con la bandera. Y su rostro se arruga—. Oh, mi niño… Pobrecito, mi dulce Charlie…

Se cubre el rostro, llora entre las manos y las lágrimas se filtran por los dedos.

Sin vacilar, Henry la envuelve entre sus brazos y le aprieta la cabeza contra su pecho.

Es una violación del protocolo (los ciudadanos comunes no pueden abrazar a la realeza), pero a Henry no parece importarle.

—Lo siento —susurra acariciándole el cabello—. Lo siento tanto.

Cuando el rostro del pequeño Louis se transforma, lo abrazo yo, consolándolo con palabras suaves e improvisadas que espero que sirvan de algo.

Y nos quedamos así durante un rato, hasta que las lágrimas aflojan y comienzan a respirar hondo. Henry suelta a la señora Campbell con un apretón de manos y le recuerda que llame a su oficina si necesita algo. Luego, juntos, volvemos al grupo que nos espera.

—¡Eso ha sido oro televisivo! —Vanessa Steele prácticamente salta de alegría—. Cuando este material salga a la luz… El príncipe descarriado consolando a la madre en el suelo… Será la caída de bragas transcontinental más grande que se haya visto jamás.

Primero Henry parece confundido y luego… enfadado.

—¿Lo has grabado?

—Por supuesto que lo he grabado. Ya te dije que todo es contenido: y eso ha sido jodidamente fenomenal. Emoción real; no se pueden guionar esa clase de cosas.

Henry apunta con un dedo al coche fúnebre que se retira.

—Ese chico murió por ese país. Por *mi* país. Dio su vida para proteger el suelo que pisas.

Vanessa se endereza y enfrenta el descontento de Henry.

—Y ahora todos sabrán su nombre. Su historia y su sacrificio.

Mentira. Yo seré ingenua, pero no tanto. El entusiasmo de la productora no tiene nada que ver con honrar al muerto.

Henry asiente y se frota los labios, tenso. Se dirige al cámara:

—¿Puedo verlo?

El cámara le entrega el dispositivo plateado. Como me explicó Penny, es bastante pequeño para filmar en lugares públicos sin obstruir la circulación, pero lo suficientemente poderoso como para capturar tomas a distancia en la más alta definición. Henry le da vuelta en sus manos.

Luego lo arroja al suelo y lo hace añicos bajo su bota prestando especial atención a pulverizar la tarjeta de memoria.

—¡Henry! —chilla Vanessa—. ¡Maldita sea!

—Es uno de los peores días de sus vidas —masculla—. No puedes convertirlo en entretenimiento.

La productora hierve de furia.

—¿Sabes lo caro que es ese equipo?

Henry resopla.

—Envíame la factura.

En la pista, cuando nos dirigimos al avión, Henry va último en la fila. Retrocedo para quedar tras él. Sigue furioso: tiene el rostro apretado, los hombros tensos y los puños cerrados.

—Eso ha sido sensacional —le digo por lo bajo—. Creo que lo que has hecho es maravilloso.

Sacude la cabeza con amargura.

—No. Solo ha sido decente. —En sus ojos arde un fuego verde y chispeante—. No deberías tener las expectativas tan bajas.

—¿Te refieres a mis expectativas respecto de ti?

—De todos. —Sus palabras son cortantes y afiladas—. Sube la vara, Sarah.

Entonces se da la vuelta y sube al avión.



Aterrizamos en Hampton Hills, el elegante destino vacacional de los ricos y famosos de la zona norte de Wessco. Una camioneta con las ventanas polarizadas nos lleva al Hotel Regional, donde *Emparejados* ha reservado la piscina cubierta para una fiesta privada. Apenas entramos, Henry se queda en bañador y va directo al bar. La cámara lo sigue cuando avanza hacia una tumbona con un *whisky* en cada mano.

Siento un pinchazo en el pecho cuando lo veo mirar a las mujeres que se divierten en la

piscina con sus coloridos, y casi inexistentes, bikinis. Me arremango la camiseta negra, me siento pegajosa e incómoda en esta habitación humeante. Hasta que Vanessa Steele vuelve a blandir su maldito altavoz para ordenar que se retiren todos los asistentes y personas que no formen parte del elenco.

—¡Ven a jugar, Henry! —grita lady Cordelia sujetando una pelota de playa sobre su cabeza y acercándose a los cámaras, que están parados en el borde de la piscina.

Él traga su bebida y sonríe.

—Os acompañaré apenas me termine esto, dulzuras.

Alejo la mirada y me acerco a Penélope, que está comparando manicuras con Laura Benningson cerca del trampolín

—Iré a la habitación, Pen —le digo—. Compórtate, ¿vale?

Mi hermana asiente y se despide con la mano.

Y mi cabeza quiere girarse hacia Henry para mirarlo por última vez, para ver si ha ido a «jugar» con Cordelia. Pero me obligo a dejar los ojos pegados a la puerta.

Y salgo.

Más tarde, después de cenar pescado con patatas en mi habitación, estoy tirada en la cama intentando leer *Jane Eyre*, pero mi corazón no está de acuerdo. Las palabras se mezclan y lo único que veo en mi mente es a Henry Pembrook, acostado medio desnudo en una tumbona, sonriendo, riendo y bebiendo. Me pregunto si se habrá quedado en la piscina o se habrá ido a la habitación de alguna de las chicas (Cordelia o Elizabeth o, quien sabe, Penélope) para una fiesta más privada.

Cierro el libro con un golpe.

Me pongo los zapatos y camino hacia la piscina. Es tarde, los pasillos del hotel están vacíos y en silencio. James, el guardaespaldas personal de Henry, está parado fuera de la zona de la piscina.

—¿Sigue ahí? —pregunto.

—Así es, lady Sarah.

Intento parecer despreocupada, pero no lo consigo.

—¿Está solo?

Los ojos azules de James se ablandan con empatía; no estoy segura de si es por Henry o por mí.

Asiento. Y, contra todo sentido común, les permito a mis pies avanzar.

Está en la otra punta, con la parte superior de su cuerpo flotando sobre un flotador y canta:

—*Al agua pato, pato. Sin los zapatos, patos.*

—Sabes que es una piscina y no una bañera, ¿no?

Tiene los ojos nublados. Está borracho.

—Ahí está. ¿Adónde te habías ido, patito? Te has perdido la fiesta. Lo hemos pasado muy bien.

—Estaba en mi habitación.

Levanta el vaso y vuelca el contenido en la piscina.

—No me digas: estabas leyendo. ¿Cuál fue el menú de esta noche?

—*Jane Eyre.*

De su garganta sale un sonido reprobatorio.

—Qué deprimente. ¿Ni siquiera un libro de *highlanders* descamisados o una buena erótica para señoras?

Resoplo porque me parece gracioso que el príncipe Henry conozca esos términos.

—Esta noche, no.

—Bueno, avísame cuando toque uno de esos: quiero que me lo leas. En voz alta. —Como era de esperar, me ruborizo, y Henry se ríe. Luego baja el rostro hacia el agua, da un gran sorbo y lo escupe en un chorro alto y curvo—. Mira. Soy una fuente.

Sacudo la cabeza.

—Eres un idiota.

Hace un puchero.

—¿Esa es forma de dirigirte al heredero al trono?

—¿En este momento? Sí. —Me cruzo de brazos—. Deberías irte, estás hecho mierda.

—O tú podrías venir. Vamos, entra. Muéstrame tu mejor bomba.

—No llevo el bañador.

—Entonces entra desnuda. Te juro que cierro los ojos.

Alza la mano, cruza los dedos para mostrarme que está mintiendo.

Y me río.

—No te creo.

—¿A qué le tienes miedo?

—A morir. No sé nadar.

Si está sorprendido por la confesión, no lo demuestra.

—No deberías tener miedo de morir, Sarah… Todos vamos a morir algún día. Lo único que debería darte miedo es no haber vivido cuando llegue ese momento.

Me acerco y paro justo en el borde.

—Muy poético, Henry. Ahora sal, es peligroso beber y nadar solo.

—¡Entonces no me dejes nadando solo! El agua está increíble. Entra, déjame llevarte a la otra punta, enfréntate a tus miedos, y luego saldré como un buen chico, lo prometo.

Esta vez tiene los dedos bien abiertos, no los cruza. Se suelta del flotador, sostiene el vaso por encima del agua y patalea hasta mí. Esperando.

Va a insistir, me doy cuenta. Y en mi florece un extraño impulso de querer intentarlo. Es una voz sutil, pero insistente, un suave aliento. Empiezo a identificarlo como el Efecto Henry, porque me hace sentir tantas… cosas: segura, alocada y tal vez un poco enfadada, todo al mismo tiempo.

Henry hace que quiera vivir nuevas experiencias.

Y quererlo a él.

Así que respiro hondo y me quito los zapatos. Intento controlar mis piernas temblorosas, me giro, bajo hacia el borde y entro al agua. El pijama de algodón se me pega al cuerpo, pero es ligero, así que no me hunde. Sin embargo, me aferro al borde con todas mis fuerzas.

Y Henry está ahí, con la piel tibia y mojada, los brazos como una barra de hierro en mi cintura; sólidos y fuertes.

—Qué chica tan valiente —susurra contra mi pelo. Giro en sus hombros y aprieto los míos alrededor de su cuello. Pateo con las piernas y la sensación de que no hay nada debajo me produce pánico—. Tranquila. Te tengo. —Henry se pone de espaldas y me acomoda contra su torso como si fuera mi propio flotador real. Luego se estira para coger su bebida del borde de la

piscina—. ¿Puedes sostenerme esto? —Despacio, nos aleja de la pared y el agua hace pequeñas olas contra sus hombros mientras avanzamos hacia el centro. Dejo de temblar un poco—. ¿Ves? —se burla Henry—. El agua es tu amiga. ¿Quieres aprender a nadar? Puedo enseñarte.

—No lo sé. —Miro el agua con desconfianza.

—¿Por qué siempre tienes tanto miedo? —pregunta sin ser grosero, solo con curiosidad.

—No es cierto. Es solo que me gusta… la consistencia.

—La consistencia es aburrida.

—Es segura. Si sabes lo que viene, nada te pilla con la guardia baja. —Henry pone los ojos en blanco—. ¿Por qué siempre estás triste? —pregunto.

—No estoy triste; doy pena. Es diferente. —Se queda en silencio unos segundos, donde solo se oye el suave movimiento del agua—. ¿Crees que Charlie Campbell vivió? —se pregunta Henry—. ¿Antes de morir?

Unas gotas brillan en sus pestañas como si fueran diamantes. Intento concentrarme en eso y no en el dolor que envuelve la pregunta.

—Eso espero. A veces eso es todo lo que se puede hacer. Tener fe.

Henry asiente.

—Supongo que tienes razón.

Levanto su bebida y propongo un brindis:

—Por Charlie.

Henry sonríe mientras yo doy un sorbo y luego él se lleva el vaso a los labios.

—Por Charlie —dice y bebe.

Me coge el vaso vacío de las manos y lo aleja flotando. Luego sacude un brazo en el agua y nos impulsa hacia delante.

Entonces solo… me mira. Con calidez y alegría. Se me empañan las gafas y me las quito.

—Realmente eres muy bonita —murmura Henry. Instintivamente, bajo el mentón y me quedo mirando su pecho—. ¿Nadie te lo ha dicho?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no.

—Deberían —insiste despacio—. Deberían decirte todos los días lo bonita que eres; por dentro y por fuera.

Y siento una gran oleada de ternura en el pecho, rodeando mi corazón, demasiado grande para estar contenido en mi pecho. No por el cumplido, sino por él. Este príncipe precioso y roto. ¿Le habrán dicho que brilla con luz propia? ¿Qué es amable y fuerte, generoso y bueno? Creo que no, y deberían decírselo. Todos los días.

Antes de que pueda darme cuenta, atravesamos la piscina y estamos en la parte de la playa. Los hombros de Henry acarician las baldosas mojadas del borde.

—Aquí estás. —Se endereza y mis pies tocan el fondo de la piscina—. No ha estado tan mal, ¿o sí?

Estamos tan cerca que puedo saborear su respiración: sándalo, *whisky* y hombre.

—No. Nada mal.

Estoy mareada, es como si estuviera soñando. Nuestras miradas se cruzan y Henry pasa los dedos por mi frente, baja por mi mejilla hasta el mentón y me aparta un mechón de pelo.

—Sarah —dice casi en un gemido.

Se acerca despacio…

Yo pestañeo y me alejo.

Porque tal vez al final tenía razón. Tal vez sí tengo miedo todo el tiempo.

Voy hacia el borde de la piscina, fuera de su alcance. Cae una cascada de mi ropa empapada cuando salgo. Enseguida digo con la voz vibrante de alegría:

—Vamos, hay que salir. —Me envuelvo en una toalla y abro otra para él. Henry vacila, parece listo para protestar—. Lo has prometido —le recuerdo.

Suspira con dramatismo y baja los labios al agua para hacer burbujas. Pero luego sube los escalones sujetándose del pasamanos, coge la toalla y se seca los hombros y los brazos.

Intento no mirar, pero mis ojos se desvían cuando se seca el vientre… y la clara silueta de su enorme erección es inconfundible a través de su traje de baño. Y magnífica.

Sé que me ha pillado mirándolo porque se tensiona.

—¿Me vas a arropar, Teta y Culo? ¿Me darás un beso de buenas noches en… alguna parte?

Ajusto la toalla en mi pecho y odio lo tímida que debo parecer, pero lo hago de todos modos.

—No, ese honor es de James.

Resopla.

—Aguafiestas.



Capítulo 12

Henry

Después de nuestra noche en la piscina, las cosas entre Sarah y yo cambian. Hay mucha más confianza. Todavía la hago ruborizarse de esa forma tan bonita, pero ahora es un suave rosado el que invade sus mejillas y no ese intenso escarlata que le provocaban mis primeras burlas. Sigue siendo bastante retraída, se queda leyendo en algún rincón o debajo de un árbol, pero sale a mirar cuando filmamos y más de una vez la he pillado conversando y riéndose con Laura Benningson y la princesa Alpacca, asistida por la deficiente traducción de Guermo.

Llevo sin dormir en mi habitación (ni lo he intentado) desde la primera noche. Creí que los productores iban a atosigarme, pero Vanessa me explicó que no piensan que las cámaras vayan a capturar nada interesante allí: solo las ponen por si acaso.

Paso los días tirándome en tirolina o haciendo *puenting*, esquilando ovejas y nadando en aguas termales, siempre con chicas diferentes para repartir cada vez menos dijes de cristal (como un ratoncito Pérez cachondo); y las noches en un bendito infierno de lujuria no correspondida.

Porque no consigo olvidar la sensación de Sarah apretada contra mí en el agua, resbaladiza, suave y mojada. No me la saco de la cabeza.

Me atormenta por las noches.

Y ha provocado, más de una vez, que me despierte con una erección dolorosa, acurrucado contra sus tetas dulces y firmes, echando mano a cada gramo de autocontrol que me quedaba para no tocarla mientras dormía.

Por las noches, cuando Sarah gime en la cama mientras lee sus novelas clásicas, anhelo sentir esos adorables labios gimiendo alrededor de mi polla. Cuando suspira dormida, pienso en cómo sería oírla suspirar mientras me pide que le dé más. Cuando, ausente, se enrosca un mechón de pelo en un dedo, me imagino sujetando esos mechones oscuros y sedosos para enseñarle todas las cochinadas que sé; y sé muchas.

La otra noche, cuando entré a la habitación, Sarah estaba en el baño. Me quedé parado al otro lado de la puerta trabada, escuchando el sonido del agua mientras se lavaba (y se tocaba), y casi acabo en los pantalones como un puñetero niño de doce años.

Se está volviendo un problema.

Pero no considero, ni por un segundo, la posibilidad de quedarme en mi habitación. Porque la mejor parte y la más dura (valga el doble sentido) es que, cuando estamos en la cama, con Sarah en su sencillo pijama de algodón, enroscados en las mantas para protegernos del aire helado, y las luces se apagan… conversamos. Sobre todo y nada a la vez, y todo el abanico que hay en medio.

Ella habla de su madre con sus flores e invernaderos; Penny y sus sueños de película; el gruñón de su jefe, que, por lo que me cuenta, podría llevarse bien con el viejo Fergus; su biblioteca y su vida ordenada, sin sobresaltos y sencilla. Le hablo de Nicholas y la fe injustificada que tiene en mí, aunque Sarah insiste en que no es para nada injustificada. Hablo de

la valiente y determinada Olivia y de lo mucho que me gustaría que no vivieran tan lejos. Y, en voz baja y avergonzada, le hablo de la abuela y todas las veces que la he decepcionado.

Aunque conozco la historia en líneas generales, Sarah me cuenta muy entusiasmada sobre lady Jane Gray, que fue reina de Inglaterra durante nueve días, porque leyó un libro sobre ella una vez. Un relato romántico sobre cómo terminó enamorándose de Gildford Dudley, el hombre con el que su familia la obligó a casarse. Y cuando nombraron de forma ilegítima a Jane como reina, fue ese amor el que le dio la fuerza para soñar a lo grande las cosas que podría hacer por su pueblo y por su país. La sonrisa de Sarah es tan encantadora, su rostro tan alegre mientras hablamos, que no tengo el coraje para señalar que lady Jane nunca llegó a implementar ninguno de sus planes. Porque le cortaron la puta cabeza.

Sarah no me pregunta sobre mi futuro ni sobre lo que pienso acerca de convertirme en rey, y se lo agradezco. Porque todavía no quiero pensar en eso. Pero hay una luz en sus ojos y una admiración en su voz que me hace sentir, en lo más profundo de mi corazón, que Sarah cree que podría hacerlo bien.

Y eso es diferente a lo que ocurre con Nicholas. O con la abuela.

Por motivos que no puedo identificar, el hecho de que esta chica tan pura y transparente lo crea (que crea en mí) me hace pensar que algún día yo también podré creérmelo.



A mitad de la segunda semana de filmación, cerca de las ocho de la noche, estamos en exteriores haciendo una toma del balcón. Cuando el director grita «corten», Elizabeth se me enrosca como hiedra venenosa susurrando las cosas obscenas que quiere hacerme para la cámara; creo que algunas rompen las leyes de la física.

Me libero y voy hacia mi habitación. Bueno… la habitación que comparto con Sarah. Pero, cuando entro, la encuentro metiendo sus libros en la mochila; parece que se va a alguna parte. Me acerco al nido, apoyo una mano en la pared y le digo:

—¿Adónde te estás escabullendo tan tarde?

Alza la vista hacia mí con la boca apretada en un gesto divertido.

—Ni me estoy escabullendo ni es tan tarde, Henry.

Huele a dulces y quiero lamerla. De arriba a abajo y por todas partes.

Así que hago como si no hubiera hablado y sigo con mi línea de pensamiento; que, por cierto, es mucho más interesante.

—¿Tal vez vas de camino a una cita con un amante secreto? ¿O quizás te has unido a un club sexual? Un sobrio y oscuro callejón que visitas cada vez que puedes, pero no tanto como quisieras, donde todos los fetiches (sin importar lo depravados sean) están bien vistos.

Mis ojos viajan por su cuerpo, acariciando visualmente las voluptuosas curvas debajo de la camiseta negra y las mallas.

—¿Quizás una fantasía protagonizada por una bibliotecaria atrevida? ¿O haces el papel de ladrona? Te atrapan hurgando en la habitación de un aristócrata millonario y tienes que rogar: «Oh, por favor, no me acuse, milord… ¿Cómo puedo convencerlo? Haré cualquier cosa…».

Alza sus delicadas cejas por encima del marco de metal de sus gafas.

—Eso es muy… específico. Parece que lo has pensado mucho.

—No te haces una idea. —Me acerco—. ¿Adónde vamos, amor?

—¿Vamos? —Sus ojos están más oscuros, dilatados, y su pecho sube y baja rápido, con jadeos de entusiasmo. Me pregunto si se dará cuenta—. Yo tengo una reunión. Mi madre ha mandado un coche a buscarme. No puedes venir, Henry.

—Puedo venirme muchas veces. Mi energía es inagotable. ¿Quieres que te lo enseñe?

Su voz sale suave y ronca.

—No puedes venir conmigo.

—Eso suena a desafío. —Sonrío despacio—. Apuesto a que no tendré ningún problema. —Le vibra el móvil, el aviso de que el coche está fuera. Pestaña y se escapa por debajo de mi brazo; y, como el perro que soy, quiero perseguirla—. ¿Qué clase de reunión?

Sarah duda.

—Una reunión de club.

Y estoy por volver a mencionar lo del club sexual y subirle el tono… pero entonces todo se aclara.

—Es un club de lectura, ¿no?

Por supuesto que sí.

Sarah asiente.

—La reunión bimestral de Las Austenitas. —Y aquí estoy, de nuevo, intentando no reír. Me mira a los ojos y me clava un dedo en el pecho. Y ese pequeño contacto hace que mi polla se ponga dura. El celibato me está volviendo loco—. No te atrevas a reírte.

Me muerdo el labio y la atrapo mirándome la boca.

—Las Austenitas —repito y me aclaro la garganta—. ¿Qué hacen exactamente Las Austenitas?

—Discutir sobre personajes, lecturas en voz alta, eventos comunitarios… A veces montamos obras.

—Parece fascinante. Nunca he ido a un club de lectura. Creo que es algo que todos deberían hacer al menos una vez en la vida.

Se cruza de brazos, lo que hace que sus pechos se junten y se levanten.

—Lo odiarías.

Me cruzo de brazos y ella baja la vista a mis bíceps; últimamente lo hace mucho, la pervertida virgen mirona.

—Me da la sensación de que no quieres que vaya. ¿Te avergüenzas de mí? Eso duele, Teta y Culo… Me hieres.

Se ríe con desdén.

—No es cierto. Y no tiene nada que ver con que yo no quiera que vayas… No puedes ir. Hay unas treinta Austenitas. Se correrá la voz de que estás en Castlebrook.

—Oh, Dios no lo permita, porque Castlebrook es el centro de la escena social y las élites mediáticas.

Por si alguien lo dudaba, eso es sarcasmo. Sarah lo sabe y por eso pone los ojos en blanco.

—Solo hace falta que alguien hable de más para que la reina se entere de que estabas allí cuando tenías que estar aquí. Y los productores tampoco quieren que vayas a ninguna parte.

—¿Me puedo escapar?

Resopla tanto que hace volar ese flequillo oscuro que le cae muy cerca de los ojos.

Y ahora estoy pensando en Sarah soplando cosas.

—Y entonces te van a poner la correa.

—No le temo a ningún hombre ni a ninguna correa. Pero es un poco perverso, ¿no? —gruño—. Maldito James.

Sarah se burla de mí.

—Claro. James es malo por querer que sigas vivo y que no te secuestren. Ni que fuera su trabajo. Qué cretino.

Ah, mirad eso. Sarah también puede ser sarcástica. Es *sexy*. Oírla hablar así me hace pensar en follármela en la cama, en el sofá… Pero, sobre todo, en el nido. Se volvería loca en el nido.

Hablando de fantasías: esa va directo al banco de imágenes para masturbarme.

—Me voy a aburrir aquí solo —me quejo solo para verla sonreír—. Supongo que voy a hacerme una paja. O… cinco. Porque así soy. Y así me complazco.

Pero lo que pasa es que esta vez… Sarah no se ruboriza. Me mira y le brillan los ojos, como si estuviera viendo una versión alternativa de mí. Una que se está masturbando. Y, a juzgar por la dificultad con la que traga saliva y se pasa la lengua por el labio inferior, le gusta lo que ve.

Joder, eso es tan *sexy*.

Pestañea para salir de la ensoñación y su agitación es adorable.

—Yo…, eh…, tengo que irme. —Me despido con la mano. A mitad de camino de la puerta, Sarah se detiene y se gira—. ¿Henry?

—¿Sí?

Me señala con un dedo.

—Quédate.

Sonrío.

Con los ojos entrecerrados, sale por la puerta y la cierra a sus espaldas.

Y me quedo sentado en ese incómodo sofá cinco minutos, pensando. Y luego me levanto.

Porque sigue sin gustarme que me digan qué hacer.

Dos horas más tarde, el coche aparca en la Biblioteca de Concordia; supongo que aquí se celebrará la sagrada reunión del club de lectura. Sarah tenía razón al decir que no me conviene que se corra la voz de que estoy en el pueblo, así que le di una ventaja considerable y planeo pasar inadvertido en el fondo para verla en acción.

También tenía razón con lo de la correa.

Por eso James conduce y Mick nos acompaña, armado.

A través de las ventanas polarizadas de la camioneta, miro el enorme edificio de marfil. Una biblioteca construida para una reina. Puedo imaginarla trabajando aquí: puedo imaginarla adorando cada minuto. Le queda bien esta mágica casa hecha para adorar libros.

La carretera principal está casi desierta y no hay una sola persona delante de la biblioteca sutilmente iluminada. Mientras subo con Mick por los escalones de marfil, me pregunto: «¿me estoy comportando como un acosador? ¿Estoy cruzando una línea? ¿Un límite?». Pero… a la

mierda todo, soy un príncipe, para nosotros no hay límites: ese es uno de los beneficios. El que diga lo contrario, se equivoca.

La puerta está destrabada y entramos. Nunca había notado lo tenebrosa que puede ser una biblioteca por la noche (grande y llena de ecos), como un mausoleo. Pero ahora me doy cuenta mientras miro la planta principal. Bajo por una pequeña escalera, que está junto al escritorio de recepción, y veo una luz al final. Es la clase de lugar en el que se junta un grupo de estudiosos bíblicos o el grupo de adictos anónimos al sexo. O un club de lectura.

La puerta está lo suficientemente abierta para oír, pero no tanto como para pasar inadvertido si me quedo parado fuera. Me apoyo contra la pared, escuchando la inconfundible cadencia de la voz de Sarah. Y descubro un lado completamente diferente de ella: una versión para añadir a todas las otras. Creo que nunca acabaré de conocerla.

Parece confiada, eficiente y segura, como una ejecutiva. Me pregunto si es este lugar, si es porque estos son sus dominios y aquí es donde florece. Casi me recuerda a mi abuela en su oficina, dirigiéndose al Parlamento.

Cuando parece que están concluyendo, Mick y yo entramos a una habitación contigua. Está llena de cajas con un olor extraño, una bolsa con máscaras de esquí, latas de pintura roja, carteles y letreros: «Libertad para los Patos de Butterwald».

¿Qué coño es un pato de Butterwald?

Cuando el último de los ratones de librería sale hacia el pasillo, y solo quedan tres voces muy distinguibles en la habitación (que sé muy bien a quién pertenecen), le pido a Mick que me espere fuera y asomo la cabeza.

—No me digas que me lo he perdido. ¿Ya ha acabado? Mierda.

Todo el rostro de Sarah se ilumina. Me hace sentir un poco mareado.

—¡Henry! ¿Qué estás haciendo aquí?

—No me puedo separar de ti.

Y es una broma a medias.

Una belleza curvilínea de ojos azules y cabello rubio cruza la habitación y hace una reverencia.

—Guau, guau, guau.

Debe ser Annie: Sarah habla todo el tiempo de ella y de Willard.

—Ella es Annie —dice Sarah. Es la clase de mujer por el que me suelo inclinar: alegre y con un gesto de pura adoración en el rostro. Lo extraño es que, como es amiga de Sarah, de inmediato veo una luz roja en mi cerebro que anula mi atracción hacia ella—. Y él —Sarah señala un hombre pequeño sentado en una silla enorme con una pipa entre los labios— es Willard.

Willard no se pone de pie y agacha la cabeza en lugar de hacer una reverencia. No es apropiado, pero, considerando mi rechazo a las cosas «apropiadas», no me molesta.

—Buena pipa —le digo—. ¿Debo llamarte Sherlock?

Sonríe.

—Solo si yo puedo llamarte princesa.

Tuerzo la cabeza mientras lo pienso.

—Tengo confianza suficiente en mi masculinidad como para tolerarlo.

—Excelente. —Willard avanza hacia el decantador con un líquido ámbar que tiene al lado—.

¿Brandy? Es barato, pero cumple con lo que promete.

—Por favor.

Mientras me sirve un vaso, Annie exclama:

—Por Dios, Sarah, cuando le dijiste a Haverstorm que tenías que cumplir con deberes palaciegos todos pensamos que nos estaba tomando el pelo. ¿Con qué clase de deberes lo sirve Sarah, su majestad?

—Me está ayudando a reorganizar la biblioteca del palacio. —Presiono un dedo contra sus labios y casi se desmaya—. Pero es un secreto… un regalo sorpresa para la reina.

Miro a Sarah, que está juntando una caja de papeles y sonríe con dulzura ante la mentira.

—¿Has tenido una buena reunión, amor? —le pregunto.

Y vuelve ese bonito rubor a sus mejillas, aunque no estoy seguro de a qué se debe esta vez.

—Sí, ha ido muy bien.

Sorbo mi brandy y me burlo:

—¿Abrís el encuentro con un sacrificio a los dioses de los libros? ¿Tal vez un animal o un analfabeto?

El humo se escapa entre los labios de Willard cuando responde:

—Solo los martes.

—¿Alguna vez pensaste en escribir un libro, príncipe Henry? —susurra Annie—. Mi ex, Elliot, siempre decía que quería escribir. —Willard mira su reloj. Y Annie sigue—: Podrías escribir con un seudónimo sobre los secretos del palacio. —Una expresión pícara aparece en el rostro de Annie cuando mira a Sarah y luego a mí—. O podría ser una historia erótica. Sobre una joven virgen que logra domar al príncipe rebelde; como *Cincuenta sombras de Grey*, pero de la realeza.

—Yo lo leería. —Willard se encoge de hombros.

Ahora que lo pienso, yo también.



De vuelta en el castillo de Anthorp, Sarah y yo nos preparamos para ir a la cama; cada uno se lava los dientes y se cambia en el baño. Yo, como siempre, me pongo los pantalones de pijama y me dejo el torso al desnudo, Sarah se pone unos pantalones de algodón y una camiseta sencilla; esta noche es de tirantes finos y hace que sus tetas se vean maravillosas. Luego nos sentamos en la cama. Cojo mi guitarra y toco unas notas.

—Por cierto, ¿qué es un Pato de Butterwald? —pregunto—. Vi unos carteles que los mencionaban en una de las habitaciones de la librería.

—Ah, esos son para el mes que viene. —Se quita las gafas y las deja en la mesita de noche—. Haremos una protesta para pedir que liberen a los patos encerrados en el Parque Butterwald.

—¿Protesta? —pregunto.

Asiente.

—Las Austenitas son muy activas en su comunidad.

Bajo la guitarra y la apoyo contra la pared.

—¿Sois terroristas?

Sarah pone sus bonitos ojos en blanco.

—No seas tonto. Somos… una organización comprometida con generar conciencia sobre cuestiones sociales usando métodos que a veces pueden resultar controversiales.

—Exacto. —Asiento—. Terroristas. —Sarah me pincha el brazo—. Ah… terroristas violentas —bromeo.

Tuerce la cabeza y se ríe, su cabello oscuro cae sobre sus hombros y baja por su espalda. Y es fascinante. ¿Cómo pude pensar alguna vez que era sosa? Soy un imbécil… Es deslumbrante. Jamás he conocido a alguien como ella.

Y quiero besarla, ahora mismo.

Y después quiero volver a la biblioteca, a ese lugar que adora, y besarla allí también. Delante de sus amigos, de los míos… Dios, Nicholas la adoraría.

Quiero ser ese hombre para ella.

Me atrapa mirándola y tuerce la cabeza.

—¿Qué pasa?

Y de pronto se me seca la boca. Porque nunca he hecho esto. Las veces que he hablado de sentimientos con una chica fue sobre directivas o pareceres y mucho sexo: «más fuerte, más duro, más rápido, sí, me gusta, así, no pares.

Intento tragar saliva y la voz me sale baja y ronca.

—Me gustas, Sarah. Me gustas mucho.

Me mira cogerle la mano y llevármela a los labios. Despacio, beso el reverso y cada uno de sus pequeños nudillos. Hasta sus manos son bonitas.

Se queda sin aliento cuando giro su mano y le doy un beso en la parte interna de su sensible muñeca, succionando un poco.

Y entonces necesito su boca. No recuerdo la última vez que necesité tanto algo.

Tal vez nunca me había pasado.

Me acerco y Sarah cierra los ojos. Le acaricio su suave mejilla, le cojo el mentón y le doy un beso. Es tan suave y cálida, tan jodidamente dulce. Giro nuestras cabezas para cambiar la dirección: le chupo el labio inferior y luego lo recorro con la lengua.

Y entonces ella se aleja, gira la cabeza y se mira las manos. Tiene la respiración agitada, las mejillas ruborizadas. Está preciosa.

Luego… todo se va a la mierda.

—No puedo hacer esto contigo, Henry. —Baja la mirada a la cama—. No puedo estar contigo.

—Estás conmigo en este momento.

Niega con la cabeza.

—No en ese sentido.

—Por supuesto que puedes. Creo que eres maravillosa.

Alza la vista hacia mí, el temor y la tristeza atraviesan su rostro.

—Es lo que crees ahora, pero eres un Willoughby.

Me rasco la cabeza.

—¿Es una clase de canguro?

Se aprieta los ojos con fuerza y es casi como si estuviera tartamudeando. Como si no pudiera hacer salir las palabras. Y, cuando salen, preferiría que se hubieran quedado donde estaban.

—No, un Willoughby, de *Sentido y sensibilidad*. Es el personaje del que se enamora Marianne. Era rebelde y alocado, egoísta y desconsiderado, y la destrozó.

—Sarah, lo que dices no tiene sentido.

—No puedo estar contigo porque estoy esperando un coronel Brandon.

—¿Quién cojones es Brandon?

—Es serio y tal vez un poco aburrido, pero quiere a Marianna. Es confiable y sólido, romántico y correcto. Eso es lo que quiero; tengo que estar con alguien así.

—¿Correcto? —La palabra se me clava en la garganta como una espina. Me bajo de la cama y camino mientras repaso sus palabras—. A ver si lo estoy entendiendo bien: ¿no puedes besarme porque un idiota de un libro que se llama Willoughby se portó mal con otra chica de un libro que se llama Marianne?

Resopla y agita las manos.

—Cuando lo dices así parece una locura.

—¡Porque es una locura!

Sarah se frota las manos.

—Le rompió el corazón. Casi la mata.

La miro y siento que algo se rompe dentro de mi pecho.

—¿Y crees que yo te haría una cosa así?

—Sé que sí.

—¿Porque soy un Willoughby? —Mueve las mejillas para asentir—. Porque soy egoísta e inconsciente y no estoy a la altura. Y porque tú estás esperando que aparezca alguien mejor.

Sarah niega con la cabeza.

—No estoy siendo clara.

El dolor es diferente cuando quieres a la persona que te está rompiendo el corazón. Es más profundo, dura más tiempo, como una quemadura: primero pincha y arde, luego se ampolla y se esparce, comiéndose la carne.

Dejando a su paso un enorme agujero.

Cruzo los brazos y sonrío como si todo me importara una mierda.

—¿Qué tal la vista desde tu torre de marfil, Sarah? Debe ser encantador juzgar a todos los que están debajo mientras tú estás fuera de su alcance.

Se arrodilla en la cama.

—No es eso. Me importas, es solo que…

—Soy egoísta e irresponsable… ya te he escuchado. Podrías haberte ahorrado todas esas palabras y simplemente decirme que soy un imbécil.

—Henry…

—Creo que eres una cobarde. ¿Ves cómo se hace? Simple, conciso.

Me fulmina con la mirada. Pestañea y la aleja.

—No soy cobarde. Es solo… que me gusta mi vida. Me gusta…

Voy hacia el nido y cojo el primer libro que veo.

—No tienes vida. Te escondes en esta habitación y te ocultas detrás de estos libros. No conozco algo más triste.

La voz de Sarah es suave, pero firme:

—Entiendo que he herido tus sentimientos, pero que ser cruel.

Me río.

—¿Crees que has herido mis sentimientos?

—Con este berrinche, estoy segura.

—Esto no es un berrinche, es el despertar. —Agito el libro frente a su rostro—. Estos no son tus amigos, Sarah. Ningún coronel Brandon va a saltar de estas páginas para quererte.

—¡Ya lo sé! —Y luego sus ojos siguen el libro en mi mano—. Henry, ten cuidado, es frágil

Y eso me fastidia más. Su preocupación por esta cosa estúpida e inanimada.

—¿No me ves? Dios, me tienes enfrente; soy real y, a diferencia de ti, sí estoy viviendo. —Agito los brazos y sujeto el libro por la tapa—. ¡Y estás más preocupada por un pedazo de papel y tinta!

Con un ruido, el lomo del libro se abre por la mitad; unas hojas sueltas salen volando por la habitación y caen al suelo como las plumas de un ave herida.

—¡No!

La completa devastación en la voz de Sarah atraviesa la mía, desintegra el enfado y deja tras de sí un rastro de arrepentimiento.

Cae de rodillas para juntar las hojas y me arrebata el libro roto de las manos.

—No quería hacer eso —digo por lo bajo, por si no lo sabía. Su cabello oscuro cae sobre los hombros y le oculta el rostro—. Sarah, ¿me has oído? Lo siento. —¿Por qué siento que últimamente siempre acabo diciendo lo mismo? Mueve los hombros; creo que está llorando. Y me siento como si tuviera el estómago lleno de gusanos… que avanzan y se retuercen de forma asquerosa—. Te daré el dinero para comprar otro. Es un libro. O sea… no hay solo uno —tartamudeo como un puto imbécil—. ¿Era muy valioso?

Como no responde, apoyo una mano en su espalda. Se sobresalta y se aleja. Tiene los ojos húmedos, furiosos y llenos de dolor.

—Vete —sisea.

—¿Qué?

—¡Vete de aquí! —grita juntando las últimas páginas entre sus brazos y apoyándose con delicadeza sobre la cama.

Pateo el suelo con la punta del pie y murmuro:

—Es mi castillo.

Y eso le hace perder el control.

Me grita con más fuerza de la que me esperaba. Tiene las mejillas encendidas, el cabello revuelto y los ojos desorbitados. Si no estuviera tan preocupada por haberla herido de verdad, estaría duro como una roca.

—Sarah, vamos…

Como no me muevo en seguida, vuelve a empujarme en el pecho.

—¡Sal de mi habitación, hijo de puta malo e infantil!

Estoy a punto de responder con algún comentario violento, pero, antes de que pueda hacerlo, se le corta la respiración y me doy cuenta con espanto de que está haciendo un gran esfuerzo por no romperse a llorar.

Me acerco.

—Yo…

Sarah alza los brazos, gira la cara y cierra los ojos.

—Vete, Henry. Por favor.
Y, como es lo menos que puedo hacer, me voy.



Capítulo 13

Sarah

Al día siguiente, me levanto tarde, al menos para mí: tengo los ojos hinchados y el pecho cerrado, pesado. No abandono mi habitación hasta que sé que se ha ido de la propiedad. Oigo al helicóptero llegar para su cita con Cordelia: alpinismo o pesca en el hielo o arrear ganado o alguna ridiculez de esas.

Voy hacia la habitación de Penélope con mi pobre y dañado libro. Se abalanza sobre mí como si trajera un pichón con el ala herida, me promete que enseguida estará como nuevo y lo toca con cuidado. Porque es una buena hermana.

Sé que no le importa *Sentido y sensibilidad*, pero se preocupa por mí. Sabe lo mucho que este libro significa para mí; aunque no signifique mucho para ella.

A diferencia de cierto príncipe guapo y desalmado que no voy a nombrar.

No pienso en la suave caricia de sus labios en los míos antes de que todo se estropeara. Me niego a recordar el brillo en sus ojos verde oscuro cuando me miraban como ningún hombre me había mirado; como si fuera algo precioso, un tesoro que valoraba más que el aire que respira. Y, definitivamente, ignoro esa maravillosa y excitante sensación que se esparció en la parte baja de mi abdomen. Llena de deseo, entusiasmo y alegría.

Bloqueo todo eso y me concentro en mi pobre y abatido libro. Así es más fácil.

Les pedimos cinta adhesiva a los técnicos y reparamos el daño lo mejor que podemos. Después, Penny se pasa el resto del día en maquillaje, peinado y en su entrevista uno a uno mientras yo paseo por los alrededores del castillo. Y pienso en irme, en volver a mi piso y mi trabajo… a mi vida.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Pero es muy posible que mi madre obligue a Penny a regresar si hago eso. Se está divirtiendo mucho y aprendiendo algunas cosas sobre la producción de televisión: se ha hecho amiga de los técnicos y está haciendo contactos. Así que, al menos por ahora, estoy atrapada. En un castillo.

Me llevo un sándwich a la habitación y miro las noticias en lugar de leer. Para cuando llega el atardecer, estoy agotada y me quedo dormida pronto.

Entrada la noche, alguien llama a la puerta de mi habitación. Y odio el entusiasmo que me atraviesa, odio el retorcijón en el estómago y la aceleración de mi pulso mientras camino para responder. Porque mi cuerpo sabe quién está al otro lado. Y (como buen traidor que es) no puede esperar a embriagarse en su presencia, a sentir el aroma de su piel. La sangre le suplica a mi corazón que olvide y perdone: dice que estoy exagerando, que la herida abierta en mi pecho no es más que un rasguño.

Inhalo cuando mis manos tocan el pomo, preparándome para el abrumador golpe de sensualidad que es Henry Pembrook.

Parece cansado. Y triste. Y la herida me duele aún más.

Sus ojos verdes, que suelen estar tan alegres, están apagados y opacos. La sombra rubia en su

mentón, que suele darle un aire travieso e irresistible, ahora parece casi descuidada. Me subo el camisón y ajusto el nudo de la bata, como si eso fuera a protegerme de su encanto.

—¿Qué quieres?

Sus pestañas largas y tupidas pestañean con inocencia: sabe lo que hace.

—Es hora de ir a la cama. Me gustaría dormir. O, si prefieres, podemos hablar. Podría tocar algo tranquilo con la guitarra… o podrías gemir mientras intento conciliar el sueño, y te juro que no me quejaré ni una vez.

Hay una esperanza desgarradora en su voz cuando repasa lo que se ha convertido en nuestra rutina nocturna. Y quiero abrirle la puerta. Y los brazos. Como lo haría con un niño que me pide perdón por haber roto mi juguete favorito.

Pero no lo hago… No puedo. Es el instinto de preservación. Henry no es cualquier niño y, por su inconsciencia, es capaz de destruir mucho más que un juguete.

Me coloco las gafas porque así me siento fuerte e inteligente.

—No vas a dormir aquí, Henry.

Cambia la estrategia. Sonríe con malicia. Persuasivo. Pone la mano en el pomo y se acerca.

—Vamos, Sarah. Fue un accidente… Ya te he dicho que lo siento. ¿Por qué armas tanto escándalo?

Esto es bueno. Es lo que necesito. Que se lo tome a la ligera y que se burle. Eso aviva mi furia, y la furia construye un muro más resistente que el dolor.

Sus ojos recorren mi boca apretada, la mandíbula firme y trabada, la mirada inflexible. Se pasa una mano por el pelo.

—Esto es una estupidez… ¡Es un libro! Haré que te traigan uno nuevo a primera hora. ¿Qué más quieres que haga? Dímelo y lo haré.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea.

Abro la puerta un poco más, me acerco y lo miro directamente a los ojos.

—Déjame tranquila.

Se estremece y sus cejas se desploman.

—De acuerdo.

Me encojo de hombros y Estella, la malvada protegida de la señorita Havisham en *Grandes esperanzas*, se apodera de mí.

—Entonces no es verdad que lo sientes, ¿o sí?

Aprieta los puños y todo su cuerpo se tensiona, como si quisiera golpear algo. Es extraño, pero no tengo ni un poco de miedo. Porque en lo más hondo de mi alma, sé, sin lugar a dudas, que, aunque Henry me ha hecho daño, nunca lo haría queriendo.

—Si no ibas a dejarme entrar, ¿por qué has abierto la puerta?

La sonrisa de Estella me curva los labios.

—Para poder hacer esto.

Entonces, juntas, Estella y yo, le cerramos la puerta en la cara al heredero al trono.

Henry

Volví a mi habitación, me tiré en la cama e intenté dormir a pesar del molesto ruido de las cámaras, pero fallé miserablemente en el intento. Mi horario dice que me pasaré toda la mañana rodando con Penélope, lo que me hace pensar que tal vez Dios no se ha olvidado de mí por completo. Porque Penélope es alegre y sociable y, a diferencia de su hermana, me quiere; siempre me ha querido. Puede que tenerla de mi lado no me meta en la cama de Sarah (aunque nada me impide soñarlo), pero podría ayudarme a volver a caerle en gracia.

Vanessa nos sitúa como una Barbie y un Ken playeros.

—Sujetaos las manos y caminad despacio por la playa. Hablad y reíd como si os estuvierais divirtiendo. —No me puedo creer que pensase que iba a pasarlo bien haciendo este programa de mierda. Joder, soy un idiota. Vanessa retrocede y le grita al cámara—: Haz una toma amplia. Que entre el sol poniéndose en el horizonte.

Juego mis cartas con la hermana menor.

—Quería hablarte de Sarah…

—¿Llevas micrófono? —me interrumpe con una sonrisa congelada.

—Eh… no. Vanessa solo quería la imagen, no el sonido.

—Bien. —Su mirada se pierde en el agua—. Entonces no habrá testigos que atestigüen que te he dicho que eres un cretino de mierda y que deseo que mueras gritando.

Es evidente que Penélope no me quiere tanto como yo pensaba.

—¿Cómo dices?

—Príncipe o no, si pudiera, te cortaría las pelotas, las haría polvo, las mezclaría con agua y te obligaría a beberlo.

Trago con dificultad.

—Eso es… creativo. —Sigue sonriendo con calma, lo que hace que todo este intercambio sea aún más raro. Y desconcertante—. ¿Os habéis vuelto todos locos? Dios, ¡es un maldito libro!

—Para ella, no. Verás, príncipe idiota —continúa—, tu familia te quiere. A pesar de los dramas y los misterios retorcidos del palacio, te quieren de verdad. No todos tenemos ese privilegio. Nuestra madre está medio loca y a nuestra familia le importa una mierda si Sarah o yo saltamos de un precipicio y desaparecemos para siempre. Siempre ha sido así. Excepto por la querida tía Gertrude. Es la única que se preocupó por nosotras. Antes de morir, nos convocó a Sarah y a mí a la oficina de su abogado para darnos nuestra parte de herencia porque sabía que, a pesar del testamento, los cretinos de sus hijos no iban a hacerlo. —Penélope aprieta mis manos con una fuerza estranguladora—. La tía Gertie me dejó sus joyas porque dijo que era dura y brillante. Le dejó a Sarah su colección de libros raros porque dijo que era una soñadora. Lo son todo para mi hermana, y tú rompiste uno. Lo que te convierte en un gran e inservible imbécil.

—Yo…

No tengo ni idea de qué decir.

La oportunidad de responder termina cuando Vanessa cruza frente a nosotros y nos enmarca con los dedos para el fotógrafo que viene detrás.

—Toma esta imagen, Jerry. Preciosa.

Sin perder ni un segundo, Penélope se gira hacia mí, me rodea el cuello con los brazos, alza una pierna y sonríe con ganas para la cámara.

Como una sociópata profesional.

Mierda.



Por la tarde, se supone que iré de pícnic con Laura a un campo lleno de flores que parece sacado de esa espantosa película: *Amanecer*. No consigo llamar «citas» a estas excursiones orquestadas, ni siquiera en mi mente. No tengo un sentido del humor tan delirante. En cualquier caso, el pícnic no sucederá. Tengo que ejecutar un plan más importante.

Un plan serio y detrás de las cámaras.

Y, para que sea posible, necesito a James.

Se para entre los trípodes de luces con los brazos cruzados y la mirada alerta.

—Este es el trato —le digo por lo bajo—; huiré de los compromisos de la tarde. Dejaré que me sigas siempre que te mantengas a cierta distancia y —señalo la camioneta de Vanessa, adaptada para el rodaje— siempre que tus hombres les impidan seguirnos. Esto no forma parte del programa. ¿Estamos de acuerdo?

Asiente rápido.

—Por supuesto, señor.

Media hora más tarde, la Misión Escaparse de *Emparejados* resulta ser todo un éxito. Y estoy en el descapotable, solo, con James siguiéndome, de camino a la biblioteca.



Me encuentro con Willard en las catacumbas de la biblioteca de Concordia. Sarah me explicó que aquí es donde hacen el trabajo de restauración y preservación. El sótano tiene dos plantas, pero, para mi sorpresa, es una habitación moderna, bien iluminada y libre de polvo. Una ancianita preciosa con (por suerte para mí) mala vista me ha traído hasta aquí desde la recepción vacía.

Cuando llego, levanta la vista y se coloca sobre la cabeza las gafas rojas que parecen sacadas de una película de ciencia ficción.

—Princesa. Qué sorpresa. ¿A qué debo este placer?

—Necesito tu ayuda.

Se ríe.

—Oh, cómo han caído los poderosos. ¿Cómo puedo servirle?

Nunca he conocido a otro hombre que pudiera despegar tanto su tono del significado de sus palabras. El segundo nombre de Willard es sarcasmo.

—Sarah está enfadada conmigo.

Apenas levanto la comisura de los labios.

—Sarah casi nunca se enfada y, si lo hace, no dura. ¿Le has dado una patada a un cachorrito?

—No, le rompí un libro.

Se queda congelado y suaviza la voz.

—¿Cuál?

Se me retuerce el intestino de vergüenza.

—*Sentido y sensibilidad.*

—¿Por qué… harías una cosa así?

Me masajeo la nuca.

—No quise… Perdí el control…

—Vete.

Se quita las gafas de la cabeza y las golpea contra la mesa.

—No, no lo entiendes…

—Lo entiendo perfectamente. Lo que parece que no comprendes es que Sarah es mi mejor amiga. La única que tengo. No te voy a ayudar. Vete a la mierda, princesa.

Se da la vuelta y se aleja.

Y grito:

—¡Está herida! —Eso lo hace detenerse a mitad de camino, con la espalda rígida—. No solo la hice enfadar, le hice mucho daño. Todavía está herida… y no puedo soportarlo, Willard. —Me llevo las manos al pelo. Me pongo frente a él, me arrodillo y lo miro a los ojos a propósito—. Ayúdame a remediarlo. No por mí, por ella. Por favor.

Willard me mira unos segundos, y luego suspira.

—¿Qué necesitas?

—Necesito tus contactos. Necesito encontrar un libro.



Después de conducir durante tres horas, Willard y yo estamos en una atiborrada y polvorienta librería de libros extraños que se encuentra entre dos edificios de apartamentos y a una manzana de un campamento de vagabundos. Examino la mercancía bajo la mirada desconfiada del dueño de la tienda.

Parece que estoy comprando droga.

—¿Qué piensas?

Willard habla con la pipa grande y curva entre los labios.

—Depende. ¿Qué piensas tú, princesa?

Giro la primera edición de *Sentido y sensibilidad* con las manos enfundadas en guantes de látex; el dueño insistió en que me los pusiera. Con cuidado, paso las páginas… Tengo la voz suave de Sarah en mi cabeza; la de ese día que nos encontramos en un bar hace más de un año.

«Lo único que huele mejor que un libro nuevo es uno viejo».

Bajo el libro.

—No es este. Debe ser un libro leído, acariciado, sujetado, suspirado, no uno que se ha pasado toda su vida encerrado en una caja de cristal. Querría un libro amado.

Muy despacio, Willard sonríe.

—Todavía hay esperanza para ti.



Cruzo el límite del castillo de Anthorp a las dos de la madrugada: exhausto y, sin embargo, triunfante. Las habitaciones están tranquilas y vacías, todos mis invitados están entregados a los brazos de Morfeo. Me dirijo a las escaleras, pero una forma sale de la sala de música, y una voz.

—Hoy has ignorado dos llamadas.

No estaba tan vacío como creía.

Me giro hacia Vanessa, que sigue en tacones y pantalón de vestir, con un *whisky* en la mano.

—Tenía que ocuparme de un tema importante.

—¿Más importante que el programa?

Me reiría, pero estoy demasiado cansado.

—Sí, mucho más.

Le da un sorbo a su trago y se acerca a mi deliberadamente.

—Necesitamos esas tomas, Henry.

—Las tendrás mañana.

Hace una mueca, como si su bebida se hubiera puesto amarga.

—Estarás en el comedor, vestido y listo para desayunar con la princesa Alpacca a las seis en punto, ¿está claro? He domado a talentos más difíciles que usted, su majestad. Lo recordará si sabe lo que le conviene.

Enderezo los hombros y bajo la voz y, sin esforzarme… sueno igual que mi padre.

—No soy un talento, Vanesa… y no respondo bien a las órdenes. Por el bien de tu programa, te conviene recordar eso.



Sarah

Soy una cobarde. No debería sorprenderme, pero así es.

Soy una tonta. Eso es nuevo. Y molesto.

Por la noche (aunque decir «por la mañana» sería más preciso) estoy tirada en la cama, mirando el techo y haciendo las paces con esta dura y fría realidad. Henry rompió mi libro y eso me enfadó, pero no fue por eso por lo que lo eché y me negué a verlo. No fue por eso por lo que rechacé sus disculpas.

Fue por el beso. Sigo dándole vueltas sin importar lo desesperada que esté por olvidarlo: todavía me cosquillean los labios al recordar la caricia de su boca. Fue más cariñoso de lo que imaginaba o esperaba que pudiese llegar a ser. El estómago me dio un vuelco y me mareé, y mi corazón latió tan rápido que creí que iba a morir; a pesar de sentirme más viva que nunca.

Porque quería que me besara. Quería besarlo. Y no quería detenerme solo en un beso. Quería apretarme contra él y sentir la fuerza de sus músculos en todas partes. Sus impresionantes brazos envolviéndome, sus grandes manos tocándome. Quería conocer la fuerte presión de su pecho contra mis pechos, la tabla plana y sólida de su estómago, sus caderas clavándose contra las mías cuando se me colocara encima.

Quería conocer el sabor de su piel, la caricia de su barba, el gusto de su boca.

No es lo que imaginé para mí… Ahí fui sincera. Henry es alocado y desconsiderado, pero no es solo eso. También es amable y caballero y paciente y generoso e inteligente e ingenioso… y maravilloso. Eso lo dejé fuera.

Soy una idiota.

Pero a mi corazón no le importa. Dice que valdrá la pena. Me grita que somos fuertes y que podremos sobrevivir si se rompe. Marianne pudo. Juntaremos las partes y nos quedarán los maravillosos recuerdos de un romance salvaje y sin igual, algo que nunca he experimentado.

Mi corazón me pregunta si todavía no me he cansado: si no estoy harta de tener tanto miedo de dar el salto, harta de tener los pies tan clavados en el suelo. Gruño y me cubro el rostro con una almohada. Y el aroma de Henry me envuelve, me invade. Inhalo para consolarme.

Y ahora yo también me he convertido en un cliché.

Maldita sea.

Aparto la almohada y me arrastro fuera de la cama. Hora de ser una niña grande. Voy a encontrarlo, a aceptar sus disculpas y a disculparme yo. No me molesto en ponerme un camisón ni pantuflas; solo corro hacia la puerta y salgo al pasillo: y me tropiezo con algo grande y duro.

Las emociones son un misterio. A veces crecen despacio, se levantan como una ola que llega a su pico y luego rompe contra ti.

Pero eso no es lo que siento ahora.

Cuando me inclino para coger el libro viejo y gastado del pasillo, las emociones me golpean como una bala. Fuertes y penetrantes. Abren un agujero justo en mi pecho. Sonrío mientras las lágrimas ruedan por mi rostro. Es como la dualidad de las máscaras del teatro: alivio y dolor, alegría y tristeza. Podría decir que es una de las cosas más bonitas que alguien ha hecho por mí y

sería verdad. Pero no es ese el motivo por el que esto es tan importante.

Significa tanto porque lo ha hecho Henry. Y lo ha hecho por mí.

Recorro la tipografía de la tapa sacudiendo la cabeza. Luego abro el libro y suspiro.

Lo ha firmado. Es una copia de *Sentido y sensibilidad* que ha sobrevivido siglos casi indemne y este cretino chiflado lo ha firmado.

Por supuesto que sí.

Río mientras las lágrimas me recorren las mejillas como una desquiciada.

Ahora puedes soñar un nuevo sueño.

H.

Sostengo el libro contra mi corazón y lo envuelvo entre mis brazos mientras vuelvo a entrar a la habitación. Pero no está allí. Por un horrible segundo, me pregunto si habrá encontrado otra cama donde dormir… tal vez la de Cordelia o la de Libby.

Y el dolor que eso me trae me deja sin aliento.

Pero ¿Henry haría una cosa así? Sé la respuesta antes de terminar de pensar la pregunta.

El Henry que yo conozco (no el chico salvaje de los periódicos o el futuro rey que, como dijo mi hermana, tendrá un harén de amantes; sino el chico al que le gusta hablar en susurros de tonterías hasta altas horas de la noche, el que toca la guitarra y me oye gemir y me lleva de paseo por el bosque, el hombre que quiere enseñarme a nadar y asegurarse de que viva antes de morir) no lo haría.

Dios, soy tan idiota.

Quiero encontrarlo, necesito verlo. Ahora. Primero busco en la biblioteca, el comedor y la sala de música. Oigo el sonido de las cámaras, que están instaladas en las paredes, siguiéndome cuando paso frente a ellas. Llego a la cocina… y ahí está, doblado sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Tiene los ojos cerrados, la boca floja y abierta.

Así parece más joven. En paz.

He visto al Henry juguetón y burlón. Lo he visto tenso y frustrado. Pero la paz es su estado más bonito. Estiro la mano y sigo el trazo de sus cejas, mejillas, nariz y mentón sin tocarlo.

Inhala, mueve sus largas pestañas y alza la mirada hacia mí.

—¿Sarah? —pregunta, somnoliento.

Me encanta cómo dice mi nombre, es cálido y suave como una caricia.

—Gracias por el libro, Henry —susurro—. Gracias.

Se sienta y me regala una sonrisa adorable.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado. —Espero que oiga la sinceridad en mi voz—. Es mi nuevo libro favorito.

—*Sentido y sensibilidad* siempre ha sido tu libro favorito.

—Pero ahora es mi favorito por un motivo mejor. —Me acerco a él—. Vamos. Hora de dormir.

Me coge la mano, pero cuando tiro para alzarlo, él tira con más fuerza y, al segundo, estoy parada entre sus piernas abiertas. Mira mi mano en la suya, acariciando mis nudillos con el pulgar, provocándome cosquillas en todo el cuerpo.

—Lamento las cosas que te dije. —Tiene la voz grave y las cosquillas crecen—. No las pienso.

—Yo también lo siento. —Las palabras me salen como un torpedo porque… hay tanto que

quiero decir—. No pienso que seas egoísta ni desconsiderado. No pienso que seas un Willoughby. No te creo capaz de hacerme daño.

—Pero te lo he hecho.

Se me rompe el corazón, no por mí, sino por él.

—Porque yo te herí antes.

Levanta las comisuras y asiente.

—Te has vuelto… importante para mí, Sarah. Me equivoco mucho; siempre ha sido así. No quiero equivocarme contigo.

Qué pareja tan extraña. El chico triste y la chica asustada.

Lo miro a los ojos mientras se acerca y pone mis manos en sus hombros.

—No te dejaré equivocarte.

—¿Entonces somos amigos? —pregunta—. Eso se me da muy bien.

¿Eso quiero ser? ¿La amiga de Henry?

De nuevo sé la respuesta antes de terminar de pensar la pregunta. Y la respuesta es que no. Pero no puedo decírselo. ¿Cómo podría funcionar? ¿Cómo nos verían los demás? Nunca se me han dado bien las palabras y no veo por qué esta vez podría ser diferente. Se me retuerce el estómago.

Tengo que pensarlo, resolverlo, organizar las palabras de forma correcta. Pienso qué hubiera dicho Elizabeth Bennet si ella hubiera dado el discurso del señor Darcy.

Así que asiento.

—Sí, por supuesto que somos amigos.

Mierda, mierda, mierda.

Henry

Vamos a la cama, pero ninguno se duerme. No sé qué le pasa a Sarah, pero a mí me alivia volver a estar cerca de ella. Estoy entusiasmado. Es como la noche de Navidad, justo después de abrir todos los regalos y haber recibido exactamente lo que querías. Nadie quiere dormir después de eso; solo te quieres quedar tocando, abrazando y contemplando el juguete nuevo.

—¿Pensaste que era una estupidez que me enfadara tanto por un libro? —me pregunta, recostada boca arriba mirando el techo.

Alzo el brazo y le muestro el brazalete identificatorio con eslabones de platino que cuelga de mi muñeca.

—Mi madre me lo regaló cuando tenía ocho años. Nunca me lo quito. Tengo coronas y un Maserati, pero esta es mi posesión más preciada. Entiendo el valor sentimental.

Suspira y se gira en la cama para quedar cara a cara, con las manos debajo de la mejilla. Es mi pose favorita de Sarah, la mezcla perfecta de sensualidad e inocencia.

Y quiero besarla tanto que me laten los labios.

—Exageré por… varios motivos. Voy a intentar no hacerlo más. De ahora en adelante, primero voy a imaginarme qué haría tu abuela. Es una mujer tan fuerte… un muy buen modelo a seguir. No puedo imaginármela llorando por nada.

—La he visto llorando solo una vez.

Sarah se acerca y sus rodillas casi tocan las mías debajo de las sábanas.

—¿Sí? ¿Cuándo?

Me paso el brazo por debajo de la cabeza para recordar mirando al techo.

—Cuando cayó el avión de mis padres… Tardaron unos días en encontrarlo. ¿Lo recuerdas? —Asiente y su boca se tuerce con compasión—. Esos días me dieron tiempo para pensar, para crear una pequeña fantasía en mi cabeza. Siempre tuve una imaginación muy vívida. Así que, incluso después de que recuperaran sus cuerpos, no lo creí. Pensé que era un truco, una treta maliciosa de algún país enemigo que los tenía secuestrados. O que tal vez solo había sido un error.

Una sonrisa triste invade mis labios cuando recuerdo al niño que era entonces. A pesar de toda la mierda que nos rodeaba (las complicaciones derivadas de ser quienes somos), mis padres habían logrado mantenerme aislado. Protegido. Y entonces, a diferencia de mi cínico hermano mayor, yo aún era un niño optimista y lleno de esperanza.

—Me los imaginaba en alguna isla desierta, esperando a que los encontráramos. Me imaginaba a mi padre con una barba larga construyendo una casa del árbol con ramas y hojas de palmeras. Y mi madre haciendo tazas de té con cocos.

Sonríe con dulzura.

—Como en *Robinson Crusoe*.

—Sí. —Me aclaro la garganta para tragarme el nudo que se ha instalado allí, porque esta parte es más difícil—. Estaba seguro de que, si veía los cuerpos, iba a poder revelar la verdad y convencer a todo el mundo de que teníamos que seguir buscándolos. Así que le pedí a un chófer

que me llevara a la morgue.

Porque, aunque seguía siendo un niño, tenía un título por delante de mi nombre y no había un solo chófer que se atreviera a cuestionarme.

—Casi llego a la fría habitación en la que guardaban los restos. Había guardias, por supuesto, pero todos estaban dispuestos a dejarme entrar. Excepto por la doctora. La doctora Ramadi era la jefa de los forenses. A ella le daban los casos importantes, como jefes de estado y cosas por el estilo. Y se quedó parada en esa puerta como Gandalf el Gris con una carpeta en lugar de un bastón. Se negó a dejarme pasar. Yo estaba furioso. Pataleé como un idiota arrogante y le dije: «Soy el príncipe de Wessco (tu príncipe), así que apártate de mi camino». Ella me miró y dijo: «Es un niño, su majestad. Y su padre y su madre no se parecen a quienes eran. No permitiré que se quede con esa imagen en la mente». La discusión duró varios minutos, hasta que la reina atravesó la puerta. No sé quién la llamó, pero recuerdo pensar que parecía agotada. La reina nunca parecía cansada, pero esa noche sí. La doctora Ramadi se fue y mi abuela me preguntó en qué estaba pensando. Le conté mi teoría: la isla y las tazas de té, todo eso. Mientras lo hacía, comencé a romperme; me costaba hablar. Al final acabé rogando: «Por favor, abuela. Están ahí fuera… sé que es así. Por favor, ayúdame, abuela».

Hago una pausa, distraído por la forma en que las palabras retumban en mi memoria y con la sombra de esa horrible sensación retorciéndome las tripas. Desamparado.

—Y luego me abrazó. Me abrazó de verdad. Fue la primera vez (la única vez) que me abrazó. Sus brazos eran fuertes. Apretó mi rostro contra su pecho y me frotó el pelo y dijo: «Oh, mi dulce niño. Daría cualquier cosa para que sea así… Pero se fueron, Henry. Se fueron». Entonces lloró. Los dos lloramos.

Sentí la mano de Sarah en mi mentón, acariciándome con el pulgar. Su rostro cerca del mío y sus preciosos ojos tristes brillando.

—Lo siento tanto, Henry.

Hago un gesto con la cabeza. Luego termino la historia:

—Más tarde me enteré de que la reina le compensó a la doctora Ramadi por como había actuado. Y luego… la despidió.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Le pregunté lo mismo y mi abuela me dijo: «El desacato es intolerable. Le diste una orden a la doctora Ramadi, y las órdenes de un príncipe se obedecen. Incluso cuando se equivoca». Y después agregó: «Así que ten cuidado con las órdenes que impartes, niño. De un modo u otro, tendrán consecuencias».

La respiración de Sarah se ha acelerado y siento un cosquilleo en el pecho.

—Guau. Eso es… fuerte.

Tuerzo los labios en una sonrisa.

—Así es. —Le pongo un mechón de su sedoso cabello detrás de la oreja—. Y ese, amor, es el motivo por el que todos estamos realmente jodidos.



Capítulo 14

Henry

Y el espectáculo continúa. Sigue siendo una distracción, sigue siendo entretenido y mucho mejor que las pesadillas y que tener que sentarme en la biblioteca todas las noches repasando informes aburridos y leyes, y obsesionándome con la altura que tiene el precipicio al que estoy seguro de que arrastraré a mi país si permiten que me convierta en rey.

Pero… estar en *Emparejados* es muy diferente a lo que había imaginado. Ahora es Vanessa quien elige qué chicas se van del programa, porque la verdad es que no me importa. Cuando todo esto comenzó, creí que cumpliría mis fantasías, y ahora ya no estoy interesado en ninguna de las chicas.

Bueno, eso no es del todo cierto. Ya no estoy interesado en follarme a las participantes. Solo a una hermana de una participante en particular… Pero esa es otra historia.

Le digo a algunas chicas que tienen que irse (incluyendo a Libby y a Jane Plutroch). Jane reacciona como era de esperar: ni se inmuta. La princesa Alpacca y Guermo se fugaron y contrajeron matrimonio en una ceremonia secreta de la que no nos enteramos hasta que lo leímos en el periódico. Vanessa está extasiada: dice que será una gran publicidad.

Después de otra semana, llegamos a las cuatro finalistas: Cordelia, Laura, Elizabeth y Penny. Una mañana estoy filmando escenas con Laura en la playa. Se supone que tenemos que estar acurrucados en la arena, juntando caracoles… Todo debería ser muy romántico.

Pero no hay nada de romántico en tener arena en las pelotas.

Con el agua mojándome los pies, miro la playa y diviso a Sarah en el atuendo suelto con el que hace ejercicio, repasando sus movimientos de aikido. Y Laura me ve mirarla.

—Es adorable, ¿no? —pregunta Laura parada junto a mí. Me sobresalto y asiento—. Pienso que el chico que conquiste su corazón será muy afortunado.

Su comentario expande el vacío que tengo en el pecho.

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. Afortunado.

—Henry…

Antes de que pueda continuar, se acerca un carro de golf, del que salta Vanessa Steele.

—Hola. Tenemos un problema. Tienes una visita inesperada en la puerta. Deberías ir.

¿Visita? ¿Quién puede venir a verme?

Me subo al carro de golf y conduzco hacia la entrada principal. Justo a tiempo para oír a Franny Barrister, la condesa de Ellington, desfogándose con un pobre guardia de seguridad de *Emparejados*.

—No me digas que no puedo entrar, pedazo de idiota. ¿Dónde está Henry? ¿Qué habéis hecho con él?

Simon, el mejor amigo de mi hermano, me ve acercarme y sus vibrantes ojos azules brillan.

—Ahí está.

Le hago un gesto con la cabeza al guardia y abre la puerta.

—Simon, Franny, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Nicholas dijo que no parecías estar bien la última vez que hablasteis. Nos pidió que viniéramos a verte —explica Simon.

Franny me clava su mirada perspicaz.

—No parece que vaya borracho. Y es obvio que no se ha colgado de las vigas… Está mejor de lo que esperaba.

—Gracias por el voto de confianza.

Simon mira los alrededores, los grupos de técnicos y las carpas.

—¿Qué está pasando aquí, Henry?

Me aclaro la garganta.

—Bueno… lo que ocurre es… que estoy algo así como… filmando un *reality* de citas en el castillo. Empezamos con veinte mujeres y ahora solo quedan cuatro y, cuando termine, una de ellas ganará la tiara de diamantes y se convertirá en mi prometida. Al menos en teoría. —En mi cabeza, era espectacular—. No se lo digáis a Nicholas.

Simon se frota el rostro.

—Ahora tendré que evitar sus llamadas… Se me da fatal guardar secretos.

Y Franny suelta una risita chispeante.

—¡Esto es fabuloso! Nunca defraudas, niño terrible. —Me golpea el brazo—. Y, no te preocupes, cuando la reina te eche del palacio, Simon y yo te adoptaremos. ¿No es cierto, querido?

Simon asiente.

—Sí, será como rescatar a un perro de la calle.

—Es bueno saberlo. —Luego hago un gesto hacia su coche—. Bueno… gracias por pasaros.

Simon niega con la cabeza.

—No te desharás de nosotros tan fácilmente.

—Sí, definitivamente nos quedaremos. —Franny aplaude—. ¡Tengo que ver esto!

Fantástico.

Les hago el recorrido a Simon y Franny, informándoles de las reglas y las participantes. Cuando llegamos al salón principal, donde está reunido todo el equipo, Cordelia y Elizabeth se alejan de Franny como víboras que le ceden el paso a una cobra. En su época, Franny era la Reina de las Chicas Malas, pero, desde que se enamoró de Simon, es mucho más agradable.

—Interesante. ¿Esas son las hermanas Titebottum? —pregunta—. ¿Penélope y Sarah?

Sin quererlo, se me endulza la voz cuando las miro.

—Sí. ¿Las conoces?

Franny se pone seria.

—Sé de ellas. Bastante.

—Bueno. Ahora que lo pienso, podrías ayudar a Sarah. Es muy tímida y tú… no. Estoy intentando sacarla de su caparazón.

—Todos saben que la mejor forma de hacer que una tortuga salga de su caparazón es meterle

un dedo en el culo. ¿Lo has intentado?

Resoplo.

—Lo haría si pudiera, créeme.

Suspira.

—Mmm. Entonces iré a presentarme con dulzura. —Sube los escalones al ritmo de sus tacones negros. Miro al trío saludarse y a Franny coger a Sarah del brazo—. Ya me caes bien. Seamos mejores amigas.



Mientras la tarde se convierte en noche, Penny, Elizabeth, Laura y Cordelia suben a cambiarse para la cena, y Sarah acompaña a su hermana. Aparentemente, es una cita grupal… van a filmar cuando lleve a estas cuatro damas a cenar para «avivar la llama», según dijo Vanessa.

Simon y Franny firmaron autorizaciones para aparecer en pantalla. Antes de que empiecen a filmar, Sarah baja por las escaleras. Lleva el cabello suelto, brillante y rizado en las puntas, junto con un vestido corto, elegante y muy favorecedor que me deja mudo. La abuela estaría encantada.

Está preciosa, pero eso no es extraño. La razón de mi mutismo es que, a diferencia de sus típicas prendas negras, el vestido que lleva puesto esta vez es… rojo.

Rojo rubí.

El color le calienta la piel y resalta el dorado de sus ojos.

—Guau —susurro.

Sonríe, sus mejillas se ponen rosadas y se lleva una mano al vientre, incómoda.

—Gracias. Es de Penny. Franny me ayudó a hacerle un arreglo rápido, ¿sabías que le encanta la costura?

—Franny es una mujer de muchos talentos.

—Sí.

Entonces soy yo el que se pone incómodo.

—¿Cuál es la ocasión? ¿Una cita?

Sarah traga saliva y me mira con ilusión.

—No. Es solo que me pareció que ya era hora de… probar algo nuevo.

—Lo nuevo te sienta bien.

Parece que va a decir algo más, pero entonces el director nos llama. Sarah se queda a un lado y Penélope baja las escaleras: hombros hacia atrás, las tetas hacia fuera, el cabello rubio recogido y un bonito vestido azul.

Cuando llega al final de la escalera, me inclino y le beso la mano. Penny ríe para las cámaras y va hacia su lugar junto a la puerta.

A continuación, Laura baja las escaleras con un vestido rosa pálido. Tiene mejor aspecto que hace unas semanas: las mejillas redondas y la palidez se ha ido. Me da un beso en la mejilla y le devuelvo la gentileza.

Pero, aunque Penny y Laura son chicas preciosas, mis ojos no paran de desviarse hacia Sarah, que está hablando con Franny y Simon.

No puedo dejar de mirarla.

Después hay un murmullo en lo alto de la escalera, donde Cordelia y Elizabeth discuten sobre quién debería bajar luego. ¿Y aún mejor?

Llevan el mismo vestido.

Para las mujeres (en especial las de la nobleza), eso es un pecado mortal. Puedes follarte a su hombre e insultar a su madre, pero más te vale que no uses el mismo vestido.

Cordelia y Elizabeth no se dan cuenta de inmediato, pero sabemos cuándo lo descubren… porque comienzan a gritar y a tirarse del pelo la una a la otra.

Vanessa Steele contempla el drama con alegría: parece una niña en una tienda de juguetes en Navidad.



El restaurante es un sitio de perfil bajo: cómodo como La Cabra, pero de mayor categoría, y tiene un pequeño escenario en un extremo. Está lleno, tiene casi todas las mesas ocupadas y hay mucho murmullo: como un ruido a estática de fondo. La reacción de los comensales cuando me ven es… apagada, extraña. Me miran, pero siguen con sus conversaciones como si no les sorprendiera que un príncipe acabara de cruzar la puerta, como si supieran que no deberían prestarme atención. Y no miran a las cámaras en ningún momento.

—¿Quiénes son estas personas? —le pregunto a Vanessa cuando ocupamos nuestros asientos.

—Extras. Extras estadounidenses; los hemos traído esta mañana, pero la audiencia no se dará cuenta. —Agita un dedo—. La magia de la televisión.

Me siento con las chicas en una mesa a la que apuntan las cámaras mientras que algunos productores, Sarah, Simon y Franny ocupan la mesa junto a la nuestra.

Pido copas para todos: tequila. Tres rondas más tarde, Elizabeth y Penélope están jugando a piedra, papel o tijera para seguir bebiendo. Como los tragos no llegan a la velocidad necesaria, pasan a las apuestas. La que pierde tiene que subirse al escenario y cantar a pleno pulmón.

Penny pierde. Y comienza a desesperarse.

—Oh, por Dios, oh, por Dios, no sé cantar… Se me da fatal… No puedo cantar en televisión. Quedaré como una idiota. ¿Y si mejor bailo claqué?

—No. —Cordelia la apunta con un dedo—. Dijimos que la que perdía cantaba. Ese era el trato. Si te acobardas, te cortaremos el pelo.

Penny frunce el ceño y se sujeta la cabeza por puro instinto.

—Nadie le cortará el pelo a mi hermana. —Todos los ojos giran sorprendidos hacia la otra mesa. Porque la voz es firme y amenazante. Y sale de los labios de Sarah. Me pregunto si esto será parte de su determinación a «probar cosas nuevas». Sarah mira fijamente a Cordelia—. Yo cantaré por ella.

—¿Tú? —Cordelia resopla, burlona—. Apenas puedes hablar. Y, además, va contra las reglas.

Sarah no retrocede. Ni un centímetro.

—Las reglas han cambiado.

Buena chica.

Cordelia sacude la cabeza con el rostro lleno de despecho. Luego coge un vaso, lo sostiene con el brazo estirado y lo deja caer al suelo para que reviente.

Como no pasa nada y Sarah solo sigue mirándola con desprecio, la confianza abandona los ojos de Cordelia.

—Deberías limpiar eso —dice Sarah al pasar—. Alguien podría hacerse daño.

Franny chasquea la lengua.

—Todo ese sexo anal te ha convertido en una Perra Asquerosa, Cordelia. Deberías empezar a hacerlo como toca, seguro que eso ayudaría a domar tu carácter.

¿He dicho ya que adoro a Franny?

Pero estoy concentrado en Sarah, en su vestido rojo, sobre el escenario, murmurándose a sí misma y retrocediendo los dedos como si estuviera a punto de vomitar.

Me pongo de pie y camino hacia ella.

—¿Cómo vamos? ¿Va a ser un Davey 2.0?

Le tiembla la garganta cuando traga.

—Es probable. No sé en qué estaba pensando.

—Estabas pensando en defender a tu hermana.

Sarah mira al público, que todavía no la ha visto con los ojos inmensos y oscuros, el rostro cada vez más pálido.

Y susurra:

—Puedo hacerlo, Henry.

Le desenrosco los dedos.

—Sí que puedes. Estaré aquí todo el tiempo.

Me busca con la mirada y le guiño un ojo. Luego traigo una silla y cojo la guitarra que está apoyada al fondo del escenario, pruebo las cuerdas y enchufo el amplificador.

La habitación se queda en silencio, todos están mirando. Esperando.

Sarah respira hondo y cierra los ojos, pero no fuerte, sino con suavidad, como si estuviera soñando. Y yo toco las primeras notas, suaves y tristes y confiadas.

Es *Aleluya*.

Y entonces ella empieza a cantar, y estoy tan orgulloso que quiero trepar una montaña solo para poder gritar desde allí. La voz de Sarah es clara y abrumadoramente preciosa. En ese momento, todas las personas del público se enamoran de ella. Y, cuando canta sobre pararse frente a Dios con nada más en los labios que Aleluya… yo también me enamoro un poco de ella.

Cuando llega a la parte que para mí habla de sexo (entrar en el otro y suspirar), Sarah abre los ojos, pero solo me mira a mí. Y es como si esos ojos tan penetrantes me llegaran hasta el alma.

Luego los vuelve a cerrar y termina la canción como se debe: conmovida y sin vergüenza, con la emoción rota sonando en cada sílaba.

Cuando cierra los labios y la última nota sigue sonando en el aire, la calladita de Sarah Von Titebottum se roba todos los aplausos.



Y la noche no termina allí; ni de cerca. Cuando regresamos al castillo, Vanessa nos tiene

preparada una sorpresa.

—Me pareció que teníamos que aumentar la cuota de diversión por aquí, así que… daremos una fiesta. —Nos lleva al salón principal. Joder… Nos esperan Bartholomew Gallagar, Hannibal Lancaster, Sam Berkinshire y varios de mis mejores amigos y compañeros—. ¡Sorpresa! Que te diviertas, Henry.

Emily, la presentadora, presenta a nuestros nuevos invitados para las cámaras, que siguen filmando. Y luego saludo a los chicos, les doy unas palmaditas en la espalda y sirvo unas copas.

Nicholas detesta a Lancaster, pero a mí siempre me ha parecido que sabía divertirse.

—Qué afortunado —me dice mirando la habitación—. ¿Ya te las has follado a todas o estás dosificando?

Sarah mira por encima de su hombro y frunce el ceño al oír lo que dice Hannibal.

Se aparta el pelo castaño de los ojos y apunta a Cordelia.

—Hace años que no la meto en una virgen. Si queda alguna, llévame en esa dirección.

Le palmeo el hombro y justo entonces oigo un murmullo repentino cerca de la puerta… porque Sam acaba de ver a Elizabeth.

—¿Lizzy? —Se atraganta—. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Elizabeth desata la furia infernal.

—¡Vete a la mierda, Sam! ¡No eres quien para hacerme preguntas, maldito infiel!

Me abro camino hacia ellos.

—¿Henry? —Hay tanto reproche en esa sola palabra de Sam.

—No es lo que parece. Puedo explicarlo.

Pero Elizabeth me gana de mano.

—Solo espera a que el programa se estrene y todos me vean coqueteando con Henry. —No es cierto, pero parece regodearse en la agonía que se apodera del rostro de Sam—. Prepara palomitas y míralo con tu abuela —sisea Elizabeth.

—¿Estás diciendo que no te cae bien mi abuela? —pregunta Sam, indignado.

—¡Estoy diciendo que no me caes bien tú! —chilla Elizabeth con el cabello erizado como Medusa.

Entonces Sam se gira hacia mí.

—Te cortaré las pelotas.

Alzo las manos.

—No es lo que piensas, Sam.

Luego, con un rugido, me tira al suelo.

Sarah

Henry parece feliz. Ahora. Sam Berkshire lo arrastró un poco por el suelo, pero los seguratas los separaron. Sam le juró a Elizabeth que las cosas que había encontrado (los condones y las facturas) lo había comprado para usarlo con ella. Luego confesó que las bragas… las había comprado para él.

Esa no me la vi venir.

Y, por lo que se ve, tampoco Elizabeth: no le creyó y todavía se niega a hablarle.

Pero Henry se está riendo, haciendo bromas y hablando con todos. Está en el centro de una ronda de personas, hombres y mujeres, contando anécdotas viejas con sus amigos de cuando iban juntos al instituto. Las risas son fuertes, muchas y sinceras. Es el centro de atención y le encanta, crece y florece como una planta al sol.

Luego traen instrumentos. Henry coge su guitarra y Sam se saca una armónica del bolsillo. Simon Barrister, el conde de Ellington, toca la batería. Su esposa, Franny (un personaje encantador) los mira con atención y adoración, lista para gritar y aplaudir como una adolescente en un concierto. Y entiendo por qué.

Porque cuando empiezan a tocar, cuando Henry comienza a cantar la canción de Tom Petty *You don't know how it feels* vestido con unos vaqueros sueltos y una sencilla camiseta blanca, con el pelo alborotado, los brazos flexionados tocando las cuerdas, el tatuaje a la vista, la sonrisa pícara, es la cosa más *sexy* que he visto jamás.

No puedo imaginarme algo más *sexy*.

Pero luego sus ojos se encuentran con los míos y me guiña un ojo y me doy cuenta de que estaba muy equivocada.

Quiero saltarle encima. Literalmente abalanzarme sobre él. Me duelen los pechos por las ganas de que los toquen esas manos fuertes de dedos largos. Aprieto los músculos por el deseo puro y ardiente. Quiero hacerle cosas, cosas que no puedo decir, y mis mejillas se encienden de solo pensarlas. Quiero que me haga cosas. Todo. Lo que quiera.

Cuando termina la canción y empieza otra, alejo la mirada. Me siento ligera, borracha y un poquito alocada. Me sirvo una copa y me la bebo de un trago. Y todo es tan abrumador: salvaje pero maravilloso.

Con el sonido de la música siguiéndome, salgo del salón hacia el pasillo, que está más fresco, con la intención de tomar un poco de aire. Y yo que pensaba que era una exageración eso de las heroínas de novela que se desmayan.

Ahora sé que sus reacciones estaban justificadas. Ahora lo entiendo.

Y espero que, antes de que esta noche termine, entienda también todas las sensaciones (las caricias y los sabores eróticos) de los que he leído.

El salón de música está a pocos metros del salón principal, por lo que la música y las conversaciones de la fiesta se oyen con claridad. Paso un dedo por la pintura negra laqueada del piano, cierro los ojos y sueño con lo que puede suceder ahora. Me imagino los gemidos de satisfacción de Henry, sus jadeos en mis oídos, su boca sucia hablándome con voz ronca a causa

del del deseo.

Y entonces alguien habla a mis espaldas. Y no es Henry.

—A primera vista no pareces gran cosa. Pero de cerca eres bastante bonita. Me gusta eso. —Es uno de los amigos de Henry. El bravucón. Me separa de la puerta cerrada. Y, aunque quiero decirle que se vaya o irme yo, mis pies se quedan congelados. Porque en sus ojos hay una mirada que conozco bien, que he visto más veces de las que quiero recordar. Crueldad. Y me paraliza—. ¿Tienes miedo? —pregunta, acercándose. Y yo no me puedo mover. Luego sonríe despacio—. Eso también me gusta.



Capítulo 15

Henry

A esto me refería. La música está fuerte, las copas no paran de circular, la habitación está cargada de humo y voces, y todos ríen. Todos se divierten. Dios, cómo echaba esto de menos. Hola, vieja vida, hacía mucho que no nos veíamos.

Ajusto las cuerdas de la guitarra, debatiéndome sobre cuál debería ser la siguiente canción. ¿Black Crowes? ¿Tal vez los Lumineers?

Entonces, uno de los cámaras choca con una mesa, que se inclina sobre dos patas, cae al suelo y tira a su paso un reloj, un florero y un plato de porcelana con un agudo estruendo.

Instintivamente, busco a Sarah.

Analizo la habitación una vez y luego otra más lentamente y con más detenimiento. Pero no la veo. Y la inquietud comienza como un susurro, una suave caricia. Apoyo la guitarra contra la silla y me pongo de pie, girando en un círculo, registrando, buscando la cabeza oscura y la figura bonita que reconocería en cualquier parte.

Pero no está aquí. Y la inquietud se convierte en preocupación. Me empiezan a sudar las palmas y se me acelera el corazón… porque tampoco veo a Hannibal Lancaster.

Hannibal, a quien mi hermano odia.

Hannibal, quien Nicholas no quiere ni que mire a su esposa, ni hablar de acercarse a hablarle.

La preocupación se convierte en pánico: de la clase que me retuerce las entrañas y hace que se me ericen los pelos de la nuca. Y entonces, uno los puntos que mi cerebro idiota fue demasiado estúpido y egoísta para unir antes: mi hermano nunca odiaría a alguien… a menos que tenga una muy buena razón.

Voy hacia Penélope y la cojo del brazo.

—¿Dónde está tu hermana?

Pestañea y mira la habitación.

—No lo sé. —Sin que tenga que decírselo, Penny va hacia donde Elizabeth y Sam están discutiendo en voz baja—. ¿Habéis visto a Sarah? —pregunta. Cuando ambos niegan con la cabeza, tengo que apretar los dientes para contener el grito. Me acerco a Franny y Simon.

—¿Sabéis dónde ha ido Sarah?

Franny me fulmina con la mirada.

—Acabo de verla hace un momento.

Me tiro del pelo, listo para empezar a derribar muros, y Simon pone una mano en mi hombro.

—No puede haberse ido lejos, Henry.

Se me cierra la garganta y se me pone la voz ronca.

—Pero… el sonido. No le gustan los ruidos fuertes.

Simon asiente, aunque probablemente no lo entiende.

—La encontraremos.

—Príncipe Henry.

Es James. El atento James.

—Lady Sarah se fue por allí. —Señala la puerta alejada que lleva a un pasillo corto y luego a la sala de música.

Y tengo ganas de abrazarlo. Pero le golpeo el hombro.

—Buen chico.

Luego corro junto a él.

Cuando llego a la sala de música, mi pánico deja lugar a la furia por lo que veo.

Furia ardiente y destructora como nunca he conocido.

Porque Sarah está en el sofá, con el rostro pálido como un muerto, los ojos vacíos con una tristeza espantosa. Y Hannibal Lancaster está a su lado, con las manos en ella, tocándole los pechos.

Lo levanto y lo tiro a la otra punta de la habitación.

—¡Aléjate de ella! —Y luego estoy arrodillado, golpeándole las mejillas. Está muy pálida. Daría cualquier cosa por verla ruborizarse. Me pongo de pie cuando Hannibal se acerca y me enfrento a él con Sarah detrás de mí. Siento cómo otras personas entran en la habitación, pero no despego los ojos de Lancaster—. ¿Qué le has hecho?

Se encoge de hombros y se coloca bien el cuello de la camisa.

—Nada. Un segundo estaba bien y al siguiente quedó completamente perdida. Creo que está drogada, debe ser un mal viaje.

Me late la vena del cuello.

—¿Una chica queda catatónica y tu primera reacción es tocarle las tetas?

—Oh, por favor, le ha encantado. Mírala, por el amor de Dios… Seguramente sea la máxima acción que ha tenido en su vida.

He escuchado historias sobre asesinatos provocados por la furia. Crímenes pasionales. En general, los perpetradores no recuerdan sus propias acciones. Están confundidos, tienen la mente y la memoria difusa.

No es lo que me sucede a mí.

Soy completamente consciente de lo que estoy a punto de hacer.

Voy a matar a este cretino hijo de puta con mis propias manos.

Y el idiota no se lo va a ver venir.

Sujeto a Lancaster por la camisa y le meto un puñetazo en toda la cara, una y otra vez.

Y otra.

Y otra.

Siento un crujido húmedo debajo de los nudillos que debería resultarme repulsivo, pero solo me envalentona. Quiero escucharlo sin cesar. Pero, cuando preparo otro golpe, unos brazos gruesos me sujetan por la espalda, se meten bajo mis hombros y me cogen la cabeza para contenerme.

La voz de James susurra en mi oído.

—Ya basta. No puedes matarlo.

—¡Quita tus putas manos de mí!

Lucho, pero me sujeta con fuerza. Y entonces, otra voz atraviesa la furia: firme y calculada.

—Henry —dice Franny—. Ya habrá tiempo y lugar para devolvérsela. Este no es el momento. —Sus ojos oscuros parecen aterciopelados de empatía. De comprensión. Pero luego

me recuerda algo mucho más importante—. Ahora ella te necesita.

Me necesita.

Sarah me necesita.

Y es como si hubieran tocado un interruptor que hace que todas las células de mi cuerpo cambien su propósito.

—De acuerdo —le digo a James y me alejo—. ¡De acuerdo! —Me suelta y me arrodillo frente a Sarah. Penny está junto a ella, sujetando su mano y hablándole despacio. Tomo su rostro, tiene la piel fría—. Sarah, mírame.

Pero no se mueve, no pestañea. Hay una mancha de sangre en su mejilla, y me sorprende descubrir que viene de mis nudillos. Se ve oscura en la blancura de su piel. Y de repente pienso en las demás personas que están en la habitación. Las cámaras siguen filmando y todos los ojos se concentran en Sarah. Miran y comentan.

No le gustaría verse en esa situación.

Así que me pongo de pie, la cojo en brazos con el rostro en mi hombro y me abro paso entre la marea de cuerpos hacia la puerta. Vanessa está parada con los brazos cruzados.

Cuando paso junto a ella, gruño.

—La fiesta se ha acabado.



Llevo a Sarah a nuestra habitación.

Nuestra habitación.

Y agradezco que esté en el tercer piso, escondida en un rincón del castillo, lejos de todo y de todos. Sarah está flácida en mis brazos, como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

—Lo siento —susurro con los labios contra su frente. Tiene las gafas torcidas, así se las quito. Luego me siento en el borde de la cama, con los pies en el suelo, meciéndola en mis brazos. Tiene la piel fría, así que la abrazo con más fuerza—. Lo siento tanto. Lo siento tanto.

Y es cierto. En la vida me había sentido tan culpable. Y eso es mucho decir.

Esto es mi culpa. Yo la traje aquí. Si no fuera por mí, Sarah jamás hubiera conocido a Hannibal Lancaster. Estaría en su pequeño apartamento, en su diminuto pueblo, con sus libros y sus amigos, rodeada de personas que la quieren, que nunca la lastimarían. Sería feliz… Estaría a salvo.

Si no fuera por mí.

—Lo siento tanto. —Con un suspiro horrible y desgarrador, se despierta agitando los brazos, peleando—. Está bien. Estás bien. —Sigo abrazándola, acariciándole el cabello—. Estás bien. Soy yo. Estoy aquí. Te tengo.

Deja de luchar y dice entre hipos:

—H… ¿Henry?

Sigo meciéndola.

—Sí, soy yo. Estás bien. —Luego sus brazos me acercan a ella, sus manos me aprietan, se aferra como si algo quisiera arrancarla de mí. Y está llorando. Llora mucho. Un llanto fuerte y entrecortado que me destruye. La acerco aún más. No paro de mecerla. Entierro el rostro en su

cuello. Quiero envolverla por completo—. Está todo bien, Sarah.

—Tenía… tanto… miedo.

—Lo sé, pero ahora estoy aquí. Te tengo.

—Odio esto —lanza, enterrándose en mi cuello—. Odio tener miedo todo el tiempo. Lo odio.

Y no se me ocurre qué decirle. No puedo decirle que no pasa nada, porque no es cierto. Todo esto es retorcido y está mal. Así que le doy lo único que puedo darle: a mí. Le hago saber que no está sola.

—Yo también tengo miedo.

Se queda sin aliento y aprieta los labios contra mi cuello.

—¿A qué te refieres?

Me abraza con más fuerza y apoya la mejilla en mi hombro, mis manos la acercan, los dos estamos temblando.

—Me da miedo ser rey, quiero hacerlo bien —confieso—. Me da miedo pensar que puedo esforzarme en serio… solo para fracasar. Para descubrir que no estoy a la altura. Me aterra decepcionarlos a todos, que salgan heridos porque soy un fraude. Así que ni me esfuerzo… y es porque estoy muy asustado.

Le paso la mano por el cabello, la acaricio como lo hacía mi madre conmigo cuando estaba enfermo. Su temblor se va calmando poco a poco en el silencio que sigue a mi confesión. Las lágrimas se reducen a una leve angustia.

—Yo creo en ti, Henry —dice muy despacio—. Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas porque te preocupas mucho por todos. Serás maravilloso. Lo sé en mi corazón y en lo profundo de mi alma. Y siempre te diré la verdad, lo prometo. No permitiré que lo intentes y fracases.

El efecto de sus palabras es milagroso. Me hace sentir como si midiera cien metros y fuera mil veces más fuerte. Como un superhéroe o un Dios.

Como… un rey.

Le acaricio la mejilla.

—Yo debería consolarte a ti.

Sonríe con dulzura.

—Lo has hecho.

Le doy un beso en la frente y ni pienso en soltarla. Me apoyo contra el respaldo con Sarah entre mis brazos, su dulce respiración contra mi cuello… hasta que se queda dormida.



Capítulo 16

Henry

—¿Qué tiene?

Cuando los ojos topacio de Penny se endurecen y alza el mentón, sé que he escogido las palabras incorrectas.

—Nada. No tiene nada.

—No me refería a eso. —Atravieso la puerta y voy hacia la sala de estar de la habitación. Creo que nunca he estado en esta habitación en particular. Está decorada en tonos rosados, fucsias y salmón. Es empalagosamente femenina. Como una copia de la casa de Barbie. Penélope cierra la puerta y se para frente a mí, ajustándose el lazo de su bata en un gesto defensivo—. Las fugas —comienzo—. Cuando «se apaga». Dijo que era un parpadeo. Pero no es cierto, ¿no?

La tensión en el rostro de Penny se disipa y aparece la tristeza.

—No.

El corazón me retumba en el pecho y se me corta la respiración. Porque lo sabía antes de entrar, pero escucharlo en boca de otra persona, escuchar a su hermana confirmar que Sarah tiene algo que tal vez yo no pueda curar, una pieza rota que nunca me mostrará y mucho menos me dejará arreglar… es horroroso.

—Lo he visto en hombres, soldados con síndrome de estrés postraumático. Se escapan y quedan atrapados en otro lugar, en otro momento… En un mal momento. ¿Le pasa lo mismo?

Penélope junta los labios, le tiembla el mentón.

—Sí.

Cientos de titulares horrendos aparecen en mi mente. Cierro los ojos con fuerza, pero los sigo viendo.

—¿Qué le pasó? Por favor, Penny, tengo que saberlo.

Su cabellera rubia se mueve cuando asiente, casi para sí misma, y luego me hace un gesto para que me siente en el sofá. Y tengo que hacer un esfuerzo para que mi pierna deje de rebotar por la ansiedad que me provoca lo que estoy a punto de oír.

El fuego cruje y ella habla en voz baja, como una niñera leyéndole a un niño un cuento de hadas para dormir. ¿Alguien se ha dado cuenta de lo retorcidos que son los cuentos de hadas?

—Nuestra madre era conservadora en lo que al matrimonio respecta. Muy anticuada… Tenía marcado a fuego la frase «hasta que la muerte nos separe». Llegó virgen a la noche de bodas, toda esa mierda. Era… inocente. Tenía solo dieciocho cuando se casó con nuestro padre. Él tenía treinta y cinco. Sus padres, nuestros abuelos, eran unos idiotas. Eso ya te lo conté. Solo querían deshacerse de ella. Después de la boda, se la llevó a Everly. —Everly es más un páramo que un pueblo. Montañas serradas a un lado, el océano gélido al otro: un clima tan duro y áspero como la piedra del castillo—. Mi primer recuerdo es el sonido de los gritos de mi madre… rogándole que parara. Tenía ataques de furia sin motivo. Y no tenía piedad. Era un sádico. Las cosas podían

calmarse durante semanas, a veces meses… pero entonces todo volvía a suceder. Sarah y yo no fuimos a la escuela; teníamos tutores. Él decía que era porque la educación era mejor, pero creo que solo quería controlarnos. Los pocos sirvientes que teníamos le eran completamente fieles. Nunca sabré si por verdadera lealtad o por terror. —Penélope baja la vista hacia la alfombra gris y malva, se le humedecen los ojos: ven algo que yo no—. Nos escondíamos en el armario. Sarah había leído *Narnia* y creo que una parte de ella rezaba porque fuera real, que pudiéramos transportarnos a alguna parte: cualquier lugar que no fuera ese. Nos tapábamos los oídos y nos poníamos los vestidos de nuestra madre en la cabeza para silenciar el sonido. No sabes la claridad con la que se puede escuchar —dice y alza la vista con gotas que brillan como escarcha en sus ojos—. O sea, era un jodido castillo. Pero los sonidos viajaban y escuchábamos cada golpe, cada llanto. —Junta las cejas y se le arruga la frente—. Yo tenía… cinco años la primera vez que Sarah hizo eso, así que ella debía tener unos siete.

—¿Hizo qué? —consigo decir.

—La primera vez que se fue del armario. —Las palabras caen como un yunque en mi estómago. Como metralla—. Ella no lo podía soportar. Me aferré a sus manos y le rogué que no se fuera. Me dijo que me quedara quieta sin importar lo que ocurriera, sin importar lo que oyera. —Las lágrimas caen en silencio, una tras otra, por las suaves mejillas de Penélope—. Y entonces salió de la habitación y comenzó a romper cosas.

—¿Romper cosas?

Penélope asintió.

—Un florero en el pasillo, platos de porcelana en el salón de dibujo. Una vez arrancó un cuadro de oro de la pared. Cualquier cosa que estallara. Eso hacía que él se distrajera. Iba habitación por habitación hasta…

Cuando Penélope deja de hablar, me doy cuenta de que he dejado de respirar.

—¿Hasta?

Sus ojos color miel me miran directamente.

—Hasta que él la atrapaba.

Mi mente se queda en blanco. Como si hubiera caído el telón más pesado, parando cualquier luz o pensamiento o imagen.

—La atrapaba. —Giro las palabras con la lengua—. No… No lo entiendo.

Penélope me vuelve a mirar.

—Creo que sí lo entiendes.

El aire se escapa de mis pulmones.

—¿Estás… ? ¿Estás diciendo que le hacía daño? ¿Qué le… pegaba? ¿A Sarah?

—Sí.

No soy idiota. Estudié ingeniería en la universidad y me aburría. Tengo amplios conocimientos de historia y arte y estrategia militar y ciencia. Tengo un vasto vocabulario y entiendo el significado de las palabras cuando se unen. Sé cuándo se usan con sarcasmo, para deducir, para implicar.

Pero esto… no tiene sentido. No puedo procesarlo.

O tal vez es que no quiero.

—Pero… ¿Cómo?

¿Cómo alguien podría herir a la dulce y amable Sarah? Mi Sarah. Tiene toda la calidez,

bondad, gracia y belleza del mundo. ¿Por qué alguien querría causarle dolor? ¿Cómo es posible?

Penélope inhala.

—Generalmente con los puños. A veces con el cinturón. Si ella se caía, la pateaba…

—Basta. —Las náuseas me retuercen el estómago y me obligan a doblarme—. Por el amor de Dios, basta. —Porque el telón se ha levantado y las imágenes que se desprenden de las palabras de Penélope son vívidas y demoledoras. Mis pensamientos se interrumpen cuando intento pensar en otra cosa. Algo en lo que no había pensado hasta ahora—. Cojea —le digo a Penélope con la voz cubierta de ceniza—. Es casi imperceptible, pero me he dado cuenta. Cuando está cansada, cojea.

—Esa fue la gota que derramó el vaso para nuestra madre. Le rompió una pierna. Estaban justo en la puerta de la habitación en la que estaba yo cuando ocurrió. El sonido fue tan fuerte… —Penny cierra con fuerza los ojos—. Dios, todavía puedo oírlo. —Una vez me rompí un brazo. Caí mal en un partido de rugby. Dolió muchísimo. Y sé a lo que se refiere con lo del sonido: es distinto a todo. Una vez que lo escuchas, nunca lo olvidas—. No nos dejaba irnos. No dejaba que mamá llevara a Sarah al hospital. Nos dejó tres días encerradas en una de las habitaciones de la planta alta. —Penélope se estremece, respira y llora despacio—. Sarah tenía mucho dolor. Y entonces Joseph, el chófer (que solo llevaba unos meses trabajando para nosotros) nos ayudó a escapar cuando nuestro padre se quedó dormido. Recuerdo que entró, cogió a Sarah en sus brazos y nos dijo: «Bajen por las escaleras, el coche las está esperando; dense prisa». El momento más aterrador fue cuando las tres estábamos en el asiento de atrás y Joseph tuvo que dar la vuelta para ocupar el lugar del conductor. Estábamos tan cerca… No paraba de mirar la puerta esperando que apareciera mi padre para matarnos. —El rostro de Penélope ha perdido todo su color. Se frota los ojos con las manos cansadas—. Pero no llegó. Joseph nos llevó al hospital y allí le enyesaron la pierna a Sarah, pero nunca sanó como debía. La tía Gertrude nos acogió, sus abogados se ocuparon del divorcio y lograron convencer a nuestro padre de que, si alguna vez volvía a acercarse a nosotras, saldrían a la luz el detalle de sus actos y las fotografías de los moretones de Sarah. La última vez que supe de él, estaba en Suiza y todos los días deseo que lo entierre una avalancha.

Siento como si tuviera el pecho lleno de cemento. Y quiero llorar. No suelto una lágrima desde que tenía diez años, pero ahora podría hacerlo. Por ella. Por la injusticia que sufrió. Quiero caerme de rodillas y gritarle al cielo. Quiero insultar a Dios en la cara.

Quiero acuchillar e incendiar y mutilar y matar.

Y ese último pensamiento por fin me da el enfoque que necesito con desesperación. Respiro hondo un par de veces, luego me pongo de pie, apoyo una mano en el hombro de Penélope y lo aprieto.

—Gracias por contármelo.

Me regala la sombra de una sonrisa. Pero, cuando avanzo hacia la puerta, me coge la mano y siento lo helada que está la suya.

—Henry. No puedes… Tienes que dejar a mi hermana en paz. No puedes jugar con ella. Sé que parece fuerte y, en algunos aspectos, lo es, pero por dentro… es tan frágil. Sarah es genuina y buena y… no es como nosotros.

Penélope Von Titebottum y yo estamos cortados con la misma tijera de egoísmo. Salvajes. Demandantes. Sabemos jugar las cartas que nos han dado, sabemos cómo hacer que todas las

cabezas se volteen para mirarnos. Nos regodeamos en la atención y la adoración de los otros. O sea… mirad el jodido espectáculo que he armado.

Sin preocuparme por nada.

Sin pensar en mi país ni en mis responsabilidades ni considerar por un segundo los sentimientos de las mujeres que participan en este programa. Tengo que hacer que se enamoren de mí; que crean que tienen una oportunidad de vivir felices a ojos de todo el mundo.

Todo porque quería distraerme.

¿Y si rompía algunos corazones en el camino? Una pena. Porque así somos.

¿Qué fue lo que me dijo mi hermano una vez?

No podemos cambiar lo que somos.

—No —le digo a la hermana de Sarah—. No es como nosotros en absoluto.



Me tiemblan las manos mientras camino por el pasillo principal: el fantástico Muro de la Muerte.

Primero bajo el mazo (la bola de espinas con la cadena). Pruebo a blandirla.

Va a servir.

Luego la homónima de mi abuela: la arpía. Viene con una cinta para poder colgarla y la hoja sigue muy afilada.

Después el puñal. Es más pesado de lo que esperaba. Lo clavo en el aire y me imagino atravesando un estómago, mirar con paciencia cómo el ácido brota de la cavidad corporal y se vacían los órganos vitales. Es una forma lenta y dolorosa de morir.

Perfecto.

Después de seleccionar con cuidado cuatro armas más, subo las escaleras hasta el tercer piso, haciendo ruido con los metales entrechocándose. Cuando entro a la habitación, Sarah está despierta, sentada en el sofá. Se ha puesto la ropa de dormir y una suave bata blanca. Tiene la voz pesada por el sueño.

—Me he despertado y no estabas. —Sus ojos se desvían hacia mis brazos y mi pecho, lleno de armas—. ¿Qué estás haciendo?

—Me voy.

Frunce el ceño.

—¿Adónde?

Cuando hablo, apenas reconozco mi propia voz.

—Voy a encontrar a tu padre y lo voy a matar. Mucho. Me pareció desconsiderado no preguntarte si querías venir a mirar.



Capítulo 17

Henry

Me mira con esa cara que conozco tan bien. Se me clava en el corazón. Es una sonrisa pequeña, un lastimero movimiento de cabeza que grita «niño tonto».

—Henry, no puedes matar a mi padre.

—Oh, sí que puedo. —Mi voz es grave y oscura y escalofriante—. Créeme, puedo.

Se estira y me coge la mano.

—Penny te lo ha contado.

Me tiembla el mentón mientras asiento.

Repaso todas las interacciones que he tenido con Sarah, poniendo atención a cada detalle. ¿Alguna vez la he asustado? ¿Alguna vez he sido muy brusco? Pienso en la noche en que rompí el libro, en las cosas que le dije y quiero golpearme la cabeza con el mazo.

—Debería haber sido más cuidadoso contigo.

Alza la vista, sus ojos son redondos e inocentes.

—Tienes cuidado conmigo.

Me quita la espada de la mano y la hace a un lado. Suelta la correa que sostiene la arpía en mi hombro y la deja sobre la mesa.

Una a una me quita las armas y yo la dejo.

Luego me lleva de la mano hasta el sofá y se sienta.

—Ya no pienso en mi padre, Henry.

—No es cierto. Cuando parpadeas, es por él.

Se lame el labio inferior y frunce el ceño mientras piensa en lo que quiere decir.

—Cuando odias a alguien, esa persona se vuelve parte de tu vida; ocupa espacio en tus pensamientos todos los días. Exige tu atención y, en cierta forma, te controla. Lo que me pasó, me pasó… y nadie puede cambiar eso. —Su voz se vuelve más potente, más determinada—. Pero no va a tener nada más. Ni un segundo de mi tiempo o mi energía o mis pensamientos. Mi vida es mía, Henry… Y es una buena vida. —Baja la vista a nuestras manos entrelazadas—. Así que, ya ves, si lo matas por mí, volverás a despertarlo todo. Lo he dejado atrás y me gustaría que siguiera siendo así.

Me llevo su mano a la boca y la beso. Obligándome a ser suave porque la furia sigue hirviendo en mi interior como lava.

—No es justo.

Sarah sonríe con tristeza.

—Tuviste una madre y un padre que te querían más que a nada en el mundo. Y te los arrebataron antes de tiempo. La vida no es justa, Henry. Para nadie.

No, eso no me basta.

Le cojo la cara entre las manos.

—Para ti, debería serlo. —Me inclino para besarle la frente. Luego me enderezo—. Y si

puedo asegurarme de que sea justa, lo haré. Ojo por ojo. Ya veremos qué dice cuando le rompa la puta…

Sarah se levanta y aprieta sus labios contra los míos. Es tan impresionante que me quedo helado. Pero entonces, cuando su boca se mueve sobre la mía, comienzo a ablandarme. Su boca es tan suave, tan dulce. El beso es casi casto; al menos es el más casto que he dado yo. Soy novato en esto.

Y, sin embargo, hace que mi corazón golpee contra mis costillas como un animal enjaulado.

—¿Qué haces? —susurro cuando retrocede un poco.

—Te estoy distrayendo. —Me mira desconcertada. Desde detrás de esas ridículas gafas, con esos ojos grandes y oscuros que pueden ponerme de rodillas—. ¿Funciona?

Recorro su labio inferior con la lengua, la saboreo.

Y quiero más.

—No estoy seguro. Sigue intentándolo, yo te aviso.

Sonríe, aliviada. Y entonces me envuelve el cuello con los brazos y me vuelve a besar.

Me envuelve el labio inferior, luego el superior, puro deseo, dulzura y placer. Creo que nunca un beso me había gustado tanto. Podría pasarme días haciendo esto.

Mis manos encuentran la cintura de Sarah y la acerco con fuerza. Luego, despacio, abro la boca y ella copia mi movimiento. Y es como si mi sangre se hubiera convertido en gasolina y el contacto de nuestras lenguas fuera la chispa.

Entro todo lo que puedo, con más fuerza, más demandante, tomo la iniciativa, pero ella me acompaña a cada paso. Le cojo la mano, la inmovilizo mientras me sumerjo en ella y la devoro. Un gemido se escapa de sus labios y también lo devoro. No logro recuperar el aliento y mi corazón tiene que hacer un esfuerzo para no atravesar mis costillas.

Pero entonces cierro los ojos con fuerza y me detengo… Gimo contra el cuello de Sarah.

—Sarah, tal vez es mejor que no lo hagamos. Tal vez deberíamos…

—Estoy cansada de tener miedo, Henry. Y estoy cansada de estar viva… pero no vivir. Quiero esto; hace mucho tiempo que lo quiero. Quiero… Te quiero a ti. —La duda invade sus ojos—. ¿Tú también me quieres?

—Más que de lo que he querido nada en toda mi vida.

Sarah me levanta la mano y la apoya en su pecho. Son suaves y grandes y absolutamente perfectos.

—Demuéstramelo.

Debajo de la manta, su pijama es fino como un papel. Paso los pulgares por sus pezones y los siento duros. Quiero chuparlos hasta que pierda la cabeza. Quiero lamer cada centímetro de su piel y verla ruborizarse de deseo. Quiero sentir sus dedos apretando mi espalda y sus uñas arañándola.

Sé tantas cosas; movimientos pervertidos, sucios y tiernos. Y quiero enseñarle todos y cada uno.

Envuelvo a Sarah con mis brazos y la alzo. Con un gemido, mi boca vuelve a la suya. Sus pequeñas manos sujetan mi mentón mientras la llevo a la cama. En el camino, me detengo contra un muro, golpeamos un cuadro que queda torcido, alzo una de sus piernas y la coloco sobre mi cadera.

Tuerce la cabeza y arquea la espalda mientras se retuerce contra mí.

Y es enloquecedor. Estoy aquí, apretado contra la suavidad de Sarah, duro como una roca, caliente como el fuego, pero el pensamiento que me viene a la cabeza es… mi hermano.

Nicholas.

La verdad es que antes no lo entendía. No entendía la forma en que se paró allí ese día y puso las vidas de ambos patas para arriba. Cómo lo cambió todo… Renunció a todo.

Pero ahora… tiene sentido.

Porque yo entregaría la corona por ella. Entregaría mi nombre, mi título. Traicionaría a mi país, perdería mis derechos de nacimiento, mentiría, mataría, engañaría y robaría por esto.

Por ella.

Se me escapa una risa ante mi ignorancia. Qué estúpido he sido.

Pero ahora lo sé. Y nada será igual.

Sarah retrocede cuando me escucha reír.

—¿Qué ocurre? ¿Estoy haciendo algo mal?

Le acaricio el rostro y le pongo un mechón detrás de la oreja.

—No, eres perfecta. Todo esto es perfecto.

Nicholas tenía razón. Algún día tendré que decirle que tenía razón.

El amor es más fuerte.

Cuando vamos a la cama, nos caemos encima, dando vueltas como locos. Tengo las manos en todas partes. Levantándole la camiseta, bajándole los pantalones y besando su tibia piel a medida que la voy descubriendo. Sarah gime y también me quita la ropa, hermosa y desenfrenada, sin rastro de timidez o inocencia. Levanta los brazos y adiós a su camiseta.

Y sus pechos. Oh, perfectos, pálidos, grandes, con unos pezones que exigen atención.

Cuando cierro los labios sobre un pezón, gime (alto y agudo) y luego pasa a un largo aullido. Muevo la lengua, chupo con fuerza hasta que alza las caderas buscando fricción. Es loco y rápido, desesperado y brusco… pero no podemos parar.

Sarah empuja mis hombros y nos hace rodar para quedar encima. Se mueve por instinto, moviendo las caderas encima de mi polla. Me levanta la camiseta, explorando con las manos y besándome el pecho. Lame el hueco en el centro de mi abdomen una y otra vez: parece que le gusta esa parte. Su cabello cae sobre mi rostro y me hace cosquillas.

Y quiero tomarme mi tiempo, quiero conocer cada peca de su piel… pero primero tengo que hacerla llegar al orgasmo. Mi deseo tiene la fuerza de un tren descarrilado, furioso e imparable.

Vuelvo a girar para que Sarah quede debajo de mí. Luego me arrodillo y disfruto de verla de espaldas, con las rodillas abiertas y los ojos brillantes por la lujuria y la ansiedad. Le sostengo la mirada y me desabrocho el pantalón. Baja los ojos cuando me lo arranco sin levantarme de la cama, pero me dejo los calzoncillos.

Sería demasiada tentación si me los quitara, y no creo que esté lista para llevar las cosas tan lejos. Se estira hacia mí y, con la mano, aprieta la silueta dura y gruesa de mi polla debajo de la tela.

Presiono contra su mano porque estoy en el cielo.

Después le bajo los pantalones de pijama y me los cuelgo del hombro. Y Sarah está recostada debajo de mí, con unas bragas blancas y sencillas… y nada más. Su pecho sube y baja, tiene los labios hinchados por la fuerza de mis besos, los pezones duros.

Sin despegar la mirada, le separo las piernas y me pierdo en sus ojos, contemplando ese

hermoso rostro. Le rozo clítoris con la polla, y puedo sentir lo húmeda que está, incluso a través del algodón.

Y entonces me muevo despacio.

—Henry —gime desde las profundidades de su garganta—. Henry.

Jamás he oído algo tan dulce.

Muevo las caderas hacia atrás y vuelvo a empujar.

Gime y tuerce la cabeza hacia un lado.

—¿Así? —exhalo.

Sarah mueve la cabeza en espasmos y se sujeta a mis brazos. Alza las caderas para buscar las mías y entonces estoy doblado, apretándola contra la cama, besándola descontrolado, reclamando su boca como si me correspondiera.

—Henry, Henry, Henry —jadea contra mis labios al ritmo de mi movimiento. La presión es perfecta, el placer trepa por mi espalda y baja por mis piernas hasta instalarse en mi pelvis y en mis pelotas doloridas.

Sarah grita cuando llega, fuerte y precioso. Con la espalda arqueada, levanta las caderas y se queda dura: con todo firme y apretado. Bombeo más fuerte y llego hacia ella, me corro en un torrente caliente que me deja la mente en blanco de placer.

Y luego nos besamos, nos tocamos y reímos: los dos estamos empapados de sudor, y demasiado felices como para movernos.



Más tarde, después de haber ido al baño a buscar una toalla para limpiarnos, estoy recostado boca arriba con Sarah acurrucada contra mí.

—Tenemos que hablar.

Se pone de lado para quedar cara a cara, aunque sus ojos siguen cerrados.

—Hablar no es mi fuerte.

Recorro el puente de su nariz con la punta del dedo.

—No es cierto. Estás mejorando.

Mi instinto me dice que con Sarah lo mejor es ir directo al grano.

—Me gustas —susurro mientras le beso la punta de la nariz, el mentón y el entrecejo—. Me gustas mucho.

Ella me coge el mentón y me acaricia el cuello y los hombros.

—A mí también me gustas. Mucho.

He tenido sexo con cientos de mujeres y algunas de ellas de verdad me importaban… pero este es uno de los momentos más íntimos de mi vida.

—Quiero invitarte a salir. Llevarte a todas partes. Quiero mostrártelo todo. Ahora que sé lo que hay debajo de tu ropa —paso una mano por su vientre, le aprieto los pechos y ella gime dulcemente—, puedes ponerte toda la ropa negra que quieras y no me burlaré ni un poco.

Sonríe y me hace sentir invencible.

—Me gusta que te burles.

Le mordisqueo el labio y el mentón.

—¿Alguna vez has ido a la biblioteca del palacio?

—No.

—Te va a encantar. Dos plantas, más libros de los que podrías leer en tres vidas. Y quiero que conozcas a mi abuela.

—Frena, Henry.

—Quiero comprarte todo lo que quieras.

Quiero cubrirla de joyas y seda… y coronas.

—No necesito nada —dice despacio con los ojos preciosos y oscuros.

La acerco para clavarle la polla dura contra la pelvis.

—Así solo me entran más ganas de comprártelas.

Sarah me envuelve el cuello con los brazos y juguetea con mi pelo. Y antes de que ella lo diga, puedo sentir la palabra (esa palabra) intentando abrirse paso entre nosotros para separarnos.

—Pero…

Pero el programa, este maldito programa que ni siquiera me importa. Que nunca me importó. *Pero* los productores que andan por todo el castillo y los contratos que firmé. *Pero* las otras mujeres (incluyendo a su propia hermana) con las que todavía debo coquetear durante las siguientes dos semanas.

Joder.

Pienso en todas las veces que la abuela me habló de mis responsabilidades, del deber y el honor y la importancia de cumplir con mis compromisos.

Todo esto es una mierda.

Pero quiero hacer lo correcto. Ya no quiero ser ese chico estúpido: ese que se escapa e inventa excusas y lo echa todo a perder.

Ahora el honor tiene un significada completamente nuevo. Es mucho más. Porque Sarah merece un buen hombre, uno con honor. Estable y confiable y sincero.

Y quiero ser ese hombre.

—Pero me esperan dos semanas más de filmación. Les di mi palabra y hablo en nombre de la Casa Pembrook.

La siento asentir.

—No es poca cosa.

La miro a los ojos.

—No quiero seguir filmando. Lo sabes, ¿no?

Sarah suspira y su expresión es tan transparente, tan confiada, que me conmueve.

—Sí, lo sé.

—Si pudiera, me quedaría aquí, en esta cama, contigo. ¿Me crees?

—Sí. Pero no puedes.

—No. No puedo.

Qué mierda. Y es todo por mi culpa.

¿Dónde está el mazo?

—Las otras chicas, Henry… ¿No vas a tocarlas? —Se pone dura en mis brazos—. Así no. No lo soportaría.

—No, por supuesto que no. Apenas voy a mirarlas, te lo juro. Ahora todas mis caricias (mis manos, mis labios, mi polla) te pertenecen a ti, dulce Sarah.

Sonríe.

—Me alegra saberlo. —Pero entonces entrecierra los ojos—. ¿Las has tocado? ¿Así?

La amenaza de los celos en su tono me hace reír.

—No. Soy casi un monje. Parece que el destino ha estado conspirando desde el principio para que acabáramos aquí.

—Bien.

Para asegurarme de que todo ha quedado claro y no hay mal entendidos, repito:

—Así que haré lo que tengo que hacer, filmaré las escenas, cumpliré mi compromiso estas dos semanas. Pero tendremos esto. Aquí, en esta habitación, estaremos juntos. ¿De acuerdo?

Asiente y quiero suspirar de puro alivio.

—Sí.

Ahora que nos hemos quitado eso de en medio, me acerco y la vuelvo a besar, deslizando mi lengua contra la suya. Aprieta con desenfreno, sincera y perfecta. Mis labios trepan por su mandíbula hasta la oreja y se estremece contra mí.

—Quiero que vuelvas a correrte, Sarah.

Me muerde el lóbulo.

—Sí, por favor.

Y me río.

—Qué educada que eres.

Entonces se acaba la charla. Solo quedan gemidos y jadeos y aullidos y orgasmos. Hasta que, mucho más tarde, exhaustos y satisfechos, nos quedamos dormidos.



Capítulo 18

Henry

A la mañana siguiente me levanto con la nariz enterrada en la suave piel de un cuello perfumado, con unos mechones de cabello haciéndome cosquillas en la cara. Aprieto el brazo de Sarah y le mordisqueo el hombro, pero solo gime en sueños.

Pobrecita: la mantuve despierta hasta tarde haciendo cosas muy muy malas.

Y no puedo parar de sonreír por ello.

Salgo de debajo de las mantas, me doy una ducha y me cambio. Hoy filmaremos en exteriores: Laura y yo estaremos todo el día de paseo. Antes de irme, me arrodillo junto a la cama y acaricio el cabello de Sarah, luego le paso una mano por el brazo hasta que por fin sus largas pestañas se mueven y abre los ojos.

Inhala.

—¿Henry? ¿Qué hora es?

—Temprano. Puedes volver a dormir. Pero no quería irme sin despedirme. ¿Cómo te sientes, dulzura?

Nunca he estado con una virgen. Y, aunque anoche no fue la gran primera vez de Sarah, fueron varias primeras veces más pequeñas. Como soy el que tiene más experiencia de los dos, quiero asegurarme de que esté bien.

Se estira y la sábana cae dejando al descubierto su cuello elegante y sus tetas perfectas: se me seca la boca y mi mente se queda en blanco.

—Me siento… resacosa —dice—. Drenada. —Sonríe con picardía—. Y cachonda. Creo que ha creado un monstruo, su majestad.

Mi cabeza cae sobre la cama con un golpe seco. ¿Por qué tengo que irme de esta habitación? Ah, cierto, mi polla me lo recuerda: porque soy un imbécil de primer nivel.

—Sigue pensando en eso. —Le doy un beso rápido, juguetón—. Y no te muevas de aquí. Lo retomaremos desde donde lo dejamos cuando regrese esta noche.

Sarah

Es un día glorioso. Después de que Henry se vaya, vuelvo a quedarme dormida y no me despierto hasta mediodía. Penny viene a verme para asegurarse de que esté bien después de lo de anoche. Me explica que echaron a Lancaster luego de que Henry lo moliera a golpes. No suelo ser una persona vengativa, pero, en este caso, haré una excepción.

Penélope también me cuenta que Elizabeth se irá con Sam esta mañana. Quería quedarse, seguir con las filmaciones, como dijo Henry, «por el bien del programa», pero Sam se puso firme.

—Me alegro por ellos —dice Penny y yo estoy de acuerdo.

Cuando se va, me ducho, me cambio, busco un bocadillo en la mesa de cátering y vuelvo a subir para remolonear. Me tiro en el nido a leer con la frente apoyada contra el frío de la ventana, pero mi mente sigue fugándose de la historia hacia lo que hice anoche con Henry.

Ahora entiendo el alboroto.

No soy tan ingenua. Sé lo que es un orgasmo y me los he dado a mí misma durante años. Pero que me lo de Henry… guau.

Es atrevido y confiado; creo que esa es mi parte favorita. La forma en que se mueve, cómo me toca y se toca, lo seguro que está de lo que debe hacer. Y lo sabe. Es adorable y excitante a la vez. Me alegra que hayamos podido hablar después para despejar el aire. Hará que las cosas sean más fáciles. Es el heredero al trono, la estrella del programa; no puedo esperar que renuncie como Elizabeth. Tengo que ser comprensiva. Y lo soy. En serio.

Además, solo quedan dos semanas. Se pasarán volando.



Son las seis pasadas y ya está oscureciendo cuando se abre la puerta de la habitación. Henry se apoya contra la pared y me mira. Le brillan los ojos con una luz intensa y casi peligrosa. Todo en él está tenso y encendido: la mandíbula, los hombros, las manos.

Un escalofrío me trepa por la piel mientras se acerca, como un jaguar o un león: con gracia y con un poder letal. Mientras avanza, se quita la camiseta, dejando al descubierto los músculos torneados y sólidos de sus brazos y su abdomen, y yo solo puedo ver el rastro de pelo dorado que se escapa del elástico de su cintura. Se me viene a la mente la idea de frotar la mejilla y los labios. ¿Será suave? ¿Áspero? ¿Henry gemirá si se lo chupo o me cogerá la cabeza y la moverá a un sitio más interesante?

Cuando llega a la cama, me coge por el tobillo y tira hasta que quedo en el borde.

—Llevo todo el día pensando en esto.

Cuando intento hablar, me doy cuenta de que me he quedado sin aliento:

—¿En qué?

Y el hombre que será mi rey se arrodilla frente a mí.

—En probarte. Te voy a lamer hasta que mi lengua se rinda. ¿Objeciones? —Tuerce los labios en una adorable media sonrisa—. ¿Te has quedado palabras, amor? ¿Es por algo que he dicho? —Sus manos suben por mi falda, me cogen las bragas, las arrancan de mis caderas y las bajan por mis piernas. Sus movimientos son seguros y confiados. Mira la seda *beige* que tiene en la mano casi con curiosidad—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo haces que algo tan sencillo me parezca tan *sexy* como para acabar en pocos minutos?

Luego se lleva mis bragas a la nariz e inhala con los ojos cerrados.

Oh, por Dios…

No me quita la falda, pero me la sube hasta la cintura, dejando mi piel expuesta al aire helado y a su mirada encendida. Siento el latido de mi corazón en los oídos: no está acelerado ni errático, sino firme y alto.

Henry me besa la pantorrilla, luego detrás de la rodilla.

—Necesito tus palabras, dulce Sarah. ¿Quieres que te lama?

—Sí —susurro tan despacio que apenas consigo escucharme.

—Dilo. Di: «Pon tu lengua en mí, Henry. Pruébame, bésame, fóllame con la lengua».

Me voy a morir. Va a matarme con palabras y entusiasmo y necesidad.

—Sí, todo eso. —Trago saliva e intento darle lo que quiere—. Pruébame, Henry. Fóllame c…

No termino porque, con un profundo rugido, está en mí. Su boca chupa y lame hambrienta… muerta de hambre. Y es maravilloso. Divino. Siento un placer húmedo corriendo por mis venas. Dejo caer la cabeza porque no puedo sostenerla y mis piernas se abren más, con las caderas descontroladas. Lo deseo, deseo esto, que me haga de todo, cualquier cosa, pero que no deje de tocarme.

—Sí… esto es… Henry.

Mis palabras son incoherentes como mis pensamientos y la verdad es que no sé qué estoy diciendo.

Me coge por el culo y me lleva a su boca. Siento sus dientes contra mis suaves labios, su lengua se mueve de arriba abajo, dibujando círculos alrededor de mi clítoris una y otra vez.

Pero entonces mueve la boca y mordisquea la piel sensible de la parte interna de mi muslo.

—Dame tus manos —dice Henry con la respiración caliente contra mí. Alzo los brazos y le ofrezco mi mano. La pone justo donde la quiere: entre mis piernas, con los dedos abriéndome para él, con el pulgar dejando al descubierto la parte más sensible de mi cuerpo—. Quédate así —gime Henry—. Joder, mírate. —Me lame con la punta de la lengua—. Una vagina tan bonita y rosada.

OhporDiosohporDiosohporDios…

—Te gustan mis palabras, ¿no? —Pasa el dedo, haciendo círculos y más círculos—. Te ponen cachonda.

—Son tan… provocadoras —gimo, pero no me siento para nada avergonzada.

—Por eso es divertido. —Me da un beso en el clítoris y gimo fuerte—. Porque eres tan dulce. —Entonces Henry alza sus ojos hacia mí—. Ahora, Sarah… Mira.

Despacio, me lame de abajo hacia arriba. En la segunda pasada, se detiene en mi entrada y hace presión para entrar. Bombea hacia dentro y hacia fuera, fuerte y profundo, follándome justo como dijo…, con la lengua. Yo aúllo y él gime. Y en mi interior el placer crece y se intensifica. Intento seguir mirando, porque eso es lo que quiere Henry, pero es demasiado.

Me tiemblan las piernas, hago fuerza con los muslos. Grito y ruego:

—Por favor, por favor, por favor, oh, por favor…

Tan cerca.

Tan… cerca.

La lengua deja paso a los dedos, gruesos y largos, y, cuando cierra los labios sobre mi clítoris, succionando despacio, mis músculos se cierran y mi mente se queda en blanco por el placer que destruye mi cuerpo. Oleada tras oleada, hace que mi espalda se arquee y mi boca grite.

Al cabo de un rato, cuando la fuerza de mi orgasmo se convierte en una lánguida satisfacción, Henry dibuja un camino de besos hasta mis labios. Su beso es fuerte y dominante, con dientes y lengua.

Y, sí, siento mi sabor en esos labios; igual que en los libros.

Pero no hay vergüenza ni desagrado. Es excitante, erótico y perfecto; porque todo es perfecto con Henry. Y siento una ternura tan grande hacia él. Le rodeo el cuello con los brazos y lo envuelvo todo lo que puedo.

—Eso ha sido… maravilloso —digo.

Los labios de Henry acarician mi cuello y una risa retumba en mi pecho.

—Eso… ha sido solo el comienzo. —Se aleja lo justo y necesario para quitarme la camiseta por la cabeza y tirar mi falda al suelo. Luego gira para acostarse de espaldas, me engancha en sus brazos y, sin esfuerzo, me levanta hasta que quedo montada sobre su pecho. Debería sentir vergüenza: o sea, tengo la entrepierna prácticamente en su rostro. Y parece que Henry quiere pasar de *prácticamente* a *literalmente*. Me hace un gesto con el dedo, con una expresión despreocupada y joven y feliz en el rostro—. Sujétate al respaldo y trae esa dulce cosita aquí.

Me río porque, ¿quién dice una cosa así?

—¿Estás seguro?

—Mi lengua no está ni cerca de estar cansada. Necesito más de ti, Sarah.

Está tan cómodo, tan seguro y confiado de sí mismo. Y me hace sentir igual. Preciosa y atrevida. Valiente. Como si pudiera hacer cualquier cosa, decir cualquier cosa, ser cualquier cosa.

Pero, en este momento, solo quiero ser suya. Así que me arrastro hacia delante como mi príncipe me ha ordenado.

Henry

En la secundaria, con mis amigos, nos inventamos un juego para beber que se llamaba «Maneras de morir». La idea era pensar en la mejor y más alocada manera de morir, como ahogado en un barril de cerveza o explotando el laboratorio de química por el bien de todos los estudiantes. Acabo de descubrir la manera de morir más sublime y definitiva: con Sarah Titebottum sentada en mi cara.

Así me moriría yo: claro que sí.

Su vagina es perfecta. Huele a rosas y sabe a rayos de sol. Esta última hora y media, ha llegado tres veces al orgasmo. Creo que me he gastado la lengua.

Definitivamente ha valido la pena.

Sarah suspira, satisfecha, acurrucada contra mi costado con sus bonitos ojos cerrados.

Miro al cielo e intento no pensar en mi dolorosa erección ni en el peso latente de mis cojones. Es posible que mi polla vaya a explotar (me duele de solo pensarlo), así de duro estoy.

Sarah pasa su palma por mi pecho.

—¿Henry? —dice despacio y con dulzura.

—¿Mmm?

—Quiero hacértelo a ti.

Mis ojos se abren de golpe. Y me pongo más duro. Pero tengo que estar seguro de que esté diciendo lo que creo que está diciendo; no estoy para malentendidos.

—¿Hacer qué?

Se apoya en un brazo y me mira con las mejillas ruborizadas. Y hay una determinación nueva en sus ojos, una audacia que no creo que tuviera ayer y que la vuelve aún más *sexy*.

—Quiero poner mi boca ahí. —Baja la vista hacia mis partes, donde el calzoncillo está tan abultado que hasta resulta gracioso. Me lo he dejado puesto a propósito, para no sobrepasarme. Que Sarah esté desnuda es una cosa; que los dos estamos desnudos es demasiado peligroso.

Debería preguntarle si está segura. Debería decirle que no tiene que hacerlo.

Pero digo:

—Joder, sí, por favor.

Se ríe y lo siento en mi polla dolorida. Después baja la cabeza y comienza a darme besos en la clavícula. Suaves caricias de sus cálidos labios. Pasa la lengua por un pezón sensible y me arranca un gemido.

—Es como si estuviera borracha, Henry. Salvaje. Y quiero hacerte sentir tan bien como tú me has hecho sentir a mí. Quiero dártelo con todas mis fuerzas.

Vuelvo a levantarme, la tiro hacia mí y le doy un beso profundo y mojado.

—Así me siento, Sarah. Dios, todo lo que haces… es increíble. —Se acerca y comienzo a jadear. Su lengua lame mis abdominales, se arremolina en mi ombligo y tengo que apretar las sábanas para no coger de la cabeza y follarle la boca. Cuando esa lengua húmeda y rosada se mete debajo del elástico, casi pierdo el control. Necesito una distracción, así que hago preguntas estúpidas cuyas respuestas ya sé—. ¿Has hecho esto antes?

Se ríe contra mi piel.

—No.

Disfruto de oírlo en voz alta. De saber que soy el primero.

El único.

Me siento tan codicioso, tan posesivo: mía, mía, cada centímetro es mío. Si pudiera leerme los pensamientos, probablemente diría que soy sexista, tal vez misógino, pero no me importa.

Es sensacional. Y si pensarlo me convierte en un cerdo, bueno… *oink, oink*.

—Pero he leído como se hace en libros. Hay escenas de novelas románticas muy… detalladas.

Cuando tira del elástico, levanto las caderas; me quita los calzoncillos en un movimiento y la polla liberada golpea contra mi vientre.

—¿Qué grado de detalle tienen? —digo intentando no perder la puta cabeza.

Se pone cómoda sobre sus codos, se acomoda las gafas y me mira la polla como si fuera algo que debe descifrar. Mi miembro disfruta de la atención, se mueve y crece, le gusta estar en el centro de la escena. Sarah sujeta la base y acerca la boca; tan cerca que puedo sentir su cálido aliento sobre mí.

—Bueno, los libros dicen que debes centrarte en la parte más sensible, esta pequeña cresta de aquí.

Mueve la lengua por la punta y luego lame la cresta en cuestión. Entierro el cráneo en la almohada. Me gusta tanto que casi es doloroso.

—Es cierto —gimo.

Luego besa el tronco de arriba abajo, hablando mientras tanto.

—Y siempre mencionan que masajear los testículos mejora mucho la experiencia. —Su voz se vuelve provocativa—. ¿Debería poner a prueba la teoría?

Niña pícara.

Solo puedo asentir. Y gimo cuando me coge el escroto, lo que me provoca un placer que enciende cada nervio de mi cuerpo.

—¿Cómo lo llaman? —me pregunto. No tengo ni idea de por qué—. No me imagino a Jane Austen escribiendo la palabra *polla*.

Es posible que solo quiera oír la palabra de los labios de Sara.

—Depende del libro —dice lamiendo de base a punta, moviéndose en la cabeza hinchada y dolorida antes de bajar con su lengua caliente y húmeda. Y entonces lo hace otra vez—. Austen no, pero hay libros que llaman a la polla por su nombre. Otros le dicen falo o espada… y la mujer es la vaina.

—Suena doloroso.

Sarah se ríe, luego mete la cabeza de mi polla en la húmeda caverna de su boca y yo gruño.

Quita la boca y me frota despacio.

—Y a eso. —Pasa el pulgar por la punta, esparciendo el presemen—. A veces lo llaman la «perla del deseo», y siempre dicen que sabe dulce o salado. —Luego me lame—. Mmm… Es un poco salado.

Y pierdo la cabeza.

—Métetela en la boca, Sarah. Hasta el final. Chúpala con fuerza. Y rápido. Ahora. —Y hace justo lo que le digo. Me envuelve en su boca apretada y húmeda, chupando y lamiendo…

cogiendo con su pequeña mano lo que no entra, bombeando fuerte—. Lo haces genial, amor. —Despacio, la cojo por la nuca, la sujeto con firmeza y arremeto entre sus gruesos y ardientes labios—. Mierda, mierda, mierda…

Cuando el placer golpea, rápido e intenso, salgo de la boca de Sarah. Luego cubro su mano con la mía y le muestro cómo frotar rápido. Con un sonido gutural, eyaculo en la mano de Sarah y en mi vientre, espeso y caliente.

Cuando puedo, estiro la mano y la acerco hacia mí. Le beso los labios, suaves y tiernos.

Entonces ella se echa hacia atrás y sonríe, orgullosa.

—Creo que las mamadas son sensacionales.

Y sería adorable… si no fuera tan *sexy*.

—No sabes lo contento que me pone oír eso. —Me atraganto.

Mete el dedo en el semen de mi vientre, lo frota entre el índice y el pulgar. Y eso me hace pensar en todas las partes de su cuerpo en las que quiero acabar.

—A la próxima me gustaría tragármelo, Henry.

La próxima probablemente me infarte.

Y esa es otra manera de morir.



Capítulo 19

Sarah

Mi relación con Henry va muy bien… durante tres días. Entonces cometo un error: salgo de mi habitación. Mientras está filmando. Mientras está filmando con otras mujeres, incluida mi hermana.

Empieza en el comedor, donde Henry está desayunando con las tres participantes restantes: Penny, Laura y Cordelia. Henry está de muy buen humor, sonriendo y riendo… y bromeando con ellas. Y así comienza. Luego siento un sabor amargo en la boca cuando pienso: «Debería bromear conmigo y solo conmigo».

La parte racional de mi cerebro me recuerda que ya lo hemos hablado. Me preguntó si confiaba en él cuando dijo que no quería seguir filmando y yo dije que sí.

¿Entonces por qué me estoy cuestionando si tal vez no estaba siendo completamente sincero? Si quizás, solo quizás, le gusta tener a tres mujeres preciosas revoloteando a su alrededor durante el día y una mujer diferente e inocente en su cama por las noches.

Sin duda, ahora parece gustarle.

Laura cierra los ojos mientras se come las tortillas francesas que ha preparado el chef del programa y dice:

—¡Henry! Tienes que probar esto, ¡es increíble!

Son huevos.

Pero pincha un poco con el tenedor… el mismo tenedor que acaba de usar… y se lo ofrece a Henry.

Y esa es la gota que colma el vaso. Me tengo que ir. No quiero quedarme a ver si come de su tenedor. Joder, esa frase rebosa doble sentido.

Justo antes de darme la vuelta, con los puños apretados a los lados, Henry me ve y lo que sea que encuentra en mi rostro lo hace dejar de masticar y le borra la sonrisa de los labios.

Pero no me sigue. Continúa desayunando y filmando.



Las cosas siguen cayendo en picado en el almuerzo: como una avalancha. Filman fuera, en los perímetros del castillo. Hace frío y viento, pero el sol calienta. Henry camina con Cordelia y su pedorro, Walter. Él lleva la correa de Walter y hablan mientras caminan, sonriendo; hacen una bonita pareja.

No le da la mano ni le pasa el brazo por los hombros. Pone a Walter entre ellos todo el tiempo, como un muro baboso, así que, cuando Cordelia se acerca por un beso, él puede retroceder, girar el hombro y coger una pelota para jugar con el perro. Sé todo esto: lo veo.

Pero no ayuda al sentimiento de completa angustia que siento cuando los veo juntos. Es una

presión, como si mi alma quisiera escaparse de mi cuerpo, y un dolor demoledor, como si a mi corazón y a mis pulmones los apretara una fuerza invisible.



Después de la caminata con Cordelia, Henry viene a encontrarse conmigo en el jardín, las cejas pesadas de preocupación. Pone su mano en mi brazo y, así de fácil, el estómago me da un vuelco. Es un órgano débil y cobarde, y no hace falta mucho para complacerlo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Henry. —Abro la boca para responder, pero no me deja—. Y no digas «nada». Sé que pasa algo. Me miras como si quisieras echarte a llorar y darme una patada en los cojones, pero no supieras por dónde empezar. —Me río porque es como si me estuviera leyendo la mente—. Es esto, ¿no? —Sus ojos recorren las cámaras y los productores—. Esto es lo que te molesta.

Nunca antes le he mentido, ¿por qué debería empezar ahora?

—Sí.

Henry asiente y su rostro se tensa, consternado. Pero antes de que pueda decir algo más, Penélope está aquí, cogiendo a Henry del brazo, adorable con sus vaqueros rotos y una camiseta granate, sin tener la menor idea de la conversación que acaba de interrumpir.

—¡Vamos, Henry! Es nuestro turno. ¡Haremos un volcán de chocolate! Me encanta el volcán de chocolate, pero nunca lo he hecho… ¡Será un desastre! —Y entonces la mirada de mi hermanita rebota entre nosotros—. ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?

Y es mi hermana. De todas las personas del mundo, debería poder ver a Henry con mi querida hermana.

Niego con la cabeza y miro a Henry a los ojos.

—Es una tontería. Está todo bien. —Él vacila—. En serio, Henry, está todo bien.

—¿El qué está bien? —insiste Penny—. ¿Qué está pasando entre vosotros?

Y veo el momento en el que Henry decide avanzar. Una sonrisa le invade la cara y le cambia la voz con un entusiasmo obviamente fingido, pero yo soy la única que se da cuenta.

—No es nada, Pen. Sarah quería explorar los pasadizos que hay debajo del castillo; se supone que hay un viejo calabozo, tal vez un par de tumbas, pero le da miedo ir sola.

Penny chilla:

—¡Oh, qué espanto! Bueno, Henry puede llevarte después de filmar, ¡pero yo no voy! No podría dormir más aquí. —Se aferra al brazo de Henry—. Vamos, nos están esperando. Y tienes que arreglarte y cambiarte.

Se deja arrastrar, mirándome por encima del hombro.



Resulta que ver a Henry jugando con mi hermana lo empeora todo. Cuando le tira azúcar en un jugueteo sexual, quiero vomitar. Y, cuando él le limpia una mancha de masa de la mejilla con un trapo (un movimiento estrictamente platónico), me doy cuenta de que ya he tenido suficiente. Se

ha acabado. No puedo ver esto. No quiero.

Y, más aún, no puedo esconderme en mi habitación sabiendo que escenas como esta (y peores) están pasando fuera.

Siento que me sigue con los ojos cuando giro sobre mi eje y salgo corriendo por las escaleras.



Henry

Dos horas después, la encuentro en nuestra habitación, haciendo la maleta, con John Cale cantando *Aleluya* de fondo. Mirar a Sarah juntar despacio las cosas, ver sus preciosos libros en el morral junto a la puerta, lista para irse, hace que me vuelva loco. Estoy furioso. ¿En serio cree que puede irse así como así?

¿En serio cree que se lo voy a permitir?

Quiero tirarle todas las cosas por la ventana hacia el océano y atarla a esta puta cama; y sé lo mal que suena eso, por eso no lo digo en voz alta.

No quiero controlarla; solo quiero conservarla. Su espíritu amable y su carácter cariñoso se han convertido en el centro de mi mundo y no estoy seguro de saber cómo funcionar sin eso. Me retracto: no quiero atarla a la cama, al menos no por ahora.

En este momento, quiero atarla a mí.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra la puerta cerrada. Se sobresalta cuando hablo, como si no supiera que estaba aquí.

—¿Qué estás haciendo?

Tengo la voz tranquila, pero sé que los ojos me brillan con los sentimientos contenidos, y hay una energía frenética en mis miembros porque los dos sabemos exactamente qué está haciendo.

—Me vuelvo a casa. —Asiento mirando cada uno de sus movimientos. El suave meneo de sus caderas; ese adorable culo, que fue hecho para que lo muerdan; su boca abierta, rígida de frustración. Apoya una pila de jerséis en la maleta y avanzo, veloz y preciso. Un segundo más tarde, ya no están en la maleta, sino desparramados por toda la habitación, porque los he tirado por todas partes—. ¡Ey! —Mirándome, coge uno, lo sacude, lo dobla y lo mete en la maleta. Vuelve a salir y vuela por encima de mi hombro—. ¡Basta!

Me acerco y quedamos frente a frente.

—Basta tú. No irás a ninguna parte.

—¿Por qué no? Penny se está portando muy bien.

—¡Por mí! —grito—. ¡Te necesito aquí!

Sarah aleja la mirada hacia la otra punta de la habitación.

—No puedo. No lo soporto. Creí que iba a poder, pero no. Verte con ellas me provoca algo feo y doloroso. Tal vez puedas venir a buscarme cuando todo esto termine y veremos si aún queda algo entre nosotros…

¿Si queda algo entre nosotros? ¿Se ha vuelto completamente loca?

—Dejaré el programa. Hoy.

Eso la para en seco. Realmente no se lo esperaba. De verdad creía que iba a permitir que se fuera. No decido si me resulta triste o gracioso.

—No creo que puedas hacerlo.

—Puedo hacer lo que quiera… Viene con el título.

—Vanessa va a estar furiosa.

Me encojo de hombros.

—Para eso tengo abogados.

Sarah se acerca, despacio, con cuidado, mirándome.

—¿Lo harías? ¿Renunciarías solo porque me pone celosa?

Casi me río.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

Y entonces soy yo el que la mira con perplejidad y confusión.

—Porque estoy enamorado de ti, tonta. —Se queda quieta, y solo… me mira. Y sus ojos se humedecen. Aprieto mi palma contra su mandíbula—. ¿No lo sabías? ¿No lo ves, Sarah? Estoy loco por ti.

Le tiembla la respiración cuando inhala.

—No estaba segura. Quería que fuera así, pero…

Le quito las gafas y las dejo en la mesita de noche para poder besarle los párpados y saborear sus lágrimas.

—Te quiero. —Luego le beso las mejillas y su tembloroso mentón—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Le beso la punta de la nariz y la boca gruesa y perfecta.

Y después estamos cayendo, cayendo en la cama. Aparto las maletas y la ropa para hacernos espacio, pero mis labios nunca se despegan de los suyos. Deslizo mis dos manos detrás de su cabeza, sosteniéndola y alzándola, nuestras lenguas se frotan, dan vueltas. Y entonces profundizo el beso y mis manos acarician su suave carne y se meten en su cabello y vuelven a bajar. Coge el borde de mi camiseta y me la sube por la espalda; levanto los brazos para ayudarla.

Sus manos se entierran en mi pelo. Tiene los labios en mi clavícula, cruzan mi pecho, suben por mi cuello y mi mandíbula.

Le quito la camiseta y le desabrocho el sujetador para que quedemos piel con piel.

Y no hay palabras. No las necesitamos. Nuestras manos hablan por nosotros; desesperadas. Nuestras lenguas muestran nuestra adoración y nuestros ojos cuentan nuestros secretos; la admiración que sentimos por el otro.

Cuando estamos completamente desnudos, bajo por el cuerpo de Sarah y chupo sus pezones, erectos y rosados. Arquea la espalda, abre las piernas y yo sigo bajando. Beso y lamo hasta que está gimiendo y gritando en la cama. Entonces vuelvo a subir hasta quedar frente a frente. Sus dedos abiertos en mi mejilla, sujetándome cerca mientras me besa con todo su ser y con todo lo que tiene.

Meto la mano entre sus piernas y gimo en su boca cuando siento lo mojada que está, tan dulce y apretada. Y no son mis dedos los que hurgan entre sus labios para abrirla; es la dura e hinchada cabeza de mi polla. La uso para abrirla, para frotarle el clítoris y, cuando sé que no puede aguantar ni un segundo más, cuando necesita que la llene con la misma desesperación que yo siento por ella, me cojo con la mano y entro en su interior.

Gimo por la sensación de su firmeza imposible. Por la succión codiciosa y apretada de su vagina en la cabeza de mi polla. Con la respiración entrecortada, me rindo. Miro a Sarah a los ojos. Está mirando hacia abajo, contemplando jadeante cómo entro en ella, esta vez un poco más. Y gime largo, profundo, hambriento.

Siento cómo me clava las uñas en los brazos y alza las caderas pidiendo más. Pidiéndolo

todo. Aprieto una vez más y, esta vez, no me detengo. Despacio, con cuidado, avanzo y entro.

No pregunto si está bien; miro su precioso rostro, sus ojos cerrados, suaves e imperturbables mientras disfruta.

Y, joder, las sensaciones son abrumadoras. Se cierra a mi alrededor, los músculos mojados y apretados me devoran.

Con el codo en la cama, me coloco encima de ella, nariz con nariz, aliento con aliento. Echo las caderas hacia atrás y comienzo a empujar fuerte y rápido, hasta que estoy completa y gloriosamente enterrado en ella.

La boca de Sarah se abre en un breve grito, arquea el cuello. Estampo mi boca en la suya y me trago sus gemidos, le lamo los labios y le chupo la lengua. Y entonces Sarah abre los ojos y brilla con alegría y calor y ardiente deseo.

Se relame los labios y pasa los dedos por mi pelo.

—Estas dentro de mí —susurra contra mi boca, y es demasiado—. Estás dentro de mí, Henry.

Asiento, rendido. Luego entrelazo nuestros dedos y llevo las manos hacia el respaldo. Y entonces, apretando la boca en la de Sarah, besándola como si fuera el fin del mundo, me da miedo.

Muevo las caderas una y otra vez, frotándole el clítoris con la pelvis, cerca de la base de mi polla. Se mueve conmigo, alza y gira las caderas.

Y es tan precioso. Joder, no podría ser mejor.

Todo lo que hemos hecho antes no es nada. Esto es lo único que importa. Esta chica valiente y maravillosa que tengo entre los brazos es todo lo que necesito.

Me estoy mareando, y mi cuerpo toma el control. Los círculos se convierten en embestidas más fuertes que antes. Su vagina mojada y los gemidos de placer me vuelven loco. Sarah me aprieta el culo para que llegue más hondo.

—Henry —gime trepando con los dedos con urgencia—. Henry.

La envuelvo en mis brazos y la acerco hacia mí para que sepa que la tengo.

—Eso es, amor. Eso es —canturreo—. Vas a acabar, va a acabar en toda mi polla. Eso es, mi amor.

Mis caderas no dejan de moverse, frotándose contra ella, llenándola todo lo que puedo.

Y cuando ese grito perfecto, ahogado y maravilloso brota de sus labios unos segundos después, cuando aprieta su sien contra mi mejilla y se queda dura porque el placer le está desgarrando el cuerpo y le resulta demasiado intenso como para moverse…

Entonces me entrego. Entierro mi rostro en el cuello de Sarah y embisto rápido y fuerte; y la lleno, eyaculo en latidos poderosos que reducen mi voz a gemidos y gruñidos, y mi corazón a un descontrol que solo le pertenece a esta chica.

Después, levanto la cabeza y siento la caricia de su mano en mis costillas. Le beso los labios y la nariz y limpio las lágrimas de sus ojos.

Sarah me mira y susurra:

—Te quiero, Henry.

Y es el momento más perfecto de mi vida.

—No hemos usado nada.

Es probable que no sea la cosa más romántica que he dicho después del sexo. Pero los condones son la regla de oro en las relaciones reales y esta es la primera vez que la he roto.

Sarah asiente contra mi pecho, donde tiene apoyada la cabeza

—Lo sé.

—Es mi culpa. Debería haberlo pensado.

—Yo también podría haberlo pensado. Era virgen, no idiota.

—Tengo los análisis en regla; no tienes nada de qué preocuparte.

—No estoy preocupada.

Me pongo de lado para poder mirarla a los ojos.

—¿En qué estás pensando?

—No estoy en mis días más fértiles. Pero una vez leí que hay un nombre para los que solo usan el método del ciclo como anticonceptivo.

—¿Cuál es el nombre?

—Padres. —Sarah sonríe.

Me río, luego exhalo y miro al techo.

—No me importaría que estuvieras embarazada. O sea, no sería lo ideal para los grandes planes que tengo, mi abuela perdería la cabeza y haría más caótico el descontrol que puede ser mi vida. Pero te cuidaría. Y yo estaría… contento, hasta entusiasmado. ¿Es una locura?

Se toma su tiempo para pensarlo.

—Si lo es, entonces los dos estamos locos, porque yo pienso lo mismo.

Sarah se acurruca más cerca, dibujando en mi pecho con la punta de su dedo, y me encanta la sensación.

—Creo que así es estar enamorado. Nada parece demasiado grande ni da demasiado miedo porque sabes que, pase lo que pase, no tendrás que enfrentarlo solo.

Unos momentos más tarde, salgo de la cama y mojo un trapo con agua tibia en el lavabo del baño. Después regreso y limpio con cuidado el fluido rosado que corre por las piernas de Sarah. Un rubor mudo se apodera de sus mejillas cuando me acerco a ella, pero no protesta. Luego de hacer lo mismo conmigo, me meto debajo de las mantas y la envuelvo entre mis brazos.

Le doy un beso en la cabeza y le peino el cabello con los dedos mientras se va quedando dormida. Siento la caricia de su respiración pausada contra mi cuello. Pero no me duermo. Me quedo despierto, mirándola: porque es tan preciosa y buena. Mi chica.

Nunca he tenido a alguien que fuera solo mía, en cuerpo y alma; mía para proteger, abrazar y querer. Y eso es Sarah… Ahora me pertenece. Nos pertenecemos.



A la mañana siguiente me visto para ir a hablar con Vanessa y decirle que renuncio. Tardo un rato en salir porque los labios de Sarah me distraen terriblemente. No puedo parar de besarlos.

Pero obligo a mis pies a cruzar la puerta.

Y menos de cinco minutos más tarde, la vuelvo a cruzar, desabrochándome los pantalones y quitándome la ropa mientras camino. La eficiencia es importante.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sarah.

—Desnúdate, ahora. Intoxicación.

—¿Qué?

—Todos. Algo en la comida de anoche. Todos los que comieron están vomitando. —Y todos comieron allí: los productores, los técnicos, Penny, Laura y Cordelia… todos excepto Sarah y yo —. ¿Por qué sigues vestida? —Me acerco a ella—. Vamos, te ayudo. —La estoy desvistiendo y besando—. Tenemos horas, días probablemente. —Me acerco y le doy un beso más largo, más profundo, bombeando en su bonita boca del mismo modo en que pronto estaré bombeando en su interior—. Podemos hacerlo durante días, Sarah.

Me desabrocho la camisa, pero cuando intento sacar los brazos de las mangas, las manos se quedan atascadas en los puños. Tiro con más fuerza y los botones salen volando. Sarah se ríe de mí, de mi ansiedad. Pero estoy más que ansioso; estoy casi desesperado, me invade esta insaciable necesidad de tocarla, de follarla, de abrazarla, de estar cerca de ella. Estoy fuera de control en el mejor de los sentidos, como si ella fuera una buena droga (una adicción positiva) y yo estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguir una dosis.

Sin camiseta y sonriendo, la levanto y, con cuidado, la siento sobre la cómoda. Seguro que está ablandada por lo de anoche y, Dios, yo soy un animal que quiere darle la vuelta y enterrarme en ella, aunque ambos muramos de hambre.

—Pídeme que me detenga. —Me paro entre sus piernas y cojo su rostro entre mis manos. Me acerco y la beso con caricias rápidas y desesperadas—. Pídeme que pare, Sarah.

Junta las cejas y niega con la cabeza, como si las palabras no tuvieran sentido.

—No, por favor. —Se estira hacia mi cintura y la envuelve con sus piernas—. No te detengas nunca, Henry.



Capítulo 20

Henry

Sarah tiene una diminuta peca unos centímetros por debajo del ombligo, otras dos en el interior del codo y una pequeña constelación de lunares sobre el hombro izquierdo. Una delgada cicatriz sin color atraviesa su tibia derecha, larga como mi dedo índice, y hay otra en la cara exterior de su muslo izquierdo, debajo de la cadera. Miro sus marcas, sus perfectas imperfecciones mientras nos ocultamos en nuestro dormitorio y yo exploro cada centímetro de su piel. Horas más tarde, no queda sitio que no haya lamido, besado o acariciado.

Ahora está recostada de espalda, mirándome con unos ojos oscuros y seductores que me hacen latir la polla. Otra vez.

Pero… todavía no… Mi boca se está divirtiendo mucho. Aprieto los dientes contra la tierna carne de su muslo y las piernas de Sarah se abren solas. Le doy un beso en los suaves y gruesos labios externos. Un rubor nace de su pecho y se esparce debajo de su piel hasta la punta de los pies.

Tenía razón… sí se ruboriza en todas partes.

Paso el dedo por los tupidos rizos castaños hasta su clítoris, frotando en círculos resbaladizos y firmes.

—Estás tan mojada —me asombro.

Se oculta detrás de sus manos y murmura:

—Lo sé.

La cojo por las muñecas y sus ojos se clavan en mí.

—Nunca te avergüences por eso. Es precioso. —Deslizo la punta de la lengua de arriba abajo —. ¿No lo ves así? Me encanta. Quiere decir que puedo seguir follándote, corazón, durante horas y horas… todo el tiempo que quiera. —Se moja aún más y me río desde lo profundo de mi pecho —. Te han gustado esas palabras, ¿no?



Lo hacemos en la ducha. Su cabello es más largo y oscuro cuando está mojado, y el vapor del agua le da brillo a la piel de Sarah. La cojo en mis brazos, aprieto su espalda contra los fríos azulejos y me muevo a un ritmo controlado. Embisto con las caderas, frotándolas sobre su clítoris inflamado y demandante.

Sarah pasa los dedos por mi mandíbula, perdiéndose en mi mirada mientras su pechos rebotan con cada embestida. Recorre mis labios con el pulgar y yo chupo y mordisqueo la punta.

—Te quiero, Henry —dice en voz baja—. Solo… te quiero.

Las palabras convierten mis rodillas en gelatina y, aunque su tono no pide una respuesta, se la doy.

—Y yo te quiero a ti.

Siento oleadas de calor por mi espalda, que se acumulan en la parte baja de mi vientre. El orgasmo se apodera despacio de Sarah: un solo gemido y un espasmo de su vagina que me hace acabar. Entro en ella una última vez, con su mejilla contra mi garganta y la mía sobre su cabeza apoyada en los azulejos mojados de la ducha.



Debemos comer, y no quiero molestar al personal ni ver a nadie. Así que, en mitad de la noche, Sarah se pone la bata, yo los pantalones del pijama y nos escabullimos a la cocina a robar comida. Traemos nuestro botín (agua, una botella de vino, una barra de queso, una hogaza de pan y una bolsa de galletas) a la habitación y hacemos un pícnic en la cama.

El vino nos da sueño. Ella me alimenta con los dedos y yo chupo las migas que caen en su regazo. Y hablamos en susurros de cosas sencillas (cumpleaños y colores favoritos), las pequeñas cosas que, aunque por separado sean casi insignificantes, conforman a las personas.

No nos dormimos por completo, pero hacemos siestas breves entre las vigorosas rondas de sexo. Apoyo la cabeza en el pecho de Sarah mientras ella canta viejas baladas y pasa los dedos por los mechones húmedos de mi pelo. No me canso de su voz y ella está un poco obsesionada con mi cabello. Después se recuesta sobre mí con los miembros flojos, borracha, y el único sonido que llena la habitación son nuestras respiraciones sincronizadas y los latidos de nuestros corazones.



El sol sale y se pone en la ventana, pero ninguno se da cuenta. Y no soy el único que se divierte explorando cuerpos.

Justo después de sentir el pulso del orgasmo de Sarah en mis dedos y lamer su dulce miel por tercera vez, estoy de espaldas, y Sarah está entre mis piernas abiertas, dándole un uso fabuloso a su boca.

Acaricia la delicada piel de mi polla erecta con la nariz.

—Es tan suave —ronronea Sarah con su cálido aliento contra mí—. ¿Cómo demonios puede ser suave y dura al mismo tiempo? —Lame de arriba abajo, se están conociendo y ella disfruta mucho del proceso.

Mordisquea la piel de mi muslo y me hace estremecer. Sarah chupa el pelo en la parte baja de mi vientre y eso me hace reír. Envuelve la cabeza de mi polla con los labios, succionando con la boca y frotando con la lengua hasta que no queda nada en mi cerebro.

Chupa hasta vaciarme.

Las sábanas crujen mientras baja y siento su lengua plana, mojada y caliente subir y bajar por mi escroto; y me gusta tanto que el corazón casi se escapa de mi cuerpo.

—Sarah —gimo—. Ven aquí.

Niega con la cabeza, agitando su brillante cabello oscuro.

—Me estoy divirtiendo donde estoy.

Y entonces abre esa bonita boca y la usa para chuparme las pelotas.

—Joder —gruño, gimiendo de placer.

Mis palabras la alientan y, mientras su boca sigue ocupada, su mano coge el tronco con firmeza, como si supiera que me gusta, y lo rota con movimientos firmes y largos. Cuando vuelvo a maldecir, Sarah gime y siento la vibración en el alma.

Y entonces decido que no puedo soportar otro segundo sin estar dentro de ella.

Sentado, cojo a Sarah por las axilas y la traigo hacia mí. Apoyo una mano en su cabello, envolviendo con firmeza los mechones en mis dedos, cerrando el puño, y Sarah abre la palma en mi rostro, me clava los dedos: los dos estamos felizmente aprisionados por el otro. Mientras nuestras bocas se devoran, los dientes chocan, las lenguas se enredan y se clavan.

Es brusco; lo más brusco que me he permitido ser con ella, y lanzo gemidos de placer.

Cojo sus caderas, las sitúo justo sobre mi polla y entro en ella, fuerte y por completo. Los dos gemimos, y es precioso. Pero me doy cuenta de que junta las cejas y aprieta los ojos en una mueca breve.

Con una mano en la nuca de Sarah y la otra en su espalda, la inmovilizo, haciéndola mirarme a los ojos.

—¿Te duele?

Sonríe, encogida. Es tan preciosa.

—Solo un poco.

Trago con dificultad y paso la mano por sus costillas, hasta su pecho.

—Podemos parar, Sarah. Podemos hacer otras cosas… No quiero hacerte daño.

—No duele tanto.

Bajo la cabeza y lamo la fresa apretada que es su pezón; me lo llevo a la boca para chuparlo.

—¿Tanto? —digo mordiendo solo un poco—. ¿Qué significa eso?

Sarah levanta el mentón y arquea el cuello para darme un mejor ángulo de sus tetas. Pero entonces retrocede, quitándome su pecho con un húmedo sonido y llevando la boca hacia ese sitio sensible en el que mi hombro se une con mi cuello.

Y me muerde. Con fuerza. No llega a cortar la piel, pero, sin duda, me dejará un moretón.

—¿Duele? —pregunta con dulzura. Y lo vuelve a hacer.

Siseo y la sujeto del muslo.

—Sí.

Besa la herida, chupando las marcas.

—¿Quieres que pare?

Esta vez, succiona mientras muerde, y mi polla se mueve dentro de ella.

—No —gimo.

Sarah alza la cabeza y me besa los labios.

—Eso significa «no tanto». Que duele un poco, pero me gusta tanto que no importa. Quiero más. —Y está tan caliente y húmeda y apretada que se me cierran los ojos. Envuelve mi cuello con los brazos mientras la cojo por las caderas y la muevo hacia delante y hacia atrás, despacio, haciéndola subir y bajar por mi polla antes de apoyar las manos en sus muslos y dejarla tomar el control—. No. No sé cómo.

—No hay ninguna fórmula, amor. Muévete como te guste. Como quieras.

Cierra los ojos y se muerde el labio. Luego mueve el culo, probando las sensaciones. Y, Dios mío, sí que aprende rápido. Baja el mentón y curva la espalda.

—Oh… Oh, eso… Estás tan adentro, Henry.

Arrastro los labios por la clavícula de Sarah.

—Sí, tan adentro.

Bajo la punta del dedo por su columna vertebral y la vuelvo a subir mientras me monta. Su respiración se entrecorta, mueve las caderas más rápido y es adorable, descontrolada de pasión; buscando el límite de los dos.

La pelvis de Sarah pierde el ritmo entre espasmos, los muslos le tiemblan y sus rodillas se entierran en la cama.

Le chupo el lóbulo, anhelando el sonido de su voz.

—¿Vas a acabar, dulzura? ¿Vas a acabar para mí? ¿Sobre mí? —Se le escapa un grito agudo —. Dilo —exhalo con voz ronca—. Dilo ahora.

Sarah pasa los brazos por mis hombros y su voz flota de su boca.

—Estoy llegando… Oh, oh… Estoy llegando.

Quito el dedo de su espalda y apoyo la mano en el nacimiento de su trasero (y luego presiono) y los músculos de Sarah se aprietan por la nueva sensación. Y entonces está volando, acabando en un espasmo a mi alrededor, arrancándome un orgasmo profundo.

Lato dentro de ella, una y otra vez, como si nunca fuera a parar.

Pero, cuando para, somos puros miembros, sudados, pegajosos, desaliñados, besándonos, riendo; enroscados, metidos el uno en el otro. Le aparto el pelo húmedo de la cara, mirándola a los ojos y, con voz débil, digo la única palabra adecuada.

—Aleluya.



Capítulo 21

Henry

Llega el momento en que tenemos que parar. Y es al cabo de dos días. La mayoría del equipo se ha recuperado de la intoxicación y estamos listos para seguir filmando. En el muelle. Es un crucero al atardecer con cena y baile; muy romántico. Soy un idiota por pensar que podría seguir como si nada hubiera cambiado cuando todo es diferente.

¿Y si estuviera en el lugar de Sarah? ¿Sabiendo que ella pasa tiempo (horas y horas) con otros hombres? Hubiera perdido el control a los pocos días. Les hubiera arrancado los brazos en cuestión de minutos.

Después de una ducha caliente, me visto y bajo la mirada hacia Sarah: está dormida en la cama, tiene las manos debajo de la mejilla, una sonrisa juguetona en sus labios rosados. Y esta vez no encuentro fuerzas para despertarla. Le acaricio la frente con el pulgar y la beso allí. Con un suspiro, se acurruca debajo de las sábanas y así la dejo: calentita, a salvo y feliz.

El cielo está gris y unas nubes de tormenta se juntan sobre el agua. Vanessa ya está en el muelle cuando llego; la encuentro en la carpa blanca de filmación, tomando notas en una carpeta. Alza la vista.

—Muy bien, aquí estás. Y temprano; hay una primera vez para todo.

Habla rápido con uno de los técnicos que luego se va y nos deja solos.

La piel de Vanessa está de un blanco pastoso y se ve aún más delgada, más afilada que la primera vez que nos vimos. Es obvio que también se intoxicó.

—¿Cómo te encuentras?

Se encoge de hombros.

—Sobreviviré. Pero tenemos un cronograma muy apretado; no tengo tiempo para quejarme, ¿no?

—Sí, hablando de eso…

—Y estaba pensando que esta noche, en la ceremonia del zapatito de cristal, deberías eliminar a Penélope.

—¿Por qué a Penny? —pregunto solo por curiosidad.

Sus ojos azul hielo parecen casi blancos con esta luz; vacíos de todo color.

—Porque entonces Laura y Cordelia pasarán a la final. La Bella contra la Perra. Será como repetir lo del Equipo Edward y el Equipo Jacob; a la gente le encantará.

—Penny es simpática.

Vanessa hace un gesto para restarle importancia.

—Es más fiestera. Es simpática, pero Laura es una puta santa. —Escribe algo en la carpeta—. ¿Te parece bien?

Me cruzo de brazos y me inclino sobre la mesa.

—Vanessa, no voy a filmar más episodios.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Las cosas han cambiado. Esto ya no me sirve.

—Es por la hermana de Penélope, ¿no? La callada. —Sacude la cabeza—. Siempre son las mosquitas muertas. Bueno, sea como sea, no me importa con quién pases el tiempo ni lo que haces por las noches, pero vas a cumplir con tu parte del acuerdo. Le he dedicado meses de mi vida a este programa; no vas a arruinarlo ahora, Henry.

Sabía que iba a estar molesta, así que mantengo la voz calmada y firme.

—Ya he tomado la decisión.

Pero entonces Vanessa dice algo que me deja helado:

—Te conviene reconsiderarlo, por el bien de Sarah.

Me acerco a ella poco a poco.

—¿Qué significa eso exactamente?

Se cruza de brazos con los codos en alto.

—Significa que Sarah Von Titebottum firmó un acuerdo; podemos usar cualquier imagen suya como queramos. Y tengo mucho material. Podría contar una historia muy interesante sobre la pequeña Sarah. Cómo se las arregló para entrar en el programa como asistente de su hermana, aunque no la queríamos. Como te sedujo y te puso en contra de las otras chicas y de su propia hermana. Te sorprendería lo que se puede crear con edición y música de fondo. Las otras chicas me van a apoyar (por lo menos algunas) y, para cuando termine, todos creerán que Sarah es una zorra asquerosa, egoísta y traicionera.

Aprieto la mandíbula y digo entre dientes:

—Pero nada de eso es cierto.

Vanessa se encoge de hombros.

—Esto es televisión, Henry. ¿Qué tiene que ver con la verdad? —Me sudan las palmas y la furia trepa por mi piel en forma de descargas eléctricas. Vanessa camina por la habitación, luego mira al techo y habla casi filosóficamente—. No creo que eso sea empezar con buen pie con tu pueblo, si es que piensas casarte con ella en algún momento. Y, si no, la prensa rosa se dará un festín. Lo que probablemente exacerbará su problema, esos ataques que tiene. —Sacude la cabeza—. Sería muy difícil para ella. O puedes terminar los últimos dos episodios. —Hace un gesto hacia el bote—. Unas horas en el bote con Laura, una hoguera con Cordelia y luego la final. Nadie se sorprenderá si, después, en buenos términos, tomas caminos separados con la ganadora de la tiara de diamantes; pasa más veces de las que crees. Cumplirás con los acuerdos que firmaste y los dos conseguiremos lo que queremos. Y entonces, Sarah y tú podréis cabalgar hacia el atardecer. Un final feliz para todos.

Aprieto los puños. frustrado, de ese modo en que se encogen los animales acorralados antes de atacar, pero, por encima de eso, siento el abrumador impulso de poner a salvo a Sarah. Protegerla a cualquier precio, en especial de los problemas que yo mismo me he buscado. No quiero que nadie sufra por mis decisiones de mierda (ni Nicholas, ni la abuela, ni Wessco), y ella menos.

Ella nunca.

—Entonces… ¿Qué hacemos, su majestad?

Dos horas después, estoy navegando en el bote con Laura. Nos sentamos en una mesa a almorzar mientras nos filman. Intenté llamar a Sarah (sigo intentándolo), pero la señal es una mierda. Antes de zarpar, le pedí a Vanessa que le dijera a Sarah que me pondré en contacto apenas regrese. Pero confío en Vanessa tanto como en una boa constrictora que promete no herir a un gatito.

—¿Qué estás haciendo aquí, Henry?

Bebo champagne con zumo de naranja, desearía que fuera algo más fuerte. Porque todo esto está mal.

—¿A qué te refieres? Estoy almorzando contigo.

—Pero estás enamorado de Sarah.

Miro fijo en la cámara. Llevamos micrófonos y esto no está en el guion. No es lo que debería pasar en el programa y no sé si esto puede volverse en contra de Sarah.

—Yo…

—He estado enamorada, Henry. Sé reconocerlo.

—Es complicado.

El rostro de Laura brilla con ternura y comprensión.

—No, es lo más fácil del mundo. El cielo es azul, la Tierra es redonda… Henry quiere a Sarah. ¿No es así?

Y por fin entiendo lo que está haciendo. Desde el comienzo, este programa fue de Vanessa; la historia que ella quería contar. El resto solo fuimos peones en su partida de su ajedrez. Pero Laura me está devolviendo el control. Me está dando la oportunidad de contar mi historia… nuestra historia. La mía con Sarah; aunque solo sea por esta vez. Tal vez lo editen, pero al menos quedará dicho.

—Sí, la quiero.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Bien.

Cubro sus manos con las mías.

—Lo siento. —Y ni siquiera sé por qué me estoy disculpando.

Se limpia los ojos y me hace un gesto con la mano.

—No seas tonto. Voy a estar bien.

—Sí, así será. —Y por primera vez desde que todo esto empezó, me olvido de las cámaras y paso a simplemente hablar con una amiga—. Algún día encontrarás a un hombre que bese el suelo por el que caminas, que te haga feliz. Está ahí, en alguna parte, esperando conocerte.

Se encoge de hombros.

—Eso ya lo tuve. Tal vez sea algo que se tiene solo una vez.

Le aprieto la mano.

—Patrañas. —Pienso en Sarah y en todo por lo que ha pasado, en lo fuerte que es, en cómo construye su propia felicidad—. A veces la vida es injusta, Laura. Pero no puedes rendirte. Tienes que seguir avanzando y la felicidad volverá a encontrarte. Lo creo de corazón.

Sonríe. Y entonces nos golpea una ráfaga de viento que tira las flores y los vasos de la mesa.

—Vamos a tener que entrar —nos dice el cámara.

Bajan las cámaras y nos ponemos de pie. Sin previo aviso, el bote se inclina y Laura cae contra mi pecho. La sostengo, apoyando la espalda contra la pared externa del camarote para no

caerme.

Me mira a los ojos.

—Henry… —Tiene el rostro inexpresivo y pálido. Traga con dificultad—. Henry, yo…

—¿Sí?

Entonces abre la boca… y me vomita encima.

Bueno… Mierda.



Sarah

No me preocupa despertarme sola. Paso la mano por el espacio vacío; Henry debe haberse ido por la mañana a encontrarse con Vanessa y me dejó dormir.

Me lo merezco después de los últimos días.

Me recuesto sobre la espalda, mirando al techo, repasando una y otra vez estos días en mi mente. La forma en que sus manos acariciaron y sujetaron mi piel: posesivo y desesperado. Las palabras que gimió y las promesas que susurró.

Me quiere.

Henry Pembrook me quiere.

Y lo que siento por él es tan grande que no encuentro las palabras. La excitación hierve bajo mi piel y el calor invade mi vientre. Nada volverá a ser igual. Me gustaba mi vida de antes. Pero esto es diferente. Siento que estoy al borde de un precipicio con el viento volándome el cabello, el sol enceguecedor… pero no tengo miedo. Solo la certeza de que no voy a caer. No puedo caer.

Porque Henry me ha enseñado a volar.

Por fin estiro los brazos y oigo protestar a mis músculos abatidos. El suave y tierno lugar en el que mis piernas laten de un modo delicioso. Voy a darme una larga ducha caliente. Mientras me paso la esponja jabonosa por los pechos y los muslos, imagino las manos de Henry. Las siento. Y sonrío cuando descubro diminutos moretones y mordiscos en mi piel. La prueba de que no ha sido solo un sueño. No fue una fantasía inspirada por leer los pensamientos de alguien más en un libro.

Esta es mi historia.

Cuando salgo del baño, Penny me está esperando en el sofá.

Está un poco pálida y tiene círculos grises debajo de los ojos.

—¿Cómo te encuentras, Pen? ¿Mejor?

Me mira y dice:

—Le voy a cortar la polla. —Parece que se encuentra mejor. Entonces se recuesta en el sofá y gruñe con dramatismo—. Dime que no has dejado que Henry Pembrook te robara tu flor. ¡Dime que no es así!

—Bueno… —comienzo, pero hasta ahí me permite avanzar.

—¡Joder! —Luego de algunos gemidos y gruñidos más, se sienta y me coge la mano con dulzura—. Estoy segura de que, en lo que respecta a primeras veces, Henry debe haber estado bien. Pero no es para ti, Sarah. No es de los que se quedan. O sea, mira donde estamos. Todo este programa. Ha estado pasando de una chica a otra. ¿Qué crees que hizo en todas esas citas? ¿En serio creer que no tuvo un desliz en las termas con Cordelia?

—No. Ya lo hablamos.

Alza las manos.

—Claro, lo habéis hablado… Entonces me quedo tranquila. Porque es conocimiento general que los hombres nunca mienten. Sobre todo los ricos, consentidos y con títulos. Son la sinceridad en persona.

Sonrío y sacudo la cabeza. Porque no lo entiende.

—Me quiere, Penny.

Tose.

—Claro que sí. ¿Te lo dijo cuando tenía las bolas bien metidas dentro de ti o justo después de acabar?

Vuelvo a sacudir la cabeza.

—No, fue antes, pero…

—¿Antes? ¿Sabes la cantidad de hombres que me han dicho que me querían para intentar metérmela? —Alza los dedos a medida que los enumera—. Veamos. Barry Windstormer, Alfred Sullivan, Timothy Englewood (aunque él tenía la fuerza de un toro y definitivamente valió la pena), Ryan Fitz…

—Lo mío con Henry es diferente. —Le aprieto la mano—. Me quiere. Lo sé, Penny, de un modo en el que nadie más lo hace. Lo que tenemos es nuevo… pero profundo y real. Estoy segura.

Mi hermana cierra la boca, pero no parece convencida.

—En su día, nuestra madre también estaba convencida. —Me estremezco—. Todas estamos seguras, Sarah, hasta que nos demuestran lo contrario. —Pasa su mano por mi brazo—. No quiero que te hagan daño. No quiero que seas otra muesca en la corona… y no quiero que le des de comer a los buitres de las revistas del corazón; ambas sabemos que eso sería horrible. Y, cuando el programa se estrene, la publicidad…

—Henry va a renunciar. No se estrenará porque no lo va a terminar. Está hablando con los productores ahora mismo.

Penny pone unos ojos como platos.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí. ¿Ves? No son todos unos cretinos y las acciones son más importantes que las palabras. —El ruido de los coches en la entrada al castillo llega desde el exterior. Distingo el sonido familiar de una camioneta—. Ha vuelto. —Me pongo unas mallas, un jersey negro y me recojo el pelo en un moño. Luego corro escaleras abajo para demostrarle a Penny lo equivocada que está. En el vestíbulo, Vanessa Steele repasa unos papeles y da indicaciones sobre iluminación a los técnicos. Miro hacia la puerta, pero Henry no entra. Y no lo veo por ninguna parte—. ¿Dónde está Henry? —pregunto.

Me echa una mirada rápida.

—En su cita con Laura.

Nunca me han golpeado en el estómago, pero las palabras me hacen querer doblarme como si me hubieran dado una paliza. Siento a Penélope a mi espalda, escuchando, y a sus emociones creciendo como un volcán listo para explotar.

—¿Ha hablado contigo? —le pregunto a Vanessa.

—Un poco antes de subir al bote, sí.

Siento cómo se incendia mi rostro, pero intento ser fuerte.

—¿Te dijo algo sobre mí? ¿Sobre el programa?

Agita la muñeca y mira su reloj de diamantes.

—No tengo tiempo para conversar, señorita Titebottum; tengo un programa que planificar. —Mira por encima de mi hombro—. Asegúrate de estar lista y cambiada para la sesión de hoy,

Penélope. Deberías llevar el vestido azul oscuro; te sienta bien ese color.

Vanessa pasa junto a mí, pero mi mano sale disparada y la coge del brazo.

Porque nadie va a ignorarme.

La miro a la cara, buscando sus ojos.

—Estás mintiendo.

Me vuelve a mirar y luego suspira.

—Me pareció que Henry siente que, de este modo, las cosas serán más sencillas para todas las partes involucradas. Dijo que hablaría contigo cuando volviera. Y esa es la verdad.

Se libera de mí y se aleja.



De vuelta en mi habitación, Penélope vibra a mi lado, como un pequeño tornado rubio que quiere destruirlo todo a su paso.

—Que se vaya a la mierda. No te merece. Sería capaz de matarlo.

Vuelvo a intentar llamarlo, pero me manda directamente al buzón de voz.

—Debe haber un malentendido. No voy a entrar en pánico, Penny.

—¿Cómo podría ser un malentendido? Dijo que iba a renunciar y obviamente no lo ha hecho. No seas tonta, Sarah. Se ha pasado el fin de semana en la cama contigo, ¿y dónde está ahora? Con Laura Benningson. En un bote. Probablemente diciéndole las mismas cosas que te ha dicho a ti. El pobre príncipe incomprendido. Conoce a las mujeres, Sarah. Sabe que, cuánto más rotos están, más queremos arreglarlos. —Estoy mareada. Se me retuerce el estómago. Y por primera vez me siento… usada. Penélope mira la habitación con el rostro serio, los engranajes de su mente giran furiosos—. Deberíamos irnos. Hacer las maletas e irnos. Ahora mismo.

Siento la voz vacía, como un eco de mí misma.

—Firmaste un contrato, Penélope.

—A la mierda el contrato; no los necesito. Jerry, el cámara, tiene un cuñado que es agente en Los Ángeles. Le mandó mis tomas de primer plano y quiere que viaje el mes que viene. —Me coge la mano—. Y, aunque no suceda, tú eres más importante que esto.

Pongo la espalda recta.

—No voy a huir. Si los sentimientos de Henry han cambiado, que tenga la decencia de decírmelo a la cara.

—¡No tiene ninguna decencia! Y esto no es huir; ¡es decirle que se vaya a la mierda! Que no puede jugar contigo como si fueras una tonta enamoradiza. Puede que te haya robado la virginidad, pero a quién le importa, aún tienes tu orgullo. Vamos, Sarah. Sé fuerte. —¿Eso significa ser fuerte? No lo creo. Para mí es tener fe en Henry hasta que me dé una verdadera razón para perderla. No estoy lista para renunciar a él todavía y quiero que mi hermana lo entienda. Penny suspira y deja caer los hombros, invocando a su reina del drama interior—. Viniste aquí por mí; todo esto fue por mí. Y jamás me lo perdonaré si acabas herida.

La abrazo.

—No habrá nada que perdonar. Ya soy mayor, Penny. Soy la única responsable de mis decisiones.

Y también lo es Henry.



Pongo *Aleluya* de John Cale en repetición en el teléfono y me siento en el nido, pero no a leer, sino a mirar por la ventana. A esperar. Se avecina una tormenta, la lluvia y el viento envuelven el castillo y las olas del mar rugen contra las rocas. Penny se queda dormida en el sofá. Han cancelado la filmación de la noche. Uno de los técnicos le dijo a mi hermana que decidieron adentrar el bote en el mar para esperar a que pasara la tormenta en lugar de intentar llevarlo hacia la orilla. La preocupación me apuñala mientras miro las olas romper, violentas y enfadadas. Espero que esté bien… Por favor, Dios, que estén bien.

Y entonces me doy cuenta de que he estado rezando por ellos y, de pronto, me atraviesa una clase diferente de preocupación. Porque Henry no está solo en ese bote. Está con Laura; la preciosa, divertida y buena de Laura. A pesar de lo que le he dicho a Penny, no soy tonta.

Se suponía que no iba a estar en ese bote. Me lo prometió. ¿Por qué fue?

Mientras la dulce canción se repite, pienso en todas las cosas que han pasado estos últimos días. Tantos cambios.

Y siento que me está llevando la corriente; como si me hubieran cortado las alas.

Tengo miedo de todo y todo me provoca inseguridad. No se trata solo de Henry. Echo de menos mi piso; la biblioteca y la felicidad sencilla de mis libros. Extraño la consistencia y la tranquilidad de saber cómo empezará y terminará cada día. La anhelo en mi interior como una tortuga diminuta anhela la tibia protección de su caparazón.

La noche pasa más rápido de lo que imaginaba. Y, cuando el sol sale sobre el horizonte y la voz de John Cale se apaga, me limpio las lágrimas y me lavo la cara.

Hora de ser una niña grande.



Capítulo 22

Henry

¡Qué noche! Realmente desastrosa. En un bote. En medio de una tormenta. Con una mujer que no paraba de vomitar y me rogaba que le sujetase el pelo y que hiciera que el bote se quedara quieto todo el puto tiempo.

Apártate, Stephen King: soy el nuevo maestro del horror.

Mientras cruzamos la puerta, solo puedo pensar en darme una ducha caliente y en meterme en esa cama enorme y perfecta con Sarah, tibia y desnuda, acurrucada junto a mí.

Ayudo a Laura a bajar del coche y entrar al castillo, está débil. Dentro reina el caos, productores corriendo y… Willard.

¿Qué cojones hace Willard aquí?

Con el rabillo del ojo, veo a Vanessa Steele indicándole a un cámara que comience a grabar. Antes de que pueda decir algo, Penélope avanza y me da una bofetada.

—¡Imbécil!

Retrocedo justo a tiempo y no me da, pero de milagro.

Entonces Sarah baja por las escaleras, frágil y pequeña. Lleva el viejo morral colgado al hombro… lleno de libros.

—Sarah, ¿qué está pasando?

Tiene la piel tan pálida, los ojos enormes y oscuros, y me mira de arriba abajo.

—Has vuelto. ¿Estáis todos bien? ¿Ha habido algún herido? Estaba preocupada.

—No. Estamos bien. Estamos todos bien.

Algo cambia en su expresión.

—Dijiste que no ibas a ir. Dijiste que ibas a renunciar, Henry. Y, en cambio, desapareces toda la noche. Creo que me merezco una explicación.

Me masajeo la frente.

—Iba a renunciar, pero… así es más fácil. Son solo unos días, Sarah. Es lo mejor; confía en mí.

—¿Mejor para quién, Henry? —Las lágrimas le llenan los ojos y quiero morirme. Tiene la traición marcada en todo el rostro—. Te esperé. Creí en ti como una tonta. Y estuviste con Laura toda la noche, haciendo…

—¡Haciendo nada! —grito porque… *joder*—. No ha pasado nada con Laura.

Por supuesto que hay una pausa en medio de todo este alboroto y se escucha a Laura, alto y claro, cuando le dice a Cordelia.

—Henry ha sido un encanto. Me ha abrazado toda la noche.

Sarah se pone blanca, el rencor vuelve a su expresión.

—¡Mientras vomitaba hasta los intestinos! —grito—. ¡Encima de mí! Ven, huéleme, apesto a vómito, no a vagina.

Hay un suspiro generalizado y un chillido, Sarah y yo nos damos la vuelta justo a tiempo para

ver cómo Laura pone los ojos en blanco, le fallan las rodillas y se desmaya. Por suerte, Willard acude a su rescate: se mueve rápido y la sujeta antes de que se golpee contra el suelo. Despacio, la apoya sobre sus rodillas y, unos segundos después, Laura abre los ojos y lo mira.

—Me has cogido.

—Sí —responde Willard amablemente.

—Soy Laura.

—Willard. Eres libre de caer en mis brazos cuando quieras.

Laura se cubre la nariz con la mano.

—Apesto.

La recorre con la mirada; ya está perdidamente enamorado.

—No me importa.

Penélope interrumpe la tierna escena cuando se coloca al lado de Sarah, con las manos en las caderas.

—¿Y? ¿Ha renunciado?

Sarah habla con un tono de sentencia de muerte.

—No.

Los ojos de Penny prácticamente me disparan láseres a la frente.

—¿Y no va a renunciar? ¿Va a seguir coqueteando con las otras chicas?

—¡No estoy coqueteando! —protesto—. No es para nada así.

Pero parece que Sarah piensa que sí.

—Sí.

—Lo sabía. —Penny sacude la cabeza—. Menos mal que llamé a Willard. El personal te enviará tus cosas. Vamos, Sarah.

Cojo a Sarah del brazo.

—No es lo que parece, te lo juro. Puedo explicártelo.

Hace un esfuerzo visible para controlar la respiración.

—No, creo… Creo que Penny tiene razón. La distancia me va a venir bien. Es mucha información de golpe. No voy a quedarme aquí si tú vas a… —Aleja la mirada y se atraganta con las palabras—. Necesito estar lejos de todo esto.

Se refiere a estar lejos de mí. Y «espacio» es otra forma de decir «destierro». Y pierdo la cabeza.

—¡Joder! —Pateo la mesa que está al pie de la escalera, un vaso de cristal se estrella contra el suelo, imitando el sonido de un disparo al romperse en mil pedazos.

Y Sarah palidece hasta quedarse completamente blanca. Su mirada se pierde y su cuerpo queda rígido como el de un muerto.

Y siento que mis costillas se vuelven polvo.

Porque se ha ido, está perdida en el infierno de lo que le hizo su padre…

Y he sido yo el que la ha enviado allí.

Las palabras se escapan de mis pulmones.

—Sarah… No…

Antes de poder tomarla en mis brazos, llega Penny, la aleja de mí y grita:

—¡Vete de aquí! ¡Aléjate!

Penélope tiene los ojos desorbitados y la boca torcida en un gesto feroz, lista para destruir a

quien quiera acercarse a esa hermana a la que tanto quiere.

Nos quedamos congelados en nuestros lugares durante unos segundos que parecen una eternidad. Y entonces ese horrendo sonido ahogado sale de los pulmones de Sarah cuando vuelve, jadeando y en pánico, aferrándose a Penny. Se sujeta la cabeza y me mira.

Vuelvo a avanzar, pero Sarah retrocede, se aleja y arrastra a Penélope con ella. Estira la mano para detenerme.

—Para.

Y es tan espantoso. ¿Cómo es posible que las cosas pasen de ser perfectas (los momentos más perfectos de mi vida) a derrumbarse así como así?

Mantengo el tono firme y sereno.

—Sarah, por favor, solo… por favor.

Ni siquiera estoy seguro de por qué estoy rogando.

—Aléjate… Aléjate de mí.

Y, con una última mirada agonizante, se da la vuelta y, seguida por Penny, cruza la puerta.

Avanzo, pero mis pasos se convierten en tropiezos y, antes de que pueda darme cuenta, estoy de rodillas. Tal vez sea el cansancio, o saber que la única relación que creía que por fin salía bien, la única mujer a la que he querido, la única a la que le regalaría mi corazón… ya no quiere estar cerca de mí.

Ahora Laura está de pie, parada a un lado, y yo miro a Willard seguir a Sarah hacia la puerta.

—¡Willard! —grito—. Espera.

Sus dulces ojos color café me miran con pena.

—Lo siento, amigo. Es mi mejor amiga. Tal vez… Déjala respirar un poco, ¿vale?

Y entonces él también se va.

No sé cuánto tiempo me quedo allí, arrodillado, con la cabeza entre las manos. Siento a la gente moverse a mi alrededor, escucho sus susurros, pero luego llega una corriente fría desde la puerta y una voz clara y furiosa que conozco demasiado bien me arranca de mi nebulosa.

—En el nombre de Dios, ¿qué es todo esto?

Ha llegado la abuela.

Mierda.

Alzo la cabeza y la veo caminar hacia mí como la roya del trueno y la destrucción. Vanessa Steele la intercepta.

—Reina Leonora, esperaba con ganas que llegase. Es un honor conocerla.

Y alarga la mano.

Gran, gran, *gran* error.

La reina alza el mentón y baja los ojos hacia la mano estirada de Vanessa, con una mirada tan afilada que es sorprendente que no le corte el brazo.

—¿Tú sabes quién soy, niña?

—Eh… Sí… Eres la reina de Wessco.

Habla cortante y llena de veneno.

—No me das la mano. Haces una *reverencia*.

Y como muchos poderosos, la productora se arrodilla… y hace una reverencia. Mi abuela la ignora y pasa junto a ella. Viene directa hacia mí.

Pero lo extraño es que… no siento nada de culpa ni pena ni miedo. Es como si tuviera una

pequeña esquirla de acero en el vientre, girando y girando, creciendo como una bola de nieve. Y, aunque he cometido un error garrafal, no tengo el impulso de dar explicaciones; ahora no. Ni siquiera a la reina.

Solo quiero ir a alguna parte donde pueda estar solo y pensar en cómo arreglar este desastre.

Y eso significa que la reina tendrá que esperar.

—Henry, ¿qué es…?

Me pongo de pie y alzo la cabeza.

—Hablaré con usted enseguida, su majestad.

Abre mucho los ojos e infla el pecho cuando inhala, como un dragón a punto de escupir fuego.

—¡¿Enseguida?! Me vas a explicar…

La miro a los ojos y digo en un tono que no admite objeciones:

—Ahora. No.

Es posible que la haya dejado muda o le haya provocado un infarto. Sea cual sea el motivo, se calla. Giro sobre mis talones, camino hacia la biblioteca y cierro la puerta detrás de mí.



Durante la siguiente hora, o tal vez dos, me siento en la silla frente a la chimenea a mirar la danza de las llamas.

Y contemplo. Reflexiono. Por primera vez en mi vida.

Me ayuda.

Lo veo todo tan claro que es como leer un mapa: veo cada error y cada curva mal tomada. Pero no me castigo por los errores. Me niego a hundirme en la culpa y la autocompasión, en la duda y el arrepentimiento. Esa vez no; nunca más.

Ese era el viejo Henry. Y ya no soy ese.

Tocar fondo te transforma. Pero ver el cielo te transforma más.

He conocido la perfección, sentí sus brazos a mi alrededor y, aunque se me escapó, ahora sé que existe, aunque esté fuera de mi alcance. Esperando a que mueva el culo y ordene las ideas. Que me ponga a prueba. Que sea el hombre y el rey que se merece.

Y, mirando el fuego, le juro a mis padres, a Dios, a mí mismo y también al diablo que no los voy a decepcionar.

—Henry. —No he escuchado entrar a mi abuela. Se para detrás de mi silla, me mira, pero no hay enfado ni desilusión en sus ojos nublados, sino otra cosa. Preocupación tal vez. ¿Curiosidad? —. Tenemos que hablar de lo que está pasando aquí. ¿Qué has hecho, mi niño?

Le digo la verdad. Sin mentiras ni excusas.

—Lo he arruinado todo, abue. Pero… ya no lo haré más.

Me mira unos segundos y luego, con suavidad, dice:

—De acuerdo.

—Me voy a casar con lady Sarah Mirabelle Zinnia Von Titebottum.

Las palabras salen despacio y sinceras. La tierra es redonda. El cielo es azul. Me casaré con Sarah.

Ella todavía no lo sabe, pero… paso a paso.

—Por lo que sé de ella, es un poco tímida, pero eso se puede arreglar. Es una chica encantadora.

—Sí. —Miro el fuego—. Era virgen cuando me conoció. Ya no lo es.

Mi abuela se lleva las manos a la cintura.

—Ya veo. Siempre hay formas de burlar esa ley. Debería bastar con la declaración jurada de un médico.

Con voz suave pero firme, le digo:

—No quiero burlarla. Quiero cambiar la ley. No nos casaremos hasta que lo haya conseguido.

—Pero ¿por qué te importa tanto?

—Le importa a Sarah, así que me importa a mí. Y, cuando ponga el anillo de mamá en su dedo, quiero que el mundo sepa que no la elegí porque cumpla con todos los requisitos, sino porque es magnífica. Y soy muy afortunado de que esté dispuesta a soportarme.

Mi abuela resopla.

—Cambiar la ley llevará tiempo. Y hay que votarlo en el Parlamento. Lo que significa… política.

—Lo sé. Esperaba que pudieras enseñarme a hacerlo bien. ¿Me ayudarías, abuela?

Me mira y parpadea. Como si no me hubiera visto antes, como si estuviera aliviada y agradecida por lo que ven sus ojos.

—Sí. Sí. Puedo hacer eso, Henry.

Pongo la mano sobre la suya y la aprieto un poco. No es un abrazo, pero por algo se empieza.

—Gracias.

Poco después, luego de haberle explicado la situación a la reina, es hora de sacar la basura. Encuentro a Vanessa en la biblioteca y, por primera vez, parece nerviosa, está revolviendo unos papeles.

Hablo bajo, pero con un rastro de letalidad.

—¿Qué le dijiste?

Alza su mentón puntiagudo.

—Nada que no fuera cierto.

Enderezo los hombros y la miro, severo.

—¿Qué le dijiste?

—Vamos, Henry. Ya sabes cómo son estas cosas. El drama vende. ¿Y tú trifulca con su hermana? Drama de altísima calidad.

—¿Crees que esto es un juego? ¿Que solo es un programa? Esta es mi vida.

Se cruza de brazos y aprieta la boca.

—Eres un príncipe. Toda tu vida es un espectáculo.

—Ya no. —Sacudo la cabeza—. Me he cansado. Se acabó. Todo esto ha terminado. Coge tus cintas y haz lo que quieras. ¿Quieres eviscerarme en televisión? Hazlo. —Entonces me inclino sobre ella—. Pero te lo advierto, y será la única advertencia que te daré: si vas detrás de Sarah, si

la denigras en cualquier sentido, te arruinaré la vida. Usaré todos los recursos que tengo a mi disposición (y gobierno un país entero) para destruirte a ti y a todo lo que toques. ¿Ha quedado claro, señorita Steele?

Sus ojos se clavan en mi rostro, midiendo mi determinación y mi sinceridad. Puede que Vanessa no sea muy agradable, pero no es estúpida.

—Quiero la exclusiva.

—¿Qué?

—Si las cosas entre el ratón de biblioteca y tú funcionan, será la historia del siglo, y la quiero. Guardaré este material y, cuando anunciéis vuestro compromiso, haré un documental. —Abre los ojos y se imagina los titulares—. Será como un jodido cuento de hadas. La chica tímida que domó al príncipe. Cómo, después de decenas de colchones, encontró el guisante perfecto. Quiero una entrevista para acompañar la historia: contigo y con Sarah.

Evalúo la oferta, sopesando las opciones.

—Te daré una entrevista, pero no voy a hablar por Sarah. Si ella quiere participar, bien… Si no, te conformarás conmigo.

—De acuerdo.

—Y quiero tener la aprobación final. —La apunto con el dedo—. No publicarás un solo segundo de material hasta que yo lo apruebe.

Lo piensa y luego estira la mano.

—Trato hecho.

Cerramos el pacto con un apretón de manos.

Y parece que al final no se me daba tan mal la política.



Una hora más tarde, me trae el nuevo contrato. Firmo en la línea de puntos y se lo devuelvo.

—Ahora, recoge tus cosas y vete de mi castillo.

Después, cuando Fergus cierra bien la puerta del castillo a sus espaldas, mi abuela se frota las palmas como si les estuviera quitando el polvo.

—Bueno… Me alegro de que haya terminado. ¿Me acompañas a la biblioteca con una copa de jerez?

—Sí, hay más cosas de las que tenemos que hablar. —La miro a los ojos—. No te va a gustar.

Solo asiente, estoica e imperturbable como siempre.

—Le diré a Fergus que traiga copas grandes.



Capítulo 23

Sarah

Tres semanas.

No parece tanto tiempo. Solo dos semanas más que una. *Tres semanas*. No parece tan largo al decirlo en voz alta. Solo dos palabras. Pero en algunos aspectos, las últimas tres semanas se me han hecho eternas. Llenas de inseguridad y de cuestionarme qué debería haber hecho de otro modo, qué debería hacer ahora y en un futuro. El agotador monólogo interior. ¿Lo llamo? ¿Espero a que lo haga él? ¿Sigue grabando? ¿Debería volver al Castillo de Anthorp? ¿Sigue allí o está detrás de las puertas del palacio? No han dicho ni una palabra sobre él en las noticias ni en los periódicos. ¿Por qué no me ha llamado? ¿Alguna vez pensará en mí? Cuando le dije que necesitaba tiempo y espacio no pensé que todo se había terminado. No creí que ese fuera el final. ¿Debería haberme quedado más tiempo? ¿Tomé una decisión apresurada, me fui demasiado pronto?

Pero no todo ha sido arrepentimiento y autocompasión.

Después de cuatro días, dejé de llorar.

Después de diez, dejé de mirar obsesivamente el teléfono para ver si había escrito o llamado.

Después de dieciséis, dejé de mirar a ambos lados de la calle cuando salía de la biblioteca, esperando encontrar una camioneta negra y unos ojos verdes.

Después de dieciocho, acepté que Henry no iba a venir a buscarme.

Pero sigo soñando con él. Todas las noches, en la cama, oigo su voz e imagino esos largos dedos tocando las cuerdas de su vieja guitarra. Veo su sonrisa en mi mente y puedo jurar que siento su aroma en las sábanas. Y luego aparece en los sueños, pero ahí no puedo hacer nada.

Porque a veces la vida se parece mucho a los libros: no podemos escribir el final; tenemos que aceptar lo que dicen las páginas.

Volver a mi vida fue fácil porque es una vida estándar, como una caja de Legos para niños: las piezas están diseñadas para que encajen sin dificultad.

Pero, al final de la primera semana, en el día siete, pasó algo extraño. Algo que resultó no estar tan mal.

Comencé a buscar formas de escapar de mi rutina, de sacudir esa consistencia que tanto valoraba. Llegué a trabajar temprano y me fui pasado el atardecer, no para mantenerme ocupada (aunque en parte sí), sino porque quería algo… diferente. Algo nuevo. Primero satisface el impulso con cosas pequeñas: recoloqué los muebles, cambié las cortinas, usé todos los días una ruta diferente para ir al trabajo, me ofrecí a cuidar al bebé de arriba para que sus padres pudieran salir a comer, fui a cenar con mi madre un día al azar y no en los preestablecidos miércoles y domingos.

Una noche, Annie me llevó a un bar a dos pueblos de distancia para conocer a su nuevo novio, Wade, que, por suerte, no es un completo imbécil. El lugar era un poco ruidoso y estaba lleno, pero no me molestó.

Otra vez, fui a cenar y a bailar con Willard. Lo extraño fue que no paraba de mirar a la banda mientras tocaba porque tenía el impulso persistente de subir al escenario a cantar un par de canciones. No lo hice, pero lo pensé.

Y no me dio miedo.

Porque una vez el caparazón se rompe, no se puede volver a pegar. No queda igual, las grietas siempre estarán allí.

Ese es el efecto Henry.

Y es milagroso. Liberador. Y, a pesar de cómo acabó todo, siempre voy a quererlo por eso. Siempre estaré agradecida. Y siempre recordaré al príncipe dulce y rebelde que me cambió para mejor.



El simposio. Mi Waterloo.

La segunda semana, el señor Haverstorm me preguntó si finalmente iba a hacer la presentación, considerando que mis asuntos con el palacio habían terminado antes de tiempo. Me dijo que lo entendía si no lo hacía, porque no había tenido tiempo para prepararlo.

Me dio una escapatoria. Y podría haberla cogido.

Pero no lo hice.

Así que aquí estoy. En la sala de conferencias más grande de la Biblioteca de Concordia, frente a una sala repleta, doscientas sillas llenas y más asistentes parados contra la pared de atrás. Todos los ojos sobre mí.

Willard y Annie están en la parte de delante, todo lo cerca que pueden, para darme apoyo moral… y cogerme si me desmayo. Sé que tengo las mejillas al rojo vivo. Me tiemblan las rodillas y se me retuerce el estómago. Cuando me acerco al micrófono, el pánico sube por mi garganta y amenaza con ahogarme.

Así que cierro los ojos, respiro hondo, y luego… me imagino a Henry Pembrook desnudo.

Y me río. Porque tenía razón. Sí que funciona.

Una hora después, estoy cerrando mi presentación sobre la importancia de promover la alfabetización infantil, en especial entre las niñas. Mantuve la cabeza gacha, la mirada en mis notas, así que probablemente no fue una de las más entretenidas, pero no me desmayé ni vomité sobre nadie, así que lo considero una gran victoria.

Solo me queda repasar las últimas líneas y las preguntas y respuestas.

—En resumen, me gustaría terminar con estas conclusiones: la lectura trae conocimiento y el conocimiento es poder; por lo tanto, la lectura es poder. El poder de saber, aprender y entender… pero también el poder de soñar. Las historias nos inspiran a volar alto, a querer mucho, a cambiar el mundo y ser más de lo que pensamos que podríamos ser. Todos los libros nos permiten soñar un nuevo sueño. Gracias.

Aplauden.

Cierro los ojos y suspiro, desinflada de alivio. «Lo he hecho, lo he conseguido». Willard silba, Annie alza los puños, y es maravilloso. Solo deseo…

Un dolor comienza en el centro de mi pecho y crece por todo mi cuerpo como una grieta en

un parabrisas.

Porque desearía que Henry estuviera aquí. Le encantaría esto; le volaría la cabeza. Y entonces haría algún chiste con doble sentido. O tal vez lo haría yo; porque siempre saca mi lado pícaro.

Sacudo la cabeza, intentando sacudirme la melancolía. Y miro hacia la marea de rostros y aplausos… y entonces se me para el corazón.

Lo primero que pienso es: se ha cortado el pelo.

La última vez que lo vi le rozaba los hombros. Grueso y suave, ondulado y salvaje. Pero así también le queda bien. Corto, profesional y poderoso, con el largo justo por la parte de delante y unos mechones sobre la frente que le dan un aspecto relajado.

Lleva un traje *beige*, corbata verde claro, camisa blanco resplandeciente, tan elegante y guapo como un bróker en Silver Street.

Aplaude de corazón, con esas fuertes manos que adoro. Tiene la mirada iluminada de admiración, y la sonrisa… es tan tierna que se me escapan las lágrimas.

Pestañeo y alejo la mirada… y entonces recuerdo que estoy enfadada con él. *Tres. Semanas.* Tres putas y horribles semanas. Mentí cuando dije que no habían estado tan mal; fueron un puto infierno. ¿Y aparece ahora? ¿Aquí? ¿Para qué, exactamente?

Pronto lo descubro.

Porque, en el momento en el que el señor Haverstorm pide preguntas, Henry levanta la mano, como un niño que no puede esperar un segundo más para ir al baño.

Lo ignoro.

El problema es que es el único que levanta la mano.

—¿Preguntas? ¿Alguien? —Miro a la derecha y a la izquierda, torciendo la cabeza—. ¿Quien sea? —Henry se aclara la garganta. Fuerte. Y varias cabezas se giran hacia él. Pero sigo ignorándolo, moviendo mis papeles—. Bueno, ya que no hay preguntas…

—Él tiene una pregunta —dice Willard, sonriendo como un traicionero gato de Cheshire.

Voy a abofetearlo cuando esto termine.

Pero primero me ocuparé de Henry.

—Sí, tú, en el fondo —digo como si no lo hubiera visto nunca en la vida. Como si no fuera el futuro rey—. ¿Cuál es su pregunta, señor?

Alza las cejas como diciendo: «Con que quieres jugar a esto».

Un murmullo atraviesa la sala cuando lo reconocen, pero Henry lo ignora.

—Mi pregunta es sobre Heathcliff.

Y su voz… Extrañaba su voz: fuerte y ruda, pero dulce y accesible. Joder, me estoy derritiendo como una vela barata.

Pero no lo demuestro. Me cruzo de brazos.

—¿Te refieres al gato gordo y naranja?

Alza las comisuras en una sonrisa.

—No. De *Cumbres borrascosas.*

—Ah, ya veo. Continúa.

—Mi pregunta es, ¿por qué nadie le pegó un tiro? ¿No había pistolas en esa época?

Mi cabeza se sacude sola. ¡Qué pregunta tan ridícula!

—No, usaban armas de pólvora, pero…

—Entonces definitivamente alguien tendría que haberle disparado a Heathcliff en el culo. Era

desconsiderado, abusivo, un hijo de puta malo.

—Algunos creen que su virtud es el amor que siente por Catherine. Eso es lo que lo redime.

Henry sacude la cabeza con expresión sobria.

—No la merecía.

—Bueno. —Alzo un hombro—. Catherine tampoco era una santa. Y estoy segura de que el debate sobre el valor de Heathcliff seguirá mientras la gente lea el libro. Gracias. —Me giro hacia el resto de la habitación—. ¿Otra pregunta? —Y alza la mano. Rápido, con determinación y, de nuevo, es la única. Esta vez no intento luchar y me limito a suspirar—. ¿Sí?

—Es sobre el señor Darcy. Es un poco esnob, tiene un palo metido por el culo. Uno grande.

Alzo las cejas por encima de las gafas.

—Hoy tienes una fijación con los culos, ¿no?

Se ríe, completamente desvergonzado.

—Bueno… los culos apretados son de mis cosas favoritas. —Y todavía puede hacerme ruborizar como nadie más—. Pero esa es una discusión para otro momento. La cuestión es que el señor Darcy es un patán; no lo entiendo.

—Bueno, si hubieras leído el libro…

—He leído el libro. —Sus ojos verdes me miran con intensidad—. Los he leído todos.

Y siento un tornado de mariposas en el estómago.

—Ah. —Me sacudo el estupor y recobro la compostura—. Bueno, Elizabeth y el señor Darcy son dos caras de la misma moneda. Él es muy reservado y ella es desinhibida, pero los dos sacan sus propias conclusiones y se equivocan. Al final, tienen que hacer a un lado los prejuicios y el orgullo y ser sinceros con ellos mismos y con el otro para remediarlo.

Me mira, lleno de cariño, como si no quisiera parar jamás.

—Supongo que de ahí viene el título.

—Sí —asiento.

Se masajea la mandíbula con los nudillos.

—Ahora sobre el coronel Brandon de *Sentido y sensibilidad.*

Golpeo las palmas contra el atril.

—No. Puedes decir lo que quieras sobre Darcy o el maldito Heathcliff, puedes destruir a cada héroe que haya escrito Dickens; nunca me han gustado. ¡Pero no vas a meterte con el coronel Brandon! No te lo permito.

A Henry le divierte mi exabrupto.

—No me voy a meter con él. Me cae bien el coronel Brandon.

—¿Entonces cuál es tu pregunta?

Despacio y sigiloso, avanza hacia el escenario.

—Desde mi punto de vista, Marianne cometió un error. Brandon siempre estuvo allí, pero ella se distrajo con las cosas incorrectas. No está escrito, pero asumo que habrá tenido que disculparse y él habrá tenido que perdonarla.

Tengo la garganta seca y mi voz parece arena.

—Sí, supongo que sí.

Se acerca más y más.

—Mi pregunta es, si sus roles hubieran estado intercambiados (si Marianne fuera el hombre y Brandon la mujer), ¿crees que ella lo hubiera perdonado? ¿Le hubiera dado otra oportunidad y

hubiera confiado en que no iba a defraudarla?

A medida que se acerca, mi mente se alborota.

—Yo… No…

—O sea, si él se humillara por completo, hiciera un gesto enorme, algo muy público y vergonzoso.

Ahora lo tengo justo delante. Tan cerca que puedo tocarlo.

—No creo que vaya a gustarle eso, la parte pública —digo despacio—. Sigue siendo un poco… tímida.

Henry asiente y dice con voz grave, cruda, desesperada:

—¿Y si se parara frente a ella y dijera: «Lo siento. Y te echo de menos. Quiero ser mejor por ti y, como te quiero tanto, creo que puedo conseguirlo»? ¿Crees que entonces le daría una oportunidad?

Se me nubla la visa y pestañeo porque quiero verlo claramente.

—Creo… que podría funcionar.

Henry sonríe y siento que el corazón se me está a punto de salir del pecho.

—Muy bien.

Asiento, llorando y sonriendo al mismo tiempo.

Entonces escucho a Willard.

—¿Tenemos que seguir fingiendo que están hablando de libros?

—Espera —responde Annie—, ¿no están hablando de libros?

Willard golpea a Annie en la cabeza.

—Eres tan adorable.



Ha pasado una hora desde que terminé mi presentación y seguimos atrapados en la biblioteca. Apenas alguien reconoció a Henry, la voz se corrió a toda velocidad y todos quieren verlo. La mayor parte de las personas están de visita en Castlebrook; no creo que a los locales les provoque tanto revuelo la visita de un príncipe.

La seguridad hace su mejor esfuerzo por contener a la multitud y Henry es amable, pero me doy cuenta de que está nervioso. No deja de mirarme, como si quisiera asegurarse de que no he huido.

Aunque mi piso está cerca, James nos lleva en la camioneta. Cuando cierra la puerta a nuestras espaldas y en el asiento trasero solo quedamos Henry y yo, me dice, efervescente:

—Estoy tan orgulloso de ti. Has estado brillante.

Y una sonrisa invade mi rostro.

—Gracias. Me alegro de que hayas venido a verlo.

Después nos quedamos en silencio. James coge el camino largo, con vueltas de más y distracciones para perder a cualquiera que intente seguirnos desde la biblioteca. Y Henry me sujeta la mano todo el tiempo.

Dentro de mi piso, me quito los zapatos, cuelgo el abrigo en el armario, y Henry se queda parado en el centro de mi sala de estar, demasiado pequeña.

Y hay algo diferente en él. Sigue siendo el Henry que conozco. El chico salvaje y boca sucia sigue debajo de la superficie. Pero se mueve diferente, como si hubiera un aire de… nobleza que no tenía antes.

Gira en círculos, mirando los cuadros que tengo en las paredes, pasando un dedo por mi preciada biblioteca.

Hay tanto que decir, pero no me decido por dónde empezar.

Así que pregunto:

—¿Quieres una taza de té?

—Sí, me encantaría.

Asiento y, con las piernas temblorosas, voy hacia mi diminuta cocina. Igual que en nuestra primera conversación, en lugar de quedarme muda, parloteo.

—Tengo tila y manzanilla. Pero es demasiado suave para ti, ¿no? —Cojo la tetera y las tazas del armario y las dejo en la encimera—. También tengo esta mezcla frutal exótica que Annie me insistió para que probara; a mí no me gusta, pero tal vez a ti…

Henry pone su mano sobre la mía, está parado muy cerca de mí, puedo sentir el calor de su fuerte pecho y oler el aroma de su camisa.

—Sarah —dice contra mi oído, erizándome los pelos de la nuca—. Me gusta la tila.

Y es una locura, pero esa pequeña e insignificante confesión rompe algo en mi pecho que ni me había dado cuenta de que estaba tan cerrado.

Giro la cabeza, miro por encima de mi hombro y allí está, cerca y real, y aquí.

—¿Sí?

Henry asiente.

—¿No te parece normal que me guste?

Niega con la cabeza y me limpia una lágrima que no sabía que se había escapado.

—Es mi favorita.

Me envuelve en sus brazos. Y me sumerjo en él. Siento sus labios en mi cabello mientras inhala con fuerza para absorberme.

—Te he echado tanto de menos —susurra—. Todos los días.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto?

Henry se endereza con un suspiro, como si tuviera que obligarse a retroceder.

—Primero té, después hablamos.

No estoy segura de que me guste cómo suena eso. Pero pongo a calentar el agua y, unos minutos más tarde, estamos sentados en el sofá, bebiendo tila.

Henry apoya la taza con cuidado sobre la mesa, con las manos sobre los pantalones, como si estuviera nervioso.

—Lo jodí todo, Sarah. Creí que lo mejor para nosotros era terminar el programa y dejarlo atrás. Pero me equivocaba. Como… el señor Rochester.

Un calor se esparce por mi pecho. Y me río.

—En serio te has leído los libros.

Henry asiente.

—Todos. —Se estira para apretarme la mano—. Me hizo sentir más cerca de ti saber que habías leído esas mismas líneas, que conocías las palabras de memoria.

—Pero, Henry, si eso es cierto, ¿por qué has tardado tanto en venir? ¿Por qué no llamaste o

escribiste o me mandaste una carta?

—Tenía que estar seguro de que estaba haciendo lo correcto, no quería arriesgarme a volver a hacerte daño. Y tenía que… arreglar unas cosas. Tenía que ordenar ciertos asuntos.

—¿Qué asuntos?

Agita la mano.

—Ahora eso no importa. Lo que importa es que estoy aquí, para ti. Para mí nada ha cambiado y, sin embargo, todo es diferente gracias a ti. Y ahora estoy listo; puedo ser el hombre que te mereces. Firme y consistente, altruista y cariñoso. Tu propio coronel Brandon. —Ahora parece tan tonto. Pensamientos de niña tonta. Henry no se compara con el coronel Brandon, es mucho más. Es real y sincero, salvaje y romántico, todas esas cosas que creí que solo existían en los libros—. Se lo conté todo a la abuela, está deseando conocerte. Y… quiero que seamos como Jane y Guildford… aunque sin la parte en que le cortan la cabeza. —Me río y comienzo a llorar —. Quiero cambiar el mundo contigo a mi lado, sujetando tu mano. Te quiero, Sarah y, pase lo que pase, te prometo que no habrá un solo día en el que no te quiera con todas mis fuerzas. —Me coge la mano y se acerca—. ¿Me aceptas, amor?

Respiro, temblorosa. Tengo el rostro mojado por las lágrimas. Sacudo la cabeza, qué tonto.

—¿En serio? ¿Estás loco? Eres el sueño que jamás me atreví a soñar porque no creía que pudiera ser cierto.

Y entonces estoy en sus brazos, besando su rostro y abrazándolo fuerte. Me levanta y me lleva al dormitorio. Me recuesta sobre la cama y se deshace de toda mi ropa mientras acaricio su hermoso pecho. Y hacemos el amor, una y otra vez.

Al otro lado de la ventana, comienzan a caer diminutos copos de nieve, pero no nos damos cuenta. Porque estamos perdidos en el otro y, sin importar donde estemos, de ahora en adelante (sea en un castillo antiguo, un gran palacio o un pueblo tranquilo), seremos Henry y yo. Juntos para siempre.



Capítulo 24

Henry

Durante los siguientes siete días, mi vida es perfecta porque se integra sin dificultad en la de Sarah. Sigue yendo a trabajar a la biblioteca; he conocido a su jefe, el señor Haverstorm y al tonto de su compañero, Pat. Hablé de fútbol con George, el soltero jubilado y coqueteé con Maud, la viuda voluntaria. Pero, cuando estoy en la biblioteca, más que nada miro a Sarah: absorbo la alegría de verla en su hábitat, absorbiendo cada sonrisa y risa, y guardándolas en mi memoria.

También me la follo en los pasillos, por las noches, después del cierre: y levantarle la falda a la bibliotecaria *sexy* y apretarla contra los estantes, la forma en que jadea y mis gemidos reverberan en los muros, como una sinfonía erótica… es mucho mejor que cualquiera de mis fantasías.

Y no nos detenemos ahí.

Le hago el amor a Sarah en la ducha y ella me monta con ganas en el suelo de su vestíbulo. La tomo en su diminuta cocina, por detrás, con ella doblada sobre la encimera, y me deja sin aliento arrodillada en el pasillo mientras le sostengo la cabeza.

Sarah prepara la cena mientras la beso y la mordisqueo y la molesto… y ella me hace reír cuando se ruboriza y me cuenta chistes verdes mientras lavo los platos. Toco la guitarra para ella mientras murmura sus canciones y algunas noches lee en voz alta mientras me quedo dormido con la cabeza apoyada en su suave pecho.

Conozco a la interesante madre de Sarah y vuelvo a ganarme el cariño de Penny. Le vuelvo a caer bien, por suerte, porque pronto se irá a los Estados Unidos; a Los Ángeles, persiguiendo su carrera como actriz.

Un sábado por la tarde, comprobamos la fuerza del respaldo de la cama de Sarah, follando fuerte, pero después pasamos a las caricias suaves y los susurros dulces. En la radio suena *Little Wonders* de Rob Thomas y Sarah suspira.

—Me encanta esta canción.

Paso la mano por su vientre.

—A mí me encantan tus tetas. —Sarah me golpea la cabeza y se ríe. Pero, cuando cubro su pezón con mi boca, succionando y moviendo la lengua, su risa se convierte en un sonido largo y ahogado—. Y me alegra que te guste la canción, dulzura.

Y todo es maravilloso y perfecto.

Pero el reloj suena como una bomba de relojería y hay cosas que debo decirle. Así que, al día siguiente, el domingo, nos preparo un té y hablo con tanta suavidad como puedo.

—Tengo que decirte algo. No te va a gustar.

Entrecierra los ojos detrás de sus gafas, desconfiada.

—Muy bien.

La levanto y la acomodo en mi regazo, con su trasero sobre mi entrepierna, las piernas juntas,

colgando sobre mi muslo, los brazos en su cintura, abrazándola con fuerza.

—Me he vuelto a enlistar en el ejército.

Se queda muy quieta y empalidece.

—Eres el heredero al trono… No puedes…

—Resulta que puedo hacer muchas cosas si me lo propongo.

—Pero la reina…

—No está contenta, pero entiende que es algo que tengo que hacer. Esta vez me tomaré el servicio militar en serio. Me he registrado con un nombre falso para no poner en riesgo al resto del pelotón. —Le pellizco el brazo e intento bromear—: Vas a tener que ayudarme a pensar un seudónimo adecuado: Finley Vergagrande Tercero o John Thomas Falolargo. —No se ríe. Ni siquiera sonríe—. Le diremos a la prensa que estoy en un safari por África, que luego iré a escalar el Everest y, por último, a hacer una investigación al bosque. Quedaré como el héroe aventurero. No puedes contárselo a nadie; ni a Penny ni a Willard ni a Annie ni a tu madre. Nadie puede saberlo.

Sarah me mira y su expresión me rompe lentamente el corazón.

—¿Por qué lo haces?

Peino su suave cabello hacia atrás y espero que pueda entenderlo.

—Porque, si algún día voy a ser rey, tengo que aprender a liderar. Y creo… que podría hacerlo bien.

Su mano sube y baja por mi pecho, me acaricia como si quisiera asegurarse de que sigo aquí con ella.

—¿Adónde te enviarán?

—Todavía no lo sé. Me enteraré cuando me presente… en dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería arriesgarme a manipularte. No quería presionarte para que me perdonaras.

Resopla.

—Elegiste un momento horrible para ser noble, Henry.

—Lo sé. —Me río sacudiendo la cabeza porque todo es una locura—. Y… lo siento. Entiendo que esto no es lo que quieres… pero es lo que tengo que hacer.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunta en voz baja.

—Dos años. —Se estremece y me apresuro a contarle al resto—. Tendremos que tomar precauciones extra para que no se filtre mi ubicación. No vamos a poder enviarnos mensajes de texto ni hablar por teléfono ni hacer videollamadas. No es solo por mi seguridad… Lo entiendes, ¿no?

Tiene la voz ahogada de tristeza, pero asiente.

—Sí.

Llevo la mano a su mandíbula, necesito tocarla y su pulso golpea contra las yemas de mis dedos. Luego, con voz ronca, juro:

—Pero te escribiré. Te escribiré todos los días. Páginas y páginas de palabras de amor y fantasías sexuales.

Sarah sonríe, aunque las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—¿Me escribirás cartas? ¿Cartas de verdad para tocar y oler y abrazar?

—Cartas de verdad. —La acerco y susurro—: Papel y tinta. Me han dicho que no hay nada

igual.



Tres días después, me despierto solo en la cama de Sarah. Es temprano, el cielo sigue gris, no brilla el sol de invierno. No necesito ir a ninguna parte, así que cojo mi guitarra y toco unos acordes.

Unos minutos después, Sarah aparece en la puerta. Tiene el pelo peinado con secador, le brillan los ojos, tiene la punta de la nariz rosada por el frío. Me dan ganas de mordérsela, y pensar en eso hace que quiera morderla en todas partes. Bajo la guitarra y ella se sienta en la cama; su abrigo está frío como el hielo cuando se lo quito.

—He hecho algo —me dice entusiasmada— que no te va a gustar.

—Te aseguro que me gustará mucho cualquier cosa que ponga una sonrisa en esos labios.

—Lo dudo.

Me pasa una pila de papeles. Los miro y mi sonrisa se desvanece. Tenía razón: no me gusta para nada.

—No.

—Henry…

—Absolutamente no.

La Asociación Chalecos Azules de Wessco es el equivalente a la Cruz Roja. Los voluntarios viajan por zonas devastadas por la guerra o que sufrieron desastres naturales llevando comida e instrumental médico, construyendo casas; lo que necesite la población. Hace seis meses, confundieron un campamento de ACA con un objetivo y las treinta y tres personas que estaba dentro murieron.

—Voy a comenzar un programa de lectura; están muy entusiasmados. Le enseñaré a leer a los chicos en los campamentos y organizaré los programas de donaciones de las bibliotecas. Puedo comenzar con Concordia, pero quieren que se expanda a bibliotecas de todo el mundo.

Aprieto la mandíbula y sacudo la cabeza.

—No vas a hacerlo, Sarah.

—Ya me he incrito.

—Te desinscribiremos.

Aprieta la mandíbula y endurece los ojos.

—No te he pedido permiso y no espero que me lo des.

Siento cómo me traga la frustración. Y el miedo.

—Seré tu rey.

—Pero todavía no lo eres.

—Seré tu marido.

Alza la mano.

—Ah, mira esto… no hay anillo. Y, aunque hubiera, eso no cambiaría nada, porque, si crees que iré a la catedral de Saint George a prometer que te obedeceré el resto de nuestras vidas, no has entendido nada.

No quiero que dude de sí misma, pero estoy tan desesperado que digo:

—Tal vez haya explosiones, ruidos fuertes. Todavía no… Todavía te suponen un problema.

Sus ojos se apagan y me odio.

—He explicado mi situación. Están dispuestos a trabajarlo conmigo. Harán todo lo que puedan.

Cojo su rostro en mis manos y la voz me sale estrangulada.

—Será peligroso.

Sus manos toman mis muñecas con firmeza.

—Pero tú me haces querer ser valiente.

Algo se dobla en mi interior y está al borde de romperse. Me duelen los ojos y se nublan. Porque he perdido a gente que quiero; sé lo que es.

Y no puedo perderla a ella.

—No quiero que seas valiente; quiero que estés a salvo. Quiero encerrarte en una torre como en uno de tus libros para que nadie pueda herirte. Y así estarás a salvo y serás mía y feliz.

Me masajeo las muñecas con los pulgares en círculos relajantes.

—Solo los villanos encierran mujeres en torres.

—Entonces tú me haces querer ser un villano.

Se muerde el labio pensando en su respuesta. Ha avanzado tanto desde la primera vez que nos conocimos; ya es una de las personas más valientes que conozco. Y la más fuerte. Y, aunque esta conversación me da más miedo que otra cosa, hay una parte de mí que está muy orgulloso de ella. Por sobreponerse, por no retroceder ni entregarse; ni siquiera ante mí.

—Pregúntame por qué, Henry.

—Me importa una mierda por qué.

—No es cierto. Pregúntame.

Tengo la garganta muy cerrada como para tragar.

—¿Por qué?

Los ojos oscuros de Sarah brillan. Responde con una sonrisa. Y es precioso.

—Porque, si voy a ser reina, necesito aprender a darle voz a quienes no la tienen. A consolar a la gente, ser su amiga y su heroína. Quiero cambiar el mundo contigo, Henry. Coger lo que sé y lo que tengo y marcar la diferencia. —Pestañea y una lágrima cae de sus ojos hacia su suave mejilla—. Y creo… Creo que podría hacerlo bien.

Maldigo, la atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza.

—Serás una reina maravillosa. —Después de un rato, retrocedo para mirarla a los ojos—. Si te pasase algo, me muero. No estoy exagerando. —Tengo la voz estrangulada, se me llenan los ojos de lágrimas, pero me da igual—. Eres parte de mi alma y de mi corazón. Si algo te ocurriera, ambos se marchitarían y morirían y no me importará.

—A mí me pasa igual. —Me toca la cara, despacio. Con dulzura. Mi niña preciosa—. Así que supongo que ambos vamos a tener que asegurarnos que no nos ocurra nada.

La aprieto contra mí, sigo aterrado, pero la quiero lo suficiente como para permitirle hacer esto.

—Qué pareja.

Sarah alza el rostro y me besa.

—Tal para cual.

Dos días después, tengo ganas de hacerme otro tatuaje. Castlebrook no tiene ningún estudio de tatuajes (qué sorpresa), así que Sarah y yo conducimos tres horas hacia el norte, cerca de la capital. Uso gorra y gafas de sol para intentar pasar inadvertido, pero la presencia de los guardas alrededor de la tienda nos delatará si hay alguien prestando atención. Por suerte, el lugar está vacío cuando llegamos.

Busco las fotos en mi móvil y le muestro al artista lo que quiero. Es un primer plano del rostro de Sarah; lo tomé hace unos días, en su balcón. El sol estaba saliendo y habíamos estado tan ocupados follando que nos olvidamos de dormir. No mira a la cámara, lleva las gafas y tiene el pelo alborotado. Desde entonces, es la imagen que se me viene a la mente cuando pienso en ella y es la que quiero en mi antebrazo derecho, para poder contemplarla cuando estemos separados.

Me tatúo en un espacio cerrado por una cortina negra y Sarah espera, leyendo, al otro lado. Porque me encanta lo guapa que se pone cuando la sorprendo.

Y no me defrauda.

Suspira cuando ve su rostro inmortalizado en mi cuerpo, se cubre la boca con esa bonita mano que hace que mi polla se ponga dura.

También le he agregado unos detalles a los tatuajes de mi brazo izquierdo.

—Ahora las palabras tienen un significado para mí —digo mientras apoya la cabeza contra mi bíceps con los ojos brillantes y las mejillas ruborizadas. Debajo del escudo de armas, dice *Deber*; debajo de la cresta militar, dice *Honor*, y debajo de la fotografía de Sarah, dice *Amor*—. Deber, honor, amor. Pero el más importante es el amor. Ya lo dijo la Biblia.

—En realidad, el primero de Corintios dice: «Y ahora quedan estos tres: fe, esperanza y amor. Pero el más importante es el amor».

Me encojo de hombros.

—Bueno, yo se lo he corregido.

Se ríe y mira el muro con fotografías de tatuajes, ejemplos y sugerencias.

—Yo también quiero uno.

—A mi abuela le va a dar un infarto. —Sacude la cabeza—. Una cosa es que el futuro rey tenga un tatuaje; pero imaginarse a una futura reina tatuada es algo muy distinto.

Endereza la espalda con determinación.

—Estamos en el siglo veintiuno. Y eso significa que la reina puede hacer lo mismo que el rey, Su majestad lo entenderá.

Le doy un beso en la frente.

—Si quieres un tatuaje, lo tendrás, dulzura, le guste o no a la reina. ¿Sabes lo que quieres?

—Sí. —Sonríe entusiasmada—. Pero vas a tener que esperar para verlo. Nada de espiar.

Desaparece detrás de las cortinas y habla con el tatuador en un susurro animado.

Un rato más tarde, reaparece con una pequeña venda cuadrada en su muñeca derecha. Me coge la mano y me acerca.

—Me lo he hecho aquí para poder mirarlo siempre que quiera —dice. Y luego se quita la venda. Es un dibujo sencillo, un libro abierto con dos páginas en blanco, excepto por una palabra

al inicio: Henry—. Mi historia aún no está escrita, pero sé que comienza contigo.

Y me siento tan honrado, agradecido, tan asombrado por ella y por lo enamorado que estoy que no sé bien qué hacer. Así que hago lo único que puedo frente a tal regalo. Envuelvo a Sarah en mis brazos y la beso.



En un abrir y cerrar de ojos, llega la mañana en que tengo que enlistarme; en la que tengo que dejar a Sarah. Intento que se quede en su apartamento, acurrucada entre las mantas, pero insiste en venir al aeropuerto conmigo. Quiero aprovechar todo el tiempo que me queda con ella, así que accedo.

El sol no ha acabado de salir y el aire está helado. En la pista, fuera del avión en el que viajaré, nos espera Winston, el jefe de seguridad del Palacio. Se lo presento a Sarah.

—Sarah, él es Winston, el jefe de los Hombres de Negro. Va a ocuparse de cuidarte mientras yo no esté.

Winston hace una reverencia.

—Un honor y un placer, lady Sarah.

Ella le hace un gesto con la cabeza, sonríe con gracia, pero con timidez, como suele hacer cuando conoce gente nueva.

Le aprieto el hombro y le digo que necesito un momento a solas con Winston. Lo llevo hacia un lado.

—¿Estás al tanto de que lady Sarah planea unirse a ACA?

—Sí, señor.

—¿Os estáis ocupando de su seguridad?

—Sí, príncipe Henry.

Mi voz es fría como el aire.

—Tu trabajo es proteger a la familia real, asegurar el futuro de la monarquía, ¿estoy en lo cierto?

Asiente, sus ojos son incansables e inquebrantables como una máquina.

—Así es.

—Cuídala bien, Winston. Sin ella, no hay futuro para la monarquía, ¿lo entiendes?

Baja la cabeza.

—Completamente, señor.

—La quiero cubierta de seguridad. Solo tus mejores hombres. Si protesta, que vayan de encubierto, pero la quiero protegida todo el tiempo. No importa cómo. ¿Está claro?

De nuevo, asiente.

—No se preocupe por eso, príncipe Henry. Lady Sarah estará tan cubierta como la mismísima reina.

Siento algo de consuelo. No soy tonto, me doy cuenta de que hay un conflicto enorme entre ser quien soy y amar tanto a alguien. Hay un precio. Porque, al querer a Sarah, le estoy llevando a su vida un nivel de atención y escrutinio (hasta peligro) que no tendría de otro modo. El único consuelo es que tengo los recursos para protegerla. Hombres como Winston y James, y los otros

cientos de agentes de seguridad que darían su vida por protegerme a mí, a mi hermano, a mi cuñada, a mi abuela… y ahora a Sarah.

Le doy unos golpes en el hombro a Winston y, con una reverencia, va hacia el avión.

Y yo regreso junto a Sarah, miro su rostro, grabo este momento en mi mente. Me arremango el abrigo, me quito el brazalete identificatorio de la muñeca, abro la mano de Sarah y dejo la pieza de platino en su palma.

—¿Me lo cuidas? Me hará bien saber que mis dos posesiones más preciadas están en el mismo lugar.

Asiente y sonríe con una expresión amorosa… pero luego se derrumba y comienza a llorar. Me envuelve con fuerza y la aprieto contra mí.

—Lo siento —dice contra mi abrigo—. No quería llorar.

—Puedes llorar todo lo que quieras, amor. Estás llorando por los dos.

Nos abrazamos durante los segundos finales.

Y luego es hora de dejarnos ir.

La beso despacio, pero profundo. Y, mientras la miro a los ojos, recuerdo las palabras que dije en lo que parece ser una vida pasada. Las palabras que me consolaron cuando más lo necesitaba.

Presiono la mejilla de Sarah con mi palma.

—Tú y yo vamos a estar bien. ¿De acuerdo?

Respira hondo y sonríe.

—Sí.



Epílogo

Sarah

Tres años más tarde

Henry cumplió su promesa. Me escribió una carta todos los días que estuvimos separados y resulta que es un escritor fantástico. La mayoría eran románticas, subidas de tono; la típica carta que le escribiría un soldado a su novia. Algunas eran desgarradoras, un espacio en el que encontraba consuelo, en el que volcaba su dolor después de una batalla difícil o cuando perdía a quienes lo acompañaban. Algunas eran filosóficas, una forma de resolver sus propios pensamientos y creencias. Y había otras esperanzadoras, que hablaban del futuro, de nuestro futuro y del futuro de nuestro país y del pueblo y de la clase de líder que quiere ser.

Yo le respondía carta tras carta. Descubrí que por escrito soy más atrevida que en persona… aunque es cierto que, con las instrucciones de Henry, había mejorado bastante en ese frente. En los momentos en los que necesitaba mi consuelo, cuando las palabras eran demasiado difíciles para escribirlas y necesitaba mis brazos abiertos, pero yo no estaba allí, le enviaba páginas y páginas con «te quiero», porque a veces no hay nada más que decir. Otras cartas hablaban de mi trabajo, de los niños que había conocido y de que todos son iguales sin importar dónde viven o en qué idioma hablan… todos tienen una enorme capacidad de resiliencia y esperanza y quieren dar y recibir amor. Y hubo cartas sobre los sueños que tenía para Henry y para mí, para nuestros hijos, y la fuente de fortaleza que esperaba poder ser para nuestro pueblo.

Todas nuestras cartas, las suyas y las mías, están guardadas en la caja de seguridad de la Casa Guthrie. Es extraño pensar que algún día, dentro de muchos años, alguien podría leer y estudiar nuestras cartas como ocurre con las de George y Martha Washington, como parte de la historia del país. Para nosotros solo son palabras de Henry para Sarah y viceversa, pero ahora entendemos y aceptamos el lugar que algún día tendremos en el mundo. Es lo que somos y hemos hecho las paces con eso.

Cuando Henry terminó el servicio, me sorprendió (después de localizarme y viajar) en el campamento al que me había asignado ACA. Para los demás, no era más que un soldado maltrecho y barbudo, pero yo lo reconocí al instante. Esos ojos, esa sonrisa: corrí y me arrojé a sus brazos, y entonces ambos estuvimos seguros de que los dos años que pasamos separados solo habían aumentado la pasión y la adoración que sentíamos el uno por el otro.

Ahora Henry vive en la Casa Guthrie y ya está trabajando con la reina y con el Parlamento para cambiar y mejorar Wessco. Y yo tengo mi propio apartamento en la ciudad. Mi madre se queja del ruido y de las multitudes cada vez que viene de visita, pero viene de todos modos. Penny consiguió algunos papeles pequeños en programas de televisión de éxito moderado y el principal en un anuncio de pasta de dientes tremendamente popular. Está en un cartel enorme en

Los Ángeles como cara de esa marca; y me envía al menos una foto por día porque todavía no se lo cree.

Me paso los días trabajando en la biblioteca del Palacio y como miembro de varias fundaciones que se dedican a la promoción de la lectura. Todavía me cuestan los lugares y las personas nuevas, pero ya no me inhabilitan; y, como le he dicho a Henry alguna vez, todos tenemos nuestras cositas.

En lo que a Henry respecta, es el dueño de mis noches. Casi todas, todo el tiempo. Es diferente en la ciudad que en Castlebrook: los paparazis son despiadados y no hay nada que quieran más que conseguir una toma mía o de Henry regresando a nuestras casas por la mañana después de haber pasado la noche juntos. Tenemos que ser sigilosos.

Por suerte, esa es la especialidad de Henry. Todavía no nos han pillado.

De hecho, anoche estuve con él y hablamos sobre el discurso que está dando ahora mismo en el Parlamento. Le dije que, si se ponía nervioso, solo tenía que imaginarme desnuda y dijo que iba a necesitar refrescar la imagen… y después de eso no hablamos mucho más.

Ahora estoy sentada con el príncipe Nicholas y la reina, y escucho a Henry presentar la postura de la Casa de Pembrook sobre una posible participación militar de Wessco. Él mismo escribe los discursos, en sintonía con su abuela y, como ya he dicho… es un gran escritor.

Mientras concluye su alocución, Henry va mirando a los ojos a cada uno de los miembros del Parlamento.

—Esto no es algo que me tome a la ligera. He visto la guerra y me duele la pérdida de cada soldado como si fuera un miembro de mi familia, porque lo es. —Luego cambia la voz. Se llena de fuerza y determinación—. Pero el mundo no siempre es gris. Hay momentos en los que la línea entre el bien y el mal es muy clara. Y todos tenemos que tomar una decisión. Se dice que el mal florece cuando las personas buenas no hacen nada. Así que os pido que me acompañéis hoy, a mí y a los hijos y las hijas de Wessco, diciendo al unísono: «No me quedaré sin hacer nada».

La cámara se llena de aplausos atronadores y todos los miembros del Parlamento se ponen de pie para acompañar a su alteza real el príncipe heredero Henry.



Más tarde, Henry baja de su atril y avanza entre la multitud de parlamentarios que conversan entre sí, se dan la mano y asienten. Cuando llega a nuestros asientos, su hermano lo abraza de inmediato, sonriendo.

—Bien hecho, Henry. Has hablado como un verdadero político.

—No —interviene la reina—. Ha hablado como un rey.

Es el cumplido más sincero que podría hacerle y Henry… se ruboriza.

Siento una pícara sensación de venganza, porque se lo he pegado. Querer a Henry me ha vuelto salvaje y valiente, y su amor por mí lo ha vuelto tranquilo y humilde. Qué pareja hacemos; mejor que cualquier libro que haya leído y, para mí, ese es el cumplido más sincero que podría hacer.

Henry se gira hacia Olivia y la abraza con cariño.

—Mírate, Olivia. —Baja los ojos a su cintura, donde una incipiente barriga de embarazada le

estira la blusa—. Te voy a empezar a llamar pavo: estás rellena.

Olivia ríe. Y luego nos subimos a los coches que nos están esperando y vamos hacia el palacio.



Henry

Después de mi discurso, Sarah, Nicholas, Olivia, la abuela y yo nos retiramos al salón de dibujo para tomar un té. Y saco el tema que ya hace tiempo que no me saco de la cabeza.

—Quiero que Sarah se mude a la Casa Guthrie.

Mi abuela prácticamente se atraganta con el té.

—Por supuesto que no.

—Prácticamente vive allí; quiero hacerlo oficial.

La reina alza una ceja afilada.

—Tu definición de «oficial» es muy diferente a la mía.

Me encojo de hombros.

—Están a punto de modificar la ley; y no hay motivos para hacer como si no «tenemos acción» siempre que podemos en cada rincón de la Casa Guthrie.

Después de que la reina y yo usáramos nuestras influencias, casi tenemos el número de votos que se necesitan para revisar la ley. Esperamos que ocurra en un año, dos a lo sumo, y entonces yo y todos los futuros herederos seremos libres de casarnos con quien queramos. Y el primer hijo que tengamos Sarah y yo (sea hombre o mujer) será el próximo en la línea sucesora.

—Demasiada información, Henry —interviene Olivia.

—Gracias, Olivia —dice mi abuela—. Estaba pensando lo mismo. —La reina apoya su taza de té—. Un paso a la vez, mi niño. La tradición aún merece respeto. El hecho de que Sarah te acompañe en tus funciones oficiales y asuntos familiares hubiera sido inadmisible hace diez años. Ni siquiera estáis comprometidos.

Agito la mano.

—Un tecnicismo.

Nicholas se ríe.

—Eres demasiado engreído para un hombre que aún no ha hecho la pregunta.

—Solo realista. —Le guiño un ojo a Sarah—. Soy irresistible.

Mi patito pone sus bonitos ojos en blanco.

—Sea como sea —dice, seca, la reina—. Tenemos que dar ejemplo a las jovencitas de Wessco. —Palmea la mano de Sarah—. Explícaselo, querida.

Mi abuela y Sarah han hecho buenas migas este último año. La abuela la acogió bajo su ala y se convirtió en una mentora maravillosa para mi dulce chica.

No como el Emperador Palpatine y Darth Vader.

—Oh, no lo sé, reina Leonora —responde Sarah—. Soy una mujer moderna e independiente. Vivir con Henry antes del matrimonio podría ser un buen ejemplo para las mujeres de Wessco. ¿Cómo es la frase? ¿«No compres nada que no hayas probado»?

—No compres… —escupe la reina. Y luego mira el rostro de Sarah—. ¿Te estás burlando de mí, Sarah Von Titebottum? —pregunta, severa.

Sarah modera su expresión, pero conserva el brillo en los ojos.

—Sí, su majestad. Lo siento. Su nieto es una mala influencia. —En más de un sentido.

Muevo las cejas de forma sugerente y Sarah pone una mueca antes de tranquilizar a la reina—. Pero estoy de acuerdo con usted: no me mudaré a la Casa Guthrie hasta después de la boda. El pueblo nos ha apoyado mucho; no deberíamos arriesgarlo todo haciendo algo que pueda ofender a los ciudadanos más conservadores… sin importar cuan tentadora me resulte la idea.

Mi abuela asiente.

—Bien dicho, niña.

Y hago un puchero.

—Pero eso llevará mucho tiempo. No quiero esperar.

La reina no siente pena.

—Entonces sugiero que te pongas manos a la obra, Henry. Si te gusta, deberías ponerle un anillo. —Luego agrega, orgullosa—. Una vez le dije eso a Beyonce.

Todos nos reímos. Porque parece que la reina tiene sentido del humor.

¿Quién iba a decirlo?

De todos modos… es un buen consejo.



Sarah me dice que los mejores finales felices terminan con una boda. Pero todas las bodas reales son iguales; vista una, vistas todas: fotografías dignas de la portada de una revista conmemorativa del vestido blanco con mangas largas, el príncipe en su uniforme militar, oro, el carruaje tirado por caballos, las multitudes, las adorables niñas de las flores.

Lo más importante pasa antes. La verdadera historia, que pocas personas conocen y menos atestiguan.

La nuestra es en La Cabra Cachonda. Sarah está despampanante con su vestido color ciruela. Todavía no le gusta sobresalir, sigue sin ser fanática de los colores brillantes, pero últimamente elige prendas más osadas y vibrantes; como ella.

Me gusta pensar que he tenido algo que ver con eso.

Nicholas y Olivia están con nosotros, también Penélope y la alegre cuñada de mi hermano, Ellie Hammond. Han venido nuestros amigos: Simon y Franny, Willard y Laura, Annie, Sam y Elizabeth. Meg y Macalister están detrás de la barra, y James y el gran Mick están en la puerta, junto con dos agentes de seguridad de mi hermano, Tommy Sullivan y Logan St. James.

Ha venido todo el grupo.

En el escenario, en una silla con mi guitarra, golpeo el micrófono.

—En sus ratos libres, a mi padre le gustaba armar rompecabezas, era su pasatiempo. Rompecabezas enormes y complicados con miles de piezas. Me acuerdo de jugar con coches de juguete por la alfombra mientras él estaba sentado en la mesa de su estudio, acomodando con paciencia una pieza tras otra. —Veo a Nicholas sonreír porque él también lo recuerda—. Y a veces había una o dos piezas que no encajaban en ninguna parte. Él las apartaba y yo pensaba que debían tener algo malo, que tal vez estaban rotas. Pero entonces… encontraba la pieza con la que iban, con la que encajaban; y, cuando las dos piezas se unían, quedaba claro que ese era su sitio, que pertenecían allí y que eran muy importantes para la imagen final.

Miro la multitud buscando los ojos oscuros de mi Sarah y, cuando los encuentro, ya están

llenos de lágrimas.

Porque sabe lo que viene.

—El reporte oficial de esta noche será muy apropiado y correcto y… aburrido. Pero no pasa nada. Porque quienes estáis aquí, las personas más importantes para Sarah y para mí, sabréis la verdadera historia sobre cómo ocurrió. Que una vez un pobre muchacho conoció una chica tímida y adorable y juntos se convirtieron en algo más… algo poderoso y precioso. Y una noche él le cantó una canción en un bar fantástico; una canción que tiene una pregunta. Y después de la última nota, ella dijo mil veces que sí. —Mis labios se estiran en una sonrisa—. Al menos… eso es lo que yo espero.

Llevo los dedos a las cuerdas y toco las primeras notas de *Marry me* de Train.

Y mientras canto cada palabra, sobre que el amor muestra el camino y la promesa de cantarle todas las noches, miro a Sarah todo el tiempo, que no despega los ojos de mí ni un segundo.

Ya está asintiendo cuando se apagan las últimas notas. Dejo el escenario, me paro frente a ella y me arrodillo, no con una rodilla sino con las dos, y le ofrezco el anillo de mi madre: un diamante oval perfecto apoyado en un lecho de centelleantes diamantes más pequeños sobre una banda de platino.

—Te quiero, Sarah. Ya lo sabes, pero prometo decírtelo y demostrártelo cada día. Prometo mantenerte siempre a salvo para que jamás sientas miedo de ser valiente y atrevida… incluso cuando me aterre. Voy a apreciar tu dulzura y me dejaré inspirar por tu fortaleza y cordialidad. Y te prometo una vida llena de aventura y alegría y diversión, y risa y amor como para llenar las páginas de miles de libros. —Le sonrío con la garganta cerrada por las emociones y el corazón al borde de explotar—. ¿Te casarías conmigo, Sarah?

Y, con lágrimas de alegría bajando por su rostro, mi preciosa chica se arrodilla conmigo, me coge la cara entre las manos y susurra:

—Sí, Henry. Sí, me casaré contigo. Sí, sí, sí, sí…

La aprieto contra mí y sellamos nuestra promesa con un largo beso. Los aplausos y vítores de quienes mejor nos conocen llenan el aire.

Y esta es una historia que no veréis en la televisión ni leeréis en los libros de historia. La historia de un príncipe rebelde que encontró a la reina de su corazón y aprendió a ser un rey.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Título original: *Royally Matched*
Traducción del inglés: Leila Gamba
Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2024

© 2017, Emma Chase
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
C/ Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Derechos de traducción y publicación gestionados por International Editors' Co S.L..

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-19873-46-0

Diseño cubierta: Caro Marando
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Conversión a formato digital: Estudio eBook



VReuropa


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

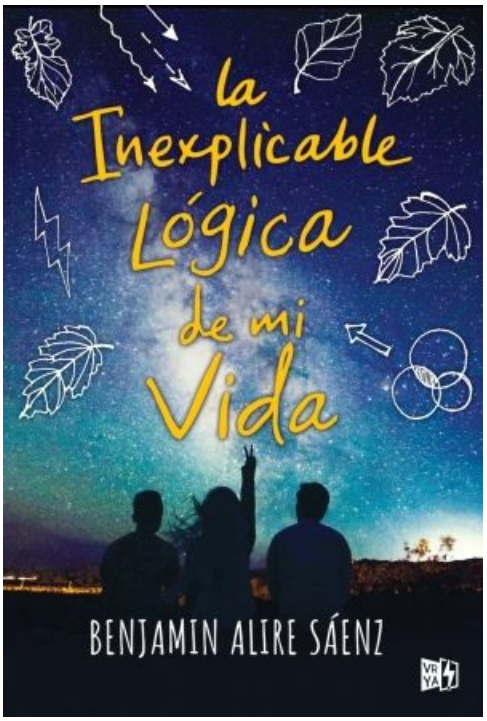
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

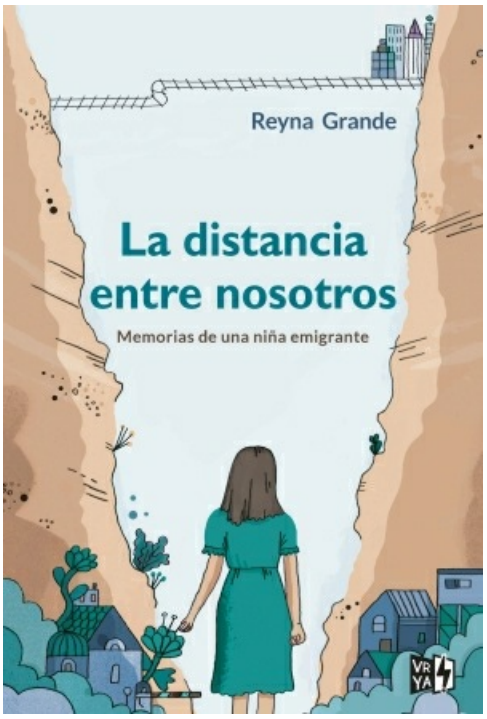
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

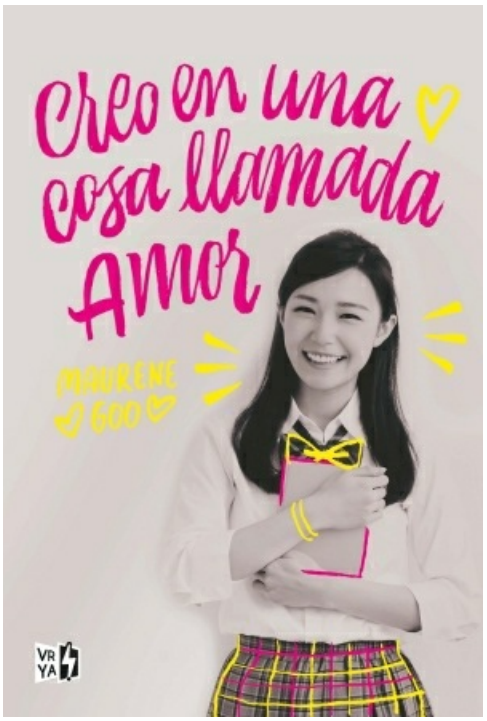
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UNA
LUNA SIN MIEL
AUTORA BEST SELLER
DE THE NEW YORK TIMES
CHRISTINA
LAUREN
Vé
Ra

Una luna sin miel

Hobbs, Christina
9788412622423
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Olive está acostumbrada a tener mala suerte. Ya sea en el amor, el trabajo o cualquier otro aspecto de su vida, esta siempre está al acecho. En cambio, Ami, su gemela, tiene tanta suerte que ha conseguido organizar su boda a base de sorteos. Pero lo que es un sueño para su hermana es sinónimo de pesadilla para Olive, que tendrá que pasar toda la ceremonia con el detestable Ethan Thomas, el hermano y padrino del novio. Lo que nunca hubiese podido imaginar es que el enlace acabaría con una intoxicación alimentaria que afectaría a todos los invitados salvo a ellos. Animada por Ami y decidida a evitar que Ethan disfrute solo de unas vacaciones gratis, Olive está dispuesta a olvidar las diferencias que los separan y zarpar hacia el paraíso. Después de todo, no puede ser tan difícil ignorarse durante diez días mientras fi ngen ser dos enamorados en una idílica luna de miel en Hawái, ¿no?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)